



YOLA

1955

NIN

PC2510

A58

V.1

PC2510

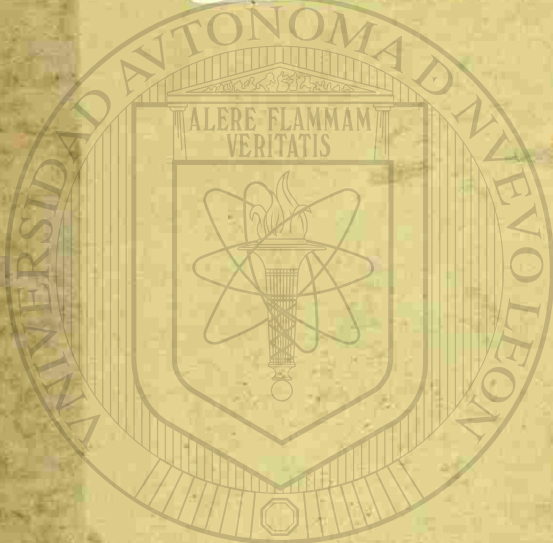
A58

V.1

PC2510

A58

V.1



U A N L



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





1020026 11



U A N L

**NANA**

FONDO RICARDO COVARRUBIAS  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



OBRAS DE EMILIO ZOLA

de venta en esta Casa Editorial

L'Assommoir . . . . .	2 tomos.
Naná. . . . .	2 »
Teresa Raquin. . . . .	1 »
Los Misterios de Marsella. . . . .	1 »
La Débacle.—(El desastre). . . . .	2 »
Louídes. . . . .	2 »
Roma. . . . .	2 »
Paris. . . . .	2 »
Fecundidad. . . . .	2 »
Trabajo. . . . .	2 »
Verdad. . . . .	2 »
A orillas del mar . . . . .	1 »
Epistolario. Primera parte. . . . .	1 »

# NANA

POR

EMILIO ZOLA

TRADUCCIÓN

DE

AMANCIO PERATONER

QUINTA EDICIÓN

TOMO PRIMERO

101200

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA

Casa Editorial Maucci.—Calle de Mallorca, 166

Sucursal.—Calle Espoz y Mina, 15  
MADRID



Maucci Hermanos.—Cuyo 170  
BUENOS AIRES

30860

843  
Z.

PQ 2510  
A 58  
V. 1



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

**CAPILLA ALFONSINA**  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

Compuesto en maquina TYFOGRAPH.—Barcelona.



## NANÁ

### I

A las nueve, aun estaba vacía la sala del teatro de Variedades. Unas cuantas personas en el anfiteatro y en el patio, esperaban, perdidas entre los sillones de terciopelo granate en la penumbra de la lucerna á media luz. Una sombra anegaba la gran mancha roja del telón; ni el más leve rumor surgía de la escena; la batería estaba sin encender y los atriles de los músicos, en desorden. Unicamente allá arriba, en el tercer piso, alrededor de la rotonda del techo donde revoloteaban ninfas y amorcillos en un cielo verdeado por el gas, destacábanse voces y carcajadas entre una continua baraunda, y veíanse numerosas cabezas cubiertas de gorras y sombreros, apañadas bajo las anchas y doradas aberturas. De vez en cuando, aparecía una acomodadora, atareada, con billetes en la mano, empujando ante sí á un caballero y unas eñora que ocupaban por fin su asiento, el hombre de frac, la mujer flaca y encorvada, paseando en torno una lenta mirada.

Dos jóvenes se presentaron en el patio, y permanecieron en pie, mirando,

—¿No te lo decía, Héctor?—exclamó el de más edad, un joven alto y de pequeño bigote negro;—llegamos demasiado pronto. Ya hubiera podido dejarme acabar mi cigarro.

En aquel momento pasó una acomodadora.

—¡Hola, señor Fauchery!—dijo con la mayor familiaridad,—la función no comenzará antes de media hora.

—¿Entonces ¿por qué anuncian para las nueve?—murmuró Héctor, cuyo escuálido rostro expresó un aire contrariado.—Esta mañana Clarisa, que toma parte en la pieza, me ha jurado y perjurado que comenzarían á las nueve en punto.

Callaron durante un rato, levantando la cabeza y escudriñando la sombra de los palcos, pero el papel verde que los tapizaba, los oscurecía todavía más. En el fondo del patio, debajo del anfiteatro, los palcos se hundían en una obscuridad completa. En uno de los del primer piso no había sino una señora gorda, envarada sobre el terciopelo de la barandilla. A derecha é izquierda, los palcos proscenios, ornados con lambrequines de largas franjas, permanecían vacíos. La sala, blanca y dorada, realzada de un verde suave, se desvanecía como llenada de fino polvillo, por las cortas llamas de la gran lucerna de cristal.

—¿Has podido alcanzar el palco proscenio para Lucy?—preguntó Héctor.

—Sí,—confesó el otro,—pero no sin trabajo... ¡Oh! ¡no hay miedo de que venga Lucy demasiado pronto! Y reprimió un ligero bostezo, añadiendo, al cabo de un rato:

—Tú sí que tienes suerte, pues no has asistido todavía á un estreno... La «Rubia Venus» va á ser el acontecimiento del año. Hace seis meses que todo el mundo habla de ella. ¡Ah! ¡querido! ¡qué música! ¡qué maravilla!... Bordenave, que entiende su negocio, la reserva para la Exposición.

—¿Y á Naná, la nueva estrella que debe hacer de Venus, la conoces tú?

—¡Vaya! ¡bueno! ¡vuelta á empezar!—exclamó Fauchery levantando los brazos.—Desde esta mañana todos me abruman con Naná. He encontrado á más de veinte personas, y ¡Naná por acá! y ¡Naná por allá! ¿Acaso lo sé yo? ¿por ventura conozco á todas las muchachas de París?... Naná es una invención de Bordenave. ¡Buena será ella!

Y se calmó. Pero el vacío de la sala, la media luz de la lucerna, aquel recogimiento de iglesia lleno de voces que cuchicheaban y de ruidos de puerta, le irritaban.

—¡Ah! ¡no!—dijo de repente:—¡uno se vuelve viejo aquí! Yo salgo... Tal vez encontremos á Bordenave, y nos dará detalles.

Abajo, en el gran vestíbulo empedrado de mármol, donde estaba instalado el despacho, comenzaba á aparecer el público. Por las tres verjas abiertas se veía pasar la ardiente vida de los bulevares, que bullían y resplandecían bajo la hermosa noche de abril. El rodar de algún coche se detenía un momento, cerrábanse ruidosamente las portezuelas y la gente entraba, por grupitos, estacionándose ante el despacho, subiendo, en el fondo, por la doble escalera donde las mujeres retardaban el paso balanceando el talle. A la viva claridad del gas, sobre la pálida desnudez de este vestíbulo que una pobre decoración presentaba como un peristilo de templo de cartón, ostentábanse violentamente grandes carteles amarillos, con el nombre de Naná en gruesas letras negras. Algunos caballeros, como enganchados al pasar, los leían; otros, en pie, hablaban obstruyendo las puertas, mientras que, cerca de la taquilla, un hombre obeso, de ancha cara afeitada, contestaba brutalmente á las personas que insistían para obtener localidades.

—Ahí está Bordenave,—dijo Fauchery, al bajar la escalera.

Pero el director le había vislumbrado ya.

—¡Eh! ¡sois muy complaciente!—le gritó desde le-

jos.—¡Vaya un modo de dedicarme una gacetilla... He abierto esta mañana el *Figaro*, y... nada!

—Paciencia,—respondió Fauchery.—Es preciso que conozca á vuestra Naná, antes de hablar de ella... Yo nada prometí, por otra parte.

Después, para dar otro giro á la conversación; preguntó á su primo Héctor de la Faloise, joven que había venido á acabar su educación en París. El director midió á éste de una ojeada, mientras él le examinaba con emoción. ¡Con que, aquel era el célebre Bordenave, el exhibidor de mujeres, que las trataba como un cabo de vara; aquel cerebro en que siempre bullía algún reclamo, gritando, escupiendo, golpeándose los muslos, cínico, y con un talento de gendarme! Héctor creyó que debía insinuar una frase amable.

—Vuestro teatro...—comenzó con aflautada voz.

Interrumpiéndole Bordenave tranquilamente, con una palabra obscena, como hombre que ama las situaciones francas:

—¡Decid mi burdel!

Entonces, Fauchery sonrió, aprobando, mientras la Faloise se quedaba con su cumplimento atascado en la garganta, altamente sorprendido y procurando aparentar que le agradaba el vocablo. El director se había abalanzado á dar un apretón de mano á un crítico dramático, cuyas revistas gozaban de gran influencia. Cuando volvió, la Faloise recobraba su aplomo. Temía que le tratase de provinciano, si se mostraba demasiado cohibido.

—Me han dicho,—repuso, empeñado absolutamente en encontrar una frase,—que Naná tiene una voz deliciosa.

—¡Naná!—exclamó el director encogiéndose de hombros,—¡si es una verdadera grulla!

El joven se apresuró á añadir:

—Por lo demás, es una excelente actriz.

—¡Naná!... ¡un fardol... No sabe qué hacer de los pies, ni de las manos.

La Faloise se ruborizó ligeramente. Ya no comprendía. Y balbució:

—Por nada en el mundo hubiera faltado al estro de esta noche. Ya sabía que vuestro teatro...

—¡Decid mi burdel!—interrumpió de nuevo Bordenave, con la fría terquedad de un hombre convencido.

Entretanto Fauchery, con la mayor tranquilidad, contemplaba á las mujeres que iban entrando. Y acudió en socorro de su primo, cuando le vió con la boca abierta, no sabiendo si debía reír ó enfadarse.

—Dale gusto á Bordenave, hombre; llama su teatro como él quiere, ya que eso le divierte... Y vos, querido, no nos embroméis. Si Naná no canta, ni declama, tendréis una silba y nada más. Por mi parte, mucho lo temo.

—¡Una silba! ¡una silba!—gritó el director, cuya faz se iba tiñendo de púrpura.—¿Acaso una mujer necesita saber declamar y cantar? ¡Vaya! ¡muchacho! ¡no eres poco tonto!... Naná tiene otra cosa, ¡pardiez! ¡otra cosa que lo reemplaza todo! La he olfateado; y, ó bien está lindamente provista, ó tengo la nariz de un imbécil... Ya verás, ya verás, no ha de hacer más que presentarse, y todo el teatro se relamerá de gusto.

Había levantado sus gruesas manos, que temblaban de entusiasmo; y, desahogado, bajaba la voz, gruñendo para sí:

—Sí; ¡irá lejos ¡ah! pardiez, sí muy lejos!... ¡Buena piel! ¡oh! ¡buena piel!...

Después, como Fauchery le interrogase, consintió en dar detalles con una crudeza de expresiones que pasmaba á Héctor de la Faloise. Había conocido á Naná y quería «danzarla» (1). Precisamente, buscaba entonces una Venus. Por su parte, no se encargaba largo tiempo de una mujer; prefería que el público se apro-

(1) *Lansar una mujer*: Exhibir á una mujer en el mundo de la galantería; ponerla en camino de alcanzar fortuna, hacerla de moda. (N. del T. tomada de Rigaud.)



vechase de ella inmediatamente. Entre tanto, se veía metido en un berengenal en su teatro, pues la compañía en peso se amotinó por la contrata de aquella moza. Rosa Mignon, su estrella, una distinguida actriz y cantatriz adorable, le amenazaba cada día con dejarle plantado, enfurecida, adivinando una rival. Y para la redacción del cartel ¡qué zambra, santos cielos! Por último, se había decidido insertar los nombres de las dos actrices en letra de igual tamaño. No toleraba que la encocorasen. Cuando una de sus dos mujercitas, como él las llamaba, Simona ó Clarisa, no andaba derecha, le largaba un puntapié en el trasero. De no ser así no había medio de vivir. ¡No había de saber lo que valían esas zorras, si él mismo las vendía!

—¡Toma!—dijo interrumpiéndose;—allá van Mignon y Steiner. Siempre juntos. Ya sabéis que Steiner comienza á estar harto de Rosa; así es que el marido no le deja ni un minuto, por miedo de que se escape.

La guirnalda de gas que resplandecía en la cornisa del teatro extendía sobre la acera una sábana de viva claridad. Dos arbolillos de color verde subido se destacaban claramente; una columna blanqueaba, bañada de tanta luz, que desde lejos podían leerse, como en pleno día, los carteles pegados en ella; y más allá, en la densa obscuridad del boulevard se salpicaba de fuegos, en la vaguedad de una muchedumbre siempre en marcha. Algunos individuos, antes de entrar, permanecían un rato conversando y acabando su cigarro, bajo la luz de la cornisa que les daba un aspecto pálido y dibujaba en el asfalto sus cortas sombras negras. Mignon, un mocetón muy alto, muy ancho de espaldas, de cabeza cuadrada como los Hércules de feria, se abría paso por entre los grupos, llevando del brazo al banquero Steiner, pequeño, de abultado abdomen, faz redonda y ornada con un collar de barba canosa.

—¡Y bien!—dijo Bordenave al banquero,—ayer tropezasteis con ella en mi gabinete.

—¡Ah, era ella!—exclamó Steiner.—Me lo figuré. Pero como cuando yo salía, entró ella, apenas pude entreverla.

Mignon escuchaba, con la vista baja, dando vueltas nerviosamente en su dedo á un grueso diamante. Había comprendido que se trataba de Naná. Después, mientras Bordenave trazaba un retrato de su debutante, que hacía que se le encandilaran los ojos al banquero, acabó por mezclarse en la conversación.

—No os ocupéis de eso, querido, ¡una correntona! ¡Vais á ver que silba se lleva!... Ya sabéis, Steiner, que mi mujer os espera en mi cuarto.

Y quiso llevárselo. Mas Steiner se resistía á dejar á Bordenave. Enfrente de ellos aplastábase una larga cola de gente en el despacho, surgiendo de ella una confusión de voces en que resonaba el nombre de Naná con la vivacidad harmoniosa de sus dos sílabas. Los hombres que se paraban delante de los carteles, le delectaban en alta voz; otros lo pronunciaban, al pasar, con acento de interrogación, en tanto que las mujeres, inquietas y sonrientes, lo repetían suavemente, con aire de sorpresa. Nadie conocía á Naná. ¿De dónde había caído Naná? Y circulaban anécdotas y chistes, cuchicheados de oído en oído. Este nombre, este diminutivo, cuya familiaridad sentaba bien en todos los labios, era como un mimito. Sólo con pronunciarlo así, la muchedumbre se alegraba y se hacía bonachona. Una fiebre de curiosidad aguijoneaba á aquella gente, esa curiosidad de París, que tiene la violencia de un acceso de locura furiosa. Quería ver á Naná. A una señora le arrancaron el volante de su vestido y un señor perdió su sombrero.

—¡Ah! ¡me preguntáis demasiado!—exclamó Bordenave, á quien una veintena de hombres abrumaba á interrogaciones.—Pronto veréis... Me largo; estoy haciendo falta allá dentro.

Y desapareció, satisfecho de haber enardecido á su público. Mignon se encogía de hombros, recordando á Steiner que su mujer le esperaba para enseñarle el traje del primer acto.

—¡Mira, ahí tienes á Lucy, que baja del coche! —dijo la Faloise á Fauchery.

En efecto, era Lucy Stewart, una mujercita fea, de cuarenta años, de cuello demasiado largo, rostro flaco, estirada y de gruesos labios, pero tan viva, tan graciosa, que encantaba. Llevaba con ella á Carolina Héquet y á su madre; Carolina, de una belleza fría, la madre, muy digna y como empaquetada.

—¿Vienes con nosotros?—le dijo á Fauchery;—te he reservado un asiento.

—¡No tall y ¿para qué? ¿para no ver nada?—Repuso éste.—Tengo una butaca; prefiero estar en el patio.

Lucy se enfadó. ¿Quizá no se atrevía á exhibirse con ella? Después, calmada de repente y saltando á otro asunto:

—¿Por qué no me has dicho que conocías á Naná?

—¡Naná! ¡en mi vida la he visto!

—¿De veras?... Pues me han asegurado que te habías acostado con ella.

A todo esto, Mignon, que se encontraba junto á ellos, con un dedo en los labios, les hacía señas para que se callaran. Y en contestación á una pregunta de Lucy, le mostró un joven que pasaba y murmuró:

—El querido de Naná.

Todos le miraron. Era guapo; Fauchery le reconoció: era Daguinet, un muchacho que había derrochado trescientos mil francos con las mujeres y que, en la actualidad jugaba á la Bolsa, para regalarles ramilletes é invitarlas á comer de vez en cuando. Lucy declaró que tenía unos hermosos ojos.

¡Toma! ¡aquí viene Blanca! ¡esa fué la que me dijo que te habías acostado con Naná!

Blanca de Sivry, una gruesa rubia, cuya encanta-

dora faz parecía la paleta de un pintor, llegaba en compañía de un hombre flaco, elegante, muy distinguido.

—El conde Javier de Vandevvres,—murmuró Fauchery al oído de la Faloise.

El conde cambió un apretón de manos con el periodista, mientras tenía lugar una animada explicación entre Blanca y Lucy. Las dos obstruían el paso con sus vestidos cargados de volantes, uno azul y otro rosado, y el nombre de Naná surgía de sus labios, en tan agudo diapasón, que la gente se paraba á oirlas. El conde de Vandevvres se llevó á Blanca. A la sazón y como un eco, Naná resonaba en los cuatro ángulos del vestíbulo, en tono más alto, en un deseo aumentado por la espera. ¿Acaso no se daría comienzo á la función? Los hombres consultaban sus relojes, los rezagados saltaban de sus coches aun antes de que se pararan, y los grupos abandonaban la acera donde los paseantes, lentamente, atravesaban la sábana de luz que quedara vacía, alargando el cuello para echar una ojeada al teatro.

Un pilluelo que llegaba silbando, se plantó delante de un cartel, á la puerta, y luego gritó: «¡ohé! ¡Naná!» con voz aguardentosa, y prosiguió su camino, desmadejado y arrastrando sus chanclas. Circuló una carcajada. Unos caballeros bien vestidos repitieron: «¡Naná! ¡ohé! ¡Naná!» Aplastábanse; en el despacho estalló una contienda; y crecía un clamor formado por el zumbido de las voces que llamaban á Naná, que exigían en una de esas ráfagas de estupidez y de sensualidad brutal que pasan sobre las muchedumbres.

Pero, dominando aquella zambra, sonó la campanilla del escenario. Un rumor llegó hasta el bulevar: «Han llamado, han llamado»; y hubo una de empujes; cada cual quería pasar delante, en tanto que los empleados del despacho se multiplicaban. Mignon, con aire inquieto, logró al fin llevarse á Steiner, que no

había ido á ver el traje de Rosa. Al primer retintín de la campanilla, la Faloise había hendido la multitud arrastrando á Fauchery, para no perder la sinfonía. Este apresuramiento del público irritó á Lucy Stewart. ¡Vaya qué groseros; empujar á las señoras! Y se quedó la última con Carolina Héquet y su madre. El vestíbulo estaba vacío; en el fondo, el bulevar conservaba su prolongado rumor.

—¡Como si sus piezas valiesen gran cosa!—repetía Lucy, subiendo la escalera.

En la sala Fauchery y la Faloise, en pie delante de sus butacas, miraban de nuevo. Actualmente, el teatro resplandecía. Altas llamas de gas reflejaban en la gran lucerna de cristal chorros de fuego amarillos y rosados, que se quebraban, desde la bóveda al patio, en una lluvia de claridad. Los terciopelos granate de los sillones se coloreaban de laca, mientras los dorados relucían y los adornos de azul suavizaban su brillo, bajo las pinturas demasiado crudas del techo. La batería de proscenio, con su vivísima luz, parecía como si incendiase el telón, cuyos pesados cortinajes color de púrpura ofrecían una riqueza de palacio fabuloso, reñida con la pobreza del marco, donde algunas grietas mostraban el yeso debajo del dorado. Hacía calor ya. Los músicos, sentados ante sus atriles, afinaban sus instrumentos, con ligeros trinos de flauta, suspiros ahogados de trompa, cantábiles de violín, que se desvanecían en medio de la creciente barandía. Todos los espectadores hablaban, se empujaban, se deslomaban en el asalto dado á los asientos; y las apreturas en los pasillos eran tales, que cada puerta soltaba penosamente una oleada de gente, interminable. Llamábanse desde lejos unos á otros los conocidos; rozábanse las ropas, desfilaban faldas y sombreros, fraques y levitas. Sin embargo, las filas de sillones llenáronse poco á poco; destacábase un traje claro, una cabeza de distinguido perfil inclinaba su peinado donde resplandecía el brillo de una

joya. En el palco, un trozo de espalda desnuda ofrecía una blancura de seda. Otras mujeres, tranquilas, se abanicaban con languidez, siguiendo con la vista los empujones de la muchedumbre, en tanto que varios caballeros jóvenes, de pie en el patio, con el chaleco sumamente descotado y un ramito en el ojal, asestaban sus gemelos con la punta de sus enguantados dedos.

Entonces, los dos primos buscaron algún rostro conocido. Mignon y Steiner estaban juntos, en una delantera, con las manos apoyadas en el terciopelo de la barandilla, uno al lado de otro. Blanca de Sivry parecía ocupar por sí sola un proscenio de platea. Pero la Faloise examinaba; sobre todo, á Daguinet, que ocupaba una butaca de patio, dos filas delante de la suya. Cerca de él, un jovencito de diecisiete años cuando más, algún colegial escapado, abría extraordinariamente sus hermosos ojos de querubín. Fauchery sonrióse al verle.

—¿Quién es aquella señora del anfiteatro?—preguntó de improviso la Faloise;—aquella que tiene á su lado una niña vestida de azul.

E indicaba una mujer gruesa, muy apretada de corsé, una antigua rubia convertida en blanca y matizada de amarillo, cuya faz redonda, enrojecida por el afeitte, se abotargaba debajo de una lluvia de rictos infantiles.

—Es Gagá,—respondió sencillamente Fauchery.

Y como este nombre pareciese dejar aturdido á su primo, añadió:

—¿No conoces á Gagá?... Pues ha hecho las delicias de los primeros años del reinado de Luis Felipe. Ahora arrastra consigo á su hija, por todas partes.

La Faloise ni siquiera fijó una ojeada en la niña. La vista de Gagá le conmovía; no apartaba los ojos de ella; la encontraba muy guapa, pero no se atrevía á decirlo.

Entretanto, el director de orquesta levantó su batuta y los músicos dieron principio á la sinfonía. Continuaba entrando gente, y la agitación y la algazara crecían. Entre ese público especial de los estrenos, que nunca cambiaba, había rinconcitos de intimidad donde los conocidos se volvían á encontrar, sonriendo. Los abonados, con el sombrero puesto, á sus anchas y con familiaridad, trocaban saludos entre sí. París se había dado allí cita, el París de las letras, de la banca y del placer; muchos periodistas, algunos escritores, bolsistas, más mujeres públicas que mujeres honradas; mundo singularmente mezclado, compuesto de todos los genios, corrompido por todos los vicios, donde la misma fatiga y el mismo cansancio se ostentaban en todos los rostros. Fauchery, contestando á las preguntas de su primo, le señaló los palcos de la prensa y de los casinos, después le nombró los críticos dramáticos, entre ellos uno flaco, seco, de delgados y malignos labios; y sobre todo, otro grueso, de aspecto bonachón, que se reclinaba sobre el hombro de su vecina, una figuranta á la que parecía que cobijaba con su mirada tierna y paternal.

Pero interrumpióse, al ver que la Faloise saludaba á unas personas que ocupaban un palco del centro; y sorprendió:

—¡Cómo!—preguntó,—¿Conoces al conde Muffat de Beauville?

—¡Oh! ¡desde hace mucho tiempo!—respondió Héctor.—Los Muffat tenían una posesión cerca de la nuestra. Les visito á menudo... El conde está con su mujer y su suegro, el marqués de Chouard.

Y, engreído, satisfecho con el asombro de su primo, entró en detalles: el marqués era consejero de Estado; el conde acababa de ser nombrado chambelán de la Emperatriz. Fauchery, que había cogido sus gemelos, miraba á la condesa, una morena pálida, mórvida, de hermosos ojos negros.

—Me presentarás en un entreacto,—acabó por de-

cir.—Ya me he encontrado otras veces con el conde, pero quisiera ir á sus martes.

Enérgicos «psit!» partieron de las galerías superiores. La sinfonía había empezado. Todavía entraba gente. Los rezagados obligaban á levantarse á filas enteras de espectadores; las puertas de los patios golpeaban; en los pasillos, disputaban á voz en grito. Y el ruido de las conversaciones no cesaba, semejante al piar de una bandada de parleros gorriones, cuando se pone el sol. Era aquello una confusión, un barullo de cabezas y de brazos que se agitaban; unos sentábanse y procuraban ponerse á sus anchas, y otros empeñábanse en continuar en pie, para echar una última ojeada. El grito de «sentarse, sentarse!» salió violento de las profundidades del patio. Había circulado un estremecimiento. ¡Por fin iban á conocer á esa famosa Naná de que todo París se ocupaba desde hacía ocho días!

Poco á poco, sin embargo, las conversaciones iban extinguiéndose suavemente, con alternativas de voces fuertes. Y en medio de ese murmullo desmayado, de esos suspiros que morían, destacábase la orquesta en las vivas notas de un vals, cuyo ritmo malicioso parecía reír picarescamente. El público, excitado, sonreíase ya. En esto la «claque» en los primeros bancos del parterre, aplaudió furiosamente. Levantábase el telón.

—¡Toma!—dijo la Faloise, que proseguía hablando —¡hay un caballero en el palco de Lucy!

Y miraba el palco proscenio de la derecha, piso primero, cuya delantera ocupaban Carolina y Lucy. En el fondo, percibíase la faz digna de la madre de Carolina y el perfil de un joven alto, de hermosa cabellera rubia, y traje irreprochable.

—Mira,—repitió la Faloise con insistencia,—hay un caballero.

Fauchery se decidió á dirigir sus gemelos hacia el palco proscenio; mas, no tardó en volverse:

—¡Ah! es Labordette,—murmuró con acento de indiferencia, como si la presencia de aquél caballero hubiese de ser, para todo el mundo, natural y sin consecuencias.

Detrás de ellos gritaron: «silencio» y hubieron de callarse. A la sazón los concurrentes parecían atacados de inmovilidad; desde el patio al anfiteatro, sólo se veía una sábana de cabezas, erguidas y atentas. El primer acto de la «Rubia Venus» pasaba en el Olimpo, un Olimpo de cartón, con nubes por bastidores y el trono de Júpiter á la derecha. Salieron, primero, Isis y Ganimedes, ayudados por multitud de servidores celestes, que cantaban un coro, mientras disponían los sitials para el Consejo de los dioses. Por segunda vez, sonaron por sí solos los mecánicos aplausos de la «claque»; el público, algo desorientado, esperaba. Sin embargo, la Faloise había aplaudido á Clarisa Besnus, una de las mujercitas de Bordenave, que desempeñaba el personaje de Isis, vestida de azul suave y con una gran banda de siete colores ceñida al talle.

—Ya sabes que para ponerse eso se quita la camisa,—le dijo á Fauchery, de modo que le oyeran.—Esta mañana lo hemos ensayado... Se le veía la camisa debajo de los brazos y en la espalda.

En esto recorrió la sala un ligero estremecimiento. Rosa Mignon acababa de entrar en escena, vestida de Diana. Auan cuando no tenía el talle, ni la figura del personaje, flaca y negra, con una fealdad adorable de pilluelo parisiense, pareció encantadora, como la caricatura misma de la diosa. Su aria de entrada, cuya letra de puro necia daba ganas de llorar y en la que se quejaba de Marte, el cual se iba olvidando de ella para galantear á Venus, fué cantada con una reserva púdica, tan intencionada que el público se enardeció. Su marido y Steiner, siempre jun-

tos, refan complacientes. Y toda la sala estalló en aplausos cuando Pruliére, verdadero Marte de carnaval, con un penacho gigantesco, y arrastrando un sable que le llegaba hasta el hombro. Este personaje estaba ya har-to de Diana, por lo muy quisquillosa que era. Entonces Diana juraba que le vigilaría y se vengaría. El duo finalizaba con una canción bufa, que Pruliére entonó muy chuscamente, con voz de gato irritado. Distinguíase por su fatuidad cómica de galán joven seductor y asestaba unas ojeadas de valentón, que excitaban risas agudas de mujeres, en los palcos.

Después, el público volvió á enfriarse; las escenas siguientes se encontraron pesadas. Apenas si el viejo Bose, un Júpiter imbécil, con la cabeza aplastada bajo una corona inmensa, hizo sonreír al público, cuando se querelló con Juno, sobre una cuenta de la cocinera. El desfile de los dioses, Neptuno, Plutón, Minerva y los demás, estuvo á pique de echarlo á perder todo. Los espectadores se impacientaban, crecía por grados un murmullo inquietante, el público perdía el interés y apartaba la vista de la escena. Lncy reía con Labordette, el conde Vandeuvers alargaba el cuello detrás de los macizos hombros de Blanca, mientras que Fauchery, con el rabillo del ojo, miraba á los Muffat, el conde, muy grave, como si nada comprendiera, y la condesa sonriendo vagamente, fijó los ojos en el vacío, como si soñara. Empero, bruscamente, en este malestar, los aplausos de la «claque» crepitaron, con la regularidad de un fuego de guerrilla. Todo el mundo volvió la vista á la escena. ¿Salfá Naná, por fin? ¡No se hacía esperar poco la dichosa Naná!

Era una comisión de mortales, que Ganimedes é Isis habian introducido, burgueses respetables, todos ellos maridos burlados, que venian á presentar al rey de los dioses una protesta contra Venus, la cual infundía en sus mujeres ardores por demás excesivos. El coro, con un tono ingenuo y doliente, entrecortado por

silencios llenos de confidencias, agradó mucho. Una frase circuló por la sala: «El coro de los cornudos, el coro de los cornudos!» y se gritó: «¡que se repita!» Las cabezas de los coristas eran muy chuscas, de veras parecían serlo, sobre todo uno grueso, de cara redonda como una luna. Entretanto, Vulcano llegaba furioso, preguntando por su mujer, que se había escapado hacia tres días. El coro volvía á su tema, implorando á Vulcano, el dios de los cornudos. El personaje de Vulcano lo desempeñaba Fontán, un cómico de talento truhanesco y original, que representaba una cojera endiabladamente excéntrica, vestido de herrero de aldea, con una peluca flamante, y los brazos desnudos y pintarrajeados de corazones atravesados por flechas. Una voz de mujer, dijo en voz muy alta: «¡ah! ¡qué feo es!» y todos reían aplaudiendo.

Siguió una escena, que pareció interminable. Júpiter nunca acababa de congregarse la asamblea de los dioses y someterles la protesta de los maridos burlados. ¡Y aun no se presenta Naná! ¿La reservaban tal vez para cuando bajase el telón? Una espera tan prolongada había acabado por irritar al público. Los murmullos comenzaban de nuevo.

—La cosa va mal,—dijo Mignon á Steiner, radiante de gozo.—¡No les espera mala silba!

En este momento, entreabiéronse las nubes del fondo y apareció Venus. Naná, muy alta, muy desarrollada en proporción á sus dieciocho años, envuelta en su blanca túnica de diosa con su larga cabellera rubia suelta sobre los hombros, descendió hasta cerca de la concha del apuntador, con tranquilo aplomo y sonriendo al público; y comenzó su gran aria:

Cuando Venus ronda por la noche...

Desde el segundo verso, los espectadores mirábanse unos á otros. ¿Era aquello una bromita, alguna apueta de Berdenave? Nunca se había oído una voz más

desafinada, ni emitida con menos método. Su director la juzgaba perfectamente, sí: cantaba como una grulla. Y ni siquiera sabía mantenerse en escena; dirigía sus manos hacia adelante, con un balanceo de todo su cuerpo, que se encontró inconveniente y nada gracioso. Elevábanse ya algunos: «¡oh! ¡oh!» del patio y de los asientos fijos, y oíase uno que otro silbido, cuando una voz de polluelo en época de muda lanzó, con convicción, desde los sillones de orquesta.

—¡Muy bien!

Todos los espectadores miraron allí. Era el querubín, el colegial escapado, con sus hermosos ojos ampliamente abiertos y su rubia faz inflamada desde que veía á Naná. Cuando observó que toda la gente se volvía hacia él, púsose como una grana, avergonzado de haber hablado en voz alta, sin querer. Su vecino Daguenet le examinaba, sonriendo, y el público reía, casi desarmado y no pensando ya en silbar, mientras que los señoritos de guante blanco, entusiasmados también por las formas de Naná, aplaudían frenéticamente.

—¡Sí, muy bien! ¡bravo!

Naná, entretanto, viendo que los concurrentes reían, se había hechado á reír también. La jovialidad redobló. Bien mirada, la moza aquella no carecía de gracia. Su risa le abuecaba un incitante hoyuelo en la barba. Y esperaba, sin el menor embarazo, familiarmente, tratando al público de igual á igual, como si quisiese significar, con un guiño de ojos, que si bien no tenía talento, ni por valor de dos sueldos, maldito lo que importaba; en cambio tenía otra cosa. Y después de haber dirigido al director de orquesta un gesto que significaba: «¡Vamos allá, querido!» comenzó la segunda coplilla:

A media noche, Venus pasa...

Era siempre la misma voz avinagrada, pero á la sazón, rascaba tan acertadamente al público en buen sitio, que, por momentos, le producían un ligero estremecimiento. Naná conservaba su sonrisa que iluminaba su boquita roja y relucía en sus grandes ojos, de azul claro. Al llegar á ciertos versos algo picarescos, dilatábase su nariz, cuyas sonrosadas alas palpitaban, en tanto que una llamarada abrasaba sus mejillas. Y continuaba balanceándose, no sabiendo hacer otra cosa. El público ya no encontraba feo aquello, sino muy al contrario; los hombres asestaban sus gemelos. Al ir á terminar su coplilla, le faltó por completo la voz y comprendió que le sería imposible llegar hasta el fin. Entonces, sin inquietarse, dió un golpe de cadera que dibujó una redondez debajo de la delgada túnica, mientras que, doblaba por la cintura y dejando entrever el seno, tendía sus brazos. Estalló una tempestad de aplausos. Inmediatamente se volvió de espaldas, en dirección al foro, exhibiendo su nuca, cuyos cabellos rojos parecían dorado vellocino; y los aplausos se trocaron en frenéticos.

El final del acto fué más frío. Vulcano quería abofetear á Venus. Los dioses celebraban consejo y decían que irían á proceder á una información de la tierra, antes de dar cumplida satisfacción á los maridos burlados. Aquí Diana, sorprendiendo tiernas frases entre Venus y Marte, juraba que no les quitaría la vista de encima durante el viaje. Había también una escena en que el Amor, representado por una muchacha de doce años, contestaba á todas las preguntas: «¡Sí, mamá!» con acento llorón, y urgándose las narices con el dedo. Después, Júpiter, con la severidad de un maestro que se enoja, encerraba el Amor en un cuarto obscuro, ordenándole que conjugase veinte veces el verbo «amar.» El número final, un concertante que la compañía y la orquesta desempeñaron brillantemente, mereció la aprobación. Pero bajado el telón, en vano intentó la «claque» que el pú-

blico hiciera salir los actores á la escena; los espectadores, en pie, se dirigían ya hacia las puertas.

Pateaban, codeándose, estrujados entre las filas de butacas, manifestándose sus impresiones. Circulaba una misma voz:

—¡Es estúpido!

Un crítico decía que se habrían de introducir muchos cortes en la obra. Por lo demás, la pieza importaba muy poco: hablábase sobre todo de Naná. Fauchery y la Faloise, que habían sido de los primeros en salir, tropezaron en el pasillo con Steiner y Mignon. Era cosa de ahogarse en aquel corredor, estrecho y chato como galería de mina, iluminado por mecheros de gas. Permanecieron un momento al pie de la empinada escalera, protegidos por el arco de la barandilla. Los espectadores de los asientos fijos bajaban con un ruido continuo de gruesos zapatos, la ojeada de los fraques negros pasaba, en tanto que una acomodadora hacía los mayores esfuerzos para esquivar contra los empujones una silla encima de la cual había apilado varias prendas de ropa.

—¡Si la conoceré yo!—gritó Steiner, en cuanto percibió á Fauchery.—De seguro la he visto en alguna parte... Creo que fué en el Casino, donde hubieron de recogerla del suelo, de puro borracha.

—Por mi parte, no lo sé á punto fijo,—dijo el periodista;—pero también recuerdo que esa fisonomía no me es desconocida...

Y bajando la voz, añadió sonriendo?

—Tal vez en casa de la Tricon.

—¡Pardiez! ¡vaya qué sitio!—declaró Mignon, que parecía exasperado.—¡Es repugnante que el público acoja de esta manera á la primera zorra que se presenta! Dentro de poco ya no habrá mujeres honradas en el teatro... Sí, acabaré por prohibir á Rosa que represente.

Fauchery no pudo evitar una sonrisa. Entre tanto,

el ruido de los gruesos zapatos no cesaba, y un hombrecito de gorra decía, arrastrando la voz:

—¡Oh! ¡vaya una moza! ¡y que bien provista!

En el pasillo, dos jovencitos, rizados, muy elegantes disputaban. Uno de ellos repetía la palabra «Infecta! ¡Infecta!» sin dar razón alguna; y el otro respondía «¡Asombrosa! ¡Asombrosa!» desdeñando toda argumentación.

La Faloise encontraba muy aceptable á Naná; únicamente se atrevió á decir que lo sería mucho más, si cultivaba su voz. Entonces, Steiner, que no escuchaba ya, pareció despertar sobresaltado. Por lo demás, era preciso esperar. Quién sabe si la cosa se echaría á perder en los actos siguientes. El público se había mostrado complaciente, pero la verdad es que aun no estaba entusiasmado. Mignon juraba que la obra no concluiría, y como Fauchery y la Faloise los dejaron para subir al salón de descanso, tomó del brazo á Steiner y se arrimó á su hombro, diciéndole al oído:

—Vais á ver el traje de mi mujer en el segundo acto... ¡es hasta allí!

Arriba, en el salón, las tres arañas de cristal despedían viva luz. Los dos primeros vacilaron un momento; la puerta vidriera, cerrada, dejaba ver, de uno á otro extremo de la galería, un oleaje de cabezas, que dos corrientes arrastraban en continuo remolino. Sin embargo, entraron. Cinco ó seis grupos, hablando en alta voz y gesticulando, obstruían el centro del paso; los demás andaban por filas, girando sobre sus talones, que golpeaban el encerado pavimento. A derecha é izquierda, entre las columnas de mármol jaspeado, las mujeres, sentadas en banquillos de terciopelo rojo, miraban el oleaje que pasaba, con aire de fatiga, como abrumadas por el calor; y tras de ellas, en los altos espejos, se veían sus moños. En el fondo, delante del aparador, un hombre de abultado abdomen bebía un refresco.

Fauchery, para respirar, había salido al balcón. La Faloise, que examinaba las fotografías de las actrices, en cuadros interpolados con los espejos, entre las columnas, concluyó por seguirle. Acababan de apagar la guirnalda de gas de la cornisa del teatro. Estaba obscuro y hacía fresco en aquel balcón, que les pareció vacío. Únicamente un joven, rodeado de sombra, apoyado en la balaustrada de piedra, en la abertura de la derecha, fumaba un cigarrito, cuyo fuego relucía. Fauchery reconoció á Daguenet. Y cambiaron un apretón de manos.

—¿Qué hacéis aquí, querido?—preguntó el periodista.—¿Vos en estos rincones, cuando nunca abandonáis la butaca, los días de estreno?

—Ya veis que estoy fumando,—respondió Daguenet. Entonces, Fauchery, para apurarlo:

—¡Bien!—añadió,—¿qué os parece la debutante?... ¡En los pasillos la tratan muy mal!

—¡Oh!—murmuró Daguenet,—¡serán algunos á quienes habrá despreciado.

Este fué todo su juicio sobre el talento de Naná. La Faloise se inclinaba, mirando al bulevar. Enfrente, las ventanas de un hotel y de un casino estaban vivamente iluminadas, mientras que, en la acera, una masa oscura de consumidores ocupaba las mesas del café de Madrid. A pesar de lo avanzado de la hora, la muchedumbre era considerable; andaban á paso corto; del pasaje Jouffoy salía gente sin cesar, y algunos se veían precisados á esperar cinco minutos, antes de poder cruzar el bulevar, gracias á la interminable fila de coches.

—¡Qué movimiento! ¡qué ruido!—repetía la Faloise, á quien París asombraba todavía.

Oyóse el prolongado retintín de la campanilla y el salón quedó vacío. La gente se aglomeraba en los pasillos. Ya estaba levantado el telón, y aun los concurrentes entraban por bandadas, no sin excitar el malhumor de los espectadores sentados. Cada cual vol-



vía á ocupar su sitio, animada la faz y atenta nuevamente. La primera ojeada de Faloise fué para Gagé, no siendo su asombro poco al ver junto á ella á aquel rubio alto que, momentos antes, estaba en el palco de Lucy.

—¿Cómo dices que se llama aquel caballero?—preguntó.

Fauchery no le veía.

—¡Ah, sí, Labordette!—dijo al fin con el mismo gesto de indiferencia.

La decoración del segundo acto fué una sorpresa. La escena pasaba en un baile de arrabal, en la «Boule Noire», en pleno martes de carnaval; un coro de pierrots entonaba una ronda, cuyo estribillo acompañaba á talonazos. Esta escapatoria truhanesca, que el público estaba lejos de esperar, agradó tanto, que hubo de repetirse. Y allí era donde la comitiva de los dioses iba á proceder á su información, engañada por Isis, que se jactaba falsamente de que conocía la Tierra. Para conservar su incógnito, se habían disfrazado. Júpiter apareció vestido de rey Dagoberto, con sus calzas al revés y una gran corona de hojalata. Febo iba de Postillón de Lonjumeau, y Minerva de nodriza normanda. Una salva de risotadas acogió á Marte, que vestía un traje extravagante de Almirante suizo. Pero las carcajadas hicieronse escandalosas al ver á Neptuno de blusa, con una gorra piramidal, y patillas pegadas á las sienes, arrastrando sus pantufllos y diciendo con voz grosera: «¿Y qué? ¡cuando uno es buen mozo, hace bien dejándose amar!» Oyéronse unos cuantos «oh! oh!» en tanto que las señoras levantaban un poco sus abanicos. Lucy, en su palco proscenio, reía tan ruidosamente, que Carolina Héquet hubo de hacerla callar con un abanicazo.

Desde aquel momento, la obra estaba salvada, y se dejaba entrever un gran éxito. Aquel carnaval de los dioses, el Olimpo arrastrado por el fango, toda una religión, toda una poesía befiadas, parecieron exquisi-

to bocado. La fiebre de la irreverencia se apoderaba del mundo literato de los estrenos; pateábase la leyenda, quebrábanse las antiguas imágenes. Júpiter tenía una hermosa cabeza, Marte estaba al pelo. La dignidad real se trocaba en farsa, y el ejército en bufonada. Cuando Júpiter, enamorado repentinamente de una lavanderita, se puso á danzar un cancan desenfrenado. Simona, que hacía de Lavandera, lanzó un puntapié á las narices del rey de los dioses, llamándole tan chuscamente «papaíto mío» que el teatro en peso estalló en frenética hilaridad. Mientras danzaban, Febo obsequiaba á Minerva con un ponche y Neptuno reinaba entre siete ú ocho mujeres, que le regalaban pastelillos. Cogíanse las alusiones, añadiéndoseles obscenidades; las voces más inofensivas eran desviadas de su sentido por las exclamaciones del patio. Hacía largo tiempo que el público de un teatro no se había revolcado en tan irrespetuosa necedad. Esto le regocijaba.

Entretanto la acción seguía adelante, en medio de tales locuras. Vulcano, vestido muy elegante, en traje amarillo y guantes amarillos y su lente en el ojo, corría siempre en pos de Venus que, por fin, llegaba vestida de verdulera, con pañuelo en la cabeza, sumamente escotada y ornada de gruesas joyas. Estaba Naná tan blanca, tan regordeta y tan en su elemento en su personaje de robustas caderas y mórbida garganta, que al momento se enseñoreó del teatro. Por ella hasta olvidaron á Rosa Mignon, vestida de delicioso bebé, con su chichonera y su vestido de museлина, que acababa de suspirar las quejas de Diana con encantadora voz. La otra, la gruesa moza que se golpeaba los muslos, que cacareaba como una gallina, exhalaba en torno de ella un olor de vida, una omnipotencia de mujer, que embriagaban al público. Desde el segundo acto todo se le permitió: mantenerse mal en escena, no cantar una nota afinada, desmemoriarse; no tenía más que volverse hacia el patio y

reír, para arrancar bravos. Cuando daba su famoso golpe de cadera, la orquesta se enardecía, y el entusiasmo volaba de galería en galería, hasta la bóveda de la sala. Así, pues, cuando se puso á dirigir el baile, fué un triunfo. Estaba allí como en su casa, en jarras, representando una Venus del arroyo, en el borde de una acera. Y la música parecía hecha para su voz arrabalesca, una música de dulzaina, un regreso de feria de Saint Cloud, con estornudos de clarinete.

Dos números enteros merecieron los honores de la repetición. El vals de la sinfonía, aquel vals de picaresco ritmo, reaparecía y arrebatava á los dioses. Juno, disfrazada de labradora, atrapaba á Júpiter con su lavanderita y le abofeteaba. Diana sorprendiendo á Venus mientras daba una cita á Marte, apresurábase á comunicar el sitio y la hora á Vulcano, que exclamaba: «Tengo un plan.» Lo demás no parece muy claro. La información acababa en un galop final, después de la cual Júpiter, sofocado, bañado en sudor y sin corona, declaraba que las mujercitas de la Tierra eran deliciosas y que la culpa de todo la tenían los hombres.

Bajaba el telón cuando, dominando los bravos, unas voces gritaron violentamente:

—¡Todos! ¡todos!

Entonces, el telón volvió á levantarse y los artistas salieron cogidos de la mano. En el centro, Naná y Rosa Mignon, una al lado de otra, hacían reverencias. El público aplaudía y la «claque» aclamaba. Después, lentamente, la sala quedó vacía.

—He de ir á saludar á la condesa Muffat,—dijo la Faloise.

—Bueno; así me representarás,—respondió Fauchery.—Y nos despediremos en seguida.

Mas no era cosa fácil llegar á los palcos del primer piso. En aquel pasillo las gentes se aplastaban materialmente. Para adelantar por entre los grupos, era

preciso adelgazarse, deslizarse, valiéndose de los codos. Arrimado á la pared, debajo de una lámpara de bronce donde brillaba un mechero de gas, el crítico grueso juzgaba la obra, ante un círculo que le escuchaba con la mayor atención. Algunos, al pasar, le nombraban entre sí, á media voz. Todo el acto había estado riendo, tal era el rumor de los pasillos; y no obstante, se mostraba muy severo, y hablaba del buen gusto y de la moral. A corta distancia, el crítico de los labios delgados demostraba una benevolencia de saborcillo ingrato, como la leche que se agria.

Fauchery examinaba los palcos, de una ojeada, por las aberturas redondas de las puertas. Pero el conde de Vandevres le detuvo, interrogándole, y cuando supo que los dos primeros iban á saludar á los Muffat, les indicó el palco número 7, del que precisamente acababa de salir. Después, inclinándose al oído del periodista:

—Decid, querido: ¿No sería esa Naná la que vimos una noche, en la esquina de la calle de Provence?

—¡Sí! ¡tenéis razón!—exclamó Fauchery;—bien decía yo que no me era desconocida.

La Faloise presentó á su primo al conde Muffat de Beauville, quien se mostró muy frío. Pero al oír el nombre de Fauchery la condesa había levantado la cabeza y, con una frase discreta, felicitó al cronista por sus artículos del *Figaro*. Apoyada en el terciopelo de la barandilla, habíase ladeado un tanto en dirección á los recién venidos, con un delicado movimiento de hombros. Hablaron un rato y la conversación recayó sobre la Exposición Universal.

—Será magnífica,—dijo el conde, cuya faz angulosa y regular conservaba una gravedad oficial.—Esta mañana he visitado el Campo de Marte... y he quedado maravillado.

—Aseguran que no estarán terminados los trabajos

á tiempo,—se aventuró á decir la Faloise;—hay allí un atascadero...

Pero el conde, con su acento severo, le interrumpió:

—Lo estarán... El emperador lo quiere.

Fauchery refirió, jovialmente, que corrió peligro de quedarse encerrado en el acuario, cuando estaba en construcción, un día que había ido allí á buscar asunto para un artículo. La condesa sonreía. De vez en cuando, miraba al patio, levantando uno de sus brazos, cuyo blanco guante le llegaba hasta el codo, y abanicábase con indolente mano. La sala, vacía casi, dormitaba. En el patio, algunos caballeros leían los periódicos; en los palcos las señoras recibían, como en su casa. Reinaba un cuchicheo de sociedad de buen tono debajo de la lucerna, cuya claridad se amortiguaba en el polvillo levantado con el vaivén del entreacto. En las puertas de los pasillos los hombres se apiñaban para contemplar á las mujeres que habían quedado sentadas; y allí permanecían inmóviles un minuto, alargando el cuello, ostentando la pechera de sus blancas camisas.

—Contamos con vos para el martes próximo,—dijo la condesa á la Faloise.

E invitó á Fauchery, quien se inclinó. No hablaron de la obra, ni pronunciaron el nombre de Naná. El conde observaba una dignidad tan fría, que se le hubiera creído en alguna sesión del Cuerpo legislativo. Unicamente, para explicar su presencia, dijo que su suegro era aficionado al teatro. La puerta del patio había quedado abierta y el marqués de Chouard, que hubo de salir para dejar su sitio á las visitas, erguía su alta estatura de anciano, sombreada su blanca y pálida faz por un sombrero de anchas alas, y seguía con sus enturbiados ojos á las mujeres que pasaban.

En cuanto la condesa hubo formulado su invitación, despidióse Fauchery, comprendiendo que sería incon-

veniente hablar de la obra. La Faloise fué el último en salir del palco. Acababa de vislumbrar, en el palco proscenio del conde de Vandevres, al rubio Labordette, instalado á sus anchas, y conversando muy de cerca con Blanca de Sivry.

—¿Con qué, es decir,—exclamó al reunirse á su primo,—que el tal Labordette conoce á todas las mujeres?... ¡Mirale ahora con Blanca!

—Sin duda que las conoce á todas,—respondió tranquilamente Fauchery.—¿De dónde sales, que ignoras eso, querido?

El pasillo estaba algo despejado. Iba á bajar Fauchery, cuando Lucy Steward le llamó. Estaba en el fondo, á la puerta de su palco. Se asaba allá dentro, según decía; y ocupaba toda la anchura del pasillo, en compañía de Carolina Héquet y su madre, comiendo unos dulces. Una acomodadora conversaba maternalmente con ellas. Lucy rió al periodista; ¡vaya qué finura, subir á visitar á otras mujeres y ni siquiera llegar á saber si las amigas tenían sed! Después, abandonando este tema:

—Has de saber, querido,—le dijo,—que encuentro muy guapa á esa Naná.

Pretendía que Fauchery se quedase en su palco durante el último acto; mas él se equivocó, ofreciendo que pasaría á buscarlas á la salida. Llegados abajo los dos primos, salieron á la puerta para fumar un cigarrillo. Un tropel de gente obstruía la acera, formado por una cola de concurrentes que había bajado la gradería para aspirar el fresco de la noche, en medio del ronquido menguante del bulevar.

Entretanto, Mignon acababa de llevarse á Steiner al café de Variedades. En vista del triunfo de Naná, había empezado á hablar de ella con entusiasmo, mientras vigilaba al banquero con el rabillo del ojo. Le conocía muy á fondo; pero dos veces ya, le había ayudado á engañar á Rosa y luego, una vez extin-

guido el capricho, le conducía á sus pies, arrepentido y fiel.

En el café, los consumidores, demasiado numerosos, se apiñaban en torno de las mesas de mármol; algunos bebían en pie, precipitadamente, y los grandes espejos reflejaban al infinito aquella confusión de cabezas, agrandando desmesuradamente el angosto salón, con sus tres arañas, sus banquillos de gutapercha y su escalera de caracol, tapizada de rojo. Steiner fué á sentarse ante una mesa de la primera sala abierta sobre el bulevar y de la cual habían quitado las puertas más pronto de lo que la estación requería; y al ver pasar á Fauchery y la Faloise, les retuvo:

—Venid á tomar un bock con nosotros.

Una idea le preocupaba; quería hacer arrojar un ramo á Naná. Por último, llamó á uno de los mozos del café, á quien daba familiarmente el nombre de Augusto. Mignon, que estaba en escucha, le clavó una ojeada tan penetrante, que el banquero se quedó turbado y balbuceando:

—Dos ramos, Augusto, y entregadlos á la acomodadora; uno para cada una de las señoras, en el momento oportuno ¿estamos?

En el otro extremo de la sala, apoyada la nuca en el marco de un espejo, manteníase inmóvil una joven, de dieciocho años cuando más, como entorpecida por una larga é inútil espera. Bajo los rizos naturales de sus preciosos cabellos de color de ceniza, ofrecía un rostro virginal, de ojos aterciopelados, dulces y cándidos, y llevaba un vestido de seda verde desteñido, con sombrero de castor, desfondado á pescozones. El fresco de la noche la ponía muy pálida.

—¡Toma! ¡allá está Satín!—murmuró Fauchery al verla.

La Faloise le interrogó. ¡Bah! ¡era una corriente de bulevar, cualquier cosa! Pero tan pilluela, que daba gusto oírla hablar. Y el periodista, alzando la voz:

—¿Qué haces ahí, Satín?—le preguntó.

—Me estoy «enmerdando» (1)—respondió la joven tranquilamente, sin moverse.

Los cuatro hombres, á tal contestación, se echaron á reír.

Mignon aseguraba que no había necesidad de apresurarse; veinte minutos por lo menos eran menester para colocar la decoración del acto tercero. Pero los dos primos, que habían bebido su cerveza, resolvieron subir, sentían frío. Entonces Mignon, á solas ya con Steiner, se apoyó sobre los codos y, en voz muy baja:

—Quedamos entendidos, ¿eh?—le dijo;—iremos á su casa, yo os presentaré... Pero esto queda entre nosotros, mi mujer no necesita saber nada.

Vueltos á sus butacas, Fauchery y la Faloise observaron en un palco de segundo piso á una linda mujer, modestamente vestida. Estaba al lado de un señor de aspecto grave, un jefe de sección del Ministerio del Interior, á quien la Faloise conocía, por haberle encontrado en casa de los Muffat. Por su parte Fauchery creía que la mujer honrada que tenía un querido, ni más, ni menos; pero siempre un hombre de respeto.

En esto, hubieron de volver la cabeza. Daguinet les sonreía. Desde que Naná había obtenido éxito, ya no se ocultaba, y acababa de dar una vuelta triunfal por los pasillos. El jovencito escapado del colegio, ni siquiera había abandonado la butaca en el estupor de admiración en que le sumiera Naná. ¡Aquella, aquella era una mujer! y encendido el rostro, se ponía y se quitaba maquinalmente los guantes. Después, oyendo su vecino hablar de Naná, se atrevió á interrogarle: —Dispensad, caballero ¿conocéis á esa señora que representa?

1) Aburriendo á más no poder. (N. del T., tomada de Rigaud.)

—Sí, un poquillo,—murmuró Daguinet, inquieto y vacilando.

—Entonces, ¿debéis saber dónde vive?

La pregunta era tan chusca, dirigida á él precisamente, que le dieron intenciones de contestarla con un bofetón.

—No,—dijo con sequedad.

Y volvió la espalda. El rubito, comprendiendo que acababa de cometer alguna inconveniencia, se ruborizó más aun y quedó como azorado.

Sonaron los tres golpes de reglamento; las acomodadoras se empeñaban en devolver las prendas, cargadas de abrigos y de gabanés, en medio de la gente que entraba. La «claque» aplaudió la decoración: una gruta del monte Etna, abierta en una mina de plata, cuyos lados brillaban, como escudos recién acuñados; en el fondo, la fragua Vulcano parecía la puesta del sol. Diana, desde la segunda escena, se ponía de acuerdo con el dios, que debía fingir un viaje para dejar libre el sitio á Venus y á Marte. Después, apenas quedaba sola Diana, cuando llegaba Venus.

Un estremecimiento recorrió la sala entera. Naná aparecía desnuda; desnuda, sí, con una tranquilidad audaz, segura de la omnipotencia de su carne. Una sencilla gasa la envolvía; sus hombros redondos, su seno de amazona, cuyas rosadas extremidades se mantenían tiesas y rígidas como puntas de lanza, sus anchas caderas, que se movían en voluptuoso balanceo, sus muslos de rubia gruesa, todo su cuerpo se adivinaba, veía, debajo del transparente tejido, blanco como la espuma. Era Venus saliendo de las ondas, sin más velo que su luenga cabellera. Y cuando levantaba los brazos, vislumbrábanse á las luces de la batería, los dorados pelos de sus sobacos. No hubo aplausos. Nadie reía. Los rostros de los hombres, serios, se estiraban, adelgazada la nariz, irritada la boca y sin saliva. Parecía como si por la sala hubiera pasado un viento muy tenue, preñado de una sorda amenaza. De

repente, en la niña bonachona se erguía la mujer, alarmante, aportando el arrebatado de locura de su sexo, descubriendo lo desconocido del deseo. Naná sonreía siempre, pero con una sonrisa de devora hombres.

—¡Caramba!—dijo sencillamente Fauchery á la Fa-loise.

Marte, entretanto, acudía á la cita, con su penacho, y se encontraba con las diosas. Aquí había una escena, que Pruliére desempeñó ingeniosamente; acariciado por Diana, que quería intentar sobre él un postrer esfuerzo antes de entregarle á Vulcano, mimado por Venus, á quien la presencia de su rival estimulaba, abandonábase á estas delicias, con el aspecto plácido de gallo de azúcar. Un gran terceto ponía fin á esta escena; y en este momento apareció una acomodadora en el palco de Lucy Stewart y arrojó á las tablas dos enormes ramos de lilas. Tronó una salva de aplausos, y Naná y Rosa Mignon saludaron, mientras Pruliére recogía los dos ramos. Varios abonados del patio volvieron la cabeza, sonriendo, hacia la localidad ocupada por Steiner y Mignon. El banquero, colorado como un pavo, tenía agitada la barba por pequeños movimientos convulsivos, como si sintiera un nudo en la garganta.

Lo que siguió después, acabó de entusiasmarse á los concurrentes. Diana, furiosa, se había marchado. Inmediatamente, Venus sentada en un banco de musgo, llamó á su lado á Marte. Nunca se había osado á presentar en el teatro una escena de seducción tan ardiente. Naná, ciñendo con los brazos el cuello de Pruliére, le atraía hacia sí, cuando Fontan, entregándose á una mímica de furor burlesco, exagerando al personaje de un esposo ultrajado que sorprende á su mujer en flagrante delito, apareció en el fondo de la gruta. Llevaba la famosa red de mallas de acero. Durante un momento, la balanceó cual pescador que va á echar el esparavel, y, por medio de un ingenioso mecanismo, Venus y Marte quedaron cogidos en la tram-

pa, rodeados por la red, inmovilizados en su postura de amantes felices.

Surgió un murmullo, como suspiro que va hinchándose. Algunas manos batieron palmas, todos los gemelos estaban fijos sobre Venus. Paulatinamente, Naná se había ido enseñoreando del público, y actualmente, cada hombre sufría su dominación. El vaho que de ella se exhalaba, como el de una bestia en celo, habíase ido extendiendo y llenaba la sala. A la sazón, todos sus movimientos infundían el deseo, y un solo gesto de su meñique bastaba para enardecer las carnes. Las espaldas se arqueaban, vibrando como si sus músculos estuviesen frotados por invisibles arcos; las nuca mostraban agitados sus vellos al impulso de soplos tibios y errantes salidos de no se sabe qué boca de mujer. Fauchery veía enfrente de él al colegial escapado, á quien la pasión levantaba de su butaca. Tuvo curiosidad de mirar al conde de Vandeuves y le vió muy pálido, mordiéndose los labios, á Steiner, cuya faz apoplética estaba á punto de estallar, á Labordette, que asestaba los gemelos con el aire sorprendido de chalán que admira una yegua perfecta, y á Daguenet, cuyas orejas enrojecidas se agitaban gozosas. Después, un instinto le hizo echar una mirada haacia atrás y quedó asombrado de lo que pasaba en el palco de los Muffat; á espaldas de la condesa, pálida y seria, erguíase el conde, con la boca abierta y el rostro jaspeado de rojas manchas, en tanto que, a su lado, en la sombra, los turbios ojos del marqués de Chouard se habían trocado en ojos de gato, fosforescentes, salpicados de oro. Hacía un calor sofocante, las cabelleras se aplastaban sobre las cabezas sudorosas. En las tres horas transcurridas desde que comenzara el espectáculo, los alientos habían calentado el aire con un olor humano. En el reflejar del gas, los polvillos en suspensión condensábanse, inmóviles debajo de la lucerna. La sala entera vacilaba, atacada de un vértigo, fatigada y excitada, presa de esos

deseos adormilados de media noche que balbucean en el fondo de las alcobas. Y Naná, en presencia de aquel público subyugado, de aquellos mil quinientos espectadores hacinados, anegados en el abatimiento y en el desorden nervioso de un final de espectáculo, permanecía victoriosa con su marmórea carne y su sexo asaz fuerte para aniquilar á toda aquella gente sin de ello resentirse.

La representación terminó. A los gritos triunfantes de Vulcano, el Olimpo en peso desfilaba por delante de los amantes, con exclamaciones de estupefacción y de jovialidad. Júpiter decía «Hijo mío, has sido muy necie, llamándonos á que viésemos eso.» Después, tenía lugar una reacción en favor de Venus. El coro de los cornudos, introducido nuevamente por Isis, suplicaba al señor de los dioses que no continuara su información; desde que las mujeres pasaban el día en casa, la vida se hacía imposible para los maridos; preferían quedar engañados y contentos, y aquí estribaba la moraleja de la obra. En seguida, ponían á Venus en libertad. Vulcano obtenía una separación de cuerpos, Marte reanudaba sus amorios con Diana. Júpiter, para tener paz en su matrimonio, mandaba á su lavanderita á vivir en una constelación. Y por último, sacaban al Amor de su calabozo, donde se había entretenido haciendo pajaritas, en vez de conjugar el verbo «amar.» El telón bajó después de la apotheosis, en la que el coro de los cornudos, arrodillado, entonaba un himno de gratitud á Venus, sonriente y engrandecida en su soberana desnudez.

Los espectadores, levantados ya, se encaminaron á las puertas. Se anunció el nombre de los autores y hubo dos llamados á la escena, entre una tempestad de bravos. El grito «¡Naná! ¡Naná!» circuló furiosamente. Después, sin estar aún vacía la sala, quedó casi á oscuras; la batería se apagó, la lucerna redujo sensiblemente su luz, las largas colgaduras de lienzo gris surgieron de los palcos, cubriendo los do-

rados de las galerías; y aquella sala, poco há tan enardecida, tan ruidosa, cayó de repente en un sueño pesado, llenándose de un olor de moho y de polvillo. La condesa Muffat, en pie junto á la barandilla de su palco, forrada de abrigos, y esperando á que los concurrentes hubiesen salido, contemplaba la sombra.

En los pasillos, las acomodadoras, codeadas por el gentío perdían la cabeza entre los montones de prendas caídas al suelo. Fauchery y la Faloise se habían apresurado para asistir á la salida. A lo largo del vestíbulo, los hombres formaban fila, en tanto que, por la doble escalera, lentamente, bajaban, con regularidad y compactas, dos interminables colas de gente. Steiner, arrastrado por Mignon, había sido de los primeros en salir. El conde de Vandeuves partió, dando el brazo á Blanca de Sivry. Por un momento, Gagé y su hija parecieron hallarse perplejas; pero Labordette corrió á tomarles un carruaje, cuya portezuela cerró galante, tras de ellas. Nadie vió pasar á Daguene. Mientras el escapado de colegio, ardientes sus mejillas, decidido á esperar ante la puerta de los artistas, corría hacia el Pasaje de los Panoramas, cuya verja encontró cerrada, Satin, que estaba de pie en la acera, pasó junto á él, rozándole con su falda; pero el adolescente, desesperado, rehusó brutalmente y en seguida desapareció por entre la muchedumbre, bañados los ojos en lágrimas de dolor y de impotencia. Los espectadores encendían sus cigarros y se alejaban tarareando: «Cuando Venus ronda por la noche...» Satin, había vuelto á estacionarse delante del café de Variedades, donde Augusto le dejaba comer los restos de azúcar abandonado por los consumidores. Por fin, un hombre gordo, que salía muy enardecido, se la llevó consigo, en las sombras del bulevar.

Aun continuaba bajando gente. La Faloise esperaba á Clarisa; Fauchery había ofrecido acompañar á Lucy Stewart, con Carolina Héquet y su madre. Acababan de llegar al vestíbulo y permanecían en uno

de los ángulos, riendo muy alto, cuando pasaron los Muffat, con aire glacial. En aquel momento Bordenave, asomando la cabeza á una puertecita, obtenía de Fauchery la formal promesa de una revista. Estaba nadando en sudor, purpúrea la faz, como embriagado por el éxito.

—Lo menos dáis doscientas representaciones.—le dijo con galantería la Faloise.—¡Todo París desfilará por vuestro teatro!

Mas Bordenave, enfadándose, y designando con un brusco movimiento de barba al público que llenaba el vestíbulo, aquella aglomeración de hombres de labios secos, ojos ardientes, dominados por el deseo de poseer á Naná, gritó con violencia:

—¡Dí por mi burdel, maldito testarudo!

## II

El día siguiente, á las diez, aun estaba durmiendo Naná. Ocupaba, en el bulevar Haussmann, el segundo piso de una casa nueva, cuyo propietario arrendaba las habitaciones á señoras solas, á fin de que le «secasen las paredes» (1). Un rico negociante de Moscou, que había venido á pasar el invierno en París, la instalara allí, pagando un semestre anticipado. La habitación demasiado vasta para ella, nunca había sido amueblada por completo; y con Injo chillón, consolas y sillas doradas, entremezclábase con mue-

(1) *Secar las paredes*: Habitar una casa recién construida. Cuando se acabó de edificar el barrio *Saint Georges*, los alquileros se cotizaban á bajo precio, á fin de atraer inquilinos. Las muchachas de vida equívoca se refugiaron allí, recibieron la denominación de *loretas* y secaron no pocas paredes. De aquella fecha data esta locución. Hoy día, el *secamiento de las paredes* es más caro; opérase principalmente en la calle *Mauveuge*, con el concurso de las *loretas* del día, llamadas: *biches*, *cocottes*, *bellespépites*, etcétera. (N. del T., tomada de *Bignaud*.)

rados de las galerías; y aquella sala, poco há tan enardecida, tan ruidosa, cayó de repente en un sueño pesado, llenándose de un olor de moho y de polvillo. La condesa Muffat, en pie junto á la barandilla de su palco, forrada de abrigos, y esperando á que los concurrentes hubiesen salido, contemplaba la sombra.

En los pasillos, las acomodadoras, codeadas por el gentío perdían la cabeza entre los montones de prendas caídas al suelo. Fauchery y la Faloise se habían apresurado para asistir á la salida. A lo largo del vestíbulo, los hombres formaban fila, en tanto que, por la doble escalera, lentamente, bajaban, con regularidad y compactas, dos interminables colas de gente. Steiner, arrastrado por Mignon, había sido de los primeros en salir. El conde de Vandeuves partió, dando el brazo á Blanca de Sivry. Por un momento, Gágá y su hija parecieron hallarse perplejas; pero Labordette corrió á tomarles un carruaje, cuya portezuela cerró galante, tras de ellas. Nadie vió pasar á Dagueuet. Mientras el escapado de colegio, ardientes sus mejillas, decidido á esperar ante la puerta de los artistas, corría hacia el Pasaje de los Panoramas, cuya verja encontró cerrada, Satin, que estaba de pie en la acera, pasó junto á él, rozándole con su falda; pero el adolescente, desesperado, rehusó brutalmente y en seguida desapareció por entre la muchedumbre, bañados los ojos en lágrimas de dolor y de impotencia. Los espectadores encendían sus cigarros y se alejaban tarareando: «Cuando Venus ronda por la noche...» Satin, había vuelto á estacionarse delante del café de Variedades, donde Augusto le dejaba comer los restos de azúcar abandonado por los consumidores. Por fin, un hombre gordo, que salía muy enardecido, se la llevó consigo, en las sombras del bulevar.

Aun continuaba bajando gente. La Faloise esperaba á Clarisa; Fauchery había ofrecido acompañar á Lucy Stewart, con Carolina Héquet y su madre. Acababan de llegar al vestíbulo y permanecían en uno

de los ángulos, riendo muy alto, cuando pasaron los Muffat, con aire glacial. En aquel momento Bordenave, asomando la cabeza á una puertecita, obtenía de Fauchery la formal promesa de una revista. Estaba nadando en sudor, purpúrea la faz, como embriagado por el éxito.

—Lo menos dáis doscientas representaciones.—le dijo con galantería la Faloise.—¡Todo París desfilará por vuestro teatro!

Mas Bordenave, enfadándose, y designando con un brusco movimiento de barba al público que llenaba el vestíbulo, aquella aglomeración de hombres de labios secos, ojos ardientes, dominados por el deseo de poseer á Naná, gritó con violencia:

—¡Dí por mi burdel, maldito testarudo!

## II

El día siguiente, á las diez, aun estaba durmiendo Naná. Ocupaba, en el bulevar Haussmann, el segundo piso de una casa nueva, cuyo propietario arrendaba las habitaciones á señoras solas, á fin de que le «secasen las paredes» (1). Un rico negociante de Moscou, que había venido á pasar el invierno en París, la instalara allí, pagando un semestre anticipado. La habitación demasiado vasta para ella, nunca había sido amueblada por completo; y con Injo chillón, consolas y sillas doradas, entremezclábase con mue-

(1) *Secar las paredes*: Habitar una casa recién construida. Cuando se acabó de edificar el barrio *Saint Georges*, los alquileros se cotizaban á bajo precio, á fin de atraer inquilinos. Las muchachas de vida equívoca se refugiaron allí, recibieron la denominación de *loretas* y secaron no pocas paredes. De aquella fecha data esta locución. Hoy día, el *secamiento de las paredes* es más caro; opérase principalmente en la calle *Mauveuge*, con el concurso de las *loretas* del día, llamadas: *biches*, *cocottes*, *bellespépites*, etcétera. (N. del T., tomada de *Bignaud*.)



bles de revendedora, veladores de caoba, y candelabros de zinc imitando bronce florentinos. Aquello transcendía á cortesana abandonada demasiado pronto por ser primer protector formal, caída en brazos de amantes de medio pelo, todo un debutar difícil, un lanzamiento frustrado, trabado por negativas de crédito y amenazas de expulsión.

Naná dormía boca abajo, estrechando entre sus desnudos brazos la almohada en la que se hundía su rostro, pálido de sueño. La alcoba y el tocador eran las dos únicas piezas que un tapicero del barrio había adornado con esmero. Al rayo de luz que se deslizaba por debajo de una cortina, distinguíanse el mobiliario de palosanto, las colgaduras y las sillas de damasco bordado de grandes flores azules sobre fondo gris. En la tibia atmósfera de aquella adormecida alcoba, despertó sobresaltada Naná, como sorprendida al notar un vacío cerca de ella. Miró la segunda almohada que yacía al lado de la suya, conservando aún, en medio de los bordados, la huella de otra cabeza y, tentando con la mano, apretó el botón de un timbre eléctrico en la cabecera de la cama.

—¿Ha salido?—preguntó á la doncella que acudiera.

—Sí, señora, el señorito Pablo se ha marchado, hará unos diez minutos... Como la señora estaba fatigada, no ha querido despertarla; pero me ha encargado decir á la señora que volverá mañana.

Mientras hablaba, Zoé, la doncella, abría las persianas. Penetró la luz del día. Zoé, muy morena, peinada con muchos ricitos, tenía una cara alargada como hocico de perro, lívida y llena de costurones, nariz chata, labios gruesos y ojos negros en movimiento perpetuo.

—Mañana, mañana,—repetía Naná, aun medio dormida,—¿es ese el día, mañana?

—Sí, señora, el señorito Pablo siempre ha venido en miércoles.

—¡Ah! ¡no! ¡ahora recuerdo!—exclamó la joven, sen-

tándose en la cama.—Todo ha cambiado. Quería decirse esta mañana... ¡Se encontraría con el morito, y tendríamos un lance!

—La señora no me ha prevenido, yo no podía saber...—murmuró Zoé.—Cuando la señora cambie sus turnos, hará bien en advertírmelo, para que yo sepa... ¿Según eso, el viejo avaro no entra ya los martes?

Aplicaban así, entre ellas, en broma, esos nombres de morito y de viejo avaro á los dos hombres que pagaban: un comerciante del arrabal Saint Denis, de temperamento económico, y un valaco, un pretendido conde, cuyo dinero, muy irregular, tenía un extraño olor. Daguinet se había hecho otorgar los días que seguían á los del viejo avaro, y como el comerciante había de estar muy temprano en su tienda, el joven, desde las ocho, acechaba su partida, en la cocina de Zoé, y corría á ocupar su sitio, aun caliente, hasta las diez; después, se marchaba á sus negocios. Naná y él encontraban el arreglito muy cómodo.

—¡Tanto peor!—dijo ella,—le escribiré esta tarde... Y si no recibiese mi carta, mañana le impediréis entrar.

Entretanto, Zoé andaba suavemente por la alcoba. Hablaba del gran triunfo de la víspera. ¡La señora acababa de demostrar tanto talento! ¡cantaba tan bien! ¡ah! ¡la señora podía dormir tranquila en lo sucesivo!

Naná, con el codo apoyado en la almohada, sólo contestaba con movimientos de cabeza. Su camisa se había deslizado y sus cabellos sueltos, desordenados, rodaban sobre sus hombros.

—Sin duda,—murmuró ella, pensativa;—pero ¿cómo arreglarlo hasta entonces?... ¡Voy á tener hoy toda especie de aburrimientos...! ¡Veamos! ¿ha vuelto á subir esta mañana el portero?

Entonces las dos conversaron gravemente. Debían tres trimestres de alquiler, y el propietario amenazaba con

el embargo. Además, tenían un sin fin de acreedores: un alquiler de coches, una modista, un zapatero, un carbonero y otros y otros, que cada día subían á instalarse en un banquillo del recibimiento; el carbonero sobre todo, se mostraba terrible, y desde la escalera empezaba á vociferar. Pero el mayor sentimiento de Naná era su pequeño Luisito, un hijo que parió á los dieciséis años y que tenía en casa de su nodriza, en un pueblecito de los alrededores de Rambouillet. Aquella mujer reclamaba trescientos francos por devolver á Luisito. Presa de una crisis de amor maternal, desde su última visita á su hijo, desesperábase Naná por no poder realizar un proyecto trocado ya en idea fija: pagar á la nodriza y trasladar al niño á casa de su tía, la señora Lerat, en Batignolles, donde iría á verle con la frecuencia que se le antojara.

A todo esto, la doncella indicaba que la señora debía confiar sus necesidades al viejo avaro.

—¡Eh! ya se lo he dicho todo esta mañana—gritó Naná,—y me ha contestado que tenía demasiados vencimientos á que atender. El morito está tronado estos días; creo que ha perdido en el juego... En cuanto al pobre Mimi, necesitaría que primero le presentasen á él; la baja le ha dejado en seco, y ni siquiera puede regalarme flores.

Se refería á Daguenet. En el abandono de su despertar, no tenía secretos para Zoé. Esta, habituada á tales confidencias, las recibía con respetuosa simpatía. Puesto que la señora se dignaba hablarle de sus negocios, bien podía ella permitirse decir su parecer. Ante todo, quería mucho á la señora Blanca, ¡y sabe Dios si la señora Blanca hacía cuanto hay que hacer para que volviese á su servicio! No le faltaban colocaciones, pues era bastante conocida; pero prefería permanecer en casa de la señora, á pesar de sus apuros, porque tenía confianza en el porvenir de la señora. Y acabó por precisar sus consejos. Cuando una es joven, no es extraño que haga tonterías. Actualmente,

era preciso andar escamada, porque los hombres no pensaban sino en divertirse. ¡Oh! ¡no se presentarían pocos! La señora no tendría que decir más que una palabra para calmar á sus acreedores y encontrar cuanto dinero necesitase.

—Todo eso no me da trescientos francos,—respondió Naná, hundiendo sus dedos en su despeinado moño.—Necesito trescientos francos hoy mismo, en seguida... Encocora eso de no conocer á uno que dé trescientos francos.

Si tuviese tanta suerte, calculaba que habría enviado á Rambouillet á su tía Lerat, á quien precisamente esperaba aquella mañana. Su capricho contrariado le amargaba el triunfo de la víspera. ¡Pensar que, entre todos los hombres que la habían aplaudido, no se encontraría siquiera uno que le diese quince luises! Además, ella no podía aceptar así como así. ¡Dios mío! ¡cuán desgraciada era! Y volvía á pensar en su hijito, que tenía unos hermosos ojos de querubín y balbuceaba: «¡Mamá!» con una voz tan graciosa, que había para morirse de risa.

Pero en aquel momento, dejóse oír la campanilla eléctrica de la puerta de entrada, con su vibración rápida y temblorosa. Zoé, que saliera á enterarse, volvió, murmurando con aire confidencial:

—Es una mujer.

Más de veinte veces había visto á la tal mujer; pero afectaba siempre no conocerla ó ignorar cuáles eran sus relaciones con las mujeres apuradas.

—Me ha dicho su nombre... La señora Tricón.

—¡La Tricón!—exclamó Naná.—¡Toma! es verdad; no me acordaba de ella... Hacedla entrar.

Zoé introdujo una señora vieja, alta, peinada á la inglesa, con el talante de una condesa que frecuenta los estudios de abogado. Después se escurrió, deslizándose sin ruido, con ese movimiento flexible de reptil, peculiar de toda doncella discreta al salir de una alcoba cuando entra en ella un caballero. Por lo de

más, hubiera podido quedarse. La señora Tricón ni siquiera se sentó. No hubo más que un breve cambio de palabras:

—Tengo un señor para vos, hoy. ¿Queréis?

—Sí... ¿Cuánto?

—Veinte luises.

—¿A qué hora?

—A las tres... ¿convenido?

La Tricón habló después del tiempo que hacía, un tiempo seco que convidaba á pasear. Aun tenía que ver á cuatro ó cinco personas más. Y se largó, consultando su librito de memorias. Cuando estuvo sola, pareció Naná hallarse libre de un gran peso. Sintiendo en los hombros un soplo algo frío, se arrebujó en el lecho caliente, voluptuosa, perezosa, como gata friolenta. Poco á poco, volvieron á cerrarse sus ojos, sonriente á la idea de vestir con un lindo traje á Luisito, al día siguiente; á la vez en que, en el sueño que nuevamente se apoderaba de ella, reproducíase un ensueño febril de toda la noche, la tempestad prolongada de aplausos, como rumor continuo que mecía su fatiga.

A las once, cuando Zoé introdujo á la señora Lerat en la alcoba, aun dormía Naná; mas se despertó al ruido, exclamando inmediatamente:

—¡Ahl ¿eres tú?... Hoy irás á Rambouillet.

—A eso vengo,—dijo la tía.—A las doce y veinte sale un tren. Tengo tiempo para tomarle.

—No, hasta más tarde no tendré el dinero,—repuso la joven desperezándose, elevando el pecho.—Almorzarás, y después, veremos.

Zoé traía un peinador.

—Señora,—murmuró,—aquí está el peluquero.

Pero Naná no quiso pasar al tocador, y gritó:

—Entrad, Francisco.

Un caballero, vestido correctamente, empujó la puerta, y saludó. Precisamente, en aquel momento Naná saltaba de la cama, desnudas las piernas. No por eso

se apresuró; tendió las manos para que Zoé pudiese ponerle las mangas del peinador. Y Francisco, muy á sus anchas, con aire digno, esperaba, sin volver la cabeza. Después, cuando estuvo sentada comenzó el peluquero á pasarle el peine, y habló:

—Tal vez la señora no ha leído los periódicos... El *Figaro* trae un artículo precioso.

Había comprado este diario. La señora Lerat se caló los anteojos y leyó el artículo en voz alta, en pie, junto á la ventana. Erguía su estatura de gendarme y su nariz contralase, cada vez que pronunciaba algún adjetivo galante. Era una crónica de Fauchery, escrita al salir del teatro; dos columnas muy fogosas, preñadas de ingeniosa malignidad contra la artista y de brutal admiración por la mujer.

—¡Excelente!—repetía Francisco.

¡A Naná la tenía muy sin cuidado que se burlasen de ella por su voz! Era muy amable ese Fauchery; ya le recompensaría ella su galantería. La señora Lerat, después de leer por vez segunda el artículo, declaró bruscamente que todos los hombres tenían el diablo en las pantorrillas, y se negó á dar mayores explicaciones, satisfecha con esta alusión picaresca que ella sola comprendía. Y Francisco, acabando de levantar y de anudar los cabellos de Naná, saludó diciendo:

—Repararé los periódicos de la tarde... Como de costumbre ¿no es así? ¿á las cinco y media?

—¡Traedme un bote de pomada y una libra de almendras de casa de Boissier!—le gritó Naná á través del salón, en el momento en que cerraba la puerta.

Entonces las dos mujeres, solas, se acordaron de que no se habían dado un beso; y se besaron ampliamente las mejillas. El artículo las enardecía. Naná, medio dormida hasta entonces, vióse poseída de nuevo por la fiebre de su triunfo. ¡Vaya! ¡linda mañana debía estar pasando Rosa Mignon! Como su tía no había querido asistir al teatro, porque, según decía, las emociones le trastornaban el estómago, la

sobrina empezó á referirle la yelada, embriagándose en su propio relato, como si París en peso se hubiese desplomado bajo los aplausos. Después, interrumpiéndose de improviso, preguntó riendo si podía habersele ocurrido nunca á alguien que alcanzase ella tanto éxito, cuando arrastraba su trasero de granuja por la calle de la Goutte d' Or. La señora Lerat movía la cabeza. No, no tal; ¡jamás se hubiera previsto! Y á su vez habló, adoptando un aire grave, y llamándola hija mía. ¿Acaso no era ella su segunda madre, desde que la verdadera había ido á reunirse con su papá y abuelita? Naná, enternecida, estuvo á pique de llorar. Pero la señora Lerat repetía que lo pasado, pasado estaba ¡oh! un sucio pasado, cosas que no debían removerse cada día. Por espacio de largo tiempo había cesado de visitar á su sobrina, pues la familia la acusaba de que se perdía en compañía de la pequeña. ¡Como si esto fuera posible, gran Dios! Ella no le exigía confidencias y creía que había vivido siempre muy honradamente. A la sazón, bastábale encontrarla en una posición desahogada y ver que tenía buenos sentimientos por su hijo. Todavía hay en este mundo honradez y trabajo.

—¿De quién es el chico?—preguntó interrumpiéndose, brillando en sus ojos una curiosidad aguda.

Sorprendida, Naná, vaciló un momento.

—De un señor,—respondió.

—¡Toma!—repuso la tía,—¡pues no decían que lo tuviste con un albañil que te zurraba!... En fin ya me lo contarás un día de estos; ¡ya sabes que soy discreta!... Por mi parte, te lo cuidaré, como si fuese hijo de un príncipe.

Había dejado el oficio de florista y vivía de sus economías; seiscientos francos de renta, reunidos sueldo sobre sueldo. Naná ofreció alquilarle una bonita habitación, y además le daría cien francos al mes. Al oír esta cifra, la tía se exaltó y gritó á su nieta que los exprimiase cuanto pudiera; hablaba de los hom-

bres. Las dos volvieron á besarse. Pero, en mitad de su gozo, Naná, al hacer que recayese la conversación sobre Luisito, pareció entristecida por un repentino recuerdo.

—¡Me carga eso de haber de salir á las tres!—murmuró,—¡qué fastidio!

En aquel momento entró Zoé, anunciando que estaba servido el almuerzo. Pasaron al comedor, donde hallaron una señora de cierta edad sentada ya ante la mesa. Ni siquiera se había quitado el sombrero, y vestía un traje oscuro de color indeciso. Naná no pareció admirarse de verla allí, y sólo le preguntó por qué no había entrado en la alcoba.

—He oído hablar,—respondió la vieja,—y he creído que estabais acompañada.

La señora Maloir (así se llamaba), dama de aire respetable y de modales distinguidos, servía de vieja amiga á Naná; era su pareja oficial y la acompañaba siempre. La presencia de la señora Lerat pareció inquietarla. Después, cuando supo que era su tía, la miró afable, con pálida sonrisa. Entre tanto Naná, que decía tener el estómago en los talones, se abalanzaba sobre los rábanos, tragándolos sin pan. La señora Lerat, ceremoniosa, no quiso rábanos, pues le daban pituita. Después, cuando Zoé hubo traído las chuletas, Naná gazmió la carne contentándose con chupar los huesos. De vez en cuando, examinaba con el raballo del ojo el sombrero de su vieja amiga.

—¿Es el sombrero nuevo que os regalé?—preguntó por fin.

—Sí, lo he reformado,—murmuró la señora Maloir, con la boca llena.

Era un sombrero muy extravagante, muy abierto en la frente, y adornado con una inmensa pluma. La señora Maloir tenía la manía de reformar todos los sombreros; sabía lo que le sentaba mejor, y en un abrir y cerrar de ojos transformaba en un horrible casquete el más elegante sombrero. Naná, que precisamente le

había regalado aquel, para no tener que avergonzarse de ella, cuando salían juntas, estuvo á punto de enfadarse.

Y gritó:

—¡Quitáoslo ahora al menos!

—No, gracias,—respondió la vieja con dignidad:—no me estorba, puedo comer perfectamente con él.

Después de las chuletas, presentaron un plato de coliflor y unos restos de pollo frío. Pero Naná á cada nuevo servicio hacía una ligera mueca, titubeando, olfateando, y dejándolo todo en su plato. Terminó su almuerzo con unos dulces.

Hubo un gran rato de sobremesa. Zoé no quitó los manteles para servir el café. Los comensales se habían limitado á separar al centro sus platos. Continuaban hablando de la triunfal velada de la víspera, Naná liaba cigarrillos, que luego fumaba columpiándose, recostada en una silla. Y como Zoé había permanecido allí, arrimada contra el aparador, con los brazos colgantes, ocurrióseles pedirle que refiriese su historia. Se decía hija de una comadrona de Bercy, á quien los negocios le habían salido mal; primero había entrado en casa de un dentista; después, en la de un agente de seguros, pero aquello no le convenía; y luego enumeraba, con una especie de orgullo, las señoras á quienes había servido en calidad de doncella. Zoé hablaba de estas señoras, como si hubiese tenido su fortuna en su mano. De seguro que, á no ser por ella, á algunas les hubiera pasado lances muy chuscos. Así, un día que la señora Blanca estaba con el señorito Octavio, presentóse de sopetón el viejo, ¿y qué hace Zoé? finge caerse al atravesar el salón, el viejo se precipita, corre á la cocina en busca de un vaso de agua y el señorito Octavio se escurre.

—¡Excelente ocurrencia!—dijo Naná, que la escuchaba con tierno interés, con una especie de sumisa admiración.

—A mí me han sucedido muchas desgracias...—comenzó la señora Lerat.

Y, aproximándose á la señora Maloir, le hizo confidencias. Ambas estaban saboreando sendos vasos de agua azucarada, fortalecida con una respetable porción de cognac. Pero la señora Maloir recibía los secretos de los demás, sin soltar ni el más mínimo de los suyos. Decíase que vivía de una pensión misteriosa, en una habitación donde nadie penetraba.

De repente, Naná se exaltó:

—Tía, no juegues con los cuchillos... Ya sabes que eso me trastorna.

Sin advertirlo, la señora Lerat acababa de poner dos cuchillos en cruz sobre la mesa. Por lo demás, la joven negaba que fuese supersticiosa. Así, la salvedad no significaba nada, como los viernes, tampoco; pero eso de los cuchillos podía más que ella; era cosa que jamás había fallado. De seguro que le sucedería algo desagradable. Después, bostezó, y con aire de profundo tedio:

—¡Las dos ya!—dijo;—he de salir, ¡qué aburrimiento!

Las dos viejas se miraron. Y las tres movieron la cabeza, sin hablar. Ciertamente, que aquello no siempre era divertido. Naná se había recostado de nuevo en su silla, encendiendo otro cigarrillo, mientras que las dos viejas se mordían los labios, por discreción, llenas de filosofía.

—Mientras os esperamos, echaremos un tute,—dijo la señora Maloir, al cabo de un rato.—¿Jugáis al tute, vos?

En efecto la señora Lerat lo jugaba á la perfección. Era inútil llamar á Zoé, que había desaparecido; un rincón de la mesa bastaría, y levantaron el mantel por encima de los platos sucios. Pero mientras la señora Maloir se dirigía en persona á coger la baraja en un cajón del aparador, díjole Naná que, antes de empezar á jugar, le agradecería que le escri-

biese una carta. A ella le fastidiaba eso de escribir, pues no estaba muy segura de su ortografía, al paso que su vieja amiga dictaba unas cartas llenas de sentimiento. Corrió á buscar papel de lujo en su alcoba. Una botella de tinta, de tres sueldos, á guisa de tintero, yacía sobre un mueble, con una pluma llena de herrumbre. La carta iba dirigida á Daguene. La señora Maloir escribió, en su hermosa letra inglesa: «Querido mío», y después le avisaba que no viniese al día siguiente, porque «no podía ser»; pero: «de lejos, como de cerca, en todos los instantes, su pensamiento estaba con él.»

—Y termino con: «mil besos»,—murmuró.

La señora Lerat había dado su aprobación á cada frase, con un movimiento de cabeza. Sus ojos despedían llamas; desvivíase por verse mezclada en asuntos de corazón. Así, pues, quiso poner algo de su cosecha, y adoptando un aire tierno, arrullador:

«—Mil besos... en tus hermosos ojos»,—dijo.

—Sí, sí: «Mil besos en tus hermosos ojos!»—repitió Naná, mientras una expresión beatífica se pintaba en los rostros de las dos viejas.

Llamaron á Zoé para que bajase á entregar la carta á un recadero. Precisamente la doncella estaba conversando con el avisador del teatro que llevaba á la señora el programa de ensayo, olvidado por la mañana. Naná hizo que entrase éste y le encargó que llevara la carta á casa de Daguene, al marcharse. Y luego, empezó á interrogarle. ¡Oh! El señor Bordenave estaba contentísimo; tenía despachadas ya todas las localidades para ocho funciones; la señora no podía imaginarse el número de personas que iban á preguntar sus señas, desde la mañana. Cuando se hubo ido el avisador, Naná dijo que sólo estaría fuera media hora á lo más. Si iban algunas visitas, Zoé las haría esperar. Mientras hablaba, oyóse la campanilla. Era uno de los «ingleses» el alquilador de coches, que se había insalado ya en el banquillo del reci-

bimiento. Este podía estarse mano sobre mano hasta la noche; nada le urgía.

—¡Ea, valor!—dijo Naná, entorpecida de pereza, bostezando y desmerezándose de nuevo.—¡Ya debería estar allá!

Sin embargo, no se movía. Seguía con la vista el juego de su tía, que acababa de acusar las cuarenta. Con la barba en la mano, permanecía absorta. Pero se sobresaltó al oír que daban las tres:

—¡Voto á!—exclamó brutalmente.

Entonces, la señora Maloir que contaba las bazas, la estimuló, con voz meliflua:

—Hija mía, mejor sería que despachaseis ese encargo cuanto antes.

—Date prisa,—dijo la señora Lerat mezclando las cartas. Tomaré el tren de las cuatro y media, si estás de vuelta con el dinero á las cuatro.

—¡Oh! ¡no durará mucho!—murmuró la joven.

En diez minutos, Zoé la ayudó á ponerse un vestido y un sombrero. La tenía sin el menor cuidado el presentarse mal perfeñada. Disponíase á salir, cuando sonó la campanilla. Esta vez era el carbonero. ¿Y qué? ya podía hacer compañía al alquilador de coches; eso les distraería. Sólo que, temiendo un escándalo, atravesó la cocina y se largó por la escalera de servicio. Por allí pasaba á menudo, y con remangarse un poco el vestido, salía tan limpia á la calle, como por la escalera principal.

—A una buena madre debe perdonársele todo,—dijo sentenciosamente la señora Maloir, cuando quedó sola con la señora Lerat.

—Veinte en espadas,—respondió ésta, que se apasionaba por el juego.

Y ambas se empeñaron en una partida interminable.

La mesa no había sido levantada. Llenaba el comedor una niebla turbia, compuesta de las emanaciones del almuerzo y del humo de los cigarrillos. Las

dos viejas iban saboreando terroncillos de azúcar, sin dejar de jugar, y hacía veinte minutos ya que se dedicaban á esta noble operación cuando á un tercer retintín de la campanilla entró Zoé bruscamente y las empujó, con la mayor tranquilidad.

—¿Oís? ¡vuelven á llamar!... No podéis estaros aquí. Si continúa llegando gente, necesitareé toda la casa. ¡Ea! ¡arriba! ¡arriba!

La señora Maloir quería acabar la partida; pero, viendo á Zoé decidida á desbaratarles las cartas, resolvióse á recoger la baraja, con el mejor orden, mientras la señora Lerat sacaba de la mesa la botella de coñac, los vasos y el azúcar. Y las dos se refugiaron en la cocina, instalándose ante un ángulo de la mesa, entre las rodillas que se estaban secando y el lebrillo, lleno todavía de agua de fregar.

—Llevo acusadas sesenta... jugad.

—¡Oros!

Cuando Zoé volvió, las encontró de nuevo absortas. Al cabo de un silencio, mientras la señora Lerat mezclaba las cartas, preguntó la señora Maloir:

—¿Quién hay?

—¡Oh! ¡nadie!—contestó negligentemente la doncella,—¡un sietemesino!... Yo quería despedirle, pero es tan lindo, sin pelo de barba, con sus ojos azules y su rostro de niña, que he acabado por decirle que esperase. Lleva un enorme ramo, del que no ha consentido desprenderse... ¡merecería que se le diese una zurra... un enamorado que debería estar aún en el colegio!

La señora Lerat fué á buscar una botella de agua para preparar un grog; los terroncillos de azúcar le habían originado una sed viva. Zoé murmuró que, por su parte, también se echaría al colete otro grog, pues, según dijo, tenía la boca amarga como la hiel.

—Y ¿dónde le habéis dejado?

—¡Toma! en el gabinete del fondo, en el cuartito que está sin amueblar... Hay allí no más que una

maleta de la señora y una mesa. Es donde alojo á los novatos...

Y echaba abundante azúcar en su grog, cuando la campanilla la hizo saltar. ¡Por vida del ¡ni beber la dejarían tranquilamente? La cosa prometía, si el campanileo comenzaba ya. Sin embargo, corrió á abrir. Y á su vuelta, viendo que la señora Maloir la interrogaba con los ojos:

—Nada; ¡un ramillete!

Las tres refrescaron, brindando con un movimiento de cabeza. Sonaron, uno tras de otro, dos tintineos más, mientras Zoé levantaba por fin la mesa, colocándola ordenadamente los platos en el vasar. Pero no eran visitas de importancia. Tenía ya la cocina arreglada, y repitió dos veces su desdeñosa frase:

—Nada; ¡un ramillete!

Sin embargo, las viejas, entre dos jugadas, no pudieron menos que reirse, oyéndole contar la facha que ponían los acreedores, en el recibimiento, á la llegada de cada nuevo ramo. La señora encontraría sus flores en el tocador. ¡Lástima que eso costara tan caro y no pudiese venderse después, ni por diez sueldos! En resumen; dinero perdido y mucho.

—Yo,—dijo la señora Maloir,—me contentaría con tener de renta lo que los hombres gastan cada día en flores para las mujeres en París.

—No pedís mucho, que digamos,—murmuró la señora Lerat.—Con eso bastaría para comprar el hilo de la costura... Veinte en espadas, querida.

Eran las cuatro menos diez. Zoé, sorprendida, no acertaba á explicarse cómo tardaba tanto en regresar la señora. Ordinariamente, cuando la señora tenía precisión de salir, por la tarde, despachaba la cosa en un abrir y cerrar de ojos. Pero la señora Maloir declaró que una no siempre podía arreglar las cosas á medida de su antojo. La verdad es que hay tropiezos en la vida,—decía la señora Lerat.—Lo mejor es esperar; si su sobrina tardaba, debía ser porque

sus ocupaciones la retenían ¿verdad? Por lo demás, no se pasaba mal el tiempo allí. Se estaba muy bien en la cocina. Y, no teniendo espadas, la señora Lerat jugó copas.

El timbre volvía á sonar. Cuando Zoé reapareció, estaba muy animada:

—¡Hijas mías! ¡el grueso Steiner!—dijo desde la puerta, bajando la voz,—á ese le he llevado al saloncito.

Entonces la señora de Maloir habló del banquero á la señora Lerat, que no conocía á estos señores. ¿Estaría dispuesto quizá á romper sus relaciones con Rosa Mignon? Zoé meneaba la cabeza, pues sabía algo. Pero tuvo precisión de ir á abrir otra vez.

—¡Bueno! ¡una bomba!—murmuró al regresar.—¡El morito! Por más que le he dicho y repetido que la señora estaba fuera, se ha empeñado en instalarse en la alcoba... No lo esperábamos hasta la noche.

A las cuatro y cuarto, todavía no había vuelto Naná. ¿Qué diablos estaría haciendo? Aquello carecía de sentido común. Trajeron otros dos ramos. Zoé aburrida, miró si aun quedaba café; así se desvelarían; pues se estaban durmiendo, aplomadas en sus sillas; tomando continuamente cartas del montón, con el mismo gesto. Dió la media. Decididamente, algún percance le había pasado á la señora. Y cuchicheaban entre sí.

De repente la señora Maloir, olvidando toda circunspección, acusó, con voz estrepitosa:

—¡Tute de reyes!... ¡He ganado!

—¡Callaos, mujer!—dijo Zoé encolerizada.—¿Qué van á pensar estos señores?

Y en el silencio que reinó, en el sofocado murmullo de las dos viejas que se querellaban, un ruido de pasos rápidos subió por la escalera de servicio. Era Naná, por fin. Aun antes que se hubiese abierto la puerta, se oía su resuello. Entró muy encendida; con brusco ademán. Su vestido, cuyos tirantes se habían roto sin duda, barria los escalones y los volantes acababan de empaparse en un reguero de podre-

dumbre, deslizado desde el piso primero, cuya criada era una sucia en toda la extensión de la palabra.

—¡Ya estás de vuelta! ¡no es poca dicha!—exclamó la señora señora Lerat, con los labios contraídos, vejada aun por el tute de la señora Maloir.—¡Puedes jactarte de que sabes hacer esperar á las gentes!

—¡La señora no ha estado razonable, en verdad!—añadió Zoé.

Naná, que ya llegaba descontenta; se exasperó al oír estos reproches. ¡Así la recibían, después del aburrimiento que acababa de pasar!

—¡Dejadme en paz, ca!—gritó.

—¡Psit! ¡señora! ¡hay visitas!—dijo la doncella.

Entonces, bajando la voz, la joven murmuró; jadeante: —¿Acaso creéis que me he divertido? Aquello era cuento de nunca acabar. Ya hubiera querido veros en mi lugar... La sangre me hervía; tentaciones me han dado de emprenderla á cachetes... ¡Y ni un mal coche para volver! Afortunadamente, está á dos pasos de aquí. Pero no importa; he corrido de lo lindo.

—¿Traes el dinero?—preguntó la tía.

—¡Vaya una pregunta!—respondió Naná.

Habíase sentado en una silla, junto al hornillo, movidas las piernas por la carrera, y, sin tomar aliento, sacó del corsé un sobre, en el que había cuatro billetes de cien francos. Los billetes se veían por una gran desgarradura que ella había hecho con dedo brutal, para cerciorarse del contenido. Las tres mujeres, á su alrededor, contemplaban fijamente el sobre, de grueso papel estrujado y sucio, entre sus pequeñas manos enguantadas. Era demasiado tarde ya; la señora Lerat no iría hasta el día siguiente á Rambouillet. Naná entraba en grandes explicaciones.

—Señora, hay visitas que esperan,—repitió la doncella.

Pero la joven se encolerizó de nuevo. Que se esperasen las visitas, hasta que ella hubiese despacha-



do sus negocios. Y como su tía extendiese la mano hacia el dinero:

—¡Ah! ¡todo no!—dijo,—trescientos francos para la nodriza; cincuenta para tu viaje y gastos; son trescientos cincuenta... Los cincuenta restantes me quedo con ellos.

La gran dificultad fué encontrar cambio. En la casa no había diez francos siquiera. No se preguntó si podía dar la vuelta la señora Maloir, que escuchaba con aire desinteresado, pues nunca llevaba en el bolsillo más que los seis sueldos del ómnibus. Por fin salió Zoé diciendo que iba á ver en su baul, y volvió con cien francos en monedas de cien sueldos. Contáronlos sobre un ángulo de la mesa. La señora Lerat se despidió en seguida, ofreciendo que el día siguiente regresaría con Luisito.

—¿Decís que hay visitas?—repuso Naná, siempre sentada, reposando.

—Sí, señora, tres personas.

Y empezó nombrando al banquero. Naná hizo una mueca. ¡Si creería ese Steiner que se dejaría engatusar porque le había arrojado un ramillete la vispera!

—Además,—declaró,—ya tengo de sobra. No recibo. Id á decirles que no me esperen.

—Reflexiónelo la señora, y reciba al señor Steiner; —murmuró Zoé sin moverse, con aire grave, enojada de ver á su ama á punto de hacer una nueva necesidad.

Después, habló del valaco, que debía empezar á encontrar pesada la espera, en la alcoba. Entonces Naná, furiosa, se obstinó más aun. ¡A nadie, á nadie absolutamente quería ver! ¿Quién demonios le habían echado encima á un hombre tan pegajoso?

—¡Mandadles á todos á paseo! Yo voy á echar un tute con la señora Maloir. Prefiero esto.

El timbre le cortó la palabra. Aquello fué el colmo. ¡Otro pelma más! Prohibió á Zoé que fuese á

abrir. Esta, sin escucharla, había salido de la cocina. Cuando reapareció, dijo con acento de autoridad, entregando dos tarjetas:

—He contestado que la señora recibía... Esos señores están en el salón.

Naná se había levantado furiosa. Pero al leer los nombres del marqués de Chouard y del conde Muffat de Beauville en las tarjetas, se calmó, y permaneció un momento callada.

—¿Quiénes serán esos?—preguntó por fin.—¿Les conocéis acaso?

—Al más viejo, sí,—respondió Zoé contrayendo los labios, con ademán discreto.

Y viendo que su señora continuaba interrogándola con la vista, añadió sencillamente:

—Le he visto en cierto sitio.

Esta frase pareció decidir á Naná. Abandonó con pesar la cocina, ese tibio refugio donde podía charlar á sus anchas, al olor del café, que se calentaba sobre un resto de lumbre. Allí dejaba á la señora Maloir que, á la sazón, jugaba al solitario, y no se había quitado el sombrero, sino que, para ponerse más cómoda, acababa de desatar sus cintas y echárselas á la espalda.

En el tocador, donde Zoé le ayudó rápidamente á ponerse una bata, vengábase Naná de los aburrimientos que le causaban, mascullando soñdos juramentos contra los hombres. Estas palabrotas, apenaban á la doncella, pues veía con disgusto que la señora no se desprendería tan pronto de sus primitivos modales. Hasta se atrevió á suplicar á su señora que se calmase.

—¡Quiá!—respondió Naná con el mayor descaro,—¡precisamente eso les agrada! ¡son tan marranos!

Sin embargo, adoptó su aire de princesa, como solía decir. Zoé la había retenido, en el momento en que se dirigía al salón; y sin que nadie se lo mandara, introdujo en el tocador al marqués de Chouard y al conde Muffat. Era de más efecto.

—Señores,—dijo la joven con estudiada finura,—siento haberos hecho esperar.

Los dos hombres saludaron y se sentaron. Un transparente de tul bordado dejaba el gabinete á media luz. Era la pieza más elegante de la casa, tapizada de blanca tela, con un gran lavabo de mármol, un armario de luna tallado, una mecedora y sillones de raso azul. En el lavabo, los ramos de rosas, lilas y jacintos presentaban como una montaña de flores, de fuerte y penetrante perfume; mientras que en la tibia atmósfera, entre el insípido olor exhalado de las joyas, destacábase por momentos otro olor más agudo, procedente de algunas briznitas de patchulí seco, desmenuzadas en el fondo de una copa. Y, apelotonándose, ajustando su mal ceñida bata, Naná parecía como si se la hubiese sorprendido en su «toilette» con la piel húmeda todavía, sonriente, azorada en medio de sus blondas.

—Señora,—dijo gravemente el conde Muffat,—dispensadnos que hayamos insistido... Nos trae aquí una cuestión... El señor y yo somos miembros del comité de beneficencia del distrito.

El marqués de Chouard se apresuró á añadir, con ademán galante:

—Al saber que en esta casa vivía una actriz eminente, hemos pensado en recomendarle nuestros pobres, de un modo especial... El talento es hermano del corazón.

Naná fingía modestia. Contestaba con ligeros movimientos de cabeza, al par que hacía rápidas reflexiones. El viejo era sin duda quien había traído al otro; sus ojos eran demasiado atrevidos. Sin embargo, era preciso no fiarse mucho del otro, cuyas sienes se hinchaban significativamente; acaso había venido solo. Sí, eso debía ser; el portero les había dado sus señas y los dos se recomendaban cada uno por su cuenta.

—Verdaderamente, señores, habéis tenido mucha razón en subir,—dijo ella con perfecta amabilidad,

Pero el sempiterno sonido del timbre la hizo estremecerse. ¡Aun otra visita, y Zoé siempre abriendo! Y prosiguió:

—¡Qué bueno es poder aliviar á los que sufren! En el fondo sentíase lisonjeada.

—¡Ah! ¡señora!—añadió el marqués,—si supieseis cuánta miseria hay! Nuestro distrito tiene más de tres mil pobres, y sin embargo es uno de los más ricos. ¡No podéis figuraros cuántas lástimas: niños sin pan, mujeres enfermas, careciendo de todo socorro, muriendo de frío...!

—¡Pobre gente!—dijo Naná sumamente conmovida.

A tal grado había llegado su enternecimiento, que sus ojos se anegaron en llanto. Con un movimiento, habíase inclinado, sin pensar ya en fingir; y su abierta bata dejó entrever su seno, á la vez que sus rodillas extendidas dibujaban debajo de la delgada ropa, la redondez de su muslo. Un poco de sangre apareció en las terrosas mejillas del marqués. El conde Muffat, que iba á hablar, bajó los ojos. En aquel gabinete hacía demasiado calor, un calor sofocante de invernadero. Las rosas se ajaban y del patchulí de la copa surgía un olor embriagante.

—Una quisiera ser muy rica en estas ocasiones,—añadía Naná;—pero, en fin, una hace lo que puede... No dudéis, señores, que, á haberlo sabido...

Estaba á pique de soltar una necedad, en su enternecimiento. Así, pues, no concluyó la frase. Por un momento, permaneció perpleja, no recordando en qué sitio había dejado sus cincuenta francos, al cambiar de traje. Pero se acordó, por último, de que debían estar en un rincón del lavabo, debajo de un tarro de pomada invertido. Mientras se levantaba, resonó largamente el timbre. ¡Bueno! ¡Otro más! Aquello no acabaría nunca. El conde y el marqués se habían levantado también, y las orejas de éste se habían estremecido inclinándose en dirección á la puerta; sin duda conocían aquella índole de llamadas. Muffat le miró,

y ambos después separaron la vista. Uno á otro se estorbaban. Volvieron á adoptar su aspecto glacial; el uno tieso y sólido, con su cabellera abundante; el otro, irguiendo sus hombros flacos, sobre los que caía su corona de escasos cabellos blancos.

—¡A fe mía!—exclamó Naná, presentando sus diez enormes monedas de plata, y adoptando el partido de reir;—voy á hacerlos ir cargados... ¡Tomad para los pobres!

Y el adorable hoyuelo de su barba se ahuecaba. Tenía entonces todo el aire de buena muchacha, sin fingimiento, con la pila de monedas en su mano abierta, ofreciéndola á los dos hombres, como para decirles: «¡Vaya! ¿quién las quiere?» El conde, más listo que su compañero, cogió los cincuenta francos; pero quedó una moneda, para tomarla hubo de recogerla rozando la piel de la joven, una piel tibia y suave, que le causó un estremecimiento. Y ella, alegre, continuaba riendo.

—Va por esta vez, señores,—repuso.—Otra vez, espero que podré dar más.

Como ya no tenían pretexto, saludaron, dirigiéndose hacia la puerta. Pero en el momento en que iban á salir, sonó de nuevo el infatigable tintineo. El marqués no pudo ocultar una pálida sonrisa, mientras que una sombra obscureció la gravedad del conde. Naná los retuvo algunos segundos, para dar tiempo á que Zoé hallara otro rincón más. No le agradaba que se encontrasen las visitas en casa. Pero, lo que es á la sazón debía estar la casa atestada. Así, pues, vióse libre de un gran peso, al notar que estaba vacío el salón. ¿Habría escondido Zoé á los que esperaban, en los armarios?

—Hasta la vista, señores,—dijo, deteniéndose en el umbral del salón.

Y les envolvía en su sonrisa y en su clara mirada. El conde de Muffat se inclinó, trastornado, á pesar de su gran práctica del mundo, sintiendo nece-

sidad de aire, llevándose un vértigo de aquel tocador, un olor de flores y de mujer que le ahogaba. Y, tras de él, el marqués de Chouard, seguro de no ser visto, atreviéndose á dirigir á Naná un guiñito de ojos, descompuesta de repente su fisonomía y asomando la lengua al borde de los labios.

Cuando la joven volvió á su tocador, donde Zoé la esperaba con cartas y tarjetas, exclamando, riendo, en alta voz:

—¡Venir nada menos que un par de ricachos á birlarme mis cincuenta francos!

No lo decía enfadada; pero le parecía chusco que los hombres le hubiesen sacado el dinero á ella. De todos modos, eran unos marranos, pues la habían dejado sin un céntimo. Pero la vista de las cartas y de las tarjetas excitó de nuevo á su apaciguado mal humor. Las cartas, pase; procedían de señores que, después de haberla aplaudido la víspera, le dirigían declaraciones. En cuanto á los visitantes, podían muy bien irse á paseo.

Zoé los había colocado en todas partes; é hizo notar que la causa era muy cómoda, puesto que cada cuarto tenía puerta al corredor. No sucedía lo mismo en casa de la señora Blanca, donde era menester pasar por el salón cosa que había proporcionado no pocas desazones á la señora Blanca.

—Vais á despedirlos á todos,—repuso Naná terca en su idea.—Empezad por el morito.

—En cuanto á ese, no hace poco tiempo que le he dado pasaporte,—dijo Zoé sonriendo.—Su visita no tenía más objeto que decir á la señora que no podía venir esta noche.

Al oír esto Naná, alborozada, batió palmas. ¡No vendría! ¡qué ganga! ¡Quedaba, pues, libre! Y lanzaba suspiros de alivio; como si la hubiesen indultado del más abominable suplicio. Su primer pensamiento fué para Daguinet, el pobre gatito á quien precisamente le había escrito que se esperase hasta el jueves. ¡Na-

da! ¡la señora Maloir se había eclipsado, sin que nadie lo advirtiese, como acostumbraba. Entonces Naná, después de haber pensado en enviarle un recado, quedó indecisa. Estaba sumamente fatigada. ¡Qué felicidad sería dormir una noche entera! La idea de esta dicha acabó por decidirla. Bien podía darse ese gusto, por una vez.

—Me acostaré al volver del teatro,—murmuró recreándose ya de antemano;—y no me despertaréis antes de mediodía.

Después, alzando la voz:

—¡Ea! ¡Ahora poned á los demás en la escalera! Zoé no se movía. Si bien nunca se permitía aconsejar abiertamente á su señora, no dejaba de arreglárselas de manera que la señora pudiese sacar provecho de su experiencia, cuando la señora iba á hacer algún disparate con su mala cabeza.

—¿También al señor Steiner?—preguntó con voz breve.

—Seguramente,—respondió Naná.—Y á ese primero que los demás.

La doncella esperó un rato todavía, para dar tiempo á que la señora reflexionase. ¿No sería un orgullo para la señora poder arrebatarse á su rival, Rosa Mignon, un señor tan rico, conocido en todos los teatros?

—Despachad pronto, querida,—repuso Naná, que comprendía perfectamente,—y decidle que me encocora.

Pero, de repente, cambió de parecer; tal vez, el día siguiente, podía ocurrírsele ese antojo; y, con un gesto de granuja, riendo y guiñando los ojos:

—Al fin y al cabo,—exclamó:—si quiero pescarlo, lo más corto es ponerle de patitas en la calle.

Zoé quedó sorprendida. Contempló á la señora, presa de súbita admiración, y en seguida fué á despedir á Steiner, sin titubear.

En el interin, Naná aguardó algunos minutos, para darle el tiempo de «barrer el piso», como decía ella.

¡No se podía formar idea de semejante asalto! Asomó la cabeza al salón; estaba vacío. El comedor vacío también. Pero, mientras proseguía su visita, tranquilizada, segura de que ya no había nadie en la casa, tropezó de repente con un jovencillo, al empujar la puerta de su gabinetito. Estaba sentado en una alta maleta, muy tranquilo, con aire prudente, y un enorme ramillete sobre sus muslos.

—¡Ah! ¡Dios mío!—exclamó Naná.—Todavía uno ahí dentro.

El jovencito, al divisarla, se había puesto en pie, rojo como una amapola. Y no sabía qué hacer con su ramo, que pasaba de una mano á otra, sofocado por la emoción. Su juventud, su perplejidad, la chusca facha que tenía con su ramo, enternecieron á Naná, la cual soltó una franca carcajada. Con que ¿los niños también? ¡Los hombres se le presentaban en mantillas! Y se abandonó á su jovialidad, bonachona, maternal, golpeándose los mustos y preguntándole en broma:

—¿Quieres que te limpie los mocos, muchacho?

—Sí,—contestó el adolescente, en voz baja y suplicante.

Esta respuesta aumentó su hilaridad. El jovencito tenía diecisiete años, y se llamaba Jorge Hugon. Estuvo en Variedades la víspera. Y venía á verla.

—¿Son para mí esas flores?

—Sí.

—¡Dámelas, pues, bobalicón.

Y mientras ella cogía el ramo, el adolescente le agarró las manos con la vehemencia de su dichosa edad. La joven hubo de pegarle, para que la soltara. ¡Vaya un mocoso impaciente! A la vez que le reprendía, púsose Naná muy sonrosada y sonreía. Y le despidió, permitiéndole que volviese. El adolescente se tambaleaba, y no acertaba á dar con las puertas.

Naná se dirigió á su tocador, donde Francisco se presentó, casi en seguida, para peinarla definitivamente. La joven no se vestía hasta la noche. Sentada frente

al espejo, inclinando la cabeza entre las ágiles manos del artista, permanecía muda y pensativa, cuando entró Zoé diciendo:

—Señora, hay uno que no quiere marcharse.

—¡Pues bien! Déjalo,—contestó ella tranquilamente.

—Además, siguen llegando otros.

—¡Bah! díles que esperen. Cuando tengan bastante hambre, ya se irán.

Su antiguo carácter había sufrido una transformación. La encantaba eso de hacer esperar á los hombres. Una idea acabó de alegrarla: escapóse de las manos de Francisco y corrió ella misma á echar los cerrojos; actualmente, ya podían amontonarse unos sobre otros, que de seguro no penetrarían á través de la pared. Zoé entraría por la puerta de la cocina. Entre tanto, el timbre seguía resonando á más y mejor. Cada cinco minutos reproducíase el retintín agudo y sonoro, con su regularidad de máquina bien montada. Y Naná contaba los campanillazos, para distraerse.

De repente, le acudió un recuerdo,

—¿Y mis almendras?—preguntó.

También olvidaba las almendras Francisco. Sacó un cucurucho de uno de los bolsillos de su levita, con el gesto discreto de un hombre de mundo que ofrece un regalo á una amiga; sin embargo, nunca se olvidaba de cargarlos en la cuenta de sus honorarios. Naná colocó el cucurucho entre sus rodillas, y empezó á comer almendras, moviendo la cabeza á los ligeros empujes del peluquero.

—¡Pardiez!—murmuró al cabo de un silencio;—lo menos son una cuadrilla.

Tres veces, una tras otra, había resonado el timbre. Los retintines se precipitaban. Los había modestos, que balbuceaban con el temblor de una primera declaración de amor; atrevidos, vibrando á impulso de algún dedo brutal; urgentes, atravesando el aire con rápido estremecimiento. Una verdadera concerrada, como decía Zoé, una concerrada capaz de poner en revolu-

ción el barrio entero, toda una muchedumbre oprimiendo sucesivamente el botón de marfil. Ese truhán de Bordenave había dado las señas de la casa á demasiada gente; á ese paso, todos los concurrentes de la vispera iban á pasar por allí.

—A propósito, Francisco,—dijo Naná.—¿Lleváis encima cinco luses?

El peluquero retrocedió, examinó el peinado, y después, con la mayor tranquilidad:

—¡Cinco luses!... según y cómo...

—¡Oh!—repuso ella:—¡si os hacen falta garantías!...

Y, sin acabar la frase, con un gesto significativo, indicaba las habitaciones vecinas. Francisco prestó los cinco luses. Zoé, en los momentos de tregua, entraba para preparar la «toilette» de su señora. En breve, comenzó á vestirla, mientras el peluquero se aguardaba, queriendo dar la última mano al peinado. Pero, incesantemente, el timbre distraía á la doncella, que se veía obligada á dejar á su señora á medios lazos ó calzada solamente de un pie. A pesar de su experiencia, perdía la cabeza. Después de haber ido metiendo á los hombres por todas partes, utilizando los menores rincones, acababa de verse obligada á colocar tres ó cuatro juntos, lo cual contrariaba todos sus principios. ¡Tanto peor para ellos, si se comían unos á otros! ¡Así dejarían más espacio! Y Naná, muy atrancada, al abrigo de todos, se burlaba de ellos, diciendo que les oía resollar. Debían tener una linda facha, con la lengua colgada, á guisa de perritos sentados á la redonda sobre sus traseros. Aquello era la continuación de su triunfo de la vispera; la jauría de hombres la había seguido por el rastro.

—Con tal de que no rompan nada,—murmuró.

Y comenzaban á inquietarla los calientes alientos que penetraban á través de las rendijas, cuando Zoé introdujo á Labordette. La joven lanzó un grito de satisfacción. La Bordette quería hablarle de una cuen-

ta que había pagado por ella en el juzgado de paz. Mas ella no le escuchaba y repetía:

—Os llevo conmigo... Comeremos juntos... Desde allí, me acompañarás á Variedades... No entro en escena hasta las nueve y media.

¡El buen Labordette llegaba muy á propósito! Nunca pedía nada. No pasaba de ser el amigo de las mujeres, cuyos negocijos despachaba á las mil maravillas. Así, al pasar por el recibimiento, había despedido á los acreedores, los cuales, por otra parte, no querían que se les pagase, muy al contrario, si habían insistido, era con el solo objeto de felicitar á la señora y de reiterarle personalmente la oferta de sus servicios, después de su gran triunfo de la víspera.

—Larguémonos, larguémonos,—decía Naná, que estaba ya vestida.

Precisamente, Zoé regresaba entonces, gritando:

—Señora, renuncio á abrir... Hay una cola de gente en la escalera.

¡Una cola de gente en la escalera! El mismo Francisco, á pesar de la flemma inglesa que afectaba, se echó á reír, mientras recogía sus peines. Naná que había tomado del brazo á Labordette, le empujó hacia la cocina. Y se puso en salvo, libre ya de hombres, por fin dichosa, sabiendo que con Labordette podía estar sola en cualquier sitio, sin temer tonterías.

—A la vuelta, me acompañaréis hasta la puerta de casa,—dijo mientras bajaba la escalera de servicio.—Así, estaré segura... Figuráos que quiero dormir toda una noche; toda una noche para mí sola. ¡Un capricho, querido!

La condesa Sabina, como se habían acostumbrado á llamar á la señora Muffat de Beauville, para distinguirla de la madre del conde, fallecida el año ante-

rior, recibía todos los martes, en su palacio de la calle Miromesnil, esquina de la Penthievre. Era un vasto edificio cuadrado, habitado por los Muffat desde hacía más de un siglo; en la calle, la fachada alta y sombría, parecía dormida, melancólica cual convento, con inmensas persianas que casi siempre estaban cerradas en un jardincito húmedo, habían crecido algunos árboles, ávidos de sol, tan largos y tan delgados, que se veían sus ramas por encima de las tejas.

Aquel martes, á eso de las diez, apenas había una docena de personas en el salón. Cuando sólo esperaba visitas de intimidad, la condesa no abría el saloncito, ni el comedor. Se pasaba la velada más entre familia, y se hablaba al amor de la lumbre. El salón, por otra parte, era muy vasto y muy alto; cuatro ventanas daban al jardín, cuya humedad dejábase sentir en aquella lluviosa velada de fines de abril, á pesar de los enormes leños que en la chimenea ardían. Nunca penetraba allí el sol; de día, una claridad verdosa iluminaba apenas la estancia; y por la noche, cuando las lámparas y la araña estaban encendidas, aumentaba todavía su aspecto grave, con sus muebles de maciza caoba, sus colgaduras y sus sillones de terciopelo amarillo con anchos dibujos satinados. Reinaban allí una dignidad glacial, costumbres antiguas, un tiempo que pasó, exhalando un olor de devoción.

Sin embargo, en frente del sillón en que había fallecido la madre del conde, sillón cuadrado de madera pesada y tela resistente, al otro lado de la chimenea, la condesa Sabina estaba sentada en una lutaca, cuyo acolchado de seda roja tenía la blandura de la pluma. Era el único mueble moderno, un rasgo de capricho introducido en aquella severidad, chocante en grado sumo.

—Así pues, decía la joven señora,—tendremos al shah de Persia.

¡Hablaban de los soberanos que acudían á París!

ta que había pagado por ella en el juzgado de paz. Mas ella no le escuchaba y repetía:

—Os llevo conmigo... Comeremos juntos... Desde allí, me acompañarás á Variedades... No entro en escena hasta las nueve y media.

¡El buen Labordette llegaba muy á propósito! Nunca pedía nada. No pasaba de ser el amigo de las mujeres, cuyos negocijos despachaba á las mil maravillas. Así, al pasar por el recibimiento, había despedido á los acreedores, los cuales, por otra parte, no querían que se les pagase, muy al contrario, si habían insistido, era con el solo objeto de felicitar á la señora y de reiterarle personalmente la oferta de sus servicios, después de su gran triunfo de la víspera.

—Larguémonos, larguémonos,—decía Naná, que estaba ya vestida.

Precisamente, Zoé regresaba entonces, gritando:

—Señora, renuncio á abrir... Hay una cola de gente en la escalera.

¡Una cola de gente en la escalera! El mismo Francisco, á pesar de la flema inglesa que afectaba, se echó á reír, mientras recogía sus peines. Naná que había tomado del brazo á Labordette, le empujó hacia la cocina. Y se puso en salvo, libre ya de hombres, por fin dichosa, sabiendo que con Labordette podía estar sola en cualquier sitio, sin temer tonterías.

—A la vuelta, me acompañaréis hasta la puerta de casa,—dijo mientras bajaba la escalera de servicio.—Así, estaré segura... Figuráos que quiero dormir toda una noche; toda una noche para mí sola. ¡Un capricho, querido!

La condesa Sabina, como se habían acostumbrado á llamar á la señora Muffat de Beauville, para distinguirla de la madre del conde, fallecida el año ante-

rior, recibía todos los martes, en su palacio de la calle Miromesnil, esquina de la Penthievre. Era un vasto edificio cuadrado, habitado por los Muffat desde hacía más de un siglo; en la calle, la fachada alta y sombría, parecía dormida, melancólica cual convento, con inmensas persianas que casi siempre estaban cerradas en un jardincito húmedo, habían crecido algunos árboles, ávidos de sol, tan largos y tan delgados, que se veían sus ramas por encima de las tejas.

Aquel martes, á eso de las diez, apenas había una docena de personas en el salón. Cuando sólo esperaba visitas de intimidad, la condesa no abría el saloncito, ni el comedor. Se pasaba la velada más entre familia, y se hablaba al amor de la lumbre. El salón, por otra parte, era muy vasto y muy alto; cuatro ventanas daban al jardín, cuya humedad dejábase sentir en aquella lluviosa velada de fines de abril, á pesar de los enormes leños que en la chimenea ardían. Nunca penetraba allí el sol; de día, una claridad verdosa iluminaba apenas la estancia; y por la noche, cuando las lámparas y la araña estaban encendidas, aumentaba todavía su aspecto grave, con sus muebles de maciza caoba, sus colgaduras y sus sillones de terciopelo amarillo con anchos dibujos satinados. Reinaban allí una dignidad glacial, costumbres antiguas, un tiempo que pasó, exhalando un olor de devoción.

Sin embargo, en frente del sillón en que había fallecido la madre del conde, sillón cuadrado de madera pesada y tela resistente, al otro lado de la chimenea, la condesa Sabina estaba sentada en una lutaca, cuyo acolchado de seda roja tenía la blandura de la pluma. Era el único mueble moderno, un rasgo de capricho introducido en aquella severidad, chocante en grado sumo.

—Así pues, decía la joven señora,—tendremos al shah de Persia.

¡Hablaban de los soberanos que acudían á París!

durante la Exposición. Varias señoras formaban un círculo ante una chimenea. La señora Du Joncquoy, cuyo hermano, un diplomático, había desempeñado una misión en Oriente, daba detalles sobre la Corte de Nazar-Eddin.

—¿Os sentís mala, querida?—preguntó la señora Chantreau, mujer de un opulento herrero, viendo atacada á la condesa de un leve escalofrío que la puso pálida.

—No, nada de eso,—replicó ésta sonriendo.—He sentido un poco de frío... ¡Tarda tanto en calentarse este salón.

Y pasaba su mirada á lo largo de las paredes, hasta la altura del techo. Su hija Estela, una jovencita de dieciséis años, ¡la edad ingrata! delgada é insignificante, se levantó del taburete donde estaba sentada, y dirigióse silenciosa á levantar uno de los leños que había caído. Pero la señora de Chezelle amiga de convento de Sabina, cinco años más joven que ella, exclamó:

—¡Vaya! ¡ya quisiera yo tener un salón como el tuyo! Al menos puedes recibir... Hoy no se construyen más que jaulas... ¡quién estuviese en tu lugar!

Hablaba con atolondramiento, con gestos vivos, explicando que cambiaría las colgaduras, los sillones, todo; y después daría bailes que pusiesen en movimiento á todo París. Detrás de ella, su marido, un magistrado, escuchaba con aire grave. Decía la voz pública que su mujer le engañaba, sin tomarse la pena de ocultarlo; pero se le perdonaba y hasta se la admitía en las reuniones de buen tono porque, según añadían, era una loca.

—¡Qué Leónida ésta!—se limitó á murmurar la condesa Sabina, con su pálido sonreír.

Un ademán perezoso completó su pensamiento. No sería ella quien cambiase su salón, después de haber vivido en él durante diecisiete años. En adelante continuaría en el mismo estado en que su suegra

quiso conservarlo en vida. Después, reanudando la anterior conversación:

—Me han asegurado que tendremos también el rey de Prusia y el emperador de Rusia.

—Sí, se preparan grandes festejos,—dijo la señora de Du Joncquoy.

El banquero Steiner, presentado hacía poco tiempo en la casa, por Leónida de Chezelles, que conocía á todo París, hablaba sentado en un canapé, entre dos ventanas; interrogaba á un diputado procurando sonsacarle mañosamente algunas noticias, acerca de un movimiento de bolsa que olfateaba, en tanto que el conde Muffat, en pie ante ellos, les escuchaba en silencio, y más serio aun que de costumbre. Cuatro ó cinco jóvenes formaban otro corro cerca de la puerta, rodeando al conde Javier Vandeuves, que á media voz, le refería una historia, muy picante sin duda, pues se oían risas ahogadas. En el centro del salón, completamente solo, sentado pesadamente en un sillón, un hombre grueso, jefe de sección en el Ministerio del Interior, dormía con los ojos abiertos. Pero como uno de los jóvenes pareció dudar de la historieja de Vandeuves, éste levantó la voz:

—Sois demasiado escéptico, Fourcamont; amargaréis siempre vuestros placeres.

Y se dirigió riendo, hacia el corro de las señoras. Último vástago de una ilustre raza, afeminado y espiritual, derrochaba entonces una fortuna con un frenesí de apetitos que nada apaciguaba. Su tren de las carreras, uno de los más célebres de París, le costaba un dínaral; sus pérdidas en el Círculo imperial ascendían cada mes á una cifra alarmante de luises; sus queridas se le comían, un año con otro, una granja y algunas aranzadas de tierra ó de bosque, todo un fragmento de sus vastas posesiones en Picardía.

—Tiene gracia que acuséis de escépticos á los demás, vos que en nada creéis,—dijo Leónida, hacién-



dole sitio á su lado.—Vos sí que amargáis vuestros placeres.

—Precisamente por eso,—respondió,—quiero que los otros se aprovechen de mi experiencia.

Pero le impusieron silencio. Escandalizaba al señor Venot. Entonces, ensanchando un poco su corro las damas, percibióse en el fondo de una mecedora, á un hombrecito de sesenta años, de dientes cariados y sonrisa maliciosa; allí estaba, instalado como en su casa, escuchando á todo el mundo y sin soltar una palabra. Con un gesto dijo que no estaba escandalizado. Vandeuves había recobrado su aspecto formal, y añadió gravemente:

—El señor Venot sabe perfectamente que yo creo en lo que se debe creer.

Aquello era un acto de fe religiosa. La misma Leónida pareció satisfecha. En el fondo de la estancia, los jóvenes hablan cesado ya de reír. Aquel afectado rigorismo les divertía muy poco. Había pasado por allí como un soplo glacial, y en medio del silencio, escuchábase la voz gangosa de Steiner, á quien la discreción del diputado acababa por sacar de sus sillitas. La condesa Sabina miró un instante al fuego, y después, reanudó la conversación.

El año pasado vi en Baden al rey de Prusia. Está aún muy robusto para su edad.

—Le acompañará el conde de Bismarck,—dijo la señora Du Jonquoy.—¿Le conocéis? Yo almorcé con él en casa de mi hermano; ¡oh! hace mucho tiempo, cuando era embajador de Prusia en París... Hed ahí un hombre cuyos últimos triunfos no acierto á comprender.

—¿Por qué?—preguntó la señora Chantereau.

—¡Dios mío! ¡qué os diré!... ¡No me es simpático!... Tiene el aire brutal y de poca educación. Además, le encuentro estúpido.

Todo el mundo habló, entonces; del conde de Bismarck. Las opiniones fueron muy contradictorias. Van-

deuvres le conocía y aseguraba que era un buen bebedor y un gran jugador. Pero, en lo más animado de la discusión, abrióse la puerta y apareció Héctor de la Faloise. Fauchery, que le seguía, se aproximó á la condesa, é inclinándose:

—Señora,—dijo,—no ha olvidado vuestra graciosa invitación...

Ella sonrió y pronunció una frase amable. El periodista, después de haber saludado al conde, permaneció un momento desorientado en medio del salón, en el que no reconoció más que á Steiner. Vandeuves al volver el rostro, vino á darle un apretón de manos. Y en seguida, feliz en este encuentro, presa de un deseo de expansión, Fauchery le atrajo, diciéndole en voz baja:

—Es para mañana, ¿Estáis invitado?

—¡Pardiez!

—A media noche, en su casa.

—Ya sé, ya sé... Iré con Blanca.

Pretendía escaparse, para volver al lado de las señoras á dar un nuevo argumento en favor del conde de Bismarck; pero Fauchery, no le soltó.

—¿A que no acertáis de qué invitación me ha encargado ella misma?

Y, con un movimiento ligero de cabeza, designó al conde Muffat, quien á la sazón, discutía una cuestión de Hacienda con el diputado Steiner.

—¡No es posible!—dijo Vandeuves, estupefacto y sonriendo.

—¡Palabra de honor! Me he visto precisado á jurar que le llevaría. Casi vengo aquí por eso...

Los dos rieron silenciosamente, y Vandeuves, apresurándose, entró de nuevo en el coro de las señoras, exclamando:

—Os aseguro, por el contrario, que el conde de Bismarck es muy espiritual... Cierta noche, delante de mí, dijo una frase encantadora...

Entretanto la Faloise, habiendo oído las rápidas pa-

labras cambiadas á media voz, miraba á Fauchery, esperando una explicación, que no le dieron. ¿De qué se hablaba? ¿qué se preparaba para el día siguiente, á media noche? Desde aquel momento, ya no se separó de su primo. Este había ido á sentarse. La condesa Sabina era la que más le interesaba. Habían pronunciado muchas veces su nombre delante de él, y sabía que, casada á los diecisiete años, debía tener actualmente treinta y cuatro y que, desde su matrimonio, llevaba una vida de claustro, entre su marido y su suegra. En el mundo, los unos le atribuían una frialdad de devota, y los otros la complacían, recordando su alegre risa, sus grandes ojos de fuego, antes de que la encerrasen en el fondo de aquel viejo palacio. Fauchery la examinaba y dudaba. Uno de sus amigos, capitán, fallecido recientemente en Méjico, la víspera de su partida, al levantarse de la mesa, le había hecho una de esas confidencias brutales, que los hombres más discretos dejan escapar en ciertos momentos. Pero en sus recuerdos eran muy vagos; aquella noche había comido fuerte; y dudaba, contemplando á la condesa en medio de aquel salón antiguo, vestida de negro con su tranquila sonrisa. Una lámpara, colocada detrás de ella, destacaba su fino perfil de morena mórbida, en que sólo los labios, algo gruesos, denunciaban una especie de sensualidad imperiosa.

—¡Qué demonio tiene con su Bismarck!—murmuró la Faloise, que aparentaba aburrirse de lo lindo en sociedad;—¡aquí uno revienta! ¡Vaya una idea que tuviste de que viniésemos!

Fauchery le interrogó bruscamente:

—Dime: ¿Tiene algún querido, la condesa?

—¡Ah! ¡no! ¡ah! ¡no!—balbuceó el otro visiblemente desconcertado, olvidando su afección.—¿Dónde crees estar?

Después pensó que su indignación carecía de chic; y añadió arrellanándose en el fondo del canapé;

—¡Pardiez! no te diré que no; pero no sé positivamente... Allá está ese pequeñito, ese Foucarmont, á quien se encuentra uno en todos los rincones. Por mi parte me tiene sin cuidado... En fin, lo cierto es que si la condesa tiene amoríos, debe ser muy lista, pues nadie habla de tal cosa.

Entonces, sin que Fauchery se diese el trabajo de preguntárselo, le refirió lo que sabía de los Muffat. En medio de la conversación de las señoras que continuaba animada delante de la chimenea, los dos bajaron la voz, y hubiérase creído, al verles, tan de corbata y guante blanco, que se ocupaban en frases selectas, de algún asunto grave. Pues, la mamá de Muffat, á quien la Faloise había conocido mucho, era una vieja insoportable, devota como ella sola; además, tenía un aire imponente, un gesto de autoridad que hacía que ante ella todo se doblegara. En cuanto á Muffat, hijo tardío de un general hecho conde por Napoleón I, se encontró, naturalmente, entre los más favorecidos después del 2 de diciembre. También éste, era poco jovial; pero pasaba por hombre muy honrado y de espíritu recto, y además, con opiniones del otro mundo, y una idea tan elevada de su rango en la corte, de sus dignidades y de sus virtudes, que llevaba la cabeza erguida como custodia en procesión. La mamá Muffat era quien le había dado esta bella educación: á confesar cada día, ninguna escapatoria, ningún devaneo juvenil de especie alguna. Cumplía con la Iglesia y tenía crisis de fe de violencia sanguínea, parecidas á accesos de calentura ardiente. Finalmente, para pintarlo con un último detalle, soltó la Faloise una palabra al oído de su primo.

—¿Será posible?—dijo éste.

—Me lo han jurado, ¡palabra de honor!... Aun lo tenía, cuando se casó.

Fauchery reía, contemplando al conde, cuyo rostro, cerrado por patillas, sin bigote, parecía más áspero

y más duro, desde que empezó á citar cifras á Steiner, el cual se resistía á dejarse convencer.

— ¡A fe mía, tiene una cabeza á propósito! — murmuró.

— ¡Vaya qué regalo le hizo á su mujer!... ¡Ah! ¡pobrecilla! ¡no debió fastidiarla poco! ¡Apuesto á que no sabe nada... de nada!

Precisamente, en aquel momento la condesa Sabina le dirigía la palabra; pero tan chistoso y extraordinario le parecía el caso de Muffat, que ni siquiera la oyó. Y ella hubo de repetirle la pregunta:

— Señor Fauchery, ¿no fuisteis vos quien publicasteis una biografía del conde de Bismarck?... ¿Habéis hablado con él?

Fauchery se levantó apresurado, dirigiéndose al corro de las señoras, procurando ponerse sobre sí, encontrando, por otra parte, una respuesta, con el más perfecto aplomo.

— ¡Dios mío! Os confieso, señora, que escribí esa biografía sobre otras publicadas en Alemania... pero nunca he visto al conde de Bismarck.

Y permaneció junto á la condesa. A la vez que ella hablaba, proseguía él sus reflexiones. La condesa no representaba su edad; á lo más, podían suponérsele veintiocho años; sus ojos, especialmente, conservaban un fuego juvenil, anegado en sombra azul por largos párpados. Educada entre un matrimonio divorciado, pasando un mes en casa del marqués de Chouard y otro mes en la de la marquesa, habíase casado muy joven, á la muerte de su madre, impulsada indudablemente por su padre, al que servía de estorbo. ¡Era un hombre terrible, el tal marqués, y cerca de él comenzaban á circular extrañas historias, á pesar de su alta piedad. Fauchery preguntó si no tendría el honor de saludarle. Ciertamente, su padre vendría, pero muy tarde; ¡estaba ocupado! El periodista, que creía saber donde pasaba sus veladas el anciano, permaneció grave. Pero un lunar que percibió en la mejilla izquierda de la condesa, cerca de la boca, le

sorprendió. Naná tenía otro, absolutamente idéntico. Era muy gracioso. Sobre el lunar rizábanse algunos pelillos; sólo, si en Naná estos pelos eran rubios, eran, en la otra, de un negro azabache. No importa; esta mujer no tenía ningún querido.

— Siempre he tenido deseos de conocer á la reina Augusta, — decía. — ¡Aseguran que es tan buena, tan piadosa!... ¿Creéis que acompañará al rey?

— Dicen que no, — repuso Fauchery.

No; la condesa no tenía querido; esto saltaba á la vista. Bastaba verla allí, junto á su hija, tan sola y tan tiesa sobre su taburete. Aquel salón sepulcral, que olía á iglesia, denunciaba de sobra la mano de hierro y la rígida severidad que doblegaban su existencia. No se veía nada suyo en aquella morada antigua, ennegrecida por la humedad. Muffat era quien se imponía, quien dominaba, con su educación devota, sus penitencias y sus ayunos. Pero la presencia del vejete de caridosos dientes y maligna sonrisa, á quien descubrió de pronto en su mecedora, detrás de las señoras, fué para él un argumento todavía más decisivo. Conocía al tal personaje: Teófilo Venot, antiguo abogado que se dedicara á la especialidad de los procesos eclesiásticos y que se había retirado de la práctica, con una saneada fortuna, y llevaba una existencia asaz misteriosa, siendo recibido en todas partes, saludado con respeto y hasta con temor, como si hubiese representado una gran fuerza, una fuerza oculta, que se adivinaba tras de él. Por lo demás, modesto y humilde, era mayordomo de la fábrica de la «Madeleine» y habla aceptado, sencillamente, un empleo de auxiliar en la alcaldía del noveno distrito para ocupar sus ocios, según decía. ¡Caramba! La condesa estaba perfectamente guardada; ¡inútil, pues, intentar algo con ella!

— Tienes razón, uno revienta aquí, — dijo Fauchery á su prima, cuando se hubo escapado del corro de las señoras,

—¡Larguémonos!

Pero Steiner, á quien el conde Muffat y el diputado acababan de dejar, se adelantaba furioso, sudando, gruñendo á media voz:

—¡Pardiez! que no digan nada, si no quieren decir... Ya encontraré á otros que charlen.

Después, llevándose al periodista á un ángulo del salón y cambiando de voz, con aire victorioso:

—¡Jem!—exclamó;—¿con qué, mañana?... Soy de los vuestros, querido.

—¡Ah!—murmuró Fauchery, admirado.

—¿No lo sabíais?... ¡Oh, no me ha costado poco hallarla en casa! Además, Mignon no me soltaba.

—¡Pero si también irán los Mignon!

—Sí, ella me lo ha dicho... En resumen, me ha recibido y me ha invitado... A media noche en punto, después de la función.

El banquero estaba radiante. Guiñó los ojos, y añadió, dando á sus palabras un valor particular:

—Es cosa hecha ¿y vos?

—¿El qué?—dijo Fauchery, afectando no comprender.—Ella ha querido darme gracias por mi artículo, y ha venido á mi casa.

—Sí, sí... vosotros sois los afortunados. Os recompensan... A propósito ¿quién paga mañana?

El periodista extendía los brazos, como para declarar que era cosa que no se sabía. En esto Vandevres llamó á Steiner, que conocía al conde de Bismarck. La señora Du Jonquoy estaba casi convencida, y acabó por decir:

Me causó mala impresión, le encuentro el rostro antipático; pero me inclino á creer que tiene mucho talento; así se explican sus triunfos.

—Sin duda,—dijo con débil sonrisa el banquero, el cual era un judío de Francfort.

Entretanto la Faloise osaba esta vez interrogar á su primo, persiguiéndole y diciéndole casi al oído:

—¿Con qué mañana se cena en casa de una mujer?... ¿quién será, quién?

Fauchery hizo señas de que les escuchaban; era preciso respetar las conveniencias. De nuevo acababa de abrirse la puerta y entró una señora anciana, seguida de un jovencito, en quien el periodista reconoció al escapado de colegio que, la noche del estreno de la «Rubia Venus», había soltado el famoso: «¡muy bien!» de que todavía se hablaba. La llegada de esta señora puso en movimiento al salón. La condesa Sabina se había levantado rápidamente para adelantarse á su encuentro, y, cogiéndole ambas manos, la llamaba su querida señora Hugón. Viendo que su primo contemplaba curioso esta escena, la Faloise, á fin de congratárselo, le puso al corriente, en pocas palabras: la señora Hugón, viuda de un notario, vivía habitualmente en las «Fondettes», una antigua propiedad de su familia, cerca de Orleans, y tenía un apeadero en París, en una casa de su pertenencia, calle de Richelieu; hacía unas cuantas semanas que estaba en la capital, para instalar á su hijo menor, que cursaba el primer año de Derecho; en otro tiempo fué íntima amiga de la marquesa de Chouard y había visto nacer á la condesa á la que tenía meses enteros en su compañía, antes de su matrimonio y á la cual tuteara todavía.

—Te traigo á Jorge,—decía la señora Hugón á Sabina.—¡Me parece que lo encontrarás muy crecido!

El joven, con su mirada límpida y sus blondos rizos de niña disfrazada de muchacho, saludaba á la condesa, sin perplejidad, y le recordaba una partida de volante que habían jugado juntos, dos años antes, en las «Fondettes.»

—¿No está en París Felipe?—preguntó el conde Muffat.

—¡Oh! ¡no!—contestó la anciana.—Continúa de guarnición en Bourges.

Se había sentado y hablaba con orgullo de su hijo

mayor, un buen mozo que, después de haber sentado plaza de recluta, por una calaverada, acababa de alcanzar en breve tiempo el grado de subteniente. Todas las señoras la rodeaban, con respetuosa simpatía. La conversación se reanudó, más amable y más delicada. Y Fauchery, contemplando allí á aquella figura maternal iluminada con santa sonrisa, entre aquellos rizos de blanco cabello, encontró ridículo haber sospechado, por un momento, de la condesa Sabina.

Sin embargo, la gran butaca acolchada de seda en que se sentaba la condesa acababa de atraer su atención. Encontraba que aquella butaca resaltaba con tono brutal, como un capricho, en aquel ahumado salón. De seguro, no era el donde quien introdujera allí aquel mueble de voluptuosa pereza. Hubiérase dicho que era un ensayo, el principio de un deseo y de un goce. Entonces, olvidó su último juicio, soñando y recordando involuntariamente aquella confidencia vaga, recibida cierta noche en un restaurant. Había deseado introducirse en casa de los Muffat, impelido por una curiosidad sensual; puesto que su amigo había muerto en Méjico, ¿quién sabe? ¡nada se perdía con probar! Sin duda era una tontería; mas no importa, esta idea le atormentaba, y sentíase atraído, despertando de nuevo su vicio. La gran butaca ofrecía un aspecto arrugado y una inclinación de respaldo que, actualmente, le agradaban.

—Luego,—respondió Fauchery.

Y no se apresuró ya, dándose por pretexto la invitación que le habían encargado hacer, y que no era fácil de presentar. Las señoras hablaban de una toma de velo, una ceremonia muy conmovedora, que tenía en conmoción desde hacía tres días al París mundano. La hija mayor de la baronesa de Fougeray acababa de entrar en las Carmelitas, obedeciendo á una vocación irresistible. La señora Chantreau, prima lejana de los Fougeray, contaba que la baronesa

hubo de guardar cama, al siguiente día, ahogada por las lágrimas.

—Yo estaba en sitio de preferencia,—declaró Leónida.—Encontré la ceremonia muy curiosa.

Sin embargo, la señora Hugón compadecía á la pobre madre. ¡Qué dolor, perder así una hija!

—Me acusan de ser devota,—dijo con su tranquila franqueza; pero esto no me impide encontrar muy crueles á las hijas que se empeñan en un suicidio semejante.

—Sí, es un lance terrible,—murmuró la condesa, con un ligero escalofrío, apelotonándose más aun en el fondo de su butaca, delante de la chimenea.

Entonces las señoras discutieron. Pero sus voces eran discretas y sólo de vez en cuando una risita cortaba la gravedad de su conversación. Las dos lámparas de la chimenea, cubiertas por pantallas de color de rosa, las iluminaban débilmente; y no había allí sino otras tres lámparas, en muebles distantes, que dejaban el vasto salón en suave penumbra.

Steiner se aburría. Contaba á Fauchery una aventura de la vivaracha señora de Chezelles, á la cual llamaba Leónida, á secas; un demonio, decía, bajando la voz, detrás de los sillones de las señoras. Fauchery la contemplaba, con su gran vestido de raso azul pálido, singularmente sentada en un ángulo de su sillón, delgada y atrevida como un muchacho, y acabando por sorprenderse de encontrarla allí; guardábase más decoro en las reuniones de Carolina Héquet, cuya madre había montado seriamente la casa. Había allí tema para todo un artículo. ¡Qué mundo tan singular, ese mundo parisiense! Los salones más rígidos se encontraban invadidos. Evidentemente, ese silencioso Teófilo Venot, que se limitaba á sonreír mostrando sus cariados dientes, debía ser un legado de la difunta condesa, lo mismo que las señoras de edad madura, la señora Chantreau, la señora Du Joncquoy y cuatro ó cinco ancianos, inmóviles de los rincones.

El conde Muffat invitaba á los funcionarios dotados de ese continente correcto que tanto agradaba en las Tullerías; entre otros, el jefe de negociado, siempre solo en medio del salón, afeitada la faz y la mirada apagada, ceñido en su traje hasta el punto de no poder arriesgar un gesto. Casi todos los jóvenes y algunos personajes de distinguidos modales habían sido presentados por el marqués de Chouard, quien conservaba relaciones seguidas en el partido legitimista, después de haber manifestado su sanción al nuevo régimen, entrando en el Consejo de Estado. Quedaban Leónida de Chezelles, Steiner, toda una fracción non sancta de donde la señora Hugón se destacaba con serenidad de anciana amable, y Fauchery, que veía en imaginación su artículo, llamaba á aquella fracción: la de la condesa Sabina.

—Otra vez,—continuaba Steiner en voz más baja, —Leónida hizo que su tenor fuese á Montauban. Vivía ella en el castillo de Beaurecueil, dos leguas más lejos, y llegaba todos los días, en una calesa tirada por dos caballos, para verle en el «Lion d' Or», donde se hospedaba él... La calesa se esperaba á la puerta, y Leónida permanecía allí dos horas, mientras que la gente se agrupaba y miraba los caballos.

Prodújose un silencio; y algunos segundos solemnes pasaron por debajo del elevado techo. Dos jóvenes cuchicheaban; mas calláronse á su vez; sólo se oía el sordo paso del conde Muffat que atravesaba el salón. Las lámparas parecían haber palidecido, el fuego se apagaba, una severa penumbra anegaba á los viejos amigos de la casa, en los sillones que ocupaban en aquellas reuniones desde hacía cuarenta años. Parecía como si, entre el cambio de dos frases, los concurrentes hubiesen sentido aparecerse la difunta madre del conde, con su aire glacial. Y la condesa Sabina reanudó la conversación:

—Se ha susurrado que su novio había muerto, lo cual explicaría la entrada de esa pobre niña en el

claustro. Algunos, por otra parte, murmuran que el señor Fouguerey jamás hubiera consentido en este matrimonio.

—Otras muchas cosas se murmuran,—exclamó atondradamente Leónida.

Y se echó á reír, negándose á dar explicaciones. Sabina, contagiada por esta hilaridad, se llevó el pañuelo á los labios. Y estas risas, en la solemnidad de la vasta habitación, tenían un acento que dejó asombrado á Fauchery; sonaban como cristal que se rompe. Positivamente, había allí un principio de rajadura. Todas las voces volvieron á hablar; la señora Du Jonquoy protestaba, la señora de Chantereau sabía que se había proyectado un matrimonio, pero que la cosa no pasó adelante; hasta los hombres emitieron su opinión. Hubo durante algunos minutos, una confusión de pareceres, en que los diversos elementos del salón, los bonapartistas y los legitimistas, mezclados con los escépticos mundanos, surgían á la vez y se codeaban. Estela había llamado, para que añadiesen leña á la chimenea, y el criado avivaba la luz de las lámparas; aquello parecía como un despertar. Fauchery sonreía satisfecho.

—¡Pardiez! cuando no pueden casarse con sus primos, se casan con Dios,—dijo entre dientes Vandevres, á quien esta conversación fastidiaba, y que venía á enjirse con Fauchery.

—Amigo mío, ¿habéis visto que una mujer amada se haga monja?

Y sin esperar respuesta, harto ya de este tema, añadió, en voz baja:

—Decidme ¿cuántos seremos mañana? Estará la Mignon, Steiner, vos, Blanca y yo... ¿Quién más?

—Creo que Carolina... Simona... Gagá sin duda... Nunca se sabe con precisión ¿verdad? En tales ocasiones, cree uno que serán veinte y son treinta.

Vandevres, que estaba contemplando á las señoras, saltó de repente á otro asunto:

—Ha debido ser muy guapa esa señora Du Jonquoy, quince años atrás... La pobre Estela se ha estirado todavía más. ¡Linda percha para poner en una cama!

Peró se interrumpió, é insistiendo sobre la cena proyectada:

—Lo fastidioso en estos lances, es que siempre se ven las mismas mujeres... Sería menester alguna novedad... Procurad encontrar una... ¡Ah! ¡qué idea! Voy á suplicar á ese gordinflón que nos traiga la mujer que acompañaba la otra noche en Variedades.

Se refería al jefe de sección, que dormitaba aún en medio de la estancia. Fauchery se divirtió, siguiendo con la vista esta negociación delicada. Vandevres se había sentado al lado del señor gordo, que permanecía muy digno. Los dos parecieron discutir un instante con mesura la cuestión pendiente, la de saber qué sentimiento verdadero impulsaba á una joven á entrar en el claustro. Después, el conde regresó junto á Fauchery, diciendo:

—Imposible. Jura que es honrada. Se negaría. Sin embargo, yo apuesto á que la vi en casa de Laura...

—¡Cómo! ¡también vais á casa de Laura!—murmuró Fauchery riendo.—¡Os arriesgáis en sitios semejantes!... Yo creía que sólo los frecuentábamos nosotros, los pobres diablos...

—¡Bah! ¡querido! ¡hay que conocerlo todo!

Entonces rieron, chispeantes sus ojos, dándose detalles sobre la mesa redonda de la calle Martyrs, donde la regordeta Laura Piedefier, por tres francos, daba de comer á las señoritas apuradas. ¡Linda huronera! Todas las parroquianas besaban á Laura en la boca. Y, como la condesa Sabina, que había cogido al vuelo una palabra, volvía la cabeza, los dos amigos se hicieron atrás, restregándose uno contra otro, alegres, excitados. No habían advertido que cerca de

ellos estaba Jorge Hugón, que les escuchaba ruborizándose tanto, que el espacio comprendido entre sus orejas y su cuello de niña parecía invadido por un oleaje de color de rosa. Este adolescente estaba lleno de veergüenza y de éxtasis. Desde que su madre le había dejado en el salón, andaba dando vueltas detrás de la señora Chezelles, la única mujer que le parecía aceptable. ¡Y eso que Naná le tenía robado el corazón!

—Anoche,—dijo la señora Hugón,—Jorge me llevó al teatro. Sí, á Variedades, donde lo menos hacía diez años que no había puesto los pies. Este niño adora la música... La función no me distrajo gran cosa, ¡pero él era tan dichoso!... Se representan hoy unas obras singulares... Por lo demás confieso que la música no me apasiona.

—¡Cómo! ¡señora! ¿no amáis la música?—exclamó la señora Du Jonquoy levantando los ojos al cielo.—¡Es imposible que haya quien no ame la música!

Esta fué una exclamación general. Nadie soltó una frase sobre la pieza del teatro de Variedades, de la que la buena señora Hugón nada había comprendido; aquellas señoras conocían la obra, más no hablaban de ella. En seguida, versó la conversación sobre el sentimiento, en una admiración refinada y extática por los grandes maestros. La señora Du Jonquoy era partidaria decidida de Weber, y la señora Chantereau de los compositores italianos. Las voces de estas damas habían ido adquiriendo un acento blando y lánguido, delante de la chimenea. Parecía aquello como un recogimiento de iglesia, el cántico discreto y desmayado de una pequeña capilla.

—Vaya,—murmuró Vandevres llevándose á Fauchery al centro del salón.—Es preciso que encontremos una mujer, para mañana. ¡Si le preguntásemos á Steiner!

—¡Oh!—dijo el periodista.—Cuando Steiner posee una mujer, es que París ya no la quiere.

Sin embargo, Vandeuves miraba en torno suyo —Esperad,—repuso.—El otro día encontré á Foucarmont con una hechicera rubia. Voy á decirle que la traiga.

Y llamó á Foucarmont. Los dos cambiaron algunas palabras, rápidas. Debió ofrecerse una complicación, por cuanto, caminando uno al lado de otro con precaución, alargando el pie para no pisar los vestidos de las señoras, fueron al encuentro de otro joven, con quien continuaron la conversación en el hueco de una ventana. Fauchery, que había quedado solo, se decidió á aproximarse á la chimenea, en el momento en que la señora Du Jonquoy declaraba que no podía oír música de Weber, sin ver inmediatamente lagos, selvas, salidas de sol sobre campos bañados de rocío; pero una mano le tocó la espalda, mientras que una voz decía detrás de él:

—Eso no está bien.

—¿El qué?—preguntó Fauchery volviéndose y reconociendo á la Faloise.

—Esa cena, para mañana... Bien pudiste hacernos invitar.

Iba el otro á contestar, cuando regresó Vandeuves y le dijo:

—Parece que esa mujer no tiene nada con Foucarmont; es la querida de aquel otro señor; de allá abajo... No podrá venir. ¡Qué mala sombra! De todos modos, he reclutado á Foucarmont, quien hará lo posible para traer á Luisa, del Palais Royal.

—Señor de Vandeuves,—preguntó la señora Chantereau alzando la voz:—¿no es verdad que el domingo silbaron á Wagner?

—¡Oh! ¡atrozmente, señora!—respondió el conde, adelantándose con su exquisita finura.

Después, viendo que no le retenían, se alejó, y prosiguió diciendo al oído del periodista:

—¡Voy á cazar á otros!... Esos jóvenes deben conocer algunas lindas mozas.

Entonces volviéndose, amable, risueño, abordando á los hombres y hablando en los cuatro ángulos del salón. Se mezclaba á los grupos, deslizaba una frase al oído de cada cual, y se volvía, con guiños de ojos y signos de inteligencia. Era como un santo y seña que distribuía, con la mayor naturalidad del mundo. La frase corría; se daba el punto de cita, en tanto que las disertaciones de las señoras sobre la música sofocaban el rumorcillo febril de aquel reclutamiento.

—No, no me habléis de vuestros alemanes,—repetía la señora Chantereau.—El canto es la alegría, la luz... ¿Habéis oído á la Patti en el «Barbero?»

—¡Deliciosa!—murmuró Leónida, la cual sólo ejecutaba motivos de opereta en el piano.

Entretanto, la condesa Sabina había llamado. Cuando las visitas eran un poco numerosas, los martes, se servía el té en el mismo salón. Mientras hacía desocupar un velador por un criado, la condesa seguía con la vista al conde de Vandeuves. Conservaba aún esa sonrisa vaga que dejaba entrever un tanto la blancura de sus dientes. Y, al pasar el conde por delante de ella, le preguntó:

—¿Qué estáis conspirando, señor de Vandeuves?

—¡Yo, señora!—respondió tranquilamente,—¡no conspiro cosa alguna!

—¡Ah! ¡os veía tan atareado!... Tomad, vais á sernos útil.

Y le puso en la mano un álbum, suplicándole que lo dejase encima del piano. Pero él encontró medio de decir, en voz baja, á Fauchery, que podían contar con Tata Nené, la mejor garganta de aquel invierno, y con María Blond, que acababa de debutar en Folies Dramatiques. Pero la Faloise le detenía, á cada momento, esperando una invitación. Y acabó por ofrecerse. Vandeuves le invitó en seguida, con la precisa condición de que llevase á Clarisa; y como la Faloise afectaba mostrar escrúpulos, el conde la tranquilizó, diciendo:



—¿No os invito yo? ¡Pues basta!

La Faloise hubiera querido, sin embargo, saber el nombre de la mujer. Pero la condesa había vuelto á llamar á Vandevres, y le interrogaba sobre la manera cómo los ingleses hacen su té. El conde iba á menudo á Inglaterra, en cuyas carreras figuraban señaladamente sus caballos. Según él, para hacer el té, nadie como los rusos; é indicó su receta. Después, como si hubiese proseguido un trabajo interior, mientras hablaba, interrumpióse para preguntar:

—A propósito ¿y el marqués? ¿no debíamos verle hoy?

—Sí tal, mi padre me había prometido formalmente que no haría falta... Empieza á tenerme inquieta... ¡Sus trabajos le habrán retenido!

Entonces, juzgó Fauchery que había llegado el momento de arriesgar la invitación al conde Muffat. La noche avanzaba.

—¿Habláis con formalidad?—preguntó Vandevres, que creía que aquello era broma.

—¡Con la mayor formalidad!... Si no desempeñase mi comisión, me arrancarían ella los ojos. ¡Nada, un capricho suyo!

—Siendo así, voy á ayudaros, querido.

Daban las once. La condesa, auxiliada por su hija, servía el té. Como quiera que sólo hubiesen venido los íntimos, las tazas y los platos de pastelillos circulaban familiarmente. Ni siquiera se levantaban las señoras de sus sitios, delante del fuego, bebiendo á pequeños sorbos, y cogiendo los dulces con el extremo de los dedos. De la música, la conversación había pasado á los reposteros. Nadie como Boissier para los dulces, ni como Catherine para los sorbetes; sin embargo, la señora Chantereau prefería á Latinville. Las palabras se hacían más lentas; una laxitud adormecía el salón. Steiner había vuelto á sonsacar sordamente al diputado, á quien tenía asediado en el rincón de un sofá. El señor Venot, cuyos dientes debían

haberse cariado á fuerza de dulces, comía pastelillos secos, uno tras de otro, con ruido de ratón; mientras que el jefe de sección, con las narices dentro de su taza, nunca acababa de beber. Y la condesa, sin apresurarse, iba de uno á otro, no insistiendo, permaneciendo parada algunos instantes, mirando á los hombres con ademán de interrogación muda, sonriendo después, y pasando á otro lado. El fuego reavivado la había puesto muy sonrosada, y parecía ser la hermana de su hija que, seca y desgarrada, andaba á su lado. Cuando se aproximó á Fauchery, que estaba hablando con su marido y Vandevres, observó que se callaban; y, sin detenerse, se dirigió más lejos, á ofrecer la taza de té á Jorge Hugón.

—Una señora os invita á cenar,—repuso jovialmente el periodista, dirigiéndose al conde Muffat.

Este, cuya faz había permanecido glacial toda la velada, pareció sorprenderse en alto grado. ¿Qué señora?

—¡Eh! ¡Naná!—dijo Vandevres, para hacer bruscamente la invitación.

El conde se puso más grave aun. Apenas se notó un latido en sus párpados, mientras que un malestar, como un asomo de jaqueca, pasaba sobre su frente.

—¡Pero si yo no conozco á esa señora!—murmuró.

—¡Vaya! ¡vos habéis estado en su casa!—observó Vandevres.

—¡Cómo! ¡que he estado en su casa yo!... ¡Ah! ¡sí!... ¡el otro día! ¡por el comité de beneficencia!... Ya no me acordaba... No importa, no la conozco; no puedo aceptar.

Había adoptado un aire glacial; para dar á entender que esta bromita le parecía de mal tono. El sitio de un hombre de su rango no estaba en la mesa de una de esas mujeres. Vandevres insistió; tratábase de una cena de artistas; el talento le excusaba todo. Pero, sin atender los argumentos de Fauchery, que refería una comida en que el príncipe de Escocia, hijo de una reina, se había sentado al lado de

una antigua cantatriz de café concierto, el conde acentuó su negativa. Hasta dejó escapar un gesto de irritación, á pesar de su exquisita finura.

Jorge y la Faloise, que estaban saboreando su taza de té, en pie uno enfrente de otro, habían oído las cortas frases cambiadas junto á ellos.

—¡Toma! ¡es en casa de Naná!—murmuró la Faloise,—¡hubiera debido adivinarlo!

Jorge nada decía, pero estaba ardiendo, sueltos sus rubios cabellos, y relucientes sus azules ojos como ascuas, encendido y trastornado por el vicio en que caminaba desde hacía algunos días. ¡Al fin, entraba en el mundo aquél que tanto había soñado!

—Es el caso que no sé las señas,—repuso la Faloise.

—Bulevar Haussmann, entre la calle de la Arcade y la calle Pasquier, piso tercero,—dijo Jorge de un tirón.

Y, como el otro le mirase con extrañeza, añadió, muy encarnado, reventando de fatuidad y turbación:

—Soy de los vuestros; me ha invitado esta mañana.

En esto, ocurría un gran movimiento en el salón. Vandeuvers y Fauchery no pudieron insistir más cerca del conde. El marqués de Chouard acababa de entrar; todos se apresuraban á saludarle. Habíase adelantado penosamente, flojas sus piernas; y permanecía en el centro del salón, pálido, trémulos los párpados, como si, saliendo de una sombría callejuela, le cegara la claridad de las lámparas.

—Ya no esperaba veros hoy, padre mío,—dijo la condesa.—Hubiera estado inquieta hasta mañana.

El miró sin contestar, con el aire de un hombre que no comprende. Su nariz gruesa, destacándose de su afeitada faz, parecía la hinchazón de una erisipela, en tanto que su labio inferior colgaba inerte. La señora, Hugón, al verle tan abatido, le compadeció, llena de caridad.

—Trabajáis demasiado. Deberíais descansar... A nues-

tra edad, es preciso dejar el trabajo á los jóvenes.

—¡El trabajo! ¡ah, sí! ¡el trabajo!—tartamudeó por fin.—¡Siempre demasiado trabajo!

Se reponía, y erguía su encorvado talle, pasando la mano, con un ademán que le era familiar, sobre sus blancos cabellos, cuyos raros mechones flotaban detrás de sus orejas.

—¿En qué trabajáis hasta tan tarde?—preguntó la señora Du Joncquoy. Creí que estabais en la recepción del ministro de Hacienda.

Pero la condesa intervino:

—Mi padre tenía que estudiar un proyecto de ley.

—Sí, un proyecto de ley,—dijo él;—sí, precisamente... Me había encerrado. Se trata de las fábricas; yo quisiera que se observase el descanso dominical. Vergüenza da, en verdad, que el gobierno no quiera obrar con vigor. Las iglesias van quedando vacías; caminamos á un cataclismo.

Vandeuvers había mirado á Fauchery. Ambos se encontraron detrás del marqués y le olfateaban. Cuando Vandeuvers pudo cogerle aparte, para hablarle de aquella linda muchacha que llevaba al campo consigo, el anciano fingió la mayor sorpresa. Tal vez le habían visto con la baronesa Decker, en cuya compañía pasaba á veces algunos días en Viroflay. Vandeuvers, por única venganza, le preguntó bruscamente:

—Decid; ¿dónde habéis estado? Vuestro codo está lleno de telarañas y de yeso.

—¡Mi codo!—murmuró, ligeramente turbado;—¡toma! ¡es verdad!... ¡un poco de suciedad!... ¡La habré recogido al bajar de mi cuarto!

Varios de los concurrentes marchábase ya. Era más de media noche. Dos criados sacaban sin ruido las tazas vacías, y las bandejas de pastelillos. Las señoras, delante de la chimenea, habían reformado y estrechado su corro, hablando con más abandono, en la languidez de aquel final de velada. El salón mismo se adormecía, y de sus paredes caían lentas sombras,

Entonces Fauchery habló de retirarse. Sin embargo, no se decidía, y continuaba contemplando á la condesa Sabina, que descansaba de sus tareas de ama de casa en sitio acostumbrado, silenciosa, fijos los ojos en un tronco que se consumía en brasa, y con el rostro tan blanco y tan impenetrable que la duda se apoderó nuevamente de él. Al resplandor de la chimenea, los negros pelillos del lunar que tenía en el ángulo de los labios, parecían rubios. El mismísimo lunar de Naná, hasta su propio color. No pudo contenerse, y dijo una palabra al oído de Vandeuves. Era verdad, á fe mía; éste nunca lo había notado. Y los dos continuaron el paralelo entre Naná y la condesa. Encontrábanles un vago parecido en la barba y en la boca; pero los ojos no eran del todo semejantes. Además, Naná tenía un aire de bondad, mientras que, en la condesa, no sabía uno á que atenerse; parecía una gata dormida, con las uñas escondidas y las patas apenas agitadas por un estremecimiento nervioso.

—De todos modos, valdría la pena de enamorarla, —declaró Fauchery.

Vandeuves la desnudaba con la mirada:

—Sí, tenéis razón, —dijo.—Pero, si he de decir verdad, desconfío de sus muslos; ¡apostaríá á que no los tienen!

Y se calló. Fauchery le tocaba vivamente con el codo, señalándole á Estela que estaba sentada en su taburete, delante de ellos. Acababan de levantar la voz sin advertirlo, y la niña debía haberles oído. Sin embargo, permanecía rígida, inmóvil, con su delgado cuello de muchacha crecida con demasiada rapidez. Entonces, se alejaron tres ó cuatro pasos. Vandeuves juraba que la condesa era una mujer honradísima.

En este momento, las voces se elevaron ante la chimenea. La señora Du Joncquoy decía:

—Os he concedido que el conde de Bismarck era tal vez un hombre de talento... Pero, si os empeñáis en llegar á hacer de él un genio...

Las señoras habían vuelto á su primer tema de conversación.

—¡Cómo! ¡todavía el conde de Bismarck—murmuró Fauchery.—Ahora si que me largo, de veras.

—Esperad, —dijo Vandeuves,—necesitamos que el conde nos dé un no definitivo.

El conde Muffat estaba hablando con su suegro y algunos hombres graves. Vandeuves le llevó á otro lado, y reiteró la invitación, apoyándola, y diciendo que él mismo figuraba entre los invitados. Un hombre puede ir á todas partes; y á nadie se le ocurriría ver un mal, donde todo lo más sólo podía tachársele de curiosidad. El conde escuchaba estos argumentos con los ojos bajos y la faz muda. Vandeuves conocía que vacilaba, mientras el marqués de Chouard se aproximó con aire interrogativo. Y éste, cuando supo de qué se trataba, cuando Fauchery le invitó á su vez, miró furtivamente á su yerno. Hubo un silencio, una perplejidad; ambos, empero, se daban ánimo y sin duda habrían acabado por aceptar, si el conde Muffat no hubiese percibido al señor Venot, que le contemplaba fijamente. El vejete aquel ya no sonreía; tenía una cara terrosa, con ojos de acero, claros y agudos.

—No—respondió al mismo tiempo el conde, con un tono tan categórico, que no era posible insistir.

Entonces, el marqués rehusó con más severidad aun. Habló de la moral. Las clases elevadas debían dar el ejemplo. Fauchery sonrió y dió un apretón de manos á Vandeuves. No le esperaba, partía en seguida, pues tenía que pasar á su redacción?

—En casa de Naná, á media noche ¿estamos?

La Faloise se retiraba igualmente. Steiner acababa de saludar á la condesa. Otros les seguían. Y la misma frase circulaba, repitiendo cada cual: «¡A media noche, en casa de Naná!» mientras cogían su gabán en la antecámara. Jorge, que debía esperar á su madre, se había colocado en el umbral, donde indicaba las señas exactas, piso tercero, puerta izquierda. Sin

embargo, antes de salir, dirigió Fauchery una última ojeada al salón. Vandeuvers había vuelto á ocupar su sitio entre las señoras, bromeando con Leonida de Chzelles. El conde Muffat y el marqués de Chouard se mezclaban en la conversación, mientras que la buena señora Hugón se dormía con los ojos abiertos. Oculto tras de las faldas, el señor Venot, acurrucado de nuevo, había recobrado su sonrisa. Las doce sonaron lentamente, en la vasta y solemne estancia.

—¡Cómo! ¡cómo!—repetía la señora Du Joncquoy, —¡suponéis que el conde de Bismarck nos declarará la guerra y nos batirá!... ¡Oh! ¡eso pasa ya de rayal!

Refase, en efecto, alrededor de la señora Chantereau, que acababa de repetir esta idea, oída por ella en Alsacia, donde su marido poseía una fábrica.

—Por fortuna, ahí está el Emperador,—dijo el conde Muffat con su gravedad oficial.

Esta fué la última frase que pudo oír Fauchery, mientras cerraba la puerta, después de haber mirado otra vez más á la condesa Sabina. Esta hablaba resadamente con el jefe de sección, y parecía interesarse en la conversación del hombre gordo. Decididamente se había equivocado; no había rajadura. ¡Era una lástima!

—Y bien, ¿no bajas?—preguntaba la Faloise desde el vestíbulo.

Y, en la acera, al separarse, todavía repetían:

—¡A media noche, en casa de Naná!

#### IV.

Desde por la mañana, Zoé había puesto la casa á disposición de un mayordomo del restaurante Brébant, que llegó con un séquito de marmitones y mozos. Brébant era quien debía suministrarlo todo: cena, vajilla, cristalería, mantelería, flores y hasta sillas y taburetes. Naná no hubiera encontrado ni una docena

de servilletas en el fondo de sus armarios, no habiendo tenido todavía tiempo de montar su casa bajo el pie que le correspondía; y desdeñando, además, ir al restaurante, había preferido hacer que el restaurante viniese á su casa. Esto le parecía más de buen tono.

Quería festejar su gran triunfo de actriz con una cena que diese que hablar. Como quiera que el comedor fuese demasiado pequeño, el mayordomo había puesto la mesa en el salón, donde habían veinticinco cubiertos, estrechándose un poco.

—¿Está listo todo?—preguntó Naná, cuando regresó á media noche.

—¡Ah! ¡qué sé yo!—contestó brutalmente Zoé, que parecía fuera de sí.—A Dios gracias, no me ocupo de nada; están haciendo un destrozo en la cocina y en toda la casa... Además he tenido que enfadarme. Los otros han venido también, y, á fe mía, les he echado á la calle.

Hablaba de los dos antiguos señores de la señora, del negociante y del valaco, á quienes Naná se había decidido á dar pasaporte, segura de su porvenir, y deseando echar piel nueva, como decía.

—¡Vaya que lapas!—murmuró.—Si vuelven, amenazades con ir á buscar al Comisario.

Después, llamó á Daguinet y á Jorge, que se habían quedado rezagados en el recibimiento colgando sus gabanes.

Los dos se habían encontrado en la puerta de salida de las artistas, pasaje de los Panoramas, y á los dos se los llevó consigo á casa, en un coche. Como aun no había llegado nadie, les dijo que entrasen en el tocador, mientras Zoé la arreglaba. A prisa, sin cambiar de traje, hizose retocar el peinado, y se puso unas cuantas rosas blancas en el moño y en el corpiño. El tocador se hallaba obstruido con muebles de salón, que habían tenido que meter allí, amontonados: veladores, canapés y sillones con los pies en el aire; y ella estaba ya dispuesta, cuando su fal-

embargo, antes de salir, dirigió Fauchery una última ojeada al salón. Vandeuves había vuelto á ocupar su sitio entre las señoras, bromeando con Leonida de Chzelles. El conde Muffat y el marqués de Chouard se mezclaban en la conversación, mientras que la buena señora Hugón se dormía con los ojos abiertos. Oculto tras de las faldas, el señor Venot, acurrucado de nuevo, había recobrado su sonrisa. Las doce sonaron lentamente, en la vasta y solemne estancia.

—¡Cómo! ¡cómo!—repetía la señora Du Joncquoy, —¡suponéis que el conde de Bismarck nos declarará la guerra y nos batirá!... ¡Oh! ¡eso pasa ya de rayal!

Refase, en efecto, alrededor de la señora Chantereau, que acababa de repetir esta idea, oída por ella en Alsacia, donde su marido poseía una fábrica.

—Por fortuna, ahí está el Emperador,—dijo el conde Muffat con su gravedad oficial.

Esta fué la última frase que pudo oír Fauchery, mientras cerraba la puerta, después de haber mirado otra vez más á la condesa Sabina. Esta hablaba repositadamente con el jefe de sección, y parecía interesarse en la conversación del hombre gordo. Decididamente se había equivocado; no había rajadura. ¡Era una lástima!

—Y bien, ¿no bajas?—preguntaba la Faloise desde el vestíbulo.

Y, en la acera, al separarse, todavía repetían:

—¡A media noche, en casa de Naná!

#### IV.

Desde por la mañana, Zoé había puesto la casa á disposición de un mayordomo del restaurante Brébant, que llegó con un séquito de marmitones y mozos. Brébant era quien debía suministrarlo todo: cena, vajilla, cristalería, mantelería, flores y hasta sillas y taburetes. Naná no hubiera encontrado ni una docena

de servilletas en el fondo de sus armarios, no habiendo tenido todavía tiempo de montar su casa bajo el pie que le correspondía; y desdeñando, además, ir al restaurante, había preferido hacer que el restaurante viniese á su casa. Esto le parecía más de buen tono.

Quería festejar su gran triunfo de actriz con una cena que diese que hablar. Como quiera que el comedor fuese demasiado pequeño, el mayordomo había puesto la mesa en el salón, donde habían veinticinco cubiertos, estrechándose un poco.

—¿Está listo todo?—preguntó Naná, cuando regresó á media noche.

—¡Ah! ¡qué sé yo!—contestó brutalmente Zoé, que parecía fuera de sí.—A Dios gracias, no me ocupo de nada; están haciendo un destrozo en la cocina y en toda la casa... Además he tenido que enfadarme. Los otros han venido también, y, á fe mía, les he echado á la calle.

Hablaba de los dos antiguos señores de la señora, del negociante y del valaco, á quienes Naná se había decidido á dar pasaporte, segura de su porvenir, y deseando echar piel nueva, como decía.

—¡Vaya que lapas!—murmuró.—Si vuelven, amenazades con ir á buscar al Comisario.

Después, llamó á Daguinet y á Jorge, que se habían quedado rezagados en el recibimiento colgando sus gabanes.

Los dos se habían encontrado en la puerta de salida de las artistas, pasaje de los Panoramas, y á los dos se los llevó consigo á casa, en un coche. Como aun no había llegado nadie, les dijo que entrasen en el tocador, mientras Zoé la arreglaba. A prisa, sin cambiar de traje, hizose retocar el peinado, y se puso unas cuantas rosas blancas en el moño y en el corpiño. El tocador se hallaba obstruido con muebles de salón, que habían tenido que meter allí, amontonados: veladores, canapés y sillones con los pies en el aire; y ella estaba ya dispuesta, cuando su fal-

da se enganchó en una de las ruedecillas, rasgándose. Entonces, furiosa, echó un terno; á nadie más que á ella le pesaban estas cosas. Llena de rabia, se quitó su bata, una bata de seda blanca muy sencilla, y tan flexible y fina, que se le adaptaba como una camisa. Pero al momento volvió á ponérsela, no encontrando ninguna de su gusto, llorando casi y diciendo que estaba vestida como una traperera. Daguenet y Jorge hubieron de prender el desgarrón con alfileres, mientras Zoé le arreglaba nuevamente el peinado. Los tres apresurábanse en torno de ella, sobre todo el adolescente, arrodillado, palpándole las faldas. Y ella acabó por calmarse, cuando Daguenet le aseguró que no habían dado aún las doce y cuarto; de tal manera había despachado el tercer acto de la «Rubia Venus», comiéndose bocadillos y saltando coplillas.

—Aun sobra para ese hato de imbéciles,—dijo la joven.—¿Habéis visto? ¡Qué fachas había esta noche!... Zoé, hija mía, esperaréis aquí. No os acostéis, tal vez necesite de vos... ¡Demonche! ya era tiempo. Está llegando gente.

Y se escapó. Jorge que continuaba arrodillado, rozando el suelo con el faldón del frac, se ruborizó viendo que Daguenet le miraba. Sin embargo, entre los dos había establecido rápidamente una afectuosa simpatía. Arreglaron el lazo de su corbata delante del armario-espejo, y se dieron mutuamente una mano de cepillo, porque estaban completamente blancos del roce de Naná.

—Parece azúcar,—murmuró Jorge, con su risa de nene glotón.

Un lacayo, alquilado por una noche, introducía á los convidados en el saloncito, donde sólo habían dejado cuatro sillones, para que cupiese más gente. Del gran salón contiguo salía un ruido de vajilla y cubiertos, mientras que, por debajo de la puerta, relucía una línea de viva claridad. Naná, al entrar, en-

contró instalada ya en uno de los sillones á Clarita Besnus, que había venido con la Faloise.

—¡Cómo! ¿tú la primera?—dijo Naná, que la trataba con familiaridad, desde la noche de su triunfo.

—¡Oh! ¡se lo debes á él!—respondió Clarita.—Siempre tiene miedo de llegar tarde... A haberle creído, ni me hubiera tomado tiempo para quitarme el colorete y la peluca.

El joven, que visitaba á Naná por vez primera, inclinábase y la felicitaba, hablando de su primo, y ocultando su turbación bajo una exageración de finura. Pero Naná, sin escucharle, sin conocerle, le estrechó la mano; en seguida, se adelantó vivamente al encuentro de Rosa Mignon, y con perfecta distinción:

—¡Ah! ¡querida señora! ¡cuán amable habéis sido! ¡Deseaba tanto veros en mi casa!

—¡No menos lo deseaba yo, os lo aseguro!—dijo Rosa, con la mayor amabilidad.

—Sentáos... ¿necesitáis algo?

—No, gracias... ¡Ah! ¡he dejado mi abanico en el abrigo! Steiner; mirad en el bolsillo derecho.

Steiner y Mignon habían entrado tras de Rosa. El banquero salió y reapareció al momento con el abanico, mientras que Mignon, fraternalmente, abrazaba á Naná y obligaba á Rosa á que la abrazara también. ¿No forman, acaso, todos una misma familia en el teatro? Después guiñó los ojos, como para alentar á Steiner; pero éste, turbado por la mirada penetrante de Rosa, se limitó á depositar un beso en la mano de Naná.

En este momento, compareció el conde de Vandeuves, con Blanca de Sivry. Hubo un trueque de cortesías. Naná, del todo ceremoniosa, condujo á Blanca á un sillón. Entre tanto, Vandeuves refería viendo que Fauchery quedaba disputando abajo, porque el portero se había negado á permitir que entrase el coche de Lucy Stewart. En la antecámara oyóse á Lucy, que trataba al portero de marrano... Pero, cuan-

do el lacayo hubo abierto la puerta adelantóse con su gracia risueña, se anunció á sí misma, y estrechó las dos manos de Naná, diciéndole que le había sido simpática, desde el primer momento y que encontraba en ella un talento notable. Naná, hinchada con su nuevo papel de señora de casa, daba las gracias, confusa de veras. Sin embargo, parecía preocupada desde la llegada de Fauchery. Así, pues, cuando pudo aproximarse á él, le preguntó, en voz baja:

—¿Vendrá?

—No, no ha querido,—respondió brutalmente el periodista cogido de improviso, aun cuando había preparado toda una historia para explicar la negativa del conde Muffat. Pero, advirtiéndole su majadería, al ver la palidez de la joven, procuró enmendar la frase:

—No ha podido; acompaña esta noche á la condesa al baile del ministro del Interior.

—Está bien,—murmuró Naná, que dudaba de la buena voluntad del periodista.—¡Ya me la pagarás!

—¿Esas tenemos?—repuso éste resentido de la amenaza.—¡No me gustan tales encargos! Dirígete á Labordette.

Los dos se volvieron la espalda, incomodados. Precisamente, Mignon empujaba á Steiner hacia Naná, y cuando ésta estuvo sola, le dijo, con el cinismo bonachón de un compadre que quiere complacer á un amigo:

—Está muriéndose por vos... ¡pero le tiene un miedo á mi mujer! ¿Verdad que le defenderéis?

Naná aparentó no comprender. Sonreía, y miraba á Rosa, á su marido y al banquero: después dijo á éste:

—Señor Steiner, os sentaréis á mi lado.

En esto, surgieron de la antecámara risas, cuchicheos, una bocanada de voces alegres y parlanchinas, como si estuviera allí todo un convento escapado. Y apareció Labordette, llevando tras de sí á cinco mujeres: «su colegio en peso» según la maligna frase de Lucy Stewart. Allí venían Gagá, majestuosa, con ves-

tido de terciopelo azul, que la oprimía; Carolina Héquet, siempre de fraile negro ornada de encajes: después Lea Horn, empaquetada como de costumbre, la gruesa Tata Nené, una rubia bonachona con pechos de nodriza, que eran tema incesante de broma; y finalmente, la pequeña María Blond, una jovencita de quince años, flaca y viciosa como un granuja, que acaba de debutar en las Folies.

Labordette había traído todo esto en un solo coche, y ellas estaban aún riéndose de haber venido tan apretadas llevando á María Blond sobre sus rodillas. Pero, de repente, se mordieron los labios, cambiando apretones de manos y saludos, muy «comme il faut.» Gagá se hacía la niña, ceceando por exceso de buen tono. Unicamente Tatá Nené, á quien durante el camino habían contado que servían la cena de Naná seis negros, completamente desnudos, inquietábase y pedía verlos. Labordette la trató de pava, rogándole que se callara.

—¿Y Bordenave?—preguntó Fauchery.

—¡Oh! ¡figuráos si estaré desolada!—exclamó Naná,—¡no podrá venir!

—Sí,—dijo Rosa Mignon,—ha dado un resbalón en una de las trampillas y se le ha torcido un pie... Si le oyeseis echar tacos y reniegos, con la pierna ligada y extendida sobre una silla.

Entonces, todo el mundo compadeció á Bordenave. Sin Bordenave, no se concebía una buena cena. En fin, procurarían pasar sin él. Y hablaban ya de otro asunto, cuando se dejó oír una voz gruesa.

—¡Cómo! ¡cómo! ¿así se me entierra?

Hubo una exclamación general, y todos volvieron la cabeza. Era Bordenave, enorme y muy colorado, con la pierna rígida, de pie en el umbral, donde se apoyaba en el hombro de Simona Cabiroche. Por entonces, era el querido de Simona. Esta muchacha que

había recibido esmerada educación, que tocaba el piano y hablaba el inglés, era una rubita tan delicada, que se doblegaba al rudo peso de Bordenave, sonriente y sumisa, sin embargo. El empresario se mantuvo inmóvil algunos segundos, comprendiendo que los dos formaban cuadro.

—¿Qué tal? ¿aun dices que no os quiero?—continuó.—¡A lo mío! ¡he tenido miedo de aburrirme y me he dicho: Vamos allá!...

Mas interrumpióse, para soltar un reniego!

—¡Voto á!

Simona había dado un paso demasiado largo, lastimándole el pie. Bordenave le dió un empujón. Ella sin dejar de sonreír, bajando el rostro como animal que teme ser zurrado, le sostenía con todas sus fuerzas de mórbida rubita. Por lo demás, en mitad de las exclamaciones, todos se daban prisa. Naná y Rosa Mignon acercaron una butaca en la que Bordenave se dejó caer, mientras las demás mujeres le colocaban una segunda butaca debajo de la pierna. Y todas las actrices que allí estaban le abrazaron, con la mayor naturalidad. El gruñía y suspiraba:

—¡Voto á...! ¡voto á...! En fin, el estómago está sólido; ya lo veréis...

Habían llegado más convidados. Era imposible dar un paso en el saloncito. Los ruidos de vajilla y cubiertos habían cesado; actualmente, venía del salón el rumor de una querrela, destacándose la voz furiosa del mayordomo. Naná, no esperando ya á más invitados, impacientábase, admirándose de que no comenzara el servicio. Había enviado á Jorge á que se enterase de lo que ocurría, cuando quedó altamente sorprendida viendo entrar todavía más gente, hombres y mujeres, á quienes no conocía. Entonces, algo perpleja, interrogó á Bordenave, Mignon y Labordette, los cuales no los conocían tampoco. Dirigióse al conde de Vandevres, y éste se acordó de repente: eran los jóvenes que había reclutado en casa del conde Muffat.

Naná le dió las gracias. Muy bien, perfectamente. Eso sí, estarían apretaditos. Y rogó á Labordette que hiciese añadir siete cubiertos. Apenas éste había salido, anunció el lacayo otras tres personas. No; esta vez la cosa iba siendo ridícula; imposible que cupiesen. Naná, que empezaba á incomodarse, decía, con aire de señorona, que aquello era una inconveniencia. Pero, viendo llegar aún á dos más, se echó á reír, encontrando chusco el lance. ¡Tanto peor! se acomodarían como pudiesen. Todas estaban en pie; solo Gagá y Rosa Mignon se hallaban sentadas, pues Bordenave acaparaba dos sillones. Las voces zumbaban; hablábase bajo, sofocando ligeros bostezos.

—Oye, hija mía,—exclamó Bordenave.—¿no te parece que podríamos pasar al comedor? Está completa ya la reunión: ¿verdad?

Y paseaba sus miradas de uno á otro lado. Pero, de repente, se puso seria, como admirada de no ver á alguien. Sin duda faltaba un convidado, del que no hacía mención. Era preciso esperar. A los pocos minutos, los presentes percibieron en medio de ellos á un caballero alto, de noble postura y hermosa barba blanca. Y lo más sorprendente era que nadie le había visto entrar; debía haberse deslizado en el saloncito por una puertecita de alcoba, que quedara entreabierta. Reinó un silencio, y circularon cuchicheos. El conde de Vandevres sabía, con seguridad, quién era aquel caballero, pues los dos habían cambiado un discreto apretón de manos; pero sólo contestaba con una sonrisa á las preguntas de las mujeres.

Entonces, Carolina Héquet, á media voz, apostó que era un lord inglés, que al siguiente día regresaba á Londres para casarse; le conocía perfectamente, había sido su querido de un día. Y esta historia corría entre las damas; únicamente, María Blond pretendía, por su parte, reconocer en él á un embajador alemán, que dormía á menudo con una amiga suya. Entre los hombres, se le juzgaba en rápidas frases. Pa-



recía un hombre formal. Tal vez era él quien pagaba la cena. Probablemente. Lo habían oído. ¡Bah! con tal de que la cena fuese buena! Por último, quedaron en la duda, y olvidaban ya al anciano de blanca barba, cuando el mayordomo abrió la puerta del salón:

—La señora está servida.

Naná había aceptado el brazo de Steiner, sin advertir, al parecer, un movimiento del anciano, que echó á andar en pos de ella, completamente solo. Por lo demás, no pudo organizarse el desfile. Hombres y mujeres entraron á la desbandada, bromeando con bonachona complacencia sobre esta falta de ceremonias. Una larga mesa ocupaba de uno á otro extremo de la habitación, vacía de muebles, y esta mesa era aún demasiado pequeña, pues los platos se tocaban. Cuatro candelabros de diez bujías iluminaban el servicio, sobre todo uno de plaqué, con guirnaldas de flores á uno y otro lado. Era aquel un lujo de restaurante, porcelana de filetes dorados, sin cifras, cubiertos usados y deslumbrados por continuos lavatorios, copas cuyas docenas desaparejadas podían completarse en cualquier bazar. Transcendía á banquete improvisado demasiado prematuramente, en medio de una fortuna súbita, con la casa todavía desmantelada. Faltaba allí una araña; los candelabros, cuyas bujías estaban demasiado altas y con poca mecha, difundían una claridad amarillenta y pálida sobre las compoteras, las pilas de platos, y las fuentes donde las frutas, los pasteles y los dulces alternaban simétricamente.

—Ya lo sabéis,—dijo Naná,—colóquese cada cual donde quiera... Así es más divertida.

Permanecía en pie en el extremo de la mesa. El anciano caballero, el incógnito, se había colocado á su derecha, mientras ella conservaba á su izquierda á Steiner. Sentábanse ya los convidados, cuando se oyeron en el saloncito furibundos reniegos. Era Bordenave, á quien habían dejado solo, y que pasaba to-

dos los trabajos del mundo para levantarse de los dos sillones, aullando y llamando á esa holgazana de Simona que había desaparecido con las demás. Acudieron las mujeres, llenas de compasión. Poco después, apareció Bordenave, sostenido, llevado por Carolina, Clarisa, Tata Nené y María Blond. ¡Y no fué floja la tarea de instalarse!

—¡En el centro de la mesa, enfrente de Naná!—gritaban.—¡Bordenave en el centro! ¡Nos presidirá!

Entonces, las mujeres le sentaron en el centro. Pero fué menester una segunda silla para la pierna. Levantáronse las dos mujeres, y la colocaron delicadamente. Eso no importaba ¡comería de lado!

—¡Voto á...!—gruñía él,—¡parece que estoy en un tiesto!... ¡Ah! ¡gatitas mías! ¡papá se encomienda á vosotras!

Tenía á Rosa Mignon á su derecha, y á su izquierda á Lucy Stewart, quienes prometieron cuidarle mucho. Actualmente, todo el mundo se acomodaba. El conde de Vandevres se sentó entre Lucy y Clarisa; Fauchery, entre Rosa Mignon y Carolina Héquet. Del otro lado, Héctor de la Faloise se había precipitado para colocarse al lado de Gagá, á pesar de los llamamientos de Clarisa que estaba enfrente, mientras que Mignon, que no soltaba á Steiner, no estaba separado de él más que por Blanca y tenía á su izquierda á Tata Nené. Seguía después Labordette. Por último, en los extremos se hicieron el resto de la reunión: jóvenes, mujeres, Simona, Lea de Horn, María Blond, sin orden ni concierto. Allí Daguinet y Jorge Hugón simpatizaban á cada momento más, contemplando á Naná, con sonrisitas.

Sin embargo, viendo todavía que quedaban dos mujeres en pie, empezaron á darles broma. Los hombres ofrecían sus rodillas. Clarisa, que ni podía mover sus codos, decía á Vandevres que contaba con él para que le diese de comer. ¡Ese Bordenave ocupaba tanto espacio con sus sillas! Se hizo un último

esfuerzo, y todo el mundo pudo caber; pero Mignon gritó que estaban como arenques en barril.

—Puré de espárragos á la condesa, caldo á la Deslignac,—murmuraban los camareros, pasando los platos llenos por detrás de los comensales.

Bordenave recomendaba en alta voz el caldo, cuando surgió un grito. Protestaban, enfadábanse. La puerta acababa de abrirse, dando paso á tres rezagados, una mujer y dos hombres. ¡Ah! ¡no! decididamente esos estaban de sobras. Naná entretanto, sin levantarse, contraía los párpados, tratando de ver si les conocía. La mujer era Luisa Violaine. Pero á los hombres nunca los había visto.

—Querida,—dijo Vandevres,—el caballero es oficial de Marina, amigo mío, el señor de Foucarmont, á quien invité.

Foucarmont saludó, con un gran desembarazo, añadiendo:

—Y yo me he tomado la libertad de traer á un amigo.

—¡Ah! ¡muy bien! ¡muy bien!—dijo Naná.—Sentáos... ¡Ea, Clarisa! hazte atrás un poco. Vosotros estáis muy anchos, ahí abajo... ¡Vaya! ¡un poco de buena voluntad!

Apretáronse todavía más. Foucarmont y Luisa obtuvieron para los dos un extremo de la mesa, pero el amigo hubo de sentarse á distancia de su cubierto, y comía alargando los brazos por entre los hombros de sus vecinos. Los camareros, después de apartar los platos de sopa, empezaron á circular embudidos de gazapillo con trufas y «niokys» á la parmesana. Bordenave amotinó á la mesa en peso refiriendo que había tenido intención, por un momento, de traer consigo á Prullière, Fontan y el viejo Bosc. Naná, revistiéndose de dignidad, dijo, secamente, que les habría recibido de lo lindo. Si hubiese querido tener allí á sus camaradas, ella misma se habría encargado de invitarlos. No, no; ¡nada de comiquillos!

El viejo Bosc siempre estaba borracho; Prullière se daba demasiadas infulas, y Fontan se hacía insoporrible en sociedad con sus gritos y necedades. Además, ya se sabe que los comiquillos están fuera de su lugar, cuando se encuentran entre estos caballeros.

—Sí, sí, es verdad,—declaró Mignon.

En derredor de la mesa, estos caballeros, de frac y corbata blanca, estaban muy elegantes y correctos, con sus rostros pálidos, de una distinción que la fatiga acentuaba aún más. El caballero anciano accionaba lentamente, con fina sonrisa, como si estuviese presidiendo un congreso de diplomáticos. Vandevres parecía hallarse en casa de la condesa Muffat, obsequiando á sus vecinas con exquisita galantería. Aquella mañana lo estaba diciendo Naná á su tía: en cuanto á hombres, no se podía pedir mejor; todos nobles ó todos ricos; en una palabra: hombres de *chic* (1) Y en cuanto á las mujeres, sabían presentarse muy bien. Algunas de ellas, Blanca, Lea y Luisa habían venido escotadas; sólo Gagá lo enseñaba quizá demasiado, tanto más, cuanto que á su edad hubiera hecho mejor no enseñarlo ni pizca. Ahora que cada cual ya tenía su sitio, las risas y las bromitas iban decayendo. Jorge recordaba que había asistido á cenas más alegres entre los burgueses de Orleans. Apenas se hablaba; los hombres que no se conocían, se miraban; las mujeres permanecían tranquilas, y esta última circunstancia era lo que más excitaba el asombro de Jorge. Encontraba la escena desabrida, pues había creído que todo el mundo se iba á abrazar y á besar inmediatamente.

Estaban sirviendo ya el tercer plato, una carpa del

(1) «Chic»: Esta voz tiene cinco acepciones principales: Distinción.—Elegancia en el traje ó en los muebles.—Sello artístico, originalidad.—Facilidad trivial, que no revela el menor estudio.—Mal género. (N. del T., tomada de Larckey).

Rhin á la Chambord y un asado de corzo á la inglesa, cuando Blanca exclamó en alta voz:

—Querida Lucy, el domingo encontré á vuestro Oliverio... ¡Qué crecido está!

—¡Diantre! ya tiene dieciocho años,—respondió Lucy,—eso no me hace muy joven... Ayer volvió á partir para su colegio.

Su hijo Oliverio, de quien hablaba con orgullo, era alumno de la Escuela de Marina. Entonces hablaron de los niños. Todas las damas se enternecían. Naná refirió sus grandes goces: su rotro, su Luisito estaba actualmente en casa de su tía, que cada mañana se lo llevaba, sobre las once; y ella lo metía en su cama, donde jugaba con su faldero Lulu. Era cosa de morirse de risa verles á los dos esconderse, debajo de la sábana, en el fondo. No podía darse una idea de lo pillastrón que era ya Luisito.

—¡Oh! ¡ayer pasé un día!—contó á su vez Rosa Mignon.—Figuráos que había ido á buscar á Carlos y á Enrique á su colegio, y por la noche no tuve más remedio que llevarles al teatro... Saltaban y palmoteaban con sus manecitas: «Veremos representar á mamá!...» ¡oh, un alboroto! ¡un verdadero alboroto!

Mignon sonreía complaciente, húmedos sus ojos de ternura paternal.

—Y, durante la representación,—continuó éste,—estaban tan graciosos, serios como hombres, comiéndose á Rosa con la vista, preguntándome por qué mamá iba con las piernas desnudas...

La mesa en peso se echó á reír. Mignon triunfaba, lisonjeado en su orgullo de padre. Adoraba á los pequeños; sólo una idea les preocupaba: aumentar su fortuna, administrando con la rigidez de un intendente fiel, el dinero que Rosa ganaba en el teatro y fuera del teatro. Cuando casó con ella siendo director de orquesta en el café-concierto donde ella cantaba, amábanse los dos apasionadamente. En la actualidad, eran buenos amigos. Era cosa concertada en

tre ambos: ella trabajaba cuanto podía, con todo su talento y toda su belleza; él había colgado su violín para vigilar mejor sus éxitos de artista y de mujer. Con dificultad se encontraría otro matrimonio más burgués, ni más unido.

—¿Qué edad tiene el mayor?—preguntó Vandevres.

—Enrique tiene ocho años—respondió Mignon;—¡pero es mocetón ya!

Después, se burló de Steiner, á quien no le agradaban los niños; y decíale, con aire de tranquila audacia que, si fuese padre, dilapidaría menos neciamente su fortuna. Al par que hablaba acechaba al banquero por encima de los hombros de Blanca, á fin de ver si la cosa se arreglaba con Naná. Pero desde hacía algunos minutos, tenía intranquilo Rosa y Fauchery, que conversaban muy arrimaditos. Sin duda Rosa no iría á perder su tiempo en semejante tontería. Si tales cosas ocurrían, el marido poníase de pormedio. Y con su bella mano, en cuyo menique resplandecía un brillante, llevóse á la boca un trozo de filete.

Por lo demás la conversación continuaba sobre los niños. La Falaise, lleno de turbación por la proximidad de Gagá, pedíale noticias de su hija, á quien tuvo la satisfacción de ver con ella en Variedades. ¡Lili estaba muy buena; pero era tan chiquitilla aun! Héctor quedó sorprendido al saber que Lili iba á cumplir sus diecinueve años. Gagá se hizo más imponente á sus ojos. Y como tratase de saber por qué razón no había traído á Lili.

—¡Oh, no, no! ¡jamás!—dijo ella, frunciendo el ceño.—Aun no hace tres meses que quiso salir absolutamente del colegio... Yo soñaba en casarla en seguida... Pero ¡me quiere tanto, que no tuve más remedio que traérmela á casa! ¡ah! muy á pesar mío...

Sus azulados párpados, de quemadas pestañas, se agitaban en guiños, mientras hablaba del acomodamiento de su hija. Sí, á su edad no había logrado ahorrar un sueldo, trabajando siempre y teniendo aún hom-

bres, sobre todos jovencitos, de quienes hubiera podido ser abuela, era prueba de que un buen matrimonio valía muchísimo más. Y se inclinó hacia la Faloise, quien se ruborizó bajo el enorme hombro desnudo y lleno de blanquete con que le aplastaba.

—Sabed,—murmuró,—que si mi hija se deja engañar, no será por mi culpa... ¡Pero es tan poco precavida una, en la juventud!

En torno de la mesa había gran movimiento. Acababa de aparecer el otro servicio: pollos á la mariscalá, filetes de lenguado en salsa «ravigote», é higados de pato cebado. El mayordomo, que hasta entonces había hecho escanciar Meursault, ofrecía Chamberlin y Leóville. En la ligera baraunda del cambio de platos, Jorge, cada vez más atónito, preguntó á Dagueneť si todas aquellas señoras tenían hijos; y éste, á quien hizo gracia la pregunta, entró en detalles. Lucy Stewart era hija de un engrasador, inglés de origen, empleado en la estación del Norte; treinta y nueve años, una cabeza de caballo, pero encantadora; tísica, sin morir se nunca; la dama de más *chic* entre todas ellas... tres príncipes y un duque. Carolina Héquet, nacida en Burdeos de un empleadillo, muerto de vergüenza, tenía la suerte de poseer por madre una mujer de tesón que, después de haberla maldecido, se reconcilió con ella, al cabo de un año, queriendo, al menos, salvarle una fortuna; la hija, de veinticinco años, pasaba por ser una de las más hermosas mujeres que pudiesen poseerse, á un precio invariable; la madre, mujer de orden, llevaba los registros, una contabilidad severa de los ingresos y de los gastos, y dirigía todo el tren de la angosta habitación en que vivían, dos pisos más arriba, y donde había instalado un taller de costureras de vestidos y ropa blanca. En cuanto á Blanca de Sivry, cuyo verdadero nombre era Santiagueta Bandu, procedía de una aldea de cerca de Amiens; magnífica hembra, necia y embustera, dándose por nieta de un general y no confe-

sando sus treinta y dos años; muy apetecida de los rusos, á causa de sus carnes. Después, rápidamente, añadió Dagueneť una palabra sobre las otras: Clarisa Besnus, traída, en calidad de camarera, de Saint-Aubin-sur-Mer, por una señora, cuyo marido la había lanzado á la gran vida; Simona Cabiroche, hija de un ebanista del arrabal Saint-Antoine, educada en un gran colegio para ser institutriz; y María Blond, y Luisa Violaine y Lea de Horn, crecidas todas en el arroyo parisiense, sin contar á Tata Nené, que había guardado vacas hasta los veinte años, en la Champaña piojosa. Jorge escuchaba, mirando á aquellas damas, aturdido y excitado por ese desembalaje brutal, hecho crudamente á su oído, mientras que, tras de él, los camareros, repetían, con respetuosa voz:

—Pollos á la mariscalá... Filetes de lenguado en salsa «ravigote...»

—Querido,—dijo Dagueneť imponiéndole su experiencia,—no toméis pescado, es peligroso á estas horas... Contentáos con el Leóville, que es menos traidor.

Elevábase un pesado calor de los candelabros, de los platos paseados, de la mesa entera donde treinta y ocho personas se sofocaban; y los camareros, distrayéndose, corrían sobre la alfombra, que se manchaba de grasa. Sin embargo, la cena no se alegraba gran cosa. Las damas gazmiaban, dejando la mitad de los platos. Únicamente Tata Nené se tragaba cuanto le ponían delante, glotonamente. A aquella hora adelantada de la noche, sólo había allí hembras nerviosas, caprichos de estómago desordenado. El caballero anciano del lado de Naná rehusaba todos los platos que le presentaban; no había tomado más que una cucharada de sopa y, mudo ante su plato vacío, miraba. Bostezaban con discreción. De vez en cuando, cerrábanse algunos párpados, y algunas caras se ponían terrosas; aquello era un aburrimiento, como siempre, en lances tales, seguía la frase de Vardeuvres.

En cenas así, para divertirse, no debían guardar-

se miramientos. De lo contrario, si había de cenarse virtuosamente, como el buen tono manda, lo mismo daba comer entre gentes honestas, donde era imposible fastidiarse más. A no ser por Bordenave, que proseguía aullando, hubiéranse dormido todos. Ese animal de Bordenave, con su pierna estirada, dejábase servir, con aire de sultán, por sus vecinas Lucy y Rosa, que sólo se ocupaban de él, cuidándole, mimándole, vigilando su copa y su plato, lo cual no le impedía quejarse:

—¿Quién me cortará la carne?... Yo no puedo; la mesa está á una legua.

A cada momento, Simona se levantaba, y se mantenía en pie á su espalda, para cortarle la carne y el pan. Todas las mujeres se interesaban en lo que comía. Llamaban á los camareros, y le atracaban hasta sofocarle. Habiéndole limpiado Simona la boca mientras Rosa y Lucy le cambiaban el cubierto, encontró la cosa muy graciosa, y dignándose al fin mostrarse contento:

—¡Eso es!—dijo,—¡estás en lo cierto, hija mía!... ¡La mujer no ha sido hecha para otra cosa!

Animóse un tanto la reunión y la conversación se generalizó. Daban fin á los sorbetes de naranja. El asado caliente era un filete con trufas, y el frío, una gelatina de pintada «á la gelée.» Naná, á quien la falta de expansión de los concurrentes tenía enfadada, habíase puesto á hablar en alta voz:

—¿No sabéis que el príncipe de Escocia ha encargado un palco proscenio para asistir á la «Rubia Venus», cuando venga á la Exposición?

—Confío en que todos los príncipes pasarán por allí,—declaró Bordenave, con la boca llena.

—Se espera al shah de Persia el domingo,—dijo Lucy Stewart.

Entonces, Rosa Mignon habló de los diamantes del shah; el shah llevaba una túnica enteramente cubierta de pedrería, una maravilla, un astro resplandecien-

te, que representaba millones. Y las damas, pálidas, brillando la codicia en sus ojos, alargaban el cuello, citando á los otros reyes y á los otros emperadores que se esperaban. Todos soñaban en algún capricho regio, en una noche pagada con una fortuna.

—Decid, querido,—preguntó Hécquet á Vandeuves, inclinándose:—¿qué edad tiene el emperador de Rusia?

—¡Oh! ¡no tiene edad!—respondió riendo el conde.—¡Nada hay que hacer con él, os lo prevengo!

Naná fingió darse por ofendida. La frase parecía demasiado cruda; protestóse con un murmullo. Blanca daba detalles sobre el rey de Italia, á quien vió en cierta ocasión, en Milán; no era muy guapo, pero eso no le impedía poseer á todas las mujeres; y quedó malhumorada cuando Fauchery aseguró que Víctor Manuel no podía venir á París. Luisa Violaine y Lea de Horn estaban por el emperador de Austria. De improviso, oyóse á la pequeña María Blond, que decía:

—¡Vaya un vejete secucho el rey de Prusia!... Yo estaba en Baden, el año pasado. Siempre se le encontraba con el conde de Bismarck.

—¡Toma! ¡Bismarck!—interrumpió Simona.—A ese le conozco... Un hombre encantador.

—Lo mismo decía yo ayer,—exclamó Vandeuves,—y nadie quiso creerme.

Y, al igual que en casa de la condesa Sabina, ocupáronse extensamente del conde Bismarck. Vandeuves repitió las mismas frases. Por un momento, pareció aquello el salón de los Muffat; únicamente las mujeres eran otras. Precisamente, se pasó á hablar de música. Después, habiendo soltado Fourcamont una palabra tocante á la toma de velo de que todo París hablaba, Naná, interesada, quiso absolutamente que le diesen detalles sobre la señorita de Fougueray. ¡Pobrecilla, enterrarse viva de aquel modo! En fin ¡si era vocación! En torno de la mesa, las mujeres estaban muy conmovidas. Y Jorge, fastidiado de oír es-

tas cosas por segunda vez, interrogaba á Daguenet sobre los hábitos íntimos de Naná, cuando la conversación recayó fatalmente sobre el conde de Bismarck. Tata Nené se inclinaba al oído de Labordette, fríamente, le contó historias enormes: el tal Bismarck comía carne cruda; cuando encontraba á una mujer cerca de su madriguera, se la llevaba cargada al hombro; de esta suerte había tenido ya treinta y dos hijos, á los cuarenta años.

—¡A los cuarenta años, treinta y dos hijos!—exclamó Tata Nené estupefacta y conmovida. ¡No debe estar poco fatigado para su edad!

Los comensales soltaron el trapo á la risa, y entonces comprendió que se burlaban de ella.

—¡Sois un necio! ¿he de saber yo, acaso, si habláis en broma?

Entretanto, Gagá seguía hablando de la Exposición. Lo mismo que todas esas señoras, se regocijaba y se preparaba. ¡Buena temporada aquella! ¡La provincia arrojándose sobre París! Tal vez, por fin, acabada la Exposición, si los negocios habían sido fructuosos, podría retirarse á Juisvy, á una casita á la que había echado el ojo desde hacía largo tiempo.

—¿Qué queréis?—le decía á la Faloise,—no se consigue nada!... ¡Si una fuese amada, menos!

Gagá se hacía la tierna, porque había sentido la rodilla del joven arrimada á la suya. Héctor estaba hecho un grana. Ella, á la vez que ceceando, lo media de una ojeada. Un caballero no muy pesado; pero Gagá no era ya descontentadiza. La Faloise obtuvo sus señas.

—Mirad,—murmuró Vandevres á Clarisa,—creo que Gagá os birla á vuestro Héctor.

—¡Me tiene sin cuidado!—respondió la actriz.—Es un idiota ese mozo... Ya le he mandado dos veces á paseo... A mí, cuando se dedican á las viejas, los mocosos me dan asco.

Y se interrumpió, para indicar con un leve signo

á Blanca que, desde el principio de la cena, permanecía inclinada en una posición muy inconveniente, engallándose, queriendo mostrar sus hombros al caballero anciano que estaba sentado á tres sillas de distancia.

—También á vos os dejan, querido,—repuso.

Vandevres sonrió finamente, con un gesto de indiferencia. Ciertamente no sería él quien impidiese á la pobre Blanca que hiciera una conquista. Más le interesaba el espectáculo que Steiner daba á la mesa entera. Conociase al banquero por sus corazonadas; ese terrible judío alemán, ese amasador de negocios, en cuyas manos se derretían los millones, se volvía imbécil cuando se encaprichaba por todas; no podía aparecer una en el teatro, sin que él la comprara, por cara que fuese. Se citaban cantidades. Por dos veces, su furioso apetito de muchachas le había arruinado. Como decía Vandevres, las muchachas vengaban á la moral, limpiando su caja.

Una gran operación sobre las Salinas de las Landas le había devuelto su potencia en la Bolsa, y los Mignon, desde hacía seis semanas, hincaban el diente en las Salinas. Pero ya se empezaba á apostar á que no serían los Mignon los que acabarían este filón, al ver á Naná enseñando sus blancos dientes. Steiner estaba encaprichado otra vez más y tan rudamente que, junto á Naná, permanecía como aplastado, comiendo sin hambre, colgante el labio y jaspeado de manchas el rostro. Naná no tendría más que decir una cifra. Sin embargo, no se apresuraba, divirtiéndose con él, vertiendo sus risas en su velluda oreja, y regocijándola los estremecimientos que agitaban aquel grueso rostro. Siempre habría tiempo de arreglar la cosa, si decididamente ese imbécil de conde Muffat se empeñaba en proseguir su papel de casto José.

—¿Leóville ó Chambertín?—murmuró un camarero alargando la cabeza entre Naná y Steiner, en el momento en que éste hablaba al oído de la joven.

—¿Cómo? ¿qué?—tartamudeó el banquero, sobresaltado.—¡Lo que queráis: me es igual!

Vandeuvers empujaba ligeramente con el codo á Lucy Stewart, una lengua malévola, un espíritu feroz, cuando se salía de guicio. Aquella noche, Mignon le exasperaba.

—Ese es muy capaz de aguantarles la vela, le decía al conde. Espera que se repita el lance del pequeño Jonquier... Ya recordaréis, Jonquier, que estaba con Rosa y tuvo un capricho por Laura... Mignon se la proporcionó, y después se lo llevó del brazo á Rosa, como un marido á quien acababa de permitirse una calaverada... Pero esta vez, le va á fallar el tiro. Naná no debe ser de esas que devuelven los hombres que les prestan.

—¿Qué demonio tendrá Mignon, que mira tan severamente á su mujer?—preguntó Vandeuvers.

Y al inclinarse, percibió á Rosa, que se estaba poniendo tierna con Fauchery. Esto le explicó la cólera á su vecina. Y repuso riendo.

—¡Demonche! ¿estais celosa, acaso?

—¡Celosa!—exclamó enfurecida Lucy.—¡Ah! ¡si Rosa tiene deseo de León, se lo cedo con mucho gusto! ¡Para lo que vale!... ¡Un ramo por semana, y aun!... Mirad, querido: todas esas mujeres de teatro son iguales. Rosa ha llorado de despecho al leer el artículo de León, sobre Naná; me consta. De consiguiente, como comprenderéis, quiere á toda costa un artículo para ella, y le conquista... ¡Yo voy á mandar á León á paseo; ya veréis!

Y se interrumpió, para decir al camarero que estaba á su espalda, con las dos botellas:

—Léoville.

Después, bajando la voz, añadió:

—No quiero armar un escándalo, no soy de esas que chillan y alborotan... Pero, de todos modos, ¡es una marrana! Si estuviese yo en lugar de su marido, le largaba una hermosa paliza... ¡Oh! ¡no creo

que se facilite largo tiempo! ¡no conoces á ese Fauchery! ¡vaya un sucio, que se pega á las mujeres para crearse una posición!... ¡Bonita gente!

Vandeuvers intentó calmarla. Bordenave, descuidado por Rosa y por Lucy, enfadabase, gritando que dejaban morir á papá de hambre y sed. Esto produjo una oportuna distracción. La cena languidecía, nadie comía ya; empastábanse en los platos los pastelillos á la italiana, y las empanadas de ananá á la Pompadour. Empero el champagne, que se iba bebiendo desde la sopa, animaba paulatinamente á los comensales con una embriaguez nerviosa.

Empezábanse á guardar menos miramientos. Las mujeres se apoyaban de codos en la mesa, ante la desbandada del servicio: los hombres, para respirar, echaban atrás su silla; y los fraques negros hundíanse entre corpiños claros, y los hombros desnudos é inclinados adquirían un matiz de seda. Hacía demasiado calor: la claridad de las bujías se tornaba más amarillenta, condensada encima de la mesa. Por momentos, cuando una nuca rubia se inclinaba bajo una lluvia de rizos, los rayos de un prendido de diamantes resplandecían en lo alto de un peinado. Había ráfagas de alegría, ojos risueños y dientes blancos entrevistos al reflejo de los candelabros, ardiente en una copa de champagne. Se bromeaba en voz alta, se gesticulaba, en medio de preguntas que quedaban sin respuesta, y de llamamientos lanzados de uno á otro extremo de la estancia. Pero quienes más ruido movían eran los camareros, que creían encontrarse en los pasillos de su restaurante, empujándose, sirviendo los helados y los postres, con exclamaciones guturales.

—Hijas mías,—exclamó Bordenave,—no olvidéis que mañana hay función... ¡Cuidadito con el champagne!

—Yo—decía Fourcamont,—he bebido todos los vinos magnificables, en las cinco partes del mundo... ¡Oh! ¡h-

quidos extraordinarios, alcoholes capaces de matar á un hombre de repente... ¡Pues bien! nunca me han hecho daño. No puedo emborracharme. Lo he intentado; pero no puedo.

Estaba muy pálido, muy frío, recostado contra el respaldo de la silla y sin dejar de beber.

—No importa—murmuró Luisa Violaine;—acaba, basta ya... ¡Lindo fuera que hubiese de pasar, cuidándose, el resto de la noche!

Una chispita imprimía en las mejillas de Lucy Stewart las rojas llamaradas de los tísicos, mientras que Rosa Mignon se estremecía, húmedos los ojos. Tata Né, aturdida de haber comido demasiado, se reía vagamente de su necedad. Las otras, Blanca, Carolina, Simona, María, hablaban juntas, contando sus negocios: una disputa con su cochero, un proyecto de excursión campestre, historias complicadas con amantes birlados y devueltos. A todo esto, un joven, vecino de Jorge, habiendo querido besar á Lea de Horn, recibió una bofetada, con un: «¡Ea! ¡dejadme tranquila!», lleno de hermosa indignación, y Jorge, muy achispado, muy excitado por la vista de Naná, vaciló ante una idea que acariciaba gravemente: la de ponerse á gatas, debajo de la mesa, é ir á acurrucarse á sus pies, como un perrillo. Nadie le había visto, y allí se hubiera quedado quietecito, inmóvil. Después, habiendo dicho Daguenet al joven del beso, á ruego de Lea, que se estuviese tranquilo, Jorge, de repente, sintió un gran pesar, como si acabasen de reñirle á sí propio: ¡qué cena más necia, qué cena más triste, sin ningún aliciente! Daguenet, sin embargo, chaceando le obligó á tragarse un gran vaso de agua y le preguntó qué haría si se encontrase á solas con una mujer, cuando tres copas de champagne bastaban para tumbarle.

—Mirad,—repuso Foucarmont,—en la Habana hacen un aguardiente con una raíz silvestre; al verlo, parece fuego... ¡pues bien!... una noche me bebí más

de un litro. No me hizo efecto... Más aun; otro día, en las costas de Coromandel, los salvajes nos dieron yo no sé qué mezcolanza de pimienta y vitriolo; tampoco me hizo efecto... No puedo emborracharme.

Desde hacía un momento la figura de la Faloise, cuya cabeza se trastornaba, agitábase mucho, arrojándose á Gagá. Pero otra inquietud vino á aumentar su agitación; acababan de quitarle su pañuelo, y lo reclamaba con la terquedad de la embriaguez, interrogando á sus vecinos, inclinándose para mirar debajo de las sillas y de los pies. Y como Gagá tratase de tranquilizarle:

—Es una estupidez,—murmuró:—en un ángulo tiene mis iniciales y mi corona, eso puede comprometerme.

—¡Decid, señor Falamoise, Lamafoise, Malafoise!—exclamó Foucarmont, que encontraba muy ingenioso el desfigurar así, hasta lo infinito, el apellido del joven.

Pero la Faloise se enfadó. Habló de sus antepasados, tartamudeando. Amenazó con tirar una botella á la cabeza de Foucarmont. El conde de Vandevres hubo de intervenir para asegurarle que Foucarmont era un bromista. Todo el mundo se reía. Este le dejó estupefacto y le indujo á sentarse de nuevo; y comía con una obediencia infantil cuando su primo, engrosando la voz, le ordenaba que comiese. Gagá le había vuelto á tomar por su cuenta; y él, únicamente, de vez en cuando, lanzaba sobre los convidados miradas disimuladas y ansiosas, buscando siempre su pañuelo.

Entonces Foucarmont, anzado ya, atacó á Labor-dette, á través de la mesa. Luis Violaine procuraba hacerle callar, porque según decía, cuando se encontraba así cargante contra los demás, la cosa acababa siempre mal para ella. Foucarmont había inventado un chiste, consistente en llamar á Labor-dette: «señora», chiste que sin duda le gustaba mucho, pues



no se cansaba de repetirlo, mientras Labordette, tranquilo, se encogía de hombros, diciendo á cada vez:

— ¡Calláos, querido; no seáis necio!

Pero como Foucarmont continuase y llegase á los insultos, sin saberse por qué, cesó de contestarle y se dirigió al conde de Vandeuves, diciéndole:

— Caballero, haced callar á vuestro amigo... No tengo ganas de incomodarme.

Se había batido en dos ocasiones. Le saludaban y le admitían en todas partes. Hubo una sublevación general contra Foucarmont. La mesa se alegraba, encontrándole muy espiritual, más esa no era una razón para echar á perder la noche. Vandeuves, cuyo rostro se iba tiñendo de color cobrizo, le exigió que devolviese su sexo á Labordette. Los demás hombres, Mignon, Steiner, Bordenave, muy excitados, intervinieron también, gritando, sofocando la voz. Unicamente el caballero anciano, á quien dejaban olvidado junto á Naná, conservaba su aire respetable, su sonrisa fatigada y muña, siguiendo con sus pálidos ojos esta batahola de los postres.

— ¿No te parece, gatita mía, que tomemos el café aquí?— dijo Bordenave.— ¡Se está aquí muy bien!

Naná no contestó en seguida. Desde el principio de la cena le parecía no estar ya en su casa. Toda aquella gente la había negado y aturdido, llamando á los camareros, hablando en alta voz, poniéndose á sus anchas, como si se encontrasen en el restaurante. Ella misma olvidaba su papel de señora de casa, no ocupándose más que del grueso Steiner, que reventaba de apoplejía á su lado, escuchándole, negándose aún con la cabeza, y sonriendo con la sonrisa provocante de regordeta rubia. El champagne que había bebido la había puesto sonrosada, húmeda su boca y brillantes los ojos; y el banquero ofrecía una cifra mayor, á cada movimiento zalamero de los hombros, á las voluptuosas ondulaciones de su cuello, cuando volvía ella la cabeza. Vea allí, junto á la oreja, un rincón

cillo delicado, un raso que le trastornaba la razón. De vez en cuando, Naná, distraída se acordaba de sus convidados y procuraba ser amable, para demostrar que sabía recibir á la gente. Hacia el fin de la cena, estaba atontada; esto la cohibía, el champagne la mareaba en seguida. Entonces, una idea la exasperó. Esas damas cometían una indecencia portándose mal en su casa. ¡Oh! ¡claro lo vea! Lucy había guiñado los ojos, para azuzar á Foucarmont contra Labordette, mientras que Rosa, Carolina y las demás exaltaban á los caballeros. Actualmente, el busilis estaba en no entenderse ya unos á otros, á fin de decir que en las cenas de Naná se permitía todo. ¡Pues bien! Ya verían quién era ella. Por más chispa que estuviese, era, de todas, la de más *chic*, la más *comme il faut*.

— Gatita mía,— repuso Bordenave,— dí que nos sirvan el café aquí... Lo prefiero, á causa de mi pierna.

Pero Naná se había levantado brutalmente, murmurando á los oídos de Steiner y del caballero anciano estupefactos:

— ¡Me está bien; esto me enseñará á invitar á la gente marrana!

Después, señaló con un gesto la puerta del comedor y añadió en alta voz:

— ¡Ya lo sabéis: si queréis café, allí hay!

Todas se levantaron, empujándose hacia el comedor, sin reparar en la cólera de Naná. Y en breve, solamente quedó en el salón Bordenave, apoyándose en las paredes, adelantándose con precaución y echando pestes contra esas condenadas mujeres que se ciscaban en papá, ahora que ya estaban llenas. Detrás de él, los camareros levantaban ya el servicio, á las órdenes del mayordomo, dadas en alta voz. Precipitábase, empujábanse, haciendo desaparecer la mesa como una decoración de magia, al silbido del tramoyista. Las damas y los caballeros debían volver al salón después de haber tomado su café.

—¡Diantres! aquí hace menos calor,—dijo Gagá con un ligero estremecimiento, al entrar en el comedor.

La ventana de esta pieza había quedado abierta. Dos lámparas alumbraban la mesa, donde el café estaba dispuesto, con los licores. Como no había sillas, bebieron el café en pie, en tanto que la batahola de los camareros, en el salón, aumentaba todavía. Naná había desaparecido; más nadie se preocupaba por su ausencia. Lo pasaban sin ella perfectamente, sirviéndose cada cual á sí mismo y registrando los cajones del aparador en busca de las cucharillas que faltaban. Habíanse formado varios grupos; las personas separadas durante la cena se reunían, y trocábanse miradas, risitas significativas y palabras que resumían las situaciones.

—¿No es verdad, Augusto,—dijo Rosa Mignon,—que el señor Fauchery habría de venir á almorzar un día de estos?

Mignon, que se entretenía jugando con la cadena de su reloj, fijó durante un segundo en el periodista sus ojos severos. Rosa estaba loca. Como buen administrador, ya pondría orden en semejante derroche. Por un artículo, pase; pero después, puerta cerrada. Sin embargo, como conocía de sobra la mala cabeza de su mujer y como tenía por regla permitirle paternalmente una necedad, cuando era preciso, contestó haciéndose el amable:

—Seguramente, nos honrará mucho... Venid mañana, señor Fauchery.

Lucy Stewart, que estaba hablando con Steiner y Blanca, oyó esta invitación, y encogiéndose de hombros, dijo al banquero:

—Es un frenesí que tienen todas... Una de ellas hasta me robó mi perro... Veamos, querido; ¿es culpa mía que vos la dejéis?

Rosa volvió la cabeza. Bebía su café á pequeños sorbos, mirando á Steiner fijamente, muy pálida; y toda la cólera contenida de su abandono pasó á sus

ojos, como una llamarada. Veía más claro que Mignon; era una estupidez haber pretendido repetir el lance de Jonquier; esas intrigas no salen bien si no una vez. ¡Tanto peor! Así poseería á Fauchery de quien se iba encaprichando cada vez más; y si Mignon no quedaba contento, mejor; eso le daría experiencia para otra vez.

—¿Presumo que no os batiréis?—vino á decir Vandevres á Lucy Stewart.

—No, no tengas cuidado. Pero, eso sí; que se esté quieta, ó sino, le saco al aire los trapillos.

Y, llamando á Fauchery, con un gesto imperioso:

—Querido,—le dijo,—en casa tengo tus zapatillas. Mañana haré que las lleven á tu portero.

El quiso bromear. Ella se alejó, con ademán de reina. Clarisa, que se había arrimado á la pared para sorber tranquilamente una copa de kirsch, se encogió de hombros. ¡Cuántos mareos por un hombre! ¿Acaso, cuando dos mujeres que se encuentran juntas con sus amantes, no es su idea primera birlárselos mutuamente? Esta es la regla. Ella misma, si quisiese, habría sacado los ojos á Gagá, á causa de Héctor; pero ¡quía! le tenía muy sin cuidado. Después, viendo pasar á la Faloise, se limitó á decirle:

—¡Vaya! ¡no sabía que te gustaban las de edad avanzada! ¡y no sólo las quieres maduras, sino pasadas!

La Faloise pareció muy contrariado. Permanecía inquieto. Viendo que Clarisa se burlaba de él, entró en sospechas.

—Dejémonos de bromas,—murmuró.—Tú me has quitado el pañuelo; devuélvemelo.

—¡No nos joroba poco con su pañuelo!—gritó Clarisa.—Veamos, imbécil; ¿con qué objeto te lo iba á quitar?

—¡Toma!—dijo él con desconfianza,—para enviarlo á mi familia, á fin de comprometerme.

Entretanto, Foucarmont daba un asalto á los lico-

res. Proseguía sus risitas mirando á Labordette, quien bebía su café, en medio de las damas. Y soltaba frases incompletas; ¡hijo de un chalan, y según otros, bastardo de una condesa; ninguna renta y siempre con veinticinco luises en el bolsillo! ¡criado de todas las rameras; un ente que nunca se acostaba!

—¡Jamás, jamás!—repetía él, incomodándose;—no puede ser, ya lo veis; es preciso que le abofeteé.

Y vació una copa de Chartreuse. La Chartreuse no le hacía el menor daño, «ni siquiera esto», decía, haciendo chasquear al borde de sus dientes la uña del pulgar. Pero, de repente, en el momento que se adelantaba hacia Labordette, se puso sumamente pálido y cayó delante del aparador, á manera de masa inerte. ¡Estaba borracho como una cuba! Luisa Violaine quedó desolada. Bien decía ella que la cosa acabaría mal; ahora ya podía prepararse á pasar toda la noche cuidándole. Gagá la tranquilizaba, examinando al oficial con ojos de mujer experta, y declarando que aquello no sería nada y que aquel señor iba á dormir de un tirón doce ó quince horas, sin novedad. Llegáronse á Foucarmont.

—¡Toma! ¿dónde estará Naná?—preguntó Vandevres.

Sí, positivamente, Naná había desaparecido al levantarse de la mesa. Acordábase de ella; todo el mundo la reclamaba. Steiner, inquieto desde hacía un rato, interrogó á Vandevres acerca del caballero anciano, que también había desaparecido. Pero el conde le tranquilizó, diciéndole que acababa de acompañar al anciano: un personaje extranjero, cuyo nombre no venía al caso mentar, un hombre riquísimo, que se limitaba á pagar las cenas. Después, como volviesen á olvidarse de Naná, Vandevres percibió á Daguenez, que asomaba la cabeza por una puerta y le llamaba con una seña. Y entró en la alcoba, donde encontró á Naná sentada, rígida, blancos los labios, en tanto

que Daguenez y Jorge la contemplaban, con ademán consternado.

—¿Qué tenéis?—preguntó sorprendido el conde.

Ella no contestó, ni volvió la cabeza. Vandevres repitió su pregunta.

—Lo que tengo,—gritó ella por fin,—¡lo que tengo es que no quiero que se burien de mí!

Entonces, soltó cuanto á la boca le vino. Sí, sí; no era una tonta, y veía claro. Se habían mofado de ella durante la cena, diciendo horrores para demostrar que la despreciaban. ¡Un hato de marranas que no la llegaban á la suela del zapato! ¡no sería la hija de su madre quien volvería á darse desazones para obsequiar á las gentes, á fin de que después la despedazasen á mordiscos! ¡Tentaciones le daban de poner á toda aquella gentuza de patitas en la calle! Y, sofocada de rabia, su voz se quebró en sollozos.

—Vamos, hija mía, tú estás borracha,—dijo Vandevres, empezando á tutearla.—Es preciso tener juicio.

No, ella se negaba de antemano; ¡no saldría de allí!

—Puede que esté borracha: ¡pero quiero que se me respete!

Desde hacía un cuarto de hora, Daguenez y Jorge le suplicaban, en vano, que volviese al comedor. Mas ella, terca en sus trece, decía que sus invitados podían hacer lo que les antojase, y que les despreciaba demasiado para volver á alternar con ellos. ¡Jamás! ¡jamás! Aunque la hicieran pedazos, no saldría de su alcoba.

—Hubiera debido desconfiar ya,—repuso.—Ese camello (1) de Rosa es la que ha urdido el complot: ahora no me cabe duda de que ha impedido que viniese la señora decente, á quien esperaba esta noche.

Se refería á la señora Robert. Vandevres le asegu-

(1) «Camello»: Vocablo de desprecio dirigido á una mujer. Mujer de mala vida que zarandea sus jorobas, como el camello las suyas.—(N. del T., tomada de Rigaud).

ró, bajo su palabra de honor, que la señora Robert había rehusado por sí misma. El conde escuchaba y discutía sin reirse, avezado á semejantes escenas, sabiendo de qué modo se ha de tratar á las mujeres; se hallan en este estado. Pero desde el momento en que intentaba cogerle las manos, para levantarla de su silla y llevársela, oponíase Naná, con un aumento de cólera. Además, nadie la convencería de que Fauchery no hubiese disuadido al conde Muffat de que aceptara el convite. Ese tal Fauchery era una verdadera serpiente, un envidioso, un hombre capaz de encarnizarse contra una mujer y destruir su felicidad. Porque, al fin lo sabía: el conde estaba encaprichado por ella, y ella hubiera podido hacérselo suyo.

—¿El conde, querida? ¡jamás!—exclamó Vandevvres, olvidando su aplomo y riendo.

—¿Y por qué?—preguntó ella, seria, algo desembriada.

—Porque anda metido entre curas, y si os tocase con la yema de los dedos, iría á confesarse, al día siguiente... Escuchad un buen consejo. No dejéis escapar al otro.

Ella, durante un momento, quedó silenciosa, reflexionando. Después, se levantó y se fué á lavar los ojos. Sin embargo, cuando intentaban llevarla al comedor, continuaba gritando: ¡no! furiosamente. Vandevvres salió de la alcoba, sonriendo y sin insistir más. Y, en cuanto se hubo marchado, tuvo Naná una crisis de enternecimiento y se arrojó á los brazos de Daguenet, repitiendo:

—¡Ah! ¡querido Mimi! ¡nadie como tú!... te amo, sí; te amo mucho... ¡Qué felicidad, si pudiésemos vivir siempre juntos! ¡Dios mío; cuán desgraciadas somos las mujeres!

Después, percibiendo á Jorge, que se ponía muy colorado viéndoles besarse, le besó igualmente. Mimi no podía tener celos de un chiquillo. Naná quería que Pablo y Jorge estuviesen siempre en buena inteligen-

cia, porque ¡sería tan grato vivir así, los tres, como buenos amigos, sabiendo que se amaban!

Pero un ruido singular les distrajo; alguien estaba roncando en la alcoba.

Registraron entonces, y vieron á Bordenave que, después de haber tomado su café, debía haberse instalado allí, cómodamente. Dormía sobre dos sillas, recostada la cabeza en el borde de la cama y estirada la pierna. Naná le encontró tan chusco, con la boca abierta y la nariz agitándose á cada ronquido, que no pudo menos de reirse como una loca. Salió de la alcoba, seguida por Daguenet y Jorge, á través del comedor y entró en el salón, riendo cada vez más fuerte.

—¡Ah, querida!—dijo,—echándose casi en los brazos de Rosa.—No podeis formaros idea ¡venid á verle!

Todas las mujeres hubieron de acompañarla. Tomábalas las manos con caricias, y las arrastraba consigo, en un arranque de jovialidad tan franco, que todos reían ya, sin saber por qué. La bandada desapareció; y regresó después de haber permanecido un minuto con el aliento suspendido, en torno de Bordenave tendido magistralmente. Y estallaron las risas. Cuando una de ellas imponía silencio, oíanse á lo lejos los ronquidos de Bordenave.

Eran cerca de las cuatro. En el comedor acababan de disponer una mesa de juego, donde se habían sentado Vandevvres, Steiner, Mignon y Labordette. En pie, á sus espaldas, Lucy y Carolina hacían apuestas, mientras que Blanca, adormilada, descontenta de su noche, preguntaba, cada cinco minutos, á Vandevvres, si tardarían mucho en retirarse. En el salón, dedicábanse á bailar. Daguenet se había sentado ante el piano: ella cómoda como decía Naná. Mimi tocaba valeses y polkas, á discreción. Pero la danza languidecía, y las damas hablaban entre sí, amodorradas en el fondo de los canapés.

De repente, oyóse un alboroto. Onco jóvenes, que

acababan de llegar en cuadrillas, refan muy alto en la antecámara, empujándose á la puerta del salón; salían del baile del Ministerio del Interior, de frac y corbata blanca, con rosetas de cruces desconocidas.

Naná, incomodada por este ruidoso asalto, llamó á los camareros que se habían quedado en la cocina, ordenándoles que echasen á aquellos señores á la calle; y juraba y perjuraba que en su vida los había visto. Fauchery, Labordette, Daguinet, todos los hombres se habían adelantado, para hacer que se respetase á la señora de la casa. Cruzáronse palabras fuertes y mostráronse los puños. Por un momento, pudo temerse un cambio general de pescozones. Entretanto un jovencito rubio, de aire enfermizo, repetía con insistencia:

—Vaya, Naná, la otra noche, en casa de Peters, en el salón rojo... nos invitasteis... os acordáis?

—¡La otra noche, en casa de Peters! No, no me acordaba. Además ¿qué noche era aquella?

Y cuando el jovencito rubio le hubo indicado el día: el miércoles en casa de Peters; pero tenía casi la seguridad de no haber invitado á nadie.

—¡Sin embargo, hija mía, sí les invitaste!—murmuró Labordette, que comenzaba á entrar en dudas. ¡Tal vez tenías una chispilla!

Entonces, Naná se echó á reír. Era posible; no lo sabía. Finalmente, ya que esos señores habían venido, podían entrar. Todo se arregló; varios de los recién llegados encontraron conocimientos en el salón, y el escándalo acabó en apretones de manos. El jovencito rubio, de aspecto enfermizo, llevaba uno de los más ilustres apellidos de Francia. Por lo demás, anunciaron que en breve les seguirían otros; y, en efecto, á cada momento abríase la puerta y presentábanse nuevos visitantes, de guante blanco, y rigurosa etiqueta. Todos procedían del baile del Ministerio. Fauchery, en broma, preguntó si no vendría también el ministro. Pero Naná, ofendida, contestó que el ministro iba á

casa de personas que valían menos que ella. Lo que no decía, era una esperanza que había concebido: la de ver entrar al conde Muffat, entre aquel cortejo. Podía haber mudado de parecer. Y mientras conversaba con Rosa, acechaba la puerta.

Dieron las cinco. Ya no se bailaba. Sólo seguían impertérritos los jugadores. Labordette había cedido su sitio, y las mujeres habían vuelto al salón. Una somnolencia de velada prolongada condensábase allí, bajo la turbia luz de lámparas, cuyos globos enrojecían las carbonizadas mechas. Las damas se encontraban en esa hora de melancolía vaga en que sienten la necesidad de referir su historia. Blanca de Sivry hablaba de su abuelo, el general, en tanto que Clarisa inventaba una novela: un duque la había seducido en casa de su tío, donde solía ir á cazar jabalíes; y las dos, vueltas de espaldas encogían los hombros, preguntando cómo era posible contar semejantes embustes. Por su parte, Lucy Stewart confesaba tranquilamente su origen, recordando gustosa aquella época de su niñez cuando su padre, el engrasador del ferrocarril del Norte, le regalaba los domingos un pastelillo de manzanas.

—¡Oh! ¡dejad que os cuente!—gritó bruscamente la pequeña María Blond.—Enfrente de mi casa vive un caballero, un ruso, en fin, un hombre excesivamente rico. Ved aquí que, ayer, recibo un cesto de frutas; ¡pero qué frutas! melocotones enormes, uvas de este tamaño, en fin, cosa extraordinaria en esta estación... y en medio seis billetes de mil... Era el ruso... Naturalmente, se lo devolví todo; pero lo sentí mucho, especialmente por la fruta.

Las damas se miraron unas á otras, mordiéndose los labios. ¡Para su edad, la pequeña María Blond no tenía flojo aplomo! ¡Como si semejantes historias les sucediesen á las arrastradas de su especie! Entre ellas profesábanse el más profundo desprecio, enviando únicamente á Lucy, á causa de sus tres prínci-

pes. Desde que cada mañana daba Lucy un paseo á caballo por el Bosque, lo cual le había «danzado», todas montaban á caballo, poseídas de rabia.

Iba á amanecer. Naná separó la vista de la puerta, perdiendo toda esperanza. Aburriánse hasta reventar. Rosa Mignon se había negado á cantar la «Pantoufle», apelotonada en un canapé, donde sostenía una conversación en voz baja con Fauchery, esperando á Mignon, que había ganado ya una cincuentena de luisés á Vandeuvres. Un caballero gordo, condecorado y de aspecto grave, acababa de recitar el «Sacrificio de Abraham», en patués de Alsacia; cuando Dios jura, dice: «¡Sagrado nombre mío!» é Isaac responde siempre: «¡Sí, papá!» Sólo que, no comprendiéndola nadie, la romanza había parecido estúpida.

No sabían qué hacer para alegrarse, para acabar locamente la noche. Por un momento, ocurriósele á Laborde de denunciar las mujeres al oído de la Faloise, quien iba dando vueltas alrededor de cada una de ellas, mirando si tenía puesto su pañuelo en el cuello. Después, quedando todavía botellas de champagne en el aparador, los jóvenes se pusieron á beber de nuevo. Llamábanse unos á otros, se excitaban; pero una embriaguez sombría, necia hasta dar ganas de llorar, invadía el salón, insensiblemente.

Entonces, el pequeño rubio, el que llevaba uno de los más ilustres apellidos de Francia, no sabiendo qué inventar ya, y desesperado de no encontrar algo que hiciese gracia, tuvo una idea: cogió su botella de champagne y acabó de vaciarle en el piano. Todos los demás se retorcieron de risa.

—¡Toma!—murmuró con asombro Tata Nené, al ver aquello:—¿Por qué echará champagne en el piano?

—¡Cómo! ¡hija mía! ¿ignoras eso?—repuso Laborde, con gravedad.—No hay cosa como el champagne para los pianos; el champagne les da mejor sonido.

—¡Ah!—murmuró Tata Nené, convencida.

Y viendo que los demás reían, se enfadó. ¿Qué sabía ella de estas cosas?

Decididamente, aquello se degradaba. La noche amenazaba acabar de una manera sucia. En un rincón María Blond disputaba con Lea de Horn, acusándola de que se acostaba con hombres que no tenían un cuarto; y las dos habían llegado ya al punto de lanzarse sucias palabrotas, y de arañarse. Lucy, que era fea, las hizo callar. La cara es lo de menos; lo que conviene es estar bien formada. Más lejos, en un canapé, un agregado de embajada había ceñido con el brazo la cintura de Simona, intentando besarla en el cuello; pero Simona, deslomada, mal humorada, le rechazaba cada vez, con un: «¡No me fastidies!» y soberbios abanicazos en la cara. Por lo demás, ninguna de ellas quería que la tocasen. ¿Las tomaba acaso por prostitutas? Sin embargo, Gagá, que había vuelto á atrapar á la Faloise, le tenía casi sobre sus rodillas, mientras que Clarisa, entre dos caballeros, desaparecía, agitada por una risa nerviosa de mujer á quien hacen cosquillas.

En torno del piano, continuaba la bromita en un arrebató de necia alegría; empujábanse unos á otros, cada cual quería vaciar allí el resto de su botella. Era un juguécito sencillo y gracioso.

—¡Toma! ¡viejo mío, bebe un trago! ¡Diantre! no tiene poca sed ese piano. ¡Atención! ¡ahí va otro traguito; ¡que no se pierda ni una gota!

Naná, vuelta de espaldas, no veía. Consagrábase decididamente al grueso Steiner, que estaba sentado junto á ella. ¡Tanto peor para Muffat! ¡él se tenía la culpa, por no haber venido! Con su bata de seda blanca, ligera y arrugada como una camisa, su medio chispa que la hacía palidecer, y amortiguados los ojos, ofrecíase con su tranquilo aire de buena muchacha. Las rosas de su peinado y de su pecho se habían deshojado, quedando sólo los rabos. Pero Steiner retiró vivamente la mano de la cintura de Naná, donde aca-

baba de tropezar con los alfileres que allí pusiera Jorge. Aparecieron algunas gotas de sangre; y una de ellas cayó sobre la bata y la manchó:

—Con esto queda firmado el pacto,—dijo ella gravemente.

El día avanzaba. Una claridad dudosa, de una friesteza atroz, entraba por las ventanas. Entonces, comenzó el desfile, una desbandada llena de malestar y de malhumor. Carolina Hécquet, enfadada por haber perdido una noche, dijo que era tiempo de irse, si no querían asistir á lindas escenas. Rosa hacía una mueca de mujer comprometida. Lo mismo ocurría siempre, con tales muchachas; no sabían cómo portarse, y se mostraban displicentes, hurañas.

Pero como quiera que Mignon hubiese dejado en seco ya á Vandevres, emprendió el matrimonio la retirada, sin inquietarse por Steiner, después de haber invitado á Fauchery para el día siguiente.

Entonces, Lucy se negó á que la acompañara á su casa el periodista, diciéndole en alta voz que se fuese con su comiquilla. Al oír esto, Rosa, que se había vuelto, contestó con un «mala grúa!» (1) entre dientes. Pero ya Mignon, paternal en las querellas de mujeres, experimentado y superior, la había empujado hacia fuera, rogándole que se diese prisa. En pos de ellos Lucy, completamente sola, bajó regiamente la escalera. Después, siguió la Faloise á quien Gagá conducía, enfermo, sollozando como un niño y llamando á Clarisa, escabullida hacia largo rato con sus dos señores. Simona había desaparecido también. Solamente quedaban Tata, Lea y María de quienes Laborlette tuvo á bien encargarse con su habitual complacencia.

(1) *Grúa*, en caló teatral, es la muchacha dotada de belleza, de dinero y de vestidos en cantidad suficiente, para obtener el desempeño de un papel secundario, donde exhibe sus hombros, sus diamantes y su necesidad. Así, levanta á los caballeros de la platea, como la grúa los fardos. (N. del T. tomada de Rigaud.)

—¡Pero yo no tengo ganas de dormir!—repetía Naná.—Habríamos de hacer algo.

Miraba al cielo á través de los cristales, un cielo livido, por el que corrían nubes de color de hollín. Eran las seis. Enfrente sobre la acera opuesta del bulevar Haussmann, las casas, todavía dormidas, ostentaban sus húmedos tejados, en la tenue claridad; mientras que, en la desierta calzada, pasaba un grupo de barrenderos, con el ruido de los zuecos. Y, ante este afligido despertar de París, encontrábase poseída Naná de un enternecimiento de niña, de una necesidad de campo, de idilio, de algo suave y blanco.

—¿Sabéis una cosa?—dijo, volviéndose hacia Steiner:—¡vais á llevarme al Bosque de Bolonia, y allí beberemos leche!

Palmoteaba, al decir esto, con gozo infantil, y sin esperar la respuesta del banquero que, naturalmente, consentía, contrariado en el fondo y soñando en otra cosa, corrió á echarse un abrigo sobre los hombros. En el salón no quedaba, con Steiner, sino el grupo de jóvenes, quienes, habiendo vertido en el piano hasta la última gota de las copas, hablaban de marcharse, cuando uno de ellos se presentó triunfalmente, llevando en la mano una última botella, que acababa de encontrar en la despensa:

—¡Esperad, esperad!—gritó;—¡una botella de Chartreuse!... ¡Vaya, necesitaba Chartreuse; esto le repondrá!... Y ahora, hijitos, larguémonos. ¡Somos unos necios!

En el tocador, Naná hubo de despertar á Zoé, quien se había dormido en una silla. El gas ardía. Zoé estremecida por un escalofrío, ayudó á su señora á ponerse un sombrero y el abrigo.

—Al fin, ya está; he hecho lo que querías,—dijo Naná tuteándola, en un arranque de expansión, aliviada por haber tomado un partido.—Razón tenías: lo mismo da el banquero que otro cualquiera.

La doncella estaba malhumorada, entorpecida aún; y gruñó que la señora hubiera debido decidirse la primera tarde. Después, mientras la seguía al pasar por la alcoba, le preguntó qué era lo que debía hacer con aquel par. Bordenave seguía roncando. Jorge, que había venido cazarmente á hundir su cabeza en una almohada, acabó por dormirse, con un ligero aliento de querubín. Naná contestó que les dejara dormir. Mas enternecióse de nuevo, viendo entrar á Daguinet; éste la había acechado desde la cocina y traía el aire muy triste.

—¡Ea, querido Mimi; sé razonable!—dijo ella, enlazándole con sus brazos y besándole con toda especie de mimos.—Esto no cambia nada; á quien amo únicamente, es á Mimi... ¿No es verdad?... ¡era preciso!... Y te juro que será más gracioso todavía. Ven mañana, y combinaremos las horas... Pronto, ¡dame un abrazo de los tuyos!... ¡Oh, más fuerte, más fuerte aun!

Y se escapó, yendo á reunirse con Steiner, feliz, poseída de nuevo por su idea de beber leche. En el salón vacío, el conde de Vandevres permanecía solo, con el caballero condecorado que había recitado el «Sacrificio de Abraham», clavados ambos ante la mesa de juego, no sabiendo donde estaban, ni advirtiendo la luz del día, mientras que Blanca había tomado la resolución de tenderse sobre un canapé, para ver de conciliar el sueño.

—¡Ah, Blanca vendrá con nosotros!—gritó Naná.— ¡Vamos á beber leche, querida!... ¡Venid; aún encontraréis á Vandevres cuando volvamos!

Blanca se levantó perezosamente. Esta vez, la faz congestionada del banquero palideció de contrariedad, á la idea de llevar consigo á aquella mocetona, que les estorbaría. Pero las dos mujeres le habían agarrado ya de los brazos, repitiendo:

—Ya lo sabéis; queremos que se ordeñe en nuestra presencia.

## V

Dábase, en Variedades, la trigésima cuarta representación de la «Rubia Venus.» Acababa de terminar el acto primero. En el «foyer» de los artistas, Simona, vestida de lavanderita, estaba en pie ante la consola provista de un espejo, entre las dos puertas del ángulo que se abrían en escuadra sobre el pasillo de los cuartos. Completamente sola, examinábase, y con el dedo tocaba los efectos del colorete, mientras que los mecheros de gas, á los dos lados del espejo, la calentaban con sus chorros de cruda luz.

—¿Ha llegado ya?—preguntó Prullière, entrando, vestido de almirante suizo, con su gigantesco sable, sus enormes botas y su inmenso penacho.

—¿Quién?—dijo la Simona sin volverse, y riendo al espejo, para ver sus labios.

—El príncipe.

—No sé; voy á bajar... ¡Ah, con que ha de venir! ¡por lo visto, viene todas las noches!

Prullière se había aproximado á la chimenea, situada frente al espejo, en la cual ardía fuego de cok; otros dos mecheros brillaban allí, con esplendente llama. Levantó la vista, miró el reloj y el barómetro, á derecha é izquierda, sostenidos por doradas esfinges de la época del Imperio. Después, se repantigó en un amplio y acolchado sillón, cuyo terciopelo verde, desgastado por cuatro generaciones de cómicos, había adquirido amarillentos matices; y permaneció así inmóvil, fija la mirada en el vacío, y en la actitud resignada y aburrida de los artistas habituados á las esperas de su salida en escena.

El viejo Bosc acababa de comparecer á su vez, arrastrando los pies, tosiendo, envuelto en un antiguo carrik amarillo, uno de cuyos paños, resbalado de un hombro, dejaba ver la casaca bordada del rey Dagoberto. Durante un corto rato, después de haber de-



La doncella estaba malhumorada, entorpecida aún; y gruñó que la señora hubiera debido decidirse la primera tarde. Después, mientras la seguía al pasar por la alcoba, le preguntó qué era lo que debía hacer con aquel par. Bordenave seguía roncando. Jorge, que había venido cazarmente á hundir su cabeza en una almohada, acabó por dormirse, con un ligero aliento de querubín. Naná contestó que les dejara dormir. Mas enternecióse de nuevo, viendo entrar á Daguinet; éste la había acechado desde la cocina y traía el aire muy triste.

—¡Ea, querido Mimi; sé razonable!—dijo ella, enlazándole con sus brazos y besándole con toda especie de mimos.—Esto no cambia nada; á quien amo únicamente, es á Mimi... ¿No es verdad?... ¡era preciso!... Y te juro que será más gracioso todavía. Ven mañana, y combinaremos las horas... Pronto, ¡dame un abrazo de los tuyos!... ¡Oh, más fuerte, más fuerte aun!

Y se escapó, yendo á reunirse con Steiner, feliz, poseída de nuevo por su idea de beber leche. En el salón vacío, el conde de Vandevres permanecía solo, con el caballero condecorado que había recitado el «Sacrificio de Abraham», clavados ambos ante la mesa de juego, no sabiendo donde estaban, ni advirtiendo la luz del día, mientras que Blanca había tomado la resolución de tenderse sobre un canapé, para ver de conciliar el sueño.

—¡Ah, Blanca vendrá con nosotros!—gritó Naná.—¡Vamos á beber leche, querida!... ¡Venid; aún encontraréis á Vandevres cuando volvamos!

Blanca se levantó perezosamente. Esta vez, la faz congestionada del banquero palideció de contrariedad, á la idea de llevar consigo á aquella mocetona, que les estorbaría. Pero las dos mujeres le habían agarrado ya de los brazos, repitiendo:

—Ya lo sabéis; queremos que se ordeñe en nuestra presencia.

## V

Dábase, en Variedades, la trigésima cuarta representación de la «Rubia Venus.» Acababa de terminar el acto primero. En el «foyer» de los artistas, Simona, vestida de lavanderita, estaba en pie ante la consola provista de un espejo, entre las dos puertas del ángulo que se abrían en escuadra sobre el pasillo de los cuartos. Completamente sola, examinábase, y con el dedo tocaba los efectos del colorete, mientras que los mecheros de gas, á los dos lados del espejo, la calentaban con sus chorros de cruda luz.

—¿Ha llegado ya?—preguntó Prullière, entrando, vestido de almirante suizo, con su gigantesco sable, sus enormes botas y su inmenso penacho.

—¿Quién?—dijo la Simona sin volverse, y riendo al espejo, para ver sus labios.

—El príncipe.

—No sé; voy á bajar... ¡Ah, con que ha de venir! ¡por lo visto, viene todas las noches!

Prullière se había aproximado á la chimenea, situada frente al espejo, en la cual ardía fuego de cok; otros dos mecheros brillaban allí, con esplendente llama. Levantó la vista, miró el reloj y el barómetro, á derecha é izquierda, sostenidos por doradas esfinges de la época del Imperio. Después, se repantigó en un amplio y acolchado sillón, cuyo terciopelo verde, desgastado por cuatro generaciones de cómicos, había adquirido amarillentos matices; y permaneció así inmóvil, fija la mirada en el vacío, y en la actitud resignada y aburrida de los artistas habituados á las esperas de su salida en escena.

El viejo Bosc acababa de comparecer á su vez, arrastrando los pies, tosiendo, envuelto en un antiguo carrik amarillo, uno de cuyos paños, resbalado de un hombro, dejaba ver la casaca bordada del rey Dagoberto. Durante un corto rato, después de haber de-

jado su corona sobre el piano, sin decir una palabra, paseó, de mal humor, aunque con aire de valentón, agitadas sus manos por un principio de alcoholismo, al par que una luenga barba blanca daba un aspecto venerable á su encendida faz de borracho. Después, surgiendo del silencio el ruido de un chaparrón que azotaba los cristales de la gran ventana cuadrada que daba al patio, el viejo hizo un gesto de disgusto.

—¡Qué tiempo más cochino!—gruñó.

Simona y Prullière ni siquiera volvieron la cabeza. Cuatro ó cinco cuadros, unos paisajes, un retrato del actor Venet amarilleaban, á la luz del gas. Sobre un pedestal, un busto de Potier, una de las antiguas glorias del Teatro de Variedades, miraba con sus ojos vacíos. En esto, sonó una voz fuerte. Era Fontana, con su traje del segundo acto, de mozo elegante, vestido completamente de amarillo, y hasta con amarillos guantes.

—¿No lo sabéis?—gritó gesticulando.—¿no lo sabéis? Hoy son mis días.

—¡Toma!—murmuró Simona, aproximándose con una sonrisa, como atraída por aquella gran nariz, y aquella boca de cómica ampliante rasgada:—¿te llamas Aquiles, por ventura?

—¡Precisamente!... y voy á decir á la señora Bron que suba champagne, después del segundo acto.

Hacia un momento que se oía á lo lejos, el retintín de una campanilla. El sonido prolongado se debilitó, y volvió después: y cuando hubo cesado, corrió un grito, subiendo y bajando la escalera y perdiéndose en los pasillos: «¡A escena para el segundo!... ¡A escena, para el segundo!» El grito se iba aproximando, hasta que un hombrecillo pálido, pasando por delante de las puertas del «foyer», repitió, con toda la fuerza de su delicada voz: «¡A escena, para el segundo!»

—¡Diantre! ¡Champagne!—dijo Prullière, como si no hubiese oído esa batahola;—¡no van mal!

—Yo, en tu lugar, haría que lo trajesen del café,—declaró lentamente el viejo Bosc, que se había sentado en un banquillo de terciopelo verde, con la cabeza apoyada en la pared.

Pero Simona objetaba que era preciso respetar los pequeños negocijos de la señora Bron. Y palmoteaba, excitada, devorando con la vista á Fontan, cuyo rostro de hocico de cabra se agitaba en un juego incesante de los ojos, de la nariz, y de la boca.

—¡Oh, qué Fontan éste!—murmuraba ella:—¡nadie como él, nadie!

Las dos puertas del «foyer» permanecían abiertas de par en par sobre el corredor que conducía á bastidores. A lo largo de la pared amarilla, vivamente iluminada por una linterna de gas, que no se veía, pasaban siluetas rápidas, hombres vestidos y caracterizados, mujeres medio desnudas, envueltas en chales, toda la comparsa del segundo acto, los danzantes del baile de la «Boule Noire», y allá, al extremo del corredor, oíase el rápido bajar de los pies, golpeando los cinco escalones de madera que conducen al escenario. Como Clarisa pasara por allí corriendo, Simona la llamó; pero aquella, sin detenerse, contestó que volvía en seguida. Y reapareció casi al momento, efectivamente, tiritando, bajo la delgada túnica y la banda de Isis.

—¡Demonio!—exclamó al entrar.—¡qué frío hace! ¡y yo que me he dejado el abrigo en el cuarto!

Después, en pie ante la chimenea y tostando sus piernas, cuyo pantalón de malla se teñía de rosa fuerte, repuso:

—Ha llegado el príncipe.

—¡Ah!—gritaron los demás, con curiosidad.

—Sí, por eso corría yo; quería verle... Está en el palco-proscenio de la derecha, en el mismo que ocupó el jueves. ¿Qué tal? Con esta van tres veces que viene, en ocho días. ¡Tiene una suerte esa Naná! Yo estaba apostando que no vendría.

Simona abrió la boca, pero sus palabras quedaron sofocadas por un nuevo grito, que estalló cerca del «foyer.» La aguda voz del avisador lanzaba, en el pasillo á todo vuelo: «¡A escena!»

—El lance empieza ya á picar en historia; ¡tres veces!—dijo Simona, cuando pudo hablar.—Ya sabéis que él no quiere ir á su casa, y que se la lleva á la suya. Y, según me parece, la cosa le cuesta cara.

—¡Pardiez! ¡cuándo se ha de pasar á domicilio!—murmuró malignamente Prullière, levantándose para dirigir al espejo una ojeada de buen mozo adorado por las damas.

—«¡A escena, que va á empezar!»—repetía la voz, cada vez más lejana, del avisador, recorriendo los pisos y los pasillos.

Entonces Fontan, que sabía cómo ocurrió aquello la primera vez entre el príncipe y Naná, refirió la historia á las dos mujeres, que se apretaban contra él, riendo en voz alta, cuando se inclinaba para darles ciertos detalles. El viejo Bosc, lleno de indiferencia, no se había movido. Esas cosas ya no le interesaban. Acariciaba á un gato rojo, redondo como una bola, que yacía muy satisfecho sobre el banquillo; y acabó por cogerle en brazos, con la bonachona ternura de un rey complaciente. El gato arqueaba el espinazo, y luego, después de olfatear largo rato la gran barba blanca, repugnándole sin duda el olor del engrudo, volvió á tenderse en rosca sobre el banquillo. Bosc permanecía grave y absorto.

—No importa, querido; yo, en tu lugar, pediría el champagne al café; lo dan mucho mejor,—dijole de repente Fontan, cuando éste acabó su historieta.

—¡Se ha empezado!—gritó la voz larga y desgarrada del avisador.—¡Se ha empezado, se ha empezado!

El grito rodó un instante. Oyóse un ruido de pasos rápidos. Por la puerta del pasillo, bruscamente abierta, entró una bocanada de música, un rumor lejano;

y la puerta volvió á cerrarse, dejando oír el sordo golpe de su acolchada hoja.

De nuevo, reinaba una pesada paz en el «foyer» de los artistas, como si se hallara á cien leguas de aquella sala donde una muchedumbre estaba aplaudiendo. Simona y Clarisa proseguían ocupándose de Naná. ¡Otra que no se daba gran prisa! la víspera, sin ir más lejos, retrasó su salida á escena. Pero las dos se callaron: una muchacha alta acababa de asomar la cabeza, y viendo que se equivocaba, se había largado hacia el fondo del pasillo. Era Satin, con su sombrero y su velo, dándose aires de señora en visita. «¡Valiente zorra!» murmuró Prullière, quien la encontraba todas las noches, desde hacía un año, en el café de Variedades. Y Simona refirió que Naná, habiendo reconocido en Satin una antigua amiga de colegio se había encaprichado por ella é importunaba á Bordenave, para que la hiciese debutar.

—¡Hola! Buenas noches,—dijo Fontan, estrechando la mano á Mignon y Fauchery que entraban.

Hasta el mismo viejo Bosc tendió los dedos, mientras que las dos mujeres abrazaban á Mignon.

—¿Está bien la sala, esta noche?—preguntó Fauchery.

—¡Ah, soberbia!—respondió Prullière.—Es de ver lo embobados que están.

—Cuidado, hijos míos,—observó Mignon;—que no se os pase la salida.

Sí, dentro de un rato. Ellos no salían hasta la cuarta escena. Únicamente se levantó Bosc, con el instinto del viejo pisatablas que olfatea su turno. Precisamente, en aquel momento aparecía el avisador á la puerta:

—¡Señor Bosc! ¡señorita Simona!—gritó.

Rápidamente, Simona se echó un abrigo de pieles sobre los hombros y salió. Bosc, sin apresurarse, fué á coger su corona, que se colocó en la frente, de un golpe; después, arrastrando su manto, y mal soste-

nido por sus piernas, salió, gruñendo, con el aire de un hombre á quien están fastidiando.

—Habéis sido muy amables en vuestra última crónica—repuso Fontan, dirigiéndose á Fauchery;—pero ¿por qué decís que los cómicos son orgullosos?

—Sí, querido; ¿por qué dices esto?—exclamó Mignon, abatiendo sus manazas sobre los delgados hombros del periodista, cuyo cuerpo se doblegó.

Prullière y Clarisa contuvieron una carcajada. Desde hacía algún tiempo, el teatro entero se divertía con una comedia que se representaba entre bastidores. Mignon, furioso por el capricho de su mujer, resentido al ver que Fauchery no aportaba al matrimonio más que una publicidad discutible, había imaginado vengarse de éste, colmándole de pruebas de amistad; así, pues, cada noche, cuando le encontraba en el escenario, le llenaba de golpes, como impulsado por un exceso de ternura; y Fauchery, débil al lado de este coloso, se veía precisado á aceptar los pescozones, sonriendo por fuerza, para no enfadarse con el marido de Rosa.

—¡Sí, buen mozo; insultas á Fontan!—repuso Mignon, llevando adelante la broma.—¡En guardia! ¡A la una, á las dos, y... allá va, en medio del pecho!

Se había echado á fondo, asestando un bote tal al joven, que éste quedó un instante sumamente pálido, con la palabra cortada. Pero Clarisa, con un guiño de ojos, señaló á los demás la presencia de Rosa Mignon, que acababa de presentarse en el umbral del «foyer.» Rosa, que había visto la escena, se encaminó en derechura hacia el periodista, como si no advirtiese la presencia de su marido, y, empujándose, con los brazos desnudos en su traje de bebé, presentó la frente, con gesto de zalamería infantil.

—Buenas noches, Bébé,—dijo Fauchery, besándola con familiaridad.

Estas eran sus revanchas. Mignon ni siquiera pareció notar este beso; todo el mundo besaba á su

mujer en el teatro. Pero se rió de un modo particular, dirigiendo una ligera mirada al periodista; de seguro que éste iba á pagar cara la bravata de Rosa.

En el pasillo, la puerta acolchada se abrió y volvió á cerrarse, soplando hasta el «foyer» una tempestad de aplausos. Simona regresaba, después de su escena.

—¡Oh, el tío Bosc ha causado un gran efecto!—gritó.—El príncipe se desternillaba de risa y aplaudía lo mismo que los demás, como si le hubiesen pagado para ello...—Decidme ¿conocéis al señor alto que está al lado del príncipe, en el palco proscenio? Un guapo mozo, de aire muy digno, con patillas soberbias.

—Es el conde Muffat,—contestó Fauchery.—Recuerdo que el príncipe, anteayer, en la habitación de la emperatriz, le invitó á comer para esta noche... y, después, se lo habrá traído consigo.

—¡Toma! ¡el conde Muffat! nosotros conocemos á su suegro, ¿verdad, Augusto?—dijo Rosa, dirigiéndose á Mignon.—Ya sabes á quién me refiero; el marqués de Chouard, en cuya casa canté... Precisamente, también está en el teatro. Le he vislumbrado en el fondo de un palco. ¡Vaya un viejo!...

Prullière, que acababa de encasquetarse su inmenso penacho, se volvió para llamarla:

—¡Ea! Rosa, ¡Vamos allá!

Rosa le siguió corriendo, sin terminar su frase. En aquel momento, la portera del teatro, la señora Bron, pasaba por delante de la puerta, con un enorme ramo en los brazos. Simona le preguntó en broma, si era para ella; mas la portera sin contestar, designó con un gesto el cuarto de Naná, al fondo del pasillo.

¡Dichosa Naná! La cubrían de flores. Después, al regresar, entró la señora Bron una carta á Clarisa, la cual soltó un reniego ahogado. ¡Todavía ese pelma de la Faloise! ¿se había propuesto no dejarla tran-

quía? Y cuando supo que el caballero esperaba en el cuarto de la portera, gritó:

—Decidle que bajaré acabado el acto... ¡Voy á plantarle los cinco dedos en la cara!

Fontan se había precipitado, repitiendo:

—Señora Bron, oid... Oid, señora Bron... Subid, en el entreacto, seis botellas de champagne...

Pero el avisador había reaparecido, jadeante, entonando:

—¡Todo el mundo á escena!... Señor Fontan, despatchad; ¡vivito!

—Sí, sí; allá vamos, papá Barillot,—respondió Fontan, atareado.

Y, corriendo en pos de la señora Bron, repetía:

—¿Estamos, eh? seis botellas de champagne al «foyer», en el entreacto... ¡Hoy son mis días!... ¡yo pagol...

Simona y Clarisa se habían marchado, con un gran ruido de faldas. Quedó el «foyer» despejado; y cuando la puerta del pasillo hubo vuelto á cerrarse sordamente, oyóse, en el silencio, un nuevo chaparrón que golpeaba los cristales. Barillot, un vejete pálido, empleado en el teatro desde hacía treinta años, se había acercado familiarmente á Mignon, presentándole abierta su caja de rapé. Este polvo ofrecido y aceptado le daba un minuto de reposo en sus continuas carreras á través de la escalera y de los pasillos de los cuartos. Verdad es que todavía faltaba avisar á la «señora Naná», como la llamaba él; pero esta obraba á su antojo y se burlaba de las multas; cuando quería retardar su entrada, la retardaba. Pero se quedó asombrado, murmurando:

—¡Toma! ¡Ya está preparada! ¡hédla aquí!... Sin duda sabe que el príncipe ha llegado.

Naná, en efecto, apareció en el pasillo, vestida de verdulera, los brazos y el rostro blancos, y con dos placas de colorete debajo de los ojos. Y sin entrar,

saludó sencillamente á Mignon y Fauchery, con un movimiento de cabeza:

—¡Buenas noches! ¿qué tal va de salud?

Sólo Mignon estrechó la mano que tendía ella. Y Naná prosiguió su camino, majestuosamente, seguida por su camarera que, mientras le iba pisando los talones, se inclinaba para arreglarle los pliegues de la falda. Después, en pos de la camarera y cerrando el cortejo, llegó Satin, procurando ostentar los aires de una mujer «comme il faut», y aburriéndose á más no poder.

—¿Y Steiner?—preguntó bruscamente Mignon.

—El señor Steiner partió ayer para Loiret,—dijo Barillot, que volvía hacia la escena.—Creo que va á comprar allí una quinta...

—¡Ah! sí; ¡ya sé! ¡La quinta de Naná!

Mignon se había puesto serio. ¡Steiner, que en otro tiempo había ofrecido un hotel á Rosa! En fin, era preciso no reñir con nadie; tratábase sólo de atraer una ocasión. Embebido en sus cavilaciones, pero siempre superior á todo, paseábase Mignon desde la chimenea á la consola. En el «foyer» quedaban únicamente él y Fauchery. El periodista, fatigado, acababa de arrellenarse en el fondo de una gran butaca y permanecía muy tranquilo, entornados los párpados, bajo las miradas que el otro le dirigía al pasar.

Cuando se hallaban solos, Mignon desdenaba el aporrearle: ¿para qué, no habiendo nadie que gozara de la escena? ¡maldita la gracia que encontraba en divertirse á sí mismo con sus bromas de marido chocarrero! Fauchery, venturoso en esta tregua de algunos minutos, estiraba lánguidamente los pies ante el fuego, mirando al aire, desde el barómetro al reloj. En su marcha, Mignon se plantó enfrente del busto de Potier, y le miró sin verle; y después, volvió á dirigirse á la ventana, á través de la cual se ahuecaba el obscuro agujero del patio. La lluvia había cesado, subsiguiéndose un silencio profundo, hecho toda-

vía más pesado por el fuerte calor del cok y el llamear de los mecheros de gas.

Ni el más mínimo ruido venía de los bastidores. La escalera y los pasillos parecían muertos. Era, uno de esos silencios sofocados de fin de acto, cuando la compañía en peso mueve en la escena la batahola ensordecedora de algún final, mientras que el «oyero» vacío se duerme en un zumbido de asfixia.

—¡Ah! ¡maldita canalla!—exclamó de repente la enronquecida voz de Bordenave.

Acababa de llegar en aquel momento, y vociferaba ya contra dos figurantas, que habían estado á pique de tenderse panza arriba en la escena, con objeto de representar mejor su papel de imbéciles. Al percibir á Mignon y á Fauchery, les llamó para enseñarles algo: el príncipe había manifestado el deseo de pasar á felicitar á Naná en su cuarto, durante el entreacto. Pero mientras les llevaba hacia el escenario, acertó á pasar el director de escena:

—Plantad una multa á esas bestias de Fernanda y María—exclamó enfurecido Bordenave.

Después, calmándose, y procurando revestirse de la dignidad de su papel se pasó el pañuelo por la cara y añadió:

—¡Voy á recibir á Su Alteza!

El telón caía, en medio de una prolongada salva de aplausos. En seguida, hubo una desbandada en la semi-obscuridad de la escena, no iluminada ya por la batería; los actores y los comparsas se apresuraban á volver á sus cuartos, en tanto que los tramoyistas quitaban rápidamente la decoración. Sin embargo, Simona y Clarisa, en resumidas cuentas, prefería no ver á la Faloise, quien no se decidía á dejarla para entregarse con Gagá. Simona se encargaba de ir sencillamente á explicarle que no se colgase á una mujer de aquel modo. En una palabra, le daría pasaporte.

Entonces, Simona, de lavandera de opereta, cubiertos los hombros con su abrigo, bajó la estrecha esca-

lera de caracol, de peldaños grasientos y húmedas paredes, que conducía al cuarto de la portera. Este cuarto, situado entre la escalera de los artistas y de la administración, cerrado á derecha é izquierda por anchos tabiques de vidriera, era como una gran linterna transparente, donde ardían violentamente dos mecheros de gas.

En un estante, apilábanse cartas y periódicos. Sobre la mesa, veíanse ramos de flores, que esperaban su turno al lado de platos sucios olvidados y de un viejo corpiño, cuyos ojales remendaba la portera. Y, en medio de este desorden de desván, cuatro caballeros de alta sociedad, enguantados, correctos, ocupaban las cuatro viejas sillas de paja, con aire paciente y sumiso, volviendo vivamente la cabeza cada vez que la señora Bron bajaba del escenario con respuestas. Acababa precisamente, de entregar una carta á una joven, que se había apresurado á ir á abrir en el vestíbulo, bajo el mechero de gas y que había palidecido ligeramente, al encontrar esta frase clásica, tantas veces leída en aquel sitio: «No es posible esta noche querido; estoy comprometida.»

La Faloise estaba sentado en una de las sillas del fondo, entre la mesa y la estufa, y parecía muy decidido á pasar allí la noche, aun cuando muy inquieto, encogiendo sus largas piernas, porque toda una familia de gatitos negros se encarnizaba contra él, mientras la gata, sentada sobre el brasero, le contemplaba fijamente con sus amarillos ojos.

—¡Hola! ¿sois vos, señorita Simona? ¿qué se os ofrece?—preguntó la portera.

Simona le suplicó que hiciera salir á la Faloise: pero la señora Bron no pudo complacerla inmediatamente. Tenía, bajo de la escalera, en una especie de armario profundo, una pequeña cantina donde los comparsas bajaban á beber durante los entreactos; y como había allí cinco ó seis mocetones, vestidos aun de cancanistas de la «Boule Noire», reventando de sed

é impacientes, la portera perdía un poco la cabeza. Brillaba en el armario un mechero de gas; y se veían allí una mesa cubierta por una hoja de zinc y estantes provistos de botellas empezadas. Cuando se abría la puerta de aquella bodega, salía un violento sople de alcohol, que se mezclaba con el olor de bodrio de la portería y el penetrante perfume de los ramos que sobre la mesa estaban.

—Con que,—repuso la portera, cuando hubo despachado á los comparsas,—¿llamáis al morenito que está allá, en el fondo?

—¡No tal, no equivocarse!—dijo Simona.—Es el flaco, allí, junto á la estufa, aquel á quien vuestra gata le huele el pantalón.

Y se llevó á la Falaise al vestíbulo, mientras que los demás caballeros se resignaban, medio sofocados, comprimidas sus gargantas, y los comparsas bebían en los peldaños de la escalera, repartiéndose pescozones, con roncás alegrías de borrachos.

Arriba, en el escenario, Bordenave se enfurecía contra los tramoyistas, que nunca acababan de quitar la decoración. Parecía que lo hiciesen adrede; el príncipe iba á recibir algún telón en la cabeza.

—¡Arriba! ¡arriba!—gritó el maquinista.

Por fin, subió el telón de fondo y quedó libre la escena. Mignon, que acechaba á Fauchery, aprovechó la ocasión para comenzar de nuevo sus pesadas bromas. Le cogió entre sus enormes brazos, gritando:

—¡Tened cuidado! ¡poco ha faltado para que os aplastara ese mástil!

Y lo levantaba en el aire, lo sacudía, antes de ponerle de nuevo en el suelo. Notando las risas exageradas de los tramoyistas, Fauchery se puso pálido; temblábanle los labios y estuvo á punto de rebelarse, mientras que Mignon se hacía el bonachón, dándole en los hombros palmadas afectuosas capaces de partirle por mitad, repitiendo:

—¡Es que me interesa mucho vuestra salud! ¡Dian-

tre! ¡no me consolaría jamás si os sucediese una desgracia!

En esto circuló un murmullo: «¡el príncipe! ¡el príncipe!» Y todos volvieron los ojos hacia la puertecita de la sala. Aun no se percibía más que el dorso redondo de Bordenave, con su cuello de carnicero, doblándose é hinchándose en una serie de obsequiosos saludos. Después, apareció el príncipe, alto, robusto, de barba rubia, piel sonrosada, con una distinción de vividor robusto y cuyos vigorosos miembros se indicaban bajo el irreprochable corte de su levita. En pos de él seguía el conde Muffat y el marqués de Chouard. En aquel rincón tan oscuro del teatro, anegábase este grupo en medio de las grandes sombras movibles. Para hablar á un hijo de reina, al futuro heredero de un trono, Bordenave había adoptado una voz de exhibidor de osos, temblorosa, de falsa emoción. Y repetía:

—Si Su Alteza se digna seguirme... Su Alteza tendrá la bondad de pasar por aquí... Tenga cuidado Su Alteza...

El príncipe no se daba la menor prisa, mostrando gran interés y quedándose atrás, para ver la maniobra de los tramoyistas. Acababan de bajar un rastrillo, y esta batería, suspendida en sus mallas de alambre, iluminaba la escena con ancha línea de claridad. Muffat, sobre todo, que nunca había visitado los bastidores de un teatro, se asombraba, poseído de cierto malestar, de una vaga repugnancia mezclada de miedo. Levantaba los ojos hacia la bóveda, donde otras baterías con los mecheros á media luz, parecían constelaciones de estrellas azuladas, en el caos del telar y de las cuerdas de todos diámetros, decoraciones y telones de foro extendidos en el aire, como inmensas sábanas puestas á secar.

—¡Abajo!—gritó de repente el encargado de la maquinaria.

Y fué preciso que el mismo príncipe previniera al

conde. Bajaban un telón, perteneciente á la decoración del acto tercero, la gruta del monte Etna. Unos operarios colocaban mástiles en las costeras, otros iban á buscar los bastidores y volvían con ellos, atándolos luego á los mástiles con gruesas cuerdas. En el fondo, para producir la viva llama que brotaba de la ardiente fragua del Vulcano, un lampista había fijado un candelabro, cuyos mecheros provistos de globos rojos encendía. Era aquello una confusión, una apariencia de atropello, donde los menores movimientos estaban reglamentados; mientras que, entre este apresuramiento, el apuntador, para desentumecer sus piernas, se paseaba á cortos pasos.

—Su Alteza me honra en demasía,—decía Bordenave, inclinándose siempre.—El teatro no es grande; hacemos cuanto podemos... Ahora, si Su Alteza se digna seguirme...

Ya el conde Muffat se dirigía hacia el pasillo de los cuartos. La pendiente asaz rápida de la escena le había sorprendido y su inquietud provenía especialmente de ese piso que sentía moverse bajo sus pies; por las abiertas costeras veíanse los mecheros de gas ardiendo en el foso; era una vida subterránea, con profundidades de obscuridad, voces de hombres y soglos de bodega. Pero, mientras subía, un incidente le detuvo. Dos jovencitas, vestidas para el tercer acto, conversaban detrás del «ojo» del telón. Una de ellas, empujándose sobre las puntas de los pies, y ensanchando el «ojo» con los dedos, para ver mejor, registraba la sala.

—Ya le veo,—dijo bruscamente.—¡Oh! ¡mala zorra!

Bordenave, escandalizado, se detuvo para no largarle un puntapie en el trasero. Pero el príncipe sonreía, feliz y excitado de haber oído aquello y envolviendo con la mirada á la jovencita, que tan poco caso hacía de Su Alteza. La muchacha reía descaradamente. Sin embargo, Bordenave decidió al príncipe á que le siguiera. El conde Muffat, bañado en sudor,

acababa de quitarse el sombrero; lo que más le molestaba era la pesadez del aire, condensado, caldeado, impregnado de olor fuerte, ese olor de los bastidores hediendo á gas, el engrudo de las decoraciones, la suciedad de los rincones oscuros, los bajos dudosos de las figurantas.

En el pasillo, la sofocación aumentaba; el olor agriollo de los aceites de tocador, los perfumes de los jabones procedentes de los cuartos, cortaban por momentos la respiración. Al pasar, levantó la cabeza el conde y dirigió una mirada al ojo de la escalera, sorprendido por la brusca oleada de luz y de calor que le caía sobre la nuca. Arriba oíanse ruidos de jofaina, risotadas y gritos, una batahola de puertas cuyos continuos abrir y cerrar daban paso á emanaciones de mujer, aguzados por el almizcle de los afeites. Y no se detuvo, apresurando su marcha, huyendo casi, llevándose en la epidermis el estremecimiento de aquel ardiente boceto de un mundo que le era desconocido.

—¿Qué tal? ¡es curioso un teatro por dentro!—decía el marqués de Chouard, con el aire complacido de un hombre que se encuentra como en su casa.

En esto Bordenave, que acababa de llegar, por fin, al cuarto de Naná en el fondo del corredor, dió vuelta tranquilamente al pomo de la puerta, y después, dejando sitio, exclamó:

—Si Su Alteza se digna entrar...

Un grito de mujer sorprendida dejóse oír; y vieron á Naná, desnuda hasta la cintura, ocultándose detrás de la cortina, mientras su camarera, en actitud de enjuagarla, permanecía con la toalla en la mano: ®

—¡Oh! ¡es una tontería entrar así!—gritaba Naná, oculta.—¡No entréis; ya veis que no se puede entrar!

Bordenave permaneció descontento por esta fuga:

—Salid, querida,—repuso;—eso no importa. Es Su Alteza... ¡Vaya! ¡no seáis niña!



Y, como ella se negara á presentarse, azorada todavía, pero riendo ya, añadió aquél, en voz áspera y paternal:

—¡Pardiez! Estos señores saben perfectamente como está formada una mujer. No os comerán.

—No aseguraría yo eso,—dijo finalmente el príncipe.

Todo el mundo se echó á reír, de una manera exagerada, con intención cortasana. Exquisita frase, absolutamente parisiense, como declaró Bordenave. Naná no contestaba; la cortina se movía; iba á decidirse, sin duda. Entonces, el conde Muffat, teñidas de púrpura las mejillas, examinó el cuarto. Era una pieza cuadrada, muy baja de techo, tapizada enteramente de una tela de color habana claro. La cortina, de la misma tela, sostenida por una varilla de latón, formaba en el fondo una especie de gabinete. Dos grandes ventanas daban al patio del teatro, á tres metros cuando más de una tapia leprosa sobre la cual, en la oscuridad de la noche, los cristales proyectaban cuadros amarillos. Un gran armario de luna hacía frente á un lavabo de mármol blanco, guarnecido de una desbandada de frascos y de cajas de cristal para los aceites, las esencias y los polvos.

El conde se acercó al espejo y se vió muy encendido, reluciendo en su frente finas gotas de sudor, bajó los ojos y fué á colocarse delante del lavabo, donde la jofaina, llena de agua de jabón, los pequeños enseres de marfil esparcidos y las humedecidas esponjas parecieron absorberle un instante. Aquella sensación de vértigo que había experimentado en su primera visita á Naná, en el bulevar Haussmann, le invadía de nuevo. Bajo sus pies sentía hundirse la blanca alfombra del cuarto; y los mecheros de gas que ardían junto al lavabo y al espejo esparcían silbidos de llamas alrededor de sus sienes.

Por un instante, temiendo desfallecer en aquel olor de mujer, que volvía á percibir allí, caldeado, decuplicado, sentóse en el borde del mullido diván, en-

tre las dos ventanas. Mas no tardó en levantarse y volvió junto al lavabo, sin mirar nada, fijos los ojos en el vacío, pensando en un ramillete de tuberosas que en otro tiempo se marchitara en su alcoba, y cuyas emanaciones le pusieron en peligro de muerte. Cuando las tuberosas se descomponen exhalan un olor humano.

—¡Despacha pronto!—murmuró Bordenave, asomando la cabeza detrás de la cortina.

El príncipe, entretanto, escuchaba complaciente al marqués de Chouard, quien, tomando del lavabo la mano de gato, explicaba la manera de aplicar el blanquete. En un rincón Satin, con su rostro virginal, contemplaba á aquellos señores; mientras que la camarera, señora Julio, preparaba la malla y la túnica de Venus. La señora Julio no tenía ya edad, pero sí apergaminado el rostro, con esos rasgos inmóviles de solterona á quien nadie recuerda haber conocido joven. Esta se había desecado en el ambiente abrasado de los cuartos, entre los muslos y los pechos más célebres de París. Llevaba un eterno vestido negro desteñido, y, en su corpiño plano y sin sexo, ostentábase hincada una selva de alfileres, en el sitio del corazón.

—Os pido mil perdones, señores,—dijo Naná descorriendo la cortina;—pero me he visto sorprendida...

Todos volvieron la cabeza. La joven no se había cubierto del todo; acababa sencillamente de abotonarse una pequeña chambre de percal, que le tapaba parcialmente el pecho. Cuando estos señores la habían puesto en fuga, comenzaba á desnudarse quitándose vivamente el traje de verdulera. Por detrás, su pantalón dejaba salir aún un extremo de la camisa. Y, desnudos los hombros, el seno descubierto casi, en su adorable juventud de gruesa rubia, continuaba teniendo cogida la cortina, para correrla de nuevo, al más mínimo azoramiento.

—Sí, me he visto sorprendida; jamás osaría...—bal-

buceó, fingiendo hallarse confusa, con rosados matices en el cuello y sonrisas zalameras.

—¡Vaya; si estáis perfectamente!—gritó Bordenave.

Ella arriesgó aún ademanes vacilantes de niña inocente, moviéndose como si le hicieran cosquillas, repitiendo:

—Su Alteza me honra demasiado... Ruego á Su Alteza que me perdone si le recibo así...

—Yo soy el importuno,—dijo el príncipe;—pero no he podido resistir, señora, el deseo de felicitaros...

Entonces, tranquilamente, para dirigirse á su lavabo atravesó Naná, en pantalones, por medio de aquellos señores, quienes le abrieron paso. Sobre sus amplias caderas, el pantalón se hinchaba, mientras que ella, inclinado hacia adelante el pecho, continuaba saludando con su fina sonrisa. De repente, pareció reconocer al conde Muffat y le tendió la mano, como amiga. Después la riñó porque no había asistido á su cena. Su Alteza se dignaba bromear con Muffat, quien tartamudeaba, estremeciéndose de haber tenido un segundo, en su ardiente mano, aquella manecita húmeda aun con las aguas del tocador.

El conde había comido fuerte con el príncipe, que era gran comedor y excelente bebedor. Ambos estaban un poco alegrillos; pero se mantenían muy dignos. Muffat, para ocultar su turbación, sólo halló una frase, sobre el calor.

—¡Dios mío! ¡qué calor hace aquí!—¿Cómo os arregláis, señora, para vivir en semejante temperatura?

Y la conversación iba á partir de este pie, cuando se dejaron oír voces ruidosas en la puerta del cuarto. Bordenave descorrió el ventanillo. Era Fontan, seguido de Prullière y de Bosc, provistos cada cual de tres botellas bajo los brazos, y las manos cargadas de copas. Fontan llamaba voceando que eran sus días y que pagaba el champagne. Naná, con una mirada consultó al príncipe. ¡Cómo se entiende! ¡Su Alteza no quería causar estorbo á nadie y hasta se considera-

ría muy dichoso! Pero, sin esperar el permiso, entraba Fontan, ceceando y repitiendo:

—Yo, no borracho; yo pagar el champagne...

De repente, percibió al príncipe, que ignoraba que estuviese allí; y, deteniéndose un momento, adoptó un aire de bufa solemnidad, diciendo:

—¡El rey Dagoberto está en el pasillo, y solicita trincar con Su Alteza Real!

Sonrió el príncipe, y todos encontraron encantadora la broma. Sin embargo, el cuarto era pequeño para tanta gente. Fué preciso amontonarse. Satin y la señora Julio en el fondo, contra la cortina, y los hombres apiñados en torno de Naná semi-desnuda. Los tres actores llevaban aún sus trajes del segundo acto. Mientras Prullière se quitaba el sombrero de Almirante suizo, cuyo inmenso penacho no hubiera cabido bajo el techo, Bosc, con su casaca de púrpura y su corona de hojalata, se afirmaba sobre sus piernas de borracho y saludaba al príncipe, como monarca que recibe al hijo de un poderoso vecino. Las copas estaban llenas; se brindó.

—¡Brindo por la salud de Su Alteza!—dijo majestuosamente el viejo Bosc.

—¡Por el ejército!—añadió Prullière.

—¡Por Venus!—gritó Fontan.

Complaciente, el príncipe balanceaba su copa. Esperó y saludó tres veces, murmurando:

—Señora... almirante... sire...

Y apuró la copa, de un trago. El conde Muffat y el marqués de Chouard le habían imitado. No se bromaba ya; se estaba en la corte. Aquel mundo del teatro prolongaba el mundo real, en una farsa grave, bajo el ardiente resplandor del gas. Naná, olvidando que estaba en pantalones, y que le salía un extremo de la camisa, representaba la gran señora, la reina Venus, recibiendo en sus departamentos reservados á los personajes del Estado. A cada frase soltaba las palabras: «Alteza Real», hacia saludos convencidos y

trataba á Bosc y á Prulliére como á un soberano acompañado por su ministro. Y nadie se reía de tan extraña mescolanza, de ese verdadero príncipe, heredero de un trono, que bebía el champagne de un comiquillo muy complacido en ese carnaval de los dioses, en ese mascarada de la dignidad real, en medio de un pueblo de camareras y de muchachas perdidas y de exhibidores de mujeres.

Bordenave, entusiasmado con este cuadro, pensaba en las entradas que tendría, si Su Alteza se dignara presentarse de aquél modo, en el segundo acto de la «Rubia Venus.»

—¡Ea!—gritó, familiarizándose ya;—¡voy á hacer que bajen mis mujercitas!

Naná se opuso. Sin embargo, ella misma se iba abandonando. Fontan la atraía con su grotesca figura. Frontándose contra él, cubriéndolo con una mirada de mujer embarazada que siente antojo de comer alguna cosa sucia, le tuteó de repente:

—¡Vaya, sirve más champagne, animal!

Fontan llenó de nuevo las copas; y bebieron, repitiendo los mismos brindis:

—¡Por Su Alteza!

—¡Por el ejército!

—¡Por Venus!

Pero Naná reclamaba el silencio, con un gesto; y levantando su copa muy alto, dijo:

—No, no; ¡por Fontan!... ¡Son los días de Fontan!... ¡por Fontan! ¡por Fontan!

Entonces, brindaron por tercera vez, aclamando á Fontan. El príncipe que había visto que la joven se comía al cómico con la mirada, saludó á éste:

—Señor Fontan,—dijo con su distinguida galantería,—brindo por vuestros triunfos.

Entretanto, los faldones de la levita de Su Alteza enjugaban el mármol del lavabo. Aquello era como un fondo de alcoba, como un angosto cuarto de baño, con el vapor de la jofaina y de las esponjas y el

violento perfume de las esencias mezclado en el aroma de embriaguez agridulce del vino de Champagne. El príncipe y el conde Muffat, entre los cuales se encontraba presa Naná, veíanse precisados á levantar las manos, para no rozarle las caderas ó el pecho, al menor de sus gestos. Y, sin una gota de sudor, la señora de Julio esperaba, con su aire tieso, mientras que Satin, admirada, en su vicio, de ver á un príncipe y á unos caballeros de frac alternando con hombres disfrazados junto á una mujer desnuda, pensaba que las gentes de «chico» no eran tan limpias como creía.

A todo esto, íbase aproximando, por el pasillo, el retintín de la campanilla del tío Barillot, quien, al llegar á la puerta del cuarto, se quedó sorprendido viendo á los actores todavía con los trajes del segundo acto.

—¡Oh, señores! ¡señores!—tartamudeó;—daos prisa... Acaba de darse la señal en el salón de descanso.

—¡Bah!—dijo tranquilamente Bordenave,—el público esperará.

Sin embargo, después de nuevos saludos, y como quiera que las botellas estuviesen vacías, los cómicos subieron á vestirse. Bosc, que había mojado su barba con champagne, acababa de quitársela, y bajo aquella barba venerable, el borracho había reaparecido bruscamente, con su devastada y azulada faz de actor viejo dado al vino. Y, al llegar al pie de la escalera, se oyó que decía á Fontan, con su voz aguarmentosa, refiriéndose al príncipe:

—¿Qué tal? ¡le he aplastado!

En el cuarto de Naná, únicamente quedaban Su Alteza, el conde y el marqués. Bordenave se había marchado con Barillot, á quien encargaba que no llamase, sin antes advertir á la señora.

—Con permiso, señores,—dijo Naná, poniéndose á retocar sus brazos y su rostro, con sumo esmero, para el desnudo del tercer acto.

El príncipe se sentó en el diván, al lado del marqués de Chouard. El conde Muffat permanecía en pie. Las tres copas de champagne bebidas, en aquella atmósfera asfixiante, habían aumentado su embriaguez. Satin, viendo que aquellos señores se encerraban con Naná, creyó discreto desaparecer tras de la cortina; y allí esperaba, sentada sobre una maleta, aburrida de aguardar, en tanto que la señora Julio andaba de uno á otro lado tranquilamente, sin chistar, sin dirigir una mirada.

—Habéis cantado maravillosamente vuestro rondó,—dijo el príncipe.

Entonces, establecióse la conversación, aunque por breves frases, cortadas por silencios. Naná no podía ir contestando siempre. Después de haberse untado de cold-cream, con la mano, los brazos y el rostro, extendía el blanquete, con ayuda de una punta de toalla. Por un instante, dejó de mirarse en el espejo, y sonrió, deslizando una ojeada hacia el príncipe, sin soltar el colorete.

—Su Alteza me confunde,—murmuró.

Era aquella toda una tarea llevada á cabo, y que el marqués seguía con aire de plácida beatitud. A su vez habló:

—¿No podía la orquesta,—dijo,—acompañaros más en sordina? Cubre vuestra voz, lo cual es un crimen imperdonable.

Esta vez Naná no se volvió. Había cogido la mano de gato y la paseaba ligeramente, muy atenta, tan encorvada sobre el lavabo, que la redondez blanca de su pantalón resaltaba y se tendía, con el inseparable extremo de la camisa.

Pero, queriendo mostrarse sensible á la galantería del anciano, agitóse, balanceando las caderas.

Reinó un silencio. La señora Julio había notado una rasgadura del pantalón en la pierna derecha. Tomó un alfiler de encima de su corazón, y permaneció un momento de rodillas, ocupada en torno del muslo de

Naná, mientras ésta, sin parecer advertir que estuviese allí la camarera, se cubría de polvos de arroz, evitando cuidadosamente que la borla tocara sus pómulos. En esto, como el príncipe dijera que si fuese á cantar á Londres toda Inglaterra quisiera aplaudirla, sonrió la joven con amabilidad, y volvió el rostro por un segundo, con la mejilla izquierda, muy blanca, en medio de una nube de polvo. Después, púsose seria de repente; tratábase de colocar el colorete.

De nuevo, con la cara tocando casi al espejo, mojaba el dedo en un bote, aplicaba el colorete debajo de los ojos y lo extendía suavemente hasta la sien. Aquellos señores se callaban, respetuosos.

El conde Muffat aun no había despegado los labios. Pensaba, invenciblemente, en su juventud. Su alcoba de niño estaba muy fría. Más adelante, á los dieciséis años, cuando besaba á su madre, cada noche sentía, hasta en su sueño, el hielo de este beso.

Un día, al pasar, había percibido, por una puerta entornada, á una doncella que se estaba lavando; y éste era el único recuerdo que le turbara, desde la pubertad al matrimonio.

Después, había encontrado en su mujer una extricta obediencia á los deberes conyugales; él mismo sentía una especie de repugnancia devota. Entraba en años, envejecía, ignorando la carne, doblegado á rígidas prácticas religiosas, habiendo reglamentado su existencia por preceptos y leyes. Y, bruscamente, le arrojaban en este cuarto de actriz, delante de aquella muchacha desnuda. El, que nunca había visto á la condesa Muffat ponerse las ligas, asistía á los detalles íntimos del tocado de una mujer, en la desbandada de los botes y de las jofainas, y en medio de aquel olor tan fuerte y tan suave. Todo su sér se rebelaba, la lenta posesión de que Naná le invadía desde hacía algún tiempo le aterraba, recordándole sus lecturas piadosas, las obsesiones diabólicas que habían mecido su infancia. Creía en el diablo, Naná, confundamente, era pa-

ra él el diablo, con sus risas, con su péneo y su grupa, hinchados de vicios. Pero él se prometía mantenerse fuerte. Ya sabría defenderse.

—Con que, está convenido,—decía el príncipe, muy á sus anchas en el diván;—el año próximo os venís á Londres, y os recibiremos tan bien, que jamás volveréis á Francia... ¡Ah! por lo visto, señor conde, vosotros no hacéis gran caso de vuestras lindas mujeres. ¡Mirad que os las tomaremos todas!

—Lo cual no le dará gran desazón,—murmuró malignamente el marqués de Chouard, que se arriesgaba, en la intimidad.—El conde es la virtud en persona.

Oyendo hablar de su virtud, Naná le miró tan picaramente que Muffat experimentó una viva contrariedad. En seguida, este movimiento le sorprendió y le enfadó contra sí mismo. ¿Por qué la idea de ser virtuoso le incomodaba delante de aquella muchacha? De buena gana la hubiera abofeteado. Pero Naná, queriendo coger un pincel, acababa de dejarlo caer; y, bajándose á recogerlo, el conde se precipitó, sus alientos se encontraron, y los desatados cabellos de Venus le cubrieron las manos. Aquel fué un deleite mezclado con remordimientos, uno de esos deleites de católico á quien el miedo al infierno agujonea en el pecado.

En este instante, dejóse oír tras de la puerta la voz del tío Barillot:

—¿Puedo llamar, señora? El público se impacienta.

—Al momento,—respondió tranquilamente Naná.

Había mojado el pincel en un bote negro; después, con la nariz sobre el espejo, cerrando el ojo izquierdo, lo pasó delicadamente por sus pestañas, Muffat detrás de ella, miraba. Veíala en el espejo, con sus torneados hombros y su seno anegado en una sombra rosada. Y, á pesar de sus esfuerzos, no podía apartar la vista de aquel rostro, cuyo ojo cerrado hacía un provocativo, sembrado de hoyuelos, como desma-

yado de deseos. Cuando cerró el ojo derecho y le pasó el pincel, comprendió Muffat que era su esclavo.

—Señora,—gritó de nuevo la jadeante voz del avisador;—están pateando y acabarán por arrancar los banquillos... ¿Puedo llamar?

—¡Silencio!—dijo Naná impacientada. Llamad si queréis, ¡lo mismo me da!... Si no estoy lista á tiempo ¡que esperen!

Calmóse y añadió, con una sonrisa, dirigiéndose hacia aquellos señores:

—La verdad es, que uno no dispone ni siquiera de un minuto para hablar.

Por fin, su rostro y sus brazos estaban arreglados. Con el dedo, añadió dos largas rayas de carmín sobre los labios. El conde Muffat sentíase más turbado, seducido por la perversión de los polvos y de los aceites, presa del deseo desordenado de aquella juventud pintada, la boca demasiado roja, en la demasiado blanca faz, y los ojos agrandados, circuidos de negro, ardientes y como contusos de amor. Entretanto, Naná pasó un momento al otro lado de la cortina, para ponerse las mallas de Venus, después de haberse quitado los pantalones. Luego, con impúdica tranquilidad, vino á desabotonarse el juboncillo de percal, tendiendo los brazos á la señora Julio, que le pasó las cortas mangas de la túnica.

—¡Deprisa, puesto que se enfadan!—murmuró.

El príncipe, con los ojos entornados, seguía, como buen conecedor, las líneas abultadas de aquel seno, mientras el marqués de Chouard meneaba involuntariamente la cabeza. Muffat, para no ver más, miraba la alfombra. Por lo demás, Venus estaba lista: sólo llevaba aquella gasa en los hombros. La señora Julio daba vueltas en torno de la joven, con aire de viejecita de madera, de vacíos y claros ojos, y, vivamente, tomaba alfileres de la almohadilla inagotable de su corazón, y prendía la túnica de Venus, rozando todas aquellas mórbidas desnudeces con sus deseca-

das manos, sin recuerdo, y con la más completa indiferencia.

—¡Ya está!—dijo la joven, mirándose por última vez en el espejo.

Bordenave regresaba, inquieto, diciendo que el tercer acto había empezado.

—¡Bueno, allá voy!—repuso ella.—¡Vaya unas prisas y siempre soy yo la que he de esperar á los demás!

Aquellos señores salieron del cuarto; mas no se despidieron. El príncipe había manifestado el deseo de asistir al tercer acto, entre bastidores. Al hallarse sola, Naná experimentó cierta sorpresa, mientras recorría el cuarto con sus miradas.

—¿Dónde estará?—preguntó.

Buscaba á Satin. Cuando la hubo encontrado detrás de la cortina, esperando sentada en la maleta, contestóle Satin, tranquilamente:

—¡Ya comprenderás que no he querido molestarte, con todos esos hombres!

Y añadió que, ahora, se marchaba. Mas Naná la retuvo. ¡Qué tonta era! ¡Si ya Bordenave consentía en encontrarla! Se ultimaría el negocio después de la función. Satin vacilaba. Había allí demasiada complicación; aquel no era su mundo. Sin embargo, se quedó.

Mientras el príncipe bajaba la escalerilla de madera, estallaron en el otro extremo del escenario, un extraño ruido, enérgicos juramentos, pataleos de lucha.

Era toda una historia que azoraba á las artistas que estaban esperando sus turnos. Desde hacía un rato, Mignon reiteraba las bromitas, abrumando á Fauchery con sus caricias. Acababa de inventar un juegucito, consistente en pegarle papirotos sobre la nariz, para guarecerle de las moscas, según decía. Naturalmente, este juegucito divertía mucho á los artistas. Empero, de repente, Mignon, exaltado por su buen éxito y dando rienda suelta á su fantasía, había plan-

tado al periodista un bofetón, un verdadero y vigoroso bofetón. Esta vez extralimitábase demasiado y Fauchery no podía, delante de la gente, aceptar en broma semejante guantada. Y entonces ambos, dando fin á su sainete, lívidos y brotando odio de sus rostros, se habían agarrado, y rodaban por el suelo, detrás de un biombo, tratándose de alcahuetes.

—¡Señor Bordenave! ¡señor Bordenave!—corrió á decir, azorado el director.

Bordenave le siguió, después de pedir al príncipe que le dispensara. Cuando reconoció en el suelo á Fauchery y á Mignon, no pudo contener un gesto de contrariedad. ¡Verdaderamente, elegían una buena oportunidad, con Su Alteza en el otro extremo del escenario, y toda aquella sala que podía oírles! Y como si esto no bastase Rosa Mignon llegaba á toda prisa, jadeante, en el preciso momento de entrar en escena.

Vulcano esperaba su réplica. Pero Rosa quedó estupefacta, viendo á sus pies á su marido y á su amante revolcándose, estrangulándose, pataleando, arrancándose el pelo y blanqueada la levita con el polvo de las tablas. Le obstruían el paso, y hasta un tramoyista había detenido el sombrero de Fauchery en el momento en que este demonio de sombrero, impelido por la lucha, iba á rebotar sobre la escena.

Entretanto Vulcano, inventaba morcillas para entretener al público. Rosa, inmóvil, continuaba mirando á los dos hombres.

—¡Pero, qué diablos haces!—le dijo furioso Bordenave.—¡Presto, presto! ¡eso no importa! ¡estás retrasando tu salida!

Y, empujada por él, Rosa, saltando por encima de los combatientes, se encontró en la escena, en pleno resplandor de la batería, ante el público. No había comprendido por qué se revolcaban, golpeándose. Trémula, llena de zumbidos la cabeza, se adelantó hacia la concha del apuntador, con su sonrisa de Diana enamorada, y atacó la primera frase de su dueto, con

una voz tan valiente, que el público le tributó una ovación. Desde los bastidores llegaban á sus oídos los golpes sordos de los combatientes, los cuales habían ido rodando casi hasta el telón de boca. Afortunadamente, la música sofocaba el ruido de las patadas que daban en los montantes.

—¡Voto á...!—murmuró Bordenave exasperado cuando hubo conseguido desasirles:—¿acaso no podríais golpearos en vuestra casa? Ya sabéis que no me gustan esas cosas... Tú, Mignon, vas á hacerme el favor de quedarte aquí, al lado del patio; y á vos Fauchery, os planto á la puerta del teatro, si os separáis del lado del jardín... ¿Estamos?... Al lado del patio y al lado del jardín, ó prohíbo á Rosa que os entre en el escenario.

Cuando volvió al lado del príncipe, éste le interrogó:

—¡Oh! nada absolutamente,—murmuró Bordenave, con acento tranquilo.

Naná, en pie, envuelta en su abrigo, esperaba su salida, hablando con aquellos señores.

Como el conde Muffat anduviese hacia el foro para dirigir una ojeada al escenario, un gesto del director le dió á entender que debía caminar sin hacer ruido. Una tranquilidad cálida caía de la bóveda. En los bastidores, iluminados por violentas sábanas de luz, unas pocas personas, hablando en voz baja, se paraban un rato y andaban después de puntillas.

El lampista estaba en su sitio, cerca del complicado mecanismo de las llaves; un bombero, apoyado contra un montante, procuraba ver, alargando el cuello; mientras que, allá arriba, sentado en su banquilla, el encargado del telón vigilaba, con aire resignado, sin saber lo que representaban, esperando siempre el campanillazo para la maniobra de sus cuerdas.

Y en medio de aquella sofocada atmósfera, de aquellos pataleos y de aquellos cuchicheos, la voz de los actores que estaban en escena, llegaba extraña, en-

sordecida, con una desafinación sorprendente. Después, á lo lejos, más allá de los confusos ruidos de la orquesta, percibiase, como un inmenso hálito, el respirar de la sala, cuyo soplo se henchía á veces, estallando en rúmoreos, en risas, en aplausos. Se adivinaba al público, sin verlo, hasta en sus silencios.

—¡Hay aquí una corriente de aire!—dijo bruscamente Naná, arrebujándose en su abrigo.—¡Enteráos, Barillot! Apuesto á que acaban de abrir una ventana... ¡Es cosa de pillar una pulmonía!

Barillot juró que lo había cerrado todo por sí mismo. Tal vez había algunos cristales rotos. Las artistas se quejaban siempre de corrientes de aire. Entre el pesado calor del gas, pasaban ráfagas frías, un verdadero regalo de fluxiones de pecho, como decía Fontan.

—¡Ya quisiera yo veros escotado!—continuó Naná, enfadándose.

—¡Silencio!—murmuró Bordenave.

En la escena, Rosa detallaba tan discretamente una frase de su dueto, que los aplausos sofocaron el ruido de la orquesta. Naná se calló, poniéndose muy seria. Entretanto, el conde se arriesgaba á asomarse á un bastidor, cuando Barillot le advirtió que le podían ver desde la sala. Contemplaba la decoración al revés y de lado, la parte posterior de los montantes consolidados por una espesa capa de cartelones viejos; después, un rincón de la escena, la caverna del Etna abierta en una mina de plata, con fragua de Vulcano en el fondo. Las baterías del telar daban vivos reflejos al talco aplicado á grandes brochazos. Unos montantes con globos azules y globos rojos, por una oposición calculada, producían una llama de ardientes ascuas; mientras que, en el suelo, en tercer término, otra batería destacaba un grupo de negras rocas. Y allá, en un practicable inclinado en suave pendiente, en medio de esas gotas de luz semejantes á los vasos de color colocados sobre la hierba, en una noche de fiesta pública, la vieja señora Drouad, que re-

presentaba el personaje de Juno, permanecía sentada, deslumbrada y soñolienta, esperando su vez.

En esto hubo un movimiento. Simona, que estaba escuchando una historia de Clarisa, dejó escapar:

—¡Toma, la Tricón!

Era la Tricón, en efecto, con sus rizos y su continente de condesa que frecuenta los estudios de abogado y que, al percibir á Naná, se dirigió á ella en derechura.

—No,—dijo ésta después de un rápido cambio de palabras;—actualmente, no.

La vieja dama se quedó grave, Prullière, al pasar, le dió un apretón de mano. Dos figurantas la contemplaban con emoción. Por un momento, pareció como si vacilara. Después, llamó á Simona con un gesto. Y comenzó de nuevo el cambio rápido de las palabras.

—Sí,—dijo, por fin, Simona;—dentro de media hora.

Pero, al ir á subir á su cuarto, la señora Bron, que se paseaba de nuevo con sus cartitas, le entregó una. Bordenave, bajando la voz, reprendía furiosamente á la portera porque había dejado pasar á la Tricón: ¡una mujer de su calaña, precisamente aquella noche! esto le indignaba, á causa de Su Alteza. La señora Bron, que hacia treinta años que estaba en el teatro, contestó con cierta acritud. ¿Qué sabía ella? La Tricón hacía negocios con todas estas señoras; más de veinte veces la había encontrado el señor empresario sin quejarse. Y mientras Bordenave mascullaba feas palabrotas, la Tricón, tranquila, examinaba fijamente al príncipe, como mujer que pesa á un hombre con una ojeada. Una sonrisa iluminó su amarillo rostro. Después, se marchó con lentos pasos, por entre las mujercitas que la miraban con respeto.

—En seguida ¿verdad?—dijo volviéndose hacia Simona.

Simona parecía muy perpleja. La carta era de un joven á quien había dado palabra para aquella misma

noche. Y entregó á la señora Bron un billeteito escrito al vuelo: «Imposible, por hoy; estoy comprometida.» Pero continuaba inquieta, tal vez el joven aquel la esperaría, de todos modos. Como no tomaba parte en el tercer acto, quería marcharse inmediatamente; y rogó á Clarisa que fuera á dar un vistazo. Esta, que no tenía que salir á escena hasta el final de la obra, bajó á la portería, mientras Simona subía al cuarto, que entre las dos ocupaban.

Abajo, en la cantina de la señora Bron, un com-parsa encargado del papel de Plutón, bebía solo, envuelto en un gran manto rojo de llamas de oro. El pequeño comercio de la portera debía haber sido productivo, pues el rincón aquel, del pie de la escalera, estaba completamente bañado por las enjuagaduras de las copas. Clarisa se remangó su túnica de Isis, que arrastraba por aquellos grasientos peldaños; pero detúvose prudentemente y se limitó á alargar el cuello, en el recodo de la escalera, para echar una ojeada á la portería. Había tenido buen olfato. ¡Ese idiota de la Faloise estaba aún allí, sentado en la misma silla, entre la mesa y la estufa! Había fingido retirarse, delante de Simona y después había vuelto á su sitio. Por lo demás, la portería continuaba siempre llena de señores enguantados, correctos, de aire sumiso y paciente. Todos esperaban, mirándose unos á otros con gravezad.

Sobre la mesa, únicamente quedaban los platos sucios, pues la señora Bron acababa de distribuir los últimos ramos; sólo una rosa caída se marchitaba, junto á la gata negra, que seguía acostada enroscada, mientras los gatitos ejecutaban locas carreras, galopes feroces, entre las piernas de aquellos señores. Clarisa tuvo por un momento tentaciones de mandar echar á la Faloise á la calle. Ese imbécil no gustaba de los animales; era lo único que le faltaba; y hasta encogía los codos, á causa de la gata, para no tocarla.



—¡Mira que te pillaré, no te fies!—dijo Plutón, un bromista que se volvía al escenario, enjugándose los labios con el revés de la mano.

Entonces, Clarisa abandonó la idea de armarle un escándalo á la Fakoise. Había visto á la señora Bron entregar la carta al joven de Simona. Este se fué á leerla bajo el mechero del vestíbulo: «Imposible por hoy, querido; estoy comprometida.» Y, apaciblemente, acostumbrado sin duda á la frase, había desaparecido. ¡Al menos, ved aquí á uno que sabía conducirse! ¡No era, no, como los otros que se obstinaban allí, sobre las desapareadas sillas de la señora Bron, en aquella gran linterna con vidrieras, donde olía tan mal! ¡Mucho debía atraer eso á los hombres! Clarisa volvió á subir; disgustada, atravesó la escena, y trepó rápidamente los tres pisos de la escalera de los cuartos, para dar la respuesta á Simona.

En el escenario, el príncipe, retirado á parte, hablaba con Naná. No la había abandonado, la cobijaba con sus ojos entornados. Naná, sin mirarle y sonriente, decía que sí, con un movimiento de cabeza. En esto, bruscamente, el conde Muffat, obedeciendo á un impulso de todo su sér, dejó á Bordenave, que le daba detalles sobre las maniobras de las cabrias y de los tambores, y se apresuró para romper esta conversación. Alzó Naná los ojos, y le sonrió, como sonreía á Su Alteza, sin por ello dejar de tener el oído atento acechando su turno.

—Creo que el tercer acto es el más corto,—dijo el príncipe, estorbado por la presencia del conde.

Naná no respondió; su faz cambió de expresión, entregada de repente á su tarea. Con un rápido movimiento de hombros dejó deslizar su abrigo que la señora Julio, que se hallaba en pie, tras de ella, recibió en los brazos.

—¡Silencio, silencio!—sopló Bordenave.

El conde y el príncipe se habían quedado sorprendidos. En medio del gran silencio, surgía un suspiro

profundo, un lejano rumor de multitud. Cada noche, produciase el mismo efecto al salir Venus en su desnudez de diosa. Entonces, Muffat quiso ver, y aplicó los ojos á una abertura. Más allá del arco del círculo deslumbrador de la batería, la sala parecía oscura, como llena de una humareda rosada, y en aquel fondo neutro, donde las hileras de rostros ofrecían una palidez confusa, destacábase Naná en blanco, alta, poderosa, ocultando los palcos desde el anfiteatro al techo.

El la percibía de espaldas, erguida con los brazos abiertos, mientras que, en el suelo, al nivel de sus pies surgía la cabeza del apuntador, una cabeza de vejete, cortada, con un aire pobretón y honrado. En ciertas frases de su romanza de salida, parecía como si partiesen de su cuello unas ondulaciones bajándose por su talle y viniendo á espirar en el borde rozagante de su túnica.

Cuando hubo emitido la postrera nota, entre una tempestad de aplausos, saludó, y estremeciéndose la tenue gasa de su velo, mientras su cabellera rozaba sus riñones, en la flexión del espinazo.

Y al verla así, inclinada y ensanchadas las caderas, andando de espaldas hacia el agujero á través del cual la miraba, el conde se irguió, sumamente pálido. La escena había desaparecido, ya no veía más que el reverso de la decoración, y el baturrillo de los viejos cartelones pegados en todos sentidos. Sobre el practicable, entre los regueros del gas, el Olimpo entero había ido á reunirse con la señora Drouard que dormitaba. Allí esperaban el final del acto, Bosc y Fontan sentados en el suelo, apoyada la barba en sus rodillas y Prullière desperezándose y bostezando, antes de entrar en escena, todos fatigados, con los ojos enrojecidos, y anhelando irse á dormir.

En este momento, Fauchery, que andaba rondando por el lado del jardín, desde que Bordenave le había prohibido el lado del patio, se aferró al conde,

para darse cierta importancia, y le ofreció enseñarle los cuartos.

Muffat, á quien una molicie creciente dejaba sin voluntad, acabó por seguir al periodista, después de haber buscado con la vista al marqués de Chouard, que no estaba allí ya. Sentía, á la vez, un alivio y una inquietud abandonando aquellos bastidores, desde los que oía cantar á Naná.

La Fauchery le precedía en la escalera, que en el piso primero y en el segundo estaba interceptada por biombos. Era una de esas escaleras de casa lóbrega, como muchas que el conde Muffat había encontrado en sus excursiones de miembro del comité de beneficencia, desnuda y deteriorada, estucada de amarillo, con peldaños desgastados por el continuo pisar de los pies y una barandilla de hierro, que el frotamiento incesante de las manos había pulido. En cada tramo, al nivel del suelo, una ventana baja ofrecía un hueco cuadrado de tragaluz. En los faroles fijos en las paredes, ardían llamas de gas, iluminando vivamente aquella miseria y exhalando un calor que subía y se amontonaba bajo la angosta espiral de los pisos.

Al llegar al pie de la escalera, el conde había vuelto á sentir sobre su nuca aquel sople ardiente, aquel olor de mujer descendido de los cuartos, en una oleada de luz y de ruido y, actualmente, á cada peldaño que subía, el almizcle de los polvos y la acritud de los vinagrillos le enardecían, le aturdían cada vez más.

En el primer piso, hundíanse dos pasillos, dando un brusco recodo, con puertas de fonda sospechosa, pintadas de amarillo y ostentando gruesos números blancos; y en el suelo, los ladrillos desunidos formaban jorobas desiguales. El conde se aventuró, y dirigiendo una ojeada por una puerta entreabierta, vió un cuarto muy sucio, como una barraca de peluquero de arrabal, amueblado con dos sillas, un espejo y una tablita con cajón, ennegrecida por la mugre de los peines. Un mocetón bañado en sudor, con los hombros humean-

tes, se mudaba la camisa; mientras que, en un cuarto semejante, al lado, una mujer, disponiéndose á partir, con los cabellos despeinados y mojados, como si acabase de tomar un baño, se calzaba los guantes.

Fauchery llamaba al conde, y éste llegaba al segundo piso, cuando un: «¡Voto á!» furioso, salió del pasillo de la derecha, y era que Matilde, una parti-quina rameruela, acababa de romper su jofaina, cuya agua jabonada corría hasta la meseta. Cerróse violentamente un cuarto. Dos mujeres, en corsé, atravesaron de un salto el pasillo; otra, con el paño delantero de la camisa entre los dientes, apareció y se eclipsó. Después hubo risas, una disputa, una canción comenzada é interrumpida de repente.

A lo largo del pasillo, por las rendijas, percibíanse trozos de desnudez, blancuras de piel, palideces de ropa; dos muchachas, muy divertidas, se mostraban sus secretos lunares; una, muy jovencita, una niña casi, se había remangado las faldas hasta más arriba de las rodillas, para remendar sus pantalones, mientras que las camareras, al ver á aquellos dos hombres, corrían ligeramente las cortinas, por decencia. Aquello era el atropello del final, el gran lavatorio del blanquete y del colorete, el traje de calle vuelto á vestir en medio de una nube de polvos de arroz, un incremento de olor humano arrojado por las puertas abiertas.

En el piso tercero, Muffat se abandonó á la embriaguez que le invadía. Allí estaba el cuarto de las figurantas: veinte mujeres amontonadas, un desbarajuste de jabones y de botellas de lavanda, la sala común de una casa de infimo arrabal. Al pasar, oyó, detrás de una puerta, un lavatorio feroz, una tempestad en jofaina. Y subía al cuarto piso, cuando tuvo curiosidad de aventurar aún una mirada por un ventanillo entreabierto: el cuarto estaba vacío, viéndose allí únicamente, al resplandor del gas, un orinal olvidado en medio de un desorden de enaguas tira-

das por el suelo. Aquel cuarto fué la última visión que se llevó. Arriba, en el cuarto piso, se ahogada. Todos los olores, todas las llamas, convergían allí; el techo amarillo parecía tostado; brillaba un farol en una niebla rojiza. Por un momento, agarróse de la barandilla de hierro, que encontró entibiada por una calidez viviente; y cerró los ojos, absorbiendo en una aspiración todo el sexo de la mujer, que desconocía aún y que le abofeteaba el rostro.

—Venid acá,—gritó Fauchery, que había desaparecido un momento antes;—os llaman.

Allí estaba, en el fondo del pasillo, el cuarto de Clarisa y de Simona, una pieza larga, bajo techado, mal construída, de paredes en escuadra, y techo en declive. La luz venía de lo alto, á través de las profundas aberturas. Pero, en aquella hora de la noche, las llamas del gas iluminaban el cuarto, tapizado por un papel de siete sueldos el rollo, flores rosadas sobre un fondo de emparrado verde. Dos tablas, una al lado de otra, servían de lavabo, cubiertas de hule ennegrecido por agua derramada, y, debajo de las cuales yacían, en mezclanza, jarros de zinc abollados, cubos llenos de enjuagaduras, y cántaros de barro amarillento. Había allí como una parada de artículos de bazar, torcidos, sucios por el uso, jofainas desportilladas, peines de cuerno desdentados, todo lo que la precipitación y la desidia de dos mujeres, que se desnudan y se lavan en común; dejan en torno suyo, en desorden, en un sitio donde no hacen más que pasar y cuya suciedad nada les importa.

—Venid,—repitió Fauchery, con esa familiaridad que usan los hombres al hallarse juntos en casa de las muchachas de vida alegre;—Clarisa quiere daros un beso.

Muffat acabó por entrar; pero no fué su sorpresa poca al ver al marqués de Chouard instalado entre las dos tablas, en una silla. El marqués se había retirado allí; y apartaba los pies, porque de un cubo

horadado fluía una charca blanquecina. Conocióse que se hallaba muy á gusto, como conecedor de buenos sitios, remozado en aquella sofocación de bañera, en medio de la tranquila impudicia de la mujer, que aquel rincón de suciedad hacía natural y expansiva.

—¿Vas á irte con el viejo?—preguntó Simona al oído de Clarisa.

—¡Jamás!—respondió ésta, en voz alta.

La camarera, una muchacha muy fea y muy familiar, que ayudaba á Simona á ponerse el abrigo, se desternillaba de risa. Las tres se empujaban mutuamente y baluceaban frases que redoblaban su jovialidad:

—Ea, Clarisa, dale un beso al caballero,—repitió Fauchery;—¡es muy rico!

Y, volviéndose hacia el conde.

—Ya veréis,—le dijo,—que amable es; ¡va á daros un beso.

Pero Clarisa, que estaba disgustada de los hombres, habló violentamente de los marranos, que esperaban abajo, en la portería. Por lo demás, tenía precisión de bajar en seguida, para no retardar su última escena. Mas, como Fauchery le impidiese el paso, depositó dos besos en las pañillas de Muffat, exclamando:

—¡No lo decía por vos, sino por ese Fauchery, que ya me va cargando!

Y se escapó. El conde permanecía cohibido en presencia de su suegro. Una ola de sangre le había subido al rostro. En el cuarto de Naná no había experimentado, en medio de aquel lujo de tapices y de espejos, la acre excitación de la vergonzosa miseria de este cuchitril lleno del abandono de dos mujeres. Entre tanto, el marqués acababa de salir en pos de Simona, muy apresurado, hablándole al oído, mientras ella se negaba con la cabeza. Seguía Fauchery, riendo. Entonces el conde, viéndose solo con la camarera, que limpiaba las jofainas, se marchó, bajando á su vez la escalera, débiles las piernas, ahuyentando

de nuevo su presencia á las mujeres que encontraba en enaguas, y oyendo cerrar las puertas á su paso. Pero en medio de esta desbandada de muchachas sueltas á trav3s de los cuatro pisos, sólo percibió distintamente un gato, el grueso gato rojo que, en aquella hornaza apestaba de almizcle, se deslizaba á lo largo de los peldaños, frotándose la espalda contra los barrotes de la barandilla, con la cola en el aire.

—¡Caramba!—dijo una voz ronca de mujer,—¡creí que nos obligarían á pasar la noche aquí! ¡qué cargantes estaban con sus aplausos y llamamientos á escena!

Era el fin del espectáculo; acababa de caer el telón. Había un verdadero galope en la escalera, cuya caja se llenaba de exclamaciones, de un apresuramiento brutal para vestirse y partir. Cuando el conde Muffat bajaba el último peldaño, percibió á Naná y al príncipe, que venían lentamente por el pasillo. La joven se detuvo, y después, sonriendo y bajando la voz:

—Convenido ¡hasta luego!

El príncipe regresó á la escena, donde le esperaba Bordenave. Entonces, á solas con Naná, cediendo á un arranque de cólera y de deseo, corrió Muffat tras de ella; y en el momento en que la joven entraba en su cuarto, le plantó un frenético beso en la nuca, sobre los peñillos rubios que se rizaban, muy abajo, entre los hombros. Era como si traspasara allí el doble beso recibido arriba. Naná, furiosa, levantaba ya la mano; pero, al reconocer al conde, sonrió:

—¡Oh! ¡me habéis asustado!—dijo sencillamente.

Y su sonrisa era adorable, confusa y sumisa, como si hubiese perdido la esperanza de este beso y se felicitara de haberlo recibido. Pero estaba comprometida ya para aquella noche y para el día siguiente. Era preciso esperar. Hasta, si hubiese podido, se habría hecho desear más. Su mirada decía todo esto. Por fin repuso:

—Habéis de saber que soy propietaria... Sí; compro

una casa de campo, cerca de Orleans, en un país al que vais algunas veces. Me lo ha dicho el pequeño, Jorge Hugón: ¿le conocéis?... Id, pues, á verme allá.

El conde, aterrado de su brutalidad de hombre tímido, avergonzado de lo que había hecho, le saludó ceremoniosamente, prometiéndole corresponder á su invitación. Después se alejó, caminando como si soñara.

Iba á reunirse ya al príncipe, cuando al pasar por delante del «foyer», oyó á Satin que gritaba:

—¡Vaya un viejo sucio! ¡dejadme en paz!

Era el marqués de Chouard, que estaba asediando á Satin. Esta se hallaba harta ya de todo ese mundo «chic». Naná acababa de presentarla á Bordenave; pero le había aburrido demasiado eso de permanecer con la boca cerrada, por miedo á soltar alguna necedad, y quería resarcirse de su mal rato, tanto más, cuanto que, entre bastidores, había tropezado con uno de sus antiguos queridos, el comparsa encargado del papel de Plutón, un pastelero que le había dado ya toda una semana de amor y de cachetes.

Le estaba esperando, irritada de que el marqués la tratase como á una de esas mujeres de teatro. Así, pues, acabó por revestirse de dignidad, soltando esta frase:

—Mi marido va á venir ¡y ya veréis!...

Entretanto los artistas, engañados, con el rostro fatigado, partían uno á uno. Grupos de hombres y mujeres bajaban la escalerilla de caracol, proyectando en la sombra perfiles de sombreros desfondados, de chales deslucidos, una pálida fealdad de comiquillos que se han quitado el colorete. En el escenario, mientras se apagaban los montantes y las baterías, el príncipe escuchaba una anécdota de Bordenave.

Quería esperar á Naná. Cuando ésta compareció por fin, el escenario estaba completamente oscuro, y el bombero de servicio, acabando su ronda, paseaba una linterna. Bordenave, para evitar á Su Alteza el rodeo del Pasaje de los Panoramas, acababa de mandar abrir

el pasillo que, desde el cuarto de la portera, conduce al vestíbulo del teatro. Y, á lo largo de este pasadizo, hubo un verdadero «sálvese quien pueda», de mujercitas, muy satisfechas de escapar al asedio de los hombres que las acechaban en el Pasaje.

Empujábanse unas á otras, apretando los codos, dirigiendo miradas hacia atrás, no respirando hasta hallarse fuera, mientras que Fontan, Bosc y Prullière se retiraban lentamente, mofándose de la facha de los protectores formales, que corrían la galería de Variedades en tanto que sus protegidas se largaban por el bulevar con sus «queridos» de corazón. Pero la más maligna de todas fué Clarisa.

Desconfiaba de la Faloise. En efecto, éste continuaba aún clavado en la portería, en compañía de los otros señores, que se aferraban á las sillas de la señora Bron. Todos alargaban el cuello. Entonces ella pasó, muy seria, detrás de una amiga. Los señores aguzaban la mirada, aturcidos por aquella oleada de faldas arremolinadas al pie de la angosta escalera, desesperados de aguardar desde tanto tiempo, para verlas al fin emprender el vuelo, sin reconocer á ninguna. La familia de gatitos negros dormía sobre el hule, amontonada contra el vientre de su madre, feliz y con las patas extendidas; en tanto que el gato rojo, sentado en el otro extremo de la mesa, con el rabo estirado, contemplaba con sus amarillos ojos la fuga de las mujeres.

—Si Su Alteza se digna pasar por aquí...—dijo Bordenave, al pie de la escalera, indicando el pasadizo.

Algunas figurantas se empujaban allí todavía. El príncipe seguía á Naná. Muffat y el marqués caminaban detrás. El pasadizo era como un largo intestino, entre el teatro y la casa contigua, una especie de callejón estrangulado, cubierto por una techumbre en declive, cortada por ventanas vidrieras. De sus paredes rezumábase cierta humedad. Los pasos resonaban sobre el enladrillado suelo, como en un subterráneo. Había allí

como un amontonamiento de desván, un banco de carintero sobre el cual el portero daba el último golpe de cepillo á las decoraciones, un apilamiento de verjas de madera que, por la noche, se colocaban ante la puerta del teatro, para mantener en orden la cola de entrada.

Naná hubo de levantarse la falda al pasar ante una fuente, cuya mal cerrada espita inundaba el suelo. En el vestíbulo, se despidieron. Y, cuando Bordenave se encontró solo, resumió su juicio sobre el príncipe, con un encogimiento de hombros, lleno de desdeñosa filosofía:

—También ese está guillado,—dijo, sin explicarse más, á Fauchery, á quien Rosa Mignon se llevaba junto con su marido, para reconciliarles en casa.

Muffat se encontró solo, en la acera. Su Alteza acababa tranquilamente de hacer subir á Naná á su carruaje. El marqués se había largado en pos de Satin; de comparsa, excitado, contentándose con seguir á aquellos dos vicios, con la vaga esperanza de alguna complacencia. Entonces, Muffat, con el cerebro hecho un fuego, decidió regresar á pie. Todo combate había cesado en él. Una ola de vida nueva anegaba sus ideas y sus creencias de cuarenta años. Mientras cruzaba los bulevares, el rodar de los últimos coches le ensordecía con el nombre de Naná, los mecheros de gas hacían danzar, ante sus ojos, desnudeces, los brazos flexibles, los blancos hombros de Naná, y comprendía que era su esclavo, y hubiera renegado de todo, todo lo hubiera vencido, para poseerla durante una hora, aquella noche misma. Era su juventud que se despertaba al fin, una juventud glotona de adolescente, ardiendo de improviso en su frialdad de católico y en su dignidad de hombre maduro.

VI

El conde Muffat, acompañado de su mujer y de su hija, había llegado la víspera á las Fondettes, donde la señora Hugón, que se encontraba allí sola con su hijo Jorge, les había invitado á pasar ocho días. La casa, edificada á fines del siglo diecisiete, elevábase en medio de una inmensa cerca cuadrada, sin el menor adorno, pero el jardín tenía sombras magníficas, una sucesión de fuentes de agua corriente, alimentadas por vivos manantiales. Era, á lo largo de la carretera de Orleans á París, como un islote de verdura, un ramillete de árboles que rompía la monotonía de aquel país llano, en que los cultivos se extendían hasta lo infinito.

A las once cuando el segundo toque de campanas para el almuerzo hubo reunido á todo el mundo, la señora Hugón, con su buena sonrisa maternal, depositó dos besos en las mejillas de Sabina, diciendo:

—Ya lo sabes, en el campo, es mi costumbre... Me rejuvenece veinte años el verte aquí... ¿Has dormido bien en tu antigua alcoba?

Después, sin esperar la respuesta, volviéndose hacia Estela:

—Y esta pequeña, ha pasado la noche en un sueño ¿verdad?... Dame un beso, hija mía.

Se habían sentado en el vasto comedor, cuyas ventanas daban al parque; pero sólo ocupaban un ángulo de la espaciosa mesa, donde se agrupaban para estar más juntos.

Sabina, muy contenta, hablaba de sus recuerdos de la niñez que acababan de despertarse: meses enteros pasados en las Fondettes, largos paseos, una caída en una fuente, en cierta noche de verano, un antiguo libro de caballerías descubierto encima de un armario y leído en invierno, al amor de la lumbre. Y Jorge, que

no había visto á la condesa desde hacía algunos meses, la encontraba muy animada en cierto cambio en la fisonomía; en tanto que esa percha de Estela, al contrario, parecía más flaca aun, más silenciosa y más torpe.

Mientras comían sencillamente huevos pasados por agua, y chuletas, la señora Hugón lamentóse como hacendosa mujer de su casa, diciendo que los carniceros se habían puesto imposibles; todo lo compraba en Orleans, y nunca le llevaban los trozos á su gusto. Por lo demás, si sus huéspedes comían mal, ellos tenían la culpa, pues llegaban estando ya tan avanzada la estación.

—Eso no tiene sentido común—dijo.—Os estoy esperando desde junio y llegáis á mediados de septiembre... ¡cuando el campo ha perdido casi todos sus atractivos!

Y, con un gesto, les señaló los árboles del prado, que empezaban á amarillear. El cielo estaba cubierto, y un vapor azulado anegaba el horizonte en una tranquilidad melancólicas.

—¡Oh! todavía espero á otros huéspedes,—continuó;—no os faltará animación. En primer lugar, dos caballeros, á quienes Jorge ha invitado, el señor Fauchery y el señor Daguene... ya les conocéis ¿verdad? Después, el señor de Vandevres, que me promete su visita desde hace cinco años; tal vez este año se decidirá.

—¡Vaya!—dijo la condesa riendo;—si sólo hemos de contar con el señor de Vandevres, está demasiado ocupado.

—¿Y Felipe?—preguntó Muffat.

—Felipe ha pedido licencia,—contestó la anciana,—pero sin duda ya no estaréis en las Fondettes cuando llegue.

Se servía el café. La conversación había recaído sobre París, y se pronunció el nombre de Steiner, nombre que arrancó un ligero grito á la señora Hugón:

A propósito,—dijo,—ese señor Steiner es aquel caballero grueso que encontré una noche en vuestra casa, un banquero: ¿verdad? ¡Vaya una poca vergüenza! ¡Pues no ha comprado una propiedad para una actriz, á una legua de aquí, allá abajo, detrás del Choue, al lado de Gumières!

Todo el país está escandalizado... ¿No tenías noticia de eso, amigo mío?

—Ninguna,—respondió Muffat.—¡Ah! ¡con que Steiner ha comprado una quinta en los alrededores!

Jorge, al oír que su madre abordaba este asunto, había metido las narices en su taza; pero no tardó en levantar la cabeza mirando al conde, extrañando su respuesta. ¿Por qué mentía éste tan descocadamente? Por su parte el conde, que había observado el movimiento del joven, le dirigió una mirada de desconfianza. La señora Hugón proseguía dando detalles: la quinta se llamaba la Mignotte; era menester subir por el Choue hasta Gumières para atravesar un puente, lo cual alargaba el camino en dos kilómetros largos; de otro modo, había que mojarse los pies y se corría el riesgo de un chapuzón.

—¿Y cómo se llama la actriz?—preguntó la condesa.

—¡Ah! me lo han dicho, yo no me acuerdo. Jorge, tú estabas aquí esta mañana, cuando el jardinero nos ha contado...

Jorge aparentó como si hiciese memoria. Muffat esperaba, dando vueltas á una cucharilla entre sus dedos. Entonces, la condesa, dirigiéndose á éste:

—¿No está enredado el señor Steiner con esa cantatriz de Variedades, esa Naná?

—Naná, sí; eso es, ¡una sinvergüenza!—gritó la señora Hugón, exaltándose.—Y la esperan en la Mignotte. Todo eso lo sé por el jardinero... ¿Verdad, Jorge? El jardinero decía que la esperaban esta tarde.

Un ligero estremecimiento de sorpresa agitó al conde, mientras Jorge respondía con vivacidad;

—¡Oh! mamá; el jardinero hablaba sin saber... Ahora mismo, el cochero decía todo lo contrario: hasta pasado mañana, á nadie esperan en la Mignotte.

Procuraba aparentar un aire natural, estudiando con el rabillo del ojo el efecto de sus palabras en el conde. Este continuaba dando vueltas á su cucharita como tranquilizado. La condesa, con los ojos fijos en el horizonte azulado del parque, parecía no estar en la conversación, siguiendo con la sombra de una sonrisa un pensamiento secreto, despertado súbitamente en ella; mientras que, tesa en su silla, Estela había escuchado lo que decían de Naná, sin que se alterara ni uno de los rasgos de su blanco rostro de virgen.

—¡Dios mío!—murmuró al cabo de un silencio la señora Hugón, recobrando su bondad natural,—hago mal en incomodarme. Preciso es que todo el mundo viva... Si encontramos á esa señora en el camino, con no saludarla quedamos en paz.

Y mientras levantaba el servicio, volvió á reñir á la condesa Sabina por haberse hecho desear tanto aquel año. Mas la condesa se defendía, achacando la tardanza á su marido; por dos veces, en vísperas de partir, con las maletas cerradas, había dado contraorden hablando de negocios urgentes; después, habíase decidido de repente, en el momento en que ya nadie se acordaba del viaje. Entonces, la anciana señora contó que también Jorge le había anunciado su llegada por dos veces, sin comparecer, y que se había presentado la antevíspera en las Fondettes, cuando ya no contaba ella que viniese. Acababan de bajar al jardín. Los dos hombres, á derecha é izquierda de las señoras, las escuchaban, silenciosos, encogidos de hombros.

—No importa,—dijo la señora Hugón besando los rubios cabellos de su hijo,—Zizi ha sido muy amable, viniendo á desterrarse al campo con su madre... ¡El buen Zizi no me olvida!

Por la tarde, sufrió una inquietud. Jorge, que inmediatamente después de levantarse de la mesa se ha-

blía quejado de cierta pesadez en la cabeza, parecía invadido poco á poco por una jaqueca atroz. A las cuatro, quiso subir á acostarse, era el mejor remedio: después de haber dormido hasta el día siguiente, se encontraría bueno del todo. Su madre se empeñó en meterle en la cama ella misma. Pero cuando salía, saltó Jorge de la cama para dar una vuelta á la llave, pretextando que se encerraba para que no fuesen á molestarle; y gritaba «buenas tardes, hasta mañana, mamá!» con voz mimosa, prometiendo dormir de un tirón. Mas no volvió á acostarse, sino que, animada la tez y encandilados los ojos, se vistió sin ruido, sentándose y esperando, inmóvil en una silla. Cuando llamaron para comer, atisbó al conde Muffat que se dirigía hacia el salón. Diez minutos después, seguro de no ser visto, se deslizó ligero por la ventana, valiéndose de la cañería de las aguas; su cuarto, situado en el primer piso, daba á espaldas de la casa. Atravesando luego un bosquecillo, salió del parque y echó á correr á campo traviesa del lado del Choue, con el vientre vacío, pero saltándole el corazón conmovido. La noche se aproximaba; y empezaba á caer una lluvia fina.

Realmente, aquella noche debía llegar Naná á la Mignotte. Desde que Steiner, en mayo anterior, le había comprado aquella quinta, sobrecogiale, de vez en cuando, un deseo tal de instalarse en ella, que hasta le hacía derramar lágrimas; pero, á cada vez, Bordenave se negaba á darles licencia y la aplazaba hasta le hacía derramar lágrimas; pero, á cada vez, Bordenave se negaba á darle licencia y la aplazaba hasta septiembre, so pretexto á que no le convenia reemplazarla por otra actriz, ni siquiera por una noche, en tiempos de Exposición. A fines de agosto aun pretendía alargar la prohibición hasta octubre, pero Naná, furiosa, declaró que se iba á la Mignotte el quince de septiembre, y hasta para desafiar á Bordenave, invitaba, en su presencia, á una porción de gente.

Una tarde, en que Muffat, á quien ella resistía con refinado cálculo, le suplicaba en su casa, sacudido por estremecimientos, que coronase sus ansias, le prometió por fin que le complacería, pero en la quinta, y también á éste le indicó el día quince. Después, el día doce, se apoderó de ella la necesidad de largarse en seguida, sola con Zoé, pues quién sabe si Bordenave, prevenido, encontraría un medio de retenerla. Llenábase de alborozo el dejarle plantado, enviándole un certificado del doctor. Cuando la idea de llegar primero que los demás á la Mignotte y pasar allí dos días sin que nadie lo supiese, hubo entrado en su cerebro, atropelló á Zoé para arreglar las maletas y la metió en un coche, donde, muy enternecida, le pidió perdón abrazándola. Al llegar al restaurant de la estación, se le ocurrió prevenir á Steiner por medio de una carta, rogándole que esperase ir á reunirse con ella, si quería ir á encontrarla fresca y sonrosada. Y, saltando á otro proyecto, escribió una segunda carta, en que suplicaba á su tía que llevase inmediatamente á Luisito. ¡Aquello le probaría tanto al niño! ¡y cómo se divertirían juntos bajo los árboles! Desde París á Orleans, en el vagón, sólo habló de esto, con los ojos humedecidos, mezclando las flores, los pájaros y su hijo en una repentina crisis de maternidad.

La Mignotte se encontraba á más de tres leguas. Naná perdió una hora para alquilar un coche, una inmensa carroza desvencijada, que rodaba lentamente, con un ruido de hierro viejo. Y se había apoderado inmediatamente del cochero, un vejete taciturno, á quien asediaba á preguntas. ¿Había pasado muchas veces por delante de la Mignotte? ¿Estaba detrás de aquel ri-bazo? ¿Decía estar lleno de árboles, verdad? ¿Se veía de lejos la casa? El vejete respondía con gruñidos. En el carruaje, Naná, saltaba de impaciencia, mientras que Zoé, disgustada por haber salido tan pronto de París, se mantenía tiesa y malhumorada. Habién-



dose parado de repente el caballo, la joven creyó que llegaban ya y, asomando la cabeza por la portezuela, preguntó:

—¿Ya estamos?

Por única respuesta, el cochero dió un latigazo al caballo, que empezó á subir penosamente una cuesta. Naná contemplaba con éxtasis la inmensa llanura bajo el cielo gris, donde se amontonaban gruesas nubes.

—¡Ah! ¡mira Zoé, mira! ¡cuánta hierba! ¿es trigo todo eso? ¡Dios mío! ¡qué bonito es!

—Ya se ve que la señora no es del campo,—acabó por decir la doncella con cierta frialdad.—Por mi parte, me harté de verlo cuando estaba en casa del dentista que tenía una quinta en Bougival... Pero hace frío esta tarde. Este país es húmedo.

Pasaban bajo los árboles. Naná olfateaba el olor de las hojas, como un perrillo. Bruscamente, en un recodo del camino, percibió el ángulo de una casa entre las ramas. Tal vez era allí. Y reanudó su conversación con el cochero, que seguía diciendo «no» con un sacudimiento de cabeza. Después, mientras bajaban la otra pendiente del ribazo, se limitó á alargar el látigo, murmurando:

—¡Allí está, mirad!

Naná, se levantó, y sacó todo el cuerpo por la portezuela.

—¿Dónde? ¿dónde?—gritaba, pálida, no viendo nada aun.

Por fin, distinguió el borde de un muro. Entonces, subsiguieron gritos, saltitos, todo un arrebató de mujer sacada de quicio por una emoción viva:

—¡Ya la veo, Zoé!... Ponte al otro lado... ¡Eh! ¡tiene terrado de ladrillos!... ¡Y más allá un invernadero!... ¡Qué grande es!... ¡ah! ¡qué contenta estoy! Mira, mujer, mira.

El coche se había parado delante de la verja. Abrióse una puertecita, y el jardinero, alto y seco, apareció

con su gorra en la mano. Naná quiso revestirse de toda su dignidad, pues el cochero parecía reirse en sus adentros con los labios pegados. Contúvose para no echar á correr, escuchó al jardinero, charlatán como pocos, que rogaba á la señora que excusase el desorden, pues no había recibido la carta hasta aquella misma mañana; pero á pesar de sus esfuerzos, Naná, impelida por la impaciencia, andaba tan rápidamente, que Zoé apenas podía seguirla. Llegada al extremo de la avenida, se detuvo un instante, para abarcar la casa de una ojeada. Era un gran pabellón de estilo italiano, flaqueado de otra construcción más pequeña, que un rico inglés había hecho edificar después de dos años de permanencia en Nápoles, del cual se había cansado en seguida.

—Voy á guiar á la señora,—dijo el jardinero.

Pero Naná se le había adelantado, gritándole que no se molestase, que ella misma lo visitaría todo, que así le agradaba más. Y, sin quitarse el sombrero, se lanzó á las habitaciones, llamando á Zoé, dirigiéndole reflexiones de un extremo á otro de los pasillos, llenando con sus gritos y sus risotadas el vacío de aquella casa deshabitada desde largos meses. Primero, el vestíbulo; algo húmedo; pero esto no importaba, nadie había de dormir allí. El salón, muy elegante, con sus ventanas abiertas sobre un prado; solamente el mobiliario rojo era atroz; ¡ya lo cambiaría! En cuanto al comedor, ¿qué tal? ¡hermoso comedor! ¡qué fiestas se darían en París, si se tuviese un comedor de esta talla! Cuando subía al primer piso, se acordó de que no había visto la cocina; volvió á bajar, lanzando exclamaciones, y Zoé se vió precisada á maravillarse de la magnitud de la pila y de la grandiosidad del hogar, donde se podía asar un carnero.

Al subir, de nuevo, la entusiasmó, sobre todo, su alcoba, una alcoba que un tapicero de Orleans había revestido de cretona Luis XVI, color rosa suave. ¡Vaya! ¡allí dentro se debía dormir lindamente! ¡un

verdadero } de colegiala! Después, cuatro ó cinco alcobas de amigos; en seguida, magníficos desvanes, cosa sumamente cómoda para las maletas. Zoé, refunfuñando, dirigiendo una mirada fría á cada pieza, iba de mala gana detrás de su señora. Y la dejó trepar sola por la empinada escalera del desván. ¡Gracias! ¡maldito el deseo que tenía ella de cansarse subiéndola! Pero hirió sus oídos una voz, lejana, como soplada en un tubo de chimenea:

—¡Zoé, Zoé! ¿dónde estás? sube... no puedes formarte idea... ¡es fantástico!

Zoé subió gruñendo, y encontró á su señora en el terrado, apoyada en la baranda de ladrillos y contemplando el valle que se extendía á lo lejos. El horizonte era inmenso; pero lo anegaban vapores grises y un viento terrible impelía finas gotas de lluvia. Naná tenía que cogerse el sombrero con ambas manos para que no se le escapase, mientras sus faldas flotaban con crujidos de bandera.

—¡Caramba!—dijo Zoé, haciéndose atrás, después de asomar las narices.—El viento va á llevarse á la señora... ¡qué tiempo más perro!

Su señora no la oía. Con la cabeza inclinada, miraba la propiedad que se extendía á sus pies. Había de siete á ocho fanegas de tierra, cercadas de tapia. Entonces, la vista del huerto la entusiasmó, y volviéndose precipitadamente, empujó á la doncella en la escalera, tartamudeando:

—Está lleno de coles, ¡oh! coles gordas así. Y ensaladas, y acederas, y cebollas, y de todo. ¡Ven de prisa!

La lluvia caía más abundante, y la joven, abriendo su sombrilla de seda blanca, corrió por las alamedas.

—¡La señora va á lastimarse!—gritaba Zoé, que se había quedado muy tranquila bajo el cobertizo del vestíbulo.

Pero su señora quería ver. A cada nuevo descubrimiento, lanzaba exclamaciones:

—¡Zoé, espinacas! ¡Ven acá!... ¡oh, alcachofas! qué bonitas son... pero, ¿las alcachofas dan flor?... ¡Toma! ¿qué es esto?... No lo conozco... Ven, Zoé, quizá lo sepas tú.

La doncella no se movía. Preciso era que su señora tuviera el diablo en el cuerpo. Actualmente el agua caía á torrentes, la pequeña sombrilla de seda blanca estaba completamente negra, y no cubría á la señora, cuyo vestido chorreaba. Mas esto nada le importaba á Naná. Visitaba, bajo el chaparrón, el huerto, deteniéndose ante cada árbol, é inclinándose sobre cada cuadro de legumbres. Después corrió á lanzar una ojeada al fondo del pozo, levantó una tabla para ver lo que había debajo, y se absorbió en la contemplación de una calabaza enorme. Sentía necesidad de seguir todas las alamedas, de tomar una posesión inmediata de aquellas cosas, que en otro tiempo eran su sueño dorado, cuando arrastraba sus zapatos de obrera por el arroyo de París.

La lluvia redoblaba, pero no la sentía, lamentándose de que el día fuese menguando. Ya no veía claro, y para darse cuenta, tocaba con los dedos. De repente en el crepúsculo, distinguió fresas. Entonces, gritó como una verdadera niña:

—¡Fresas, fresas! ¡hay fresas; las he olido!... Zoé, un plato. Ven á coger fresas.

Y acurrucada en el fango, soltó la sombrilla, recibiendo todo el aguacero. Cogía fresas con las manos mojadas, entre las hojas. Sin embargo, Zoé no traía el plato. Y al incorporarse, la joven tuvo miedo, parecióle que había visto deslizarse una sombra.

—¡Una fiera!—exclamó.

Pero el estupor la dejó plantada en medio de la alameda. Era un hombre y le había reconocido.

—¡Cómo! es Zizi... ¿qué haces aquí, Zizi?

—¡Toma! ¡pardiez!—respondió Jorge,—he venido,

Ella permanecía atónita.

—¿Sabías, pues, mi llegada por el jardinero?... ¡Oh! ¡qué niño estel... ¡y está chorreando!

—¡Ah! te explicaré: la lluvia me ha sorprendido en el camino y no queriendo subir hasta Gumiéres, he vadeado el Choue y he caído en un maldito charco.

De pronto, Naná olvidó las fresas. Estaba trémula y conmovida. ¡Ese pobre Zizi en un charco! Y le arrastró hacia la casa, hablando de encender un gran fuego.

—Oye,—murmuró el adolescente deteniéndola en la sombra;—si me he ocultado, es porque tenía miedo de que me riñeses como en París, cuando voy á verte sin que me esperes.

Naná se echó á reír, sin contestar, y le dió un beso en la frente. Hasta aquel día le había tratado como á un chiquillo, no tomando en serio sus declaraciones y divirtiéndose con él, como de un hombrecito sin consecuencias. Su instalación fué una tarea magna. Naná querían que encendiesen el fuego en la alcoba; allí estaría mejor. La presencia de Jorge no sorprendió á Zoé, que estaba ya habituada á toda clase de encuentros. Pero el jardinero, que subía la leña, quedó aturdido percibiendo á un señorito chorreando agua, y al cual estaba seguro de no haber abierto la puerta. Despidiósele; ninguna falta les hacía. Una lámpara iluminaba la estancia, y el fuego difundía una gran claridad.

—Jamás se secará, va á pillar un catarro,—dijo Naná viendo tiritar á Jorge.

¡Y ni siquiera un pantalón de hombre! Estaba á punto de llamar al jardinero, cuando se le ocurrió una idea. Zoé, que estaba abriendo las maletas en el tocador, traía á la señora ropa blanca para mudarse: una camisa, enaguas, un peñador.

—¡Magnífico!—exclamó la joven.—Zizi puede ponerse todo eso. ¿Qué tal? no creo que yo te cause repugnancia... Cuando tus vestidos se hayan secado, vol-

verás á ponértelos y te largarás inmediatamente, para que no te riña tu mamá... Date prisa. Yo voy á mudarme también en el tocador.

Cuando á los diez minutos reapareció en bata, juntó las manos con arrobamiento:

—¡Ah, qué lindo está este chiquillo vestido de mujercita!

Jorge se había puesto sencillamente una gran camisa de dormir, un pantalón bordado y el peñador: un largo peñador de batista adornado de blondas. Allí dentro parecía una muchacha, con sus brazos desnudos de rubio adolescente y sus rizados cabellos mojados aún, que caían sobre su cuello.

—Es tan delgado como yo,—dijo Naná cogiéndole por el talle.—Zoé, ven á ver qué bien le sienta... ¿eh? como hecho para él, aparte del peñador, que es demasiado ancho... No está tan provisto como yo ese pobre Zizi.

—¡Ah! es verdad que me falta algo para ello,—murmuró Jorge sonriendo.

Los tres comenzaron á bromear. Naná se había puesto á abotonarle el peñador, de arriba á abajo, para que estuviera decente. Dábale vueltas como á una muñeca le daba golpecitos y le abultaba la enagua por detrás. Y le interrogaba, preguntándole si se encontraba bien, si tenía calor. ¡Vaya qué preguntas! sí; ya lo creo que se encontraba bien. Nada caliente más que una camisa de mujer; si hubiese podido las habría usado siempre. Restregábase allí dentro, feliz con la suavidad de la tela de aquel vestido ancho que olía tan bien, y en el que creía encontrar algo de la vida tibia de Naná.

Entretanto, Zoé había bajado los vestidos mojados á la cocina, á fin de hacerlos secar lo más pronto posible ante un fuego de sarmientos. Entonces, Jorge, arrellanado en un diván, se atrevió á hacer una confesión:

—Dime: ¿no comes esta noche?... Por mi parte, estoy muriéndome de hambre. ¡No he comido!

Naná se enfadó. ¡Vaya una estupidez; largarse de casa de mamá con el vientre vacío, para ir á tomar un baño en una charca! También ella tenía el estómago en los talones. ¡Ya lo creo que era preciso comer! Sólo que comerían lo que hubiese. Y, sobre un velador llevado junto al fuego, improvisaron la cena más chusca que darse pueda.

Zoé corrió á la habitación del jardinero, que había preparado una sopa de coles para en caso de que la señora no hubiese comido en Orleans, antes de llegar; la señora se había olvidado de encargarle, en su carta, lo que había de preparar. Afortunadamente, la bodega estaba bien provista. Tuvieron, pues, una sopa de coles con un poco de manteca. Después, registrando un maletín, encontró Naná un montón de cosas, provisiones que había metido allí, por precaución: un pastelito de «foie gras», un cucurucho de dulces y naranjas.

Los dos comieron como ogros, con un apetito de veinte años, lo mismito que dos compañeros que se hallan muy á sus anchas. Naná llamaba á Jorge: «querida mía», pareciéndole este apelativo más familiar y más tierno. A los postres para no molestar á Zoé, vaciaron con la misma cuchara, cada uno á su vez, un tarro de dulce, que encontraron en lo alto de un armario.

—¡Ah! ¡querida hija mía!—dijo Naná, apartando el velador;—¡hace diez años que no he comido tan bien!

Sin embargo, como iba siendo tarde, quería despedir al pequeño, por temor de atraerle una reconvencción maternal. Pero él repetía que tenía tiempo de sobra. Por otra parte, los vestidos se secaban mal; Zoé declaraba que aun se necesitaría una hora al menos; y viendo que se estaba durmiendo en pie, fatigada del viaje, la enviaron á acostarse. Entonces, quedaron solos en la casa silenciosa.

Fué una velada muy dulce. El fuego se moría en brasa, y hacía un calor más que regular en la gran alcoba azul, donde Zoé había preparado la cama antes de subir. Naná, sofocada por aquella atmósfera, se levantó para abrir un momento la ventana. Y lanzó un ligero grito:

—¡Dios mío! ¡qué bonito es! ¡mira, querido!

Jorge se aproximó, y, como si encontrara corta la barandilla de apoyo, cogió á Naná por la cintura y reclinó en su hombro la cabeza.

El tiempo había cambiado bruscamente; entreabríase un cielo puro, en tanto que la llena luna iluminaba la campiña con una sábana de plata.

Reinaba una tranquilidad soberana, un ensanchamiento de valle abriéndose sobre la inmensidad de la llanura, donde los árboles formaban islotes de sombras, en el inmóvil lago de claridades.

Y Naná se enternecía, pareciéndole que volvía á encontrarse en sus años infantiles.

De seguro había soñado noches como aquella, en una época de su vida que ya no recordaba.

Todo cuanto le sucedía desde que bajó del vagón, aquella campiña tan grande, aquellas plantas que oían tan fuerte, aquella casa, aquellas legumbres, todo ello la trastornaba, hasta el punto de figurarse que hacía treinta años que saliera de París.

Su existencia de ayer estaba muy lejos. Sentía cosas, que no sabía explicar. Jorge, entretanto, le iba depositando en el cuello besitos mimosos, lo cual aumentaba su turbación. Con mano vacilante, rechazábale como á un niño cuya ternura fatiga, y le repetía que era preciso partir. El no decía que no; ¡luego! ¡ya partiría luego!

Oyóse el canto de un pájaro, que al momento cesó. Era un petirrojo, en un sauce, bajo la ventana.

—Espera,—dijo Jorge,—la lámpara le asusta; voy á apagarla.

Y, cuando volvió á coger á la joven por la cintura, añadió:

—Volveremos á encenderla dentro de un rato.

Entonces, escuchando al petirrojo, mientras el adolescente se arrimaba á ella, Naná se acordó. Sí, en las novelas había visto todo aquello. En otros tiempos, hubiera dado su corazón por tener una luna así, el petirrojo y un joven lleno de amor; ¡Dios mío! hasta habría llorado; ¡tan bueno y hermoso le parecía aquello! De seguro, había nacido para vivir honrada. Y rechazaba á Jorge, que se iba envalentonando.

—No, suéltame, no quiero... ¡Sería una infamia, á tu edad! Oye, continuaré siendo tu mamá.

La sobrecogían pudores. Estaba hecha una grana. La alcoba se llenaba de obscuridad, detrás de ellos, mientras que la campiña desarrollaba la inmovilidad y el silencio de sus soledades. En su vida había sentido tanta vergüenza. Poco á poco iba quedando sin fuerzas, á pesar de su malestar y de sus escrúpulos. Aquel disfraz, aquella camisa de mujer, aquel peinador la hacían reír aún. Era como una amiga que la impacientaba.

—¡Oh! ¡eso está mal! ¡muy mal!—balbuceó, después de un postrer esfuerzo.

Y cayó como una virgen en manos de aquel adolescente, enfrente de la hermosa noche. La casa dormía.

Al día siguiente, en las Fondettes, cuando la campana sonó para el almuerzo, la mesa del comedor no era ya demasiado grande. Un primer carruaje había traído juntos á Fauchery y Daguenet; y, en pos de ellos, bajando del tren siguiente, acababa de llegar el conde de Vandeuves. Jorge bajó, el último, algo pálido, y los ojos amortiguados. Respondía que estaba mucho mejor pero que se encontraba aún aturdido por la violencia de la crisis. La señora Hugón, al par que le miraba los ojos con una sonrisa inquieta, le alisaba los cabellos mal peinados aquella mañana, mien-

tras él se hacía atrás, como cohibido por esta caricia. En la mesa, la buena señora bromeó afectuosamente con Vandeuves, diciendo que le esperaba desde hacía cinco años.

—Por fin, ya estáis aquí... ¿Cómo os habéis decidido?

Vandeuves, siguiendo la broma, refirió que había perdido un dineral, la víspera, jugando en el casino, y que, en consecuencia, había salido de París con objeto de contraer un buen matrimonio en provincias.

—A fe mía, sí; si me encontráis una rica heredera... Debe haber por aquí mujeres deliciosas.

La anciana señora agradecía también á Daguenet y á Fauchery que se hubiesen dignado aceptar la invitación de su hijo, cuando experimentó una grata sorpresa viendo entrar al marqués de Chouard, que llegaba en un tercer coche.

—¡Vaya!—exclamó,—¿es hoy día de cita? ¿os habéis dado el santo y seña? ¿Qué pasa? Hace muchos años que no he podido reunirlos y venís todos á la vez... ¡Oh! ¡no me quejo; muy al contrario!

Añadieron un cubierto. Fauchery se encontraba cerca de la condesa Sabina, cuya jovialidad vivaz le sorprendía, recordando haberla visto tan lánguida en el salón severo de la calle Miromesnil. Daguenet, sentado á la izquierda de Estela, parecía, al contrario, muy inquieto de la vecindad de esta muchacha muda, cuyos puntiagudos codos no le hacían mucha gracia. Muffat y Chouard habían trocado una mirada socarrona. Y entretanto Vandeuves seguía la broma de su próximo casamiento.

—A propósito de damas,—acabó por decirle la señora Hugón,—tengo una nueva vecina á quien sin duda conocéis.

Y nombró á Naná. Vandeuves fingió el mayor asombro.

—¡Cómo! ¡la propiedad de Naná está cerca de aquí! Fauchery y Daguenet manifestaron también la ma-

por sorpresa. El marqués de Chouard comía una pechuga de ave, fingiendo no comprender. Ninguno de los hombres sonrió.

—Sin duda,—repuso la anciana,—y esta dama llegó ayer tarde á la Mignotte, como yo decía. Lo he sabido esta mañana por el jardinero.

De pronto, hubo un movimiento de sorpresa real entre los caballeros. Todos levantaron la cabeza. ¡Cómo! ¡Naná había llegado ya! ¡pero ellos no la esperaban hasta el día siguiente, y creían haberse adelantado! Unicamente Jorge permaneció con los ojos bajos, mirando su vaso, con un aire de fatiga. Desde el principio del almuerzo parecía dormir, con los ojos abiertos, sonriendo vagamente.

—¿Te duele todavía la cabeza, Zizi?—le preguntó su madre, cuya mirada no se apartaba un momento de él.

Jorge se estremeció, y respondió ruborizándose, que estaba mucho mejor. Y conservaba esa fisonomía lánguida y no saciada aún, de muchacha que ha bailado en demasía.

—¿Qué tienes ahí, en el cuello?—repuso la señora Hugón, asustada.—Está muy encarnado.

El adolescente se turbó y balbuceó. ¡No sabía; no tenía nada en el cuello! Después, levantando el de la camisa, añadió:

—¡Ah! sí; ¡es una picadura de mosquito!

El marqués de Chouard había dirigido una mirada oblicua sobre la pequeña huella. Muffat también miró á Jorge. Concluía el almuerzo; y se proyectaban excursiones. Fauchery se vela cada vez más sorprendido por las risas de la condesa Sabina. Al ofrecerle un plato de fruta sus manos se tocaron; y ella le miró por espacio de un segundo, con una mirada tan ardiente, que el periodista pensó de nuevo en aquella confidencia que recibiera en una noche de embriaguez. Además, la condesa no era ya la misma: cierto no sé qué se acentuaba algo más en ella; su bata de

seda gris, floja en los hombros, daba cierto abandono á su elegancia fina y nerviosa.

Al levantarse de la mesa, Daguenet se quedó rezagado con Fauchery, á fin de bromear á sus anchas sobre Estela: «bonita escoba para quien cargara con ella.» Sin embargo, púsose muy serio, cuando el periodista le dijo la cifra redonda de su dote: ¡cuatrocientos mil francos!

—¿Y la madre?—preguntó Fauchery,—¿eh? ¡preciosísima!

—¡Oh! ¡lo que es esa, todo cuanto quisiera!... ¡pero no hay medio, querido!

—¡Ah! ¡quién sabe!... ¡puede probarse!...

No podían salir aquel día, pues la lluvia proseguía cayendo á chaparrones. Jorge se había apresurado á desaparecer, yendo á encerrarse, bajo doble vuelta de llave, en su cuarto. Los caballeros evitaron explicarse entre sí, aun cuando ninguno de ellos se engañaba, acerca de los motivos que les habían reunido allí. Vandevres, muy maltratado por el juego, había tenido realmente la idea de irse al campo, y contaba con la vecindad de una amiga para no fastidiarse demasiado. Fauchery, aprovechando las vacaciones que le concedía Rosa, á la sazón muy ocupada, proponíase tratar de una segunda crónica con Naná, en caso de que la campaña les enterneciese á los dos. Daguenet, que estaba de hocicos con ella desde lo de Steiner, pensaba en reanudar las relaciones y en recoger algunas dulzuras, si la ocasión se presentaba.

El marqués de Chouard acechaba su hora. Pero, entre todos estos hombres que seguían la pista de Venus, mal lavada aún de su colorete, Muffat era el más enardecido, el más atormentado por sensaciones nuevas de deseo, de miedo y de cólera, que se agitaban en su trastornado sér.

El tenía una promesa formal: Naná le esperaba. ¿Por qué, pues, había partido ella dos días antes? Y re-

solvió encaminarse á la Mignotte, aquella noche misma, después de comer.

Llegada la hora, y cuando el conde salía del parque, Jorge se escapó detrás de él.

Dejóle seguir el camino de Gumières y vadeó el Choue, yendo á caer en casa de Naná, sofocado, furioso, bañados los ojos en llanto. ¡Ah! claro lo veía; aquel viejo que estaba en camino, acudía á una cita. Naná estupefacta ante esta escena de celos, conmovida al ver el giro que tomaban las cosas, le cogió entre sus brazos y le consoló como mejor pudo.

No tal, no; se equivocaba, á nadie esperaba; y si aquel caballero venía, no era suya la culpa. ¡Qué necio era este Zizi tomándose un disgusto por nada! Por la salud de su hijo, le juraba que no amaba más que á su Jorge y le llenaba de besos, enjugando sus lágrimas.

—Escucha, vas á ver como sólo te quiero á ti,—repuso ella, cuando el adolescente se hubo tranquilizado un poco.—Steiner ha llegado; está arriba... A ese ya sabes, queridito, que no puedo plantarle en la calle.

—Sí, ya lo sé, no me refiero á ese,—murmuró el jovencito.

—¡Pues bien! lo he metido en la alcoba del fondo, diciéndole que estoy enferma. Está deshaciendo su maleta... Puesto que nadie te ha visto, vete pronto á ocultarte en mi cuarto y espérame.

Jorge se arrojó á su cuello. ¿Con qué era verdad que le amaba un poquito? Entonces, lo mismo que ayer, apagarían la lámpara y permanecerían en la obscuridad, hasta que amaneciese. Después, oyendo un campanillazo, se esquivó ligeramente. Arriba, en el cuarto, se quitó inmediatamente los zapatos, para no hacer ruido, y después se ocultó en el suelo, detrás de una cortina, esperando como un buen chico.

Naná recibió al conde Muffat, conmovida todavía y presa de cierta turbación. Le había hecho una pro-

mesa y hasta hubiera querido cumplirla, porque este hombre le parecía formal. Pero en verdad: ¿quién hubiera previsto las historias de la víspera? ¡aquel viaje, aquella casa que no conocía, el pequeñuelo que llegaba empapado de agua! ¡Y qué bueno le había parecido aquello, y cuán dulce sería continuarlo! Desde hacía tres meses, venía manteniéndole á raya, fingiéndose mujer «comme il faut», á fin de enardecerle más. ¡Pues bien! que continuase esperando, y si no le agradaba, que se marchase. Antes lo abandonaría todo, que engañar á su Jorge.

El conde se había sentado, con el aire ceremonioso de un vecino de campo en visita. Sólo sus manos estaban agitadas de cierto temblor. En aquella naturaleza sanguínea, virgen hasta entonces, el deseo, azotado por la sabia táctica de Naná, determinaba, á la larga, terribles trastornos. Aquel hombre tan grave, aquel chambelán que atravesaba con paso digno los salones de las Tullerías, mordía por las noches su almohada y sollozaba, exasperado, evocando siempre la misma imagen sensual. Empero, actualmente, estaba resuelto á concluir. A lo largo del camino, en el gran silencio del crepúsculo, había soñado brutalidades. Y, de improviso, después de cambiar las primeras palabras, quiso coger á Naná, con ambas manos.

—¡No, no; cuidado!—dijo ella sencillamente, sin incomodarse, con una sonrisa.

El volvió á agarrarla, apretados sus dientes, y después, viendo que ella se oponía, fué grosero y le recordó que había venido para acostarse. Ella, sonriente siempre, aunque turbada, apartaba sus manos. Y, á fin de suavizar su negativa, le tuteó:

—¡Ea, querido! estate quieto... De veras, que no puedo... ¡Steiner está arriba!

Pero el conde estaba loco; nunca había visto ella á un hombre en semejante estado. Empezaba á tenerle miedo; púsole los dedos sobre la boca, para sofocar los gritos que dejaba escapar; y bajando la voz, le

suplicaba que se callase, que la soltara. Steiner bajaba á la sazón. ¡Aquello no tenía sentido común! Y cuando Steiner entró, Naná, muellemente recostada en el fondo de un sillón, decía en alta voz:

—Yo adoro el campo...

Y volvió la cabeza, interrumpiéndose:

—Querido, aquí tienes el conde señor Muffat que, al pasar, ha visto luz, y ha entrado á darnos la bienvenida.

Los dos hombres cambiaron un apretón de manos. Muffat permaneció un instante sin hablar, con el rostro en la sombra. Steiner parecía malhumorado. Se habló de París; los negocios iban mal; en la Bolsa habían ocurrido abominaciones.

Al cabo de un cuarto de hora, Muffat se despidió. mientras la joven le acompañaba, pidió, sin obtenerla, una cita para el día siguiente. Inmediatamente casi, subió Steiner á acostarse, gruñendo contra las eternas indisposiciones de las muchachas. ¡Por último, los dos viejos estaban despachados! Cuando Naná pudo ir á reunirse á Jorge, encontróle siempre buen chico, detrás de la cortina. La alcoba estaba oscura.

El adolescente la obligó á sentarse en el suelo á su lado; y ambos jugaban á revolcarse, deteniéndose, sofocando sus risas con besos, cuando tropezaban sus desnudos pies contra un mueble. A lo lejos, por el camino de Gumières, marchábase el conde Muffat, lentamente, con el sombrero en la mano, bañando su ardiente cabeza en la frescura y en el silencio de la noche.

En los días siguientes, la vida fué adorable. Naná, en los brazos del pequeño, volvía á encontrar sus quince años. Bajo las caricias de aquella adolescencia, rebrotaban en ella una flor de amores, entre el hábito y el hastío que del hombre tenía. Sobrecogíanla rubores súbitos, una emoción que toda una virginidad inquieta atravesada por descos, la estremecía, una necesidad

de reír y de llorar, que la dejaban avergonzada. Nunca había sentido cosa igual.

El campo la empapaba de ternura. En su niñez había deseado, largo tiempo, vivir en un prado, con una cabra, porque un día en el declive de las fortificaciones, había visto una cabra que balaba, atada á una estaca. Actualmente, aquella propiedad, todo aquel terreno suyo, la hinchaba de una emoción desbordante, pues sus ambiciones se veían colmadas con creces.

Experimentaba de nuevo las sensaciones de una niña; y, por la noche, cuando, aturdida por todo el día, pasado al aire libre, embriagada por el olor de las hojas, subía á reunirse á su Zizi, oculto detrás de su cortina, parecía que era una escapatoria de colegiala en vacaciones, unos amores con un primito con quien debía casarse, temblando al menor ruido, temiendo que sus padres la oyesen, saboreando los titubeos deliciosos y los voluptuosos espantos de una primera falta.

En aquella ocasión, tuvo Naná caprichos de muchacha sentimental. Pasaba horas enteras contemplando la luna. Una noche, quiso bajar al jardín con Jorge, cuando toda la casa dormía; y los dos se pasearon bajo los árboles, ciñéndose los talles con el brazo, acabando por dormirse sobre las hierbas, donde el rocío les despertó.

Otra vez, en el cuarto, después de un silencio, comenzó á sollozar en el cuello del adolescente, balbuceando que tenía miedo de dormir. A menudo, cantaba á media voz una romanza de la señora Lerat, llena de flores y pájaros, enterneciéndose hasta llorar, interrumpiéndose para abrazar á Jorge en un arranque de pasión y exigiéndole juramentos de amor eterno. Por último, era una necia, como lo reconocía ella misma, cuando los dos, convertidos en camaradas, fuma-



ban cigarrillos al borde de la cama, con las piernas desnudas, golpeando la madera con los talones.

Mas lo que acabó de derretir el corazón de la joven, fué la llegada de Luisito. Su crisis de maternidad tuvo la violencia de un arrebató de locura. Llevábase á su hijo al sol para verle pernear y revolcábase con él sobre la hierba, después de haberle vestido como á un pequeño príncipe. En seguida, quiso que durmiese cerca de ella, en la alcoba contigua, donde la señora Lerat, muy impresionada por la campiña, roncaba en cuanto se tendía de espaldas.

Y Luisito no causaba la mínima extorsión á Jorge; muy al contrario.

Naná decía que tenía dos hijos, y entrambos los confundía en el mismo capricho de ternura. Por la noche, y más de diez veces, dejaba á Jorge para ir á ver si Luisito respiraba bien, y cuando regresaba, abrazaba á su Zizi con un resto de sus caricias maternales, y hacía de mamá, mientras que él, vicioso, gozoso con hacer de niño en brazos de aquella gran muchacha, se dejaba mecer como rorro á quien se adormece. Era tan bueno aquello que, encantada de tal existencia, Naná le propuso seriamente no abandonar jamás el campo. Despedirían á todo el mundo; y vivirían solos: él, ella y el niño.

Y concibieron mil proyectos, hasta el amanecer, sin oír á la señora Lerat que roncaba de firme, cansada de haber cogido flores silvestres.

Tan hermosa vida duró cerca de una semana. El conde Muffat iba todas las tardes, y se volvía, con la faz hinchada y las manos ardientes. Una tarde, ni siquiera se le recibió; Steiner había hecho una excursión á París; y se le dijo que la señora se encontraba indispueta. Naná se sublevaba cada día más, ante la idea de engañar á Jorge.

Un chiquillo tan inocente, y que creía en ella. Habíase considerado como la última de las últimas. Además, aquello le hubiera dado asco. Zoé que, muda

y desdefiosa, asistía á esta aventura, pensaba que su señora iba volviéndose estúpida.

Al sexto día, una bandada de visitantes cayó de improviso en medio de aquel idilio. Naná había invitado á un montón de gente, creyendo que nadie vendría. Así, pues, una tarde, quedó estupefacta y muy contrariada, viendo pararse ante la verja de la Mignotte un ómnibus completamente lleno.

—¡Somos nosotros!—gritó Mignon que, él primero, bajó del coche, del que sacó á sus hijos, Enrique y Carlos.

Apareció en seguida Labordette, ofreciendo la mano á un interminable desfile de señoras: Lucy Stewart, Carolina Hécquet, Tata Nené, María Blond. Creía Naná que la irrupción acababa aquí, cuando la Faloise saltó del estribo para recibir en sus trémulos brazos á Gagá y á su hija Amelia. Sumaban once personas. La instalación fué laboriosa. En la Mignotte había cinco alcobas de amigos; y una estaba ya ocupada por la señora Lerat y Luisito. Dieron la mayor á Gagá y la Faloise, diciendo que Amelia se acostara en un catre, al lado en el tocador.

Mignon y sus dos hijos obtuvieron la tercera alcoba, y Labordette la cuarta. Quedaba una habitación, que se transformó en dormitorio, con cuatro camas para Lucy, Carolina, Tata y María. En cuanto á Steiner, dormiría en el diván del salón. Al cabo de una hora, cuando toda la gente estuvo acomodada, Naná, furiosa en un principio, sintióse muy satisfecha de representar el papel de castellana. Las damas la felicitaban por el Mignotte: ¡una propiedad soberbia, querida mía!

Después, la aportaban una bocanada del aire de París, los chismes de la última semana; hablando todas á la vez con risas, exclamaciones y golpecitos.

A propósito: ¿y Bordenave? ¿qué había dicho de la escapatoria? ¡Poca cosa! Después de haber aullado que la iba á traer entre gendarmes, la substituyó

por otra aquella misma noche; y por cierto que la reemplazante, la pequeña Violaine, obtenía en la «Rubia Venus» un éxito muy lisonjero. Esta última noticia puso grave á Naná.

Como no eran más que las cuatro, se habló de dar un paseo.

—Habéis de saber,—dijo Naná,—que cuando llegasteis iba á recoger patatas.

Entonces, quisieron ir á recoger patatas, sin mudarse siquiera el vestido.

Aquello fué una excursión. El jardinero y dos mozos se encontraban ya en el campo, en el fondo de la propiedad.

Las damas se pusieron de rodillas, escarbando la tierra, sin quitarse las sortijas, y exhalando gritos, cuando descubrían una patata muy gorda. ¡Les parecía la faena tan divertida! Pero Tata Nené triunfaba; tantas había recogido en su niñez, que se olvidaba de su posición presente y daba consejos á las otras, tratándolas de torpes.

Los hombres trabajaban con menos ahínco. Mignon con aire de hombre de bien, aprovechaba su permanencia en el campo para completar la educación de sus hijos; y les hablaba de Parmentier.

Por la noche, reinó en la cena la más loca jovialidad. Devoraban. Naná, muy excitada, se deshizo en alabanzas de su cocinero, un mocetón que ya había servido en el palacio del obispo de Orleans.

Durante el café, las damas fumaron. De las ventanas surgía una zambra de juerga de mil diablos, yendo á extinguirse á lo lejos en la serenidad de la noche, en tanto que los campesinos, rezagados en los setos, volvían la cabeza, mirando la casa resplandeciente.

—¡Ah! ¡es cargante que os marchéis pasado mañana!—dijo Naná.—De todos modos, veamos de organizar algo.

Y decidieron que al día siguiente, que era domin-

go, irían á visitar las ruinas de la antigua abadía de Chamont, que estaba á siete kilómetros de distancia.

Cinco carruajes vendrían de Orleans para conducir á los excursionistas después de almorzar y volverles á traer á la Mignotte, á las siete, para la cena. Sería encantador.

Aquella noche, como de costumbre, el conde Muffat subió al ribazo para llamar á la verja. Pero el resplandor de las ventanas, y las carcajadas le sorprendieron.

Al reconocer la voz de Mignon, comprendió lo que ocurría, y se alejó, furioso ante este nuevo obstáculo, sacado completamente de quicio y resuelto á cualquier violencia.

Jorge, que entraba por una puertecita cuya llave tenía, subió tranquilamente al cuarto de Naná, deslizándose á lo largo de las paredes. Eso sí; hubo de esperar hasta más de media hora. Por último apareció Naná muy achispada, más maternal aun que las otras noches; la bebida la hacía tan enamoradiza, que hasta pecaba de pegajosa. Quería absolutamente que el adolescente la acompañara á la abadía de Chamont. El se resistía, temiendo que le viesen; si por casualidad le percibían en coche con ella, ocurriría un escándalo abominable. Mas ella se deshizo en llanto, presa de una desesperación ruidosa de mujer sacrificada; y el adolescente la consoló, prometiéndole formalmente que tomaría parte en la excursión.

—Según eso, ¿me amas mucho?—tartamudeaba ella.  
—Repíteme que me amas... Dime, querido lobezno: ¿si yo muriese, lo sentirías?

En las Fondettes, la vecindad de Naná trastornaba la casa toda. Cada mañana, durante el almuerzo, la buena señora Hugón volvía á ocuparse, á pesar suyo, de esta mujer, refiriendo lo que el jardinero le contaba, experimentando esa especie de obsesión que

las muchachas de vida libre ejercen sobre las mujeres más honradas.

Ella, tan tolerante, estaba sublevada, exasperada, con el vago presentimiento de una desgracia que la azoraba, por las noches, como si adivinase la presencia, en aquella comarca, de alguna fiera escapada de la jaula del domador.

Así, pues, buscaba querella á sus huéspedes, acusándolos á todos de rondar alrededor de la Mignotte.

Habían visto al conde de Vandeuves bromeando en la carretera con una dama; mas él se defendía, negando y volviendo á negar que fuese Naná, pues era, en efecto, Lucy, que anduvo un rato en su compañía, contándole que acababa de plantar á la puerta á su tercer príncipe.

El marqués de Chouard salía también todos los días, aunque pretextaba una prescripción del doctor. Tocante á Daguinet y Fauchery, la señora Hugón se mostraba injusta. El primero, especialmente, no se separaba de las Fondettes, renunciando al proyecto de reanudar sus antiguas relaciones, y mostrándose muy respetuoso y obsequioso con Estela. Fauchery permanecía, también, siempre al lado de las señoras Muffat.

Una sola vez había encontrado en un sendero á Mignon, con los brazos llenos de flores, y explicando un curso de botánica á sus hijos. Los dos hombres habían cambiado un apretón de manos, dándose noticias de Rosa: estaba en perfecta salud, cada cual había recibido aquella mañana una carta, en que les encargaba que aprovecharan algún tiempo más los aires del campo. De todos sus huéspedes, la anciana señora sólo exceptuaba, pues, á Muffat y á Jorge; el conde, que según decía, tenía negocios de importancia en Orleans, no había de perder su tiempo en devaneos; y en cuanto á Jorge, el pobrecillo comenzaba á tenerla inquieta ya, pues cada noche se veía atacado de jaquecas espantosas, que le obligaban á acostarse antes de obscurecer.

Entretanto, Fauchery se había hecho el acompañante ordinario de la condesa Sabina, mientras el conde se ausentaba todas las tardes. Cuando iban al extremo del parque, le llevaba su silla de tijera y su sombrilla. Por lo demás, la divertía con su ingenio vivaracho de periodista, conduciéndola á una de esas intimidades súbitas, que el campo autoriza. Ella había parecido entregarse desde luego, despertada á una nueva juventud, en compañía de este mozo cuyo chispeante bromear no era de índole para comprometerla. Y, algunas veces, cuando se encontraban solos, un segundo, detrás de un arbusto, sus ojos se buscaban; deteníanse en mitad de una carcajada, bruscamente serios, con una mirada ardiente, como si hubiesen penetrado y comprendido.

El viernes á la hora de almorzar, fué preciso añadir otro cubierto más. Acababa de llegar el señor Teófilo Venot, á quien la señora Hugón recordó haber invitado el invierno último, en casa de los Muffat. El señor Venot, algo encorvado, afectaba una bondad natural de hombre insignificante, sin que pareciese advertir la indiferencia inquieta que le manifestaban. Cuando hubo logrado hacerse olvidar, saboreando terroncitos de azúcar á los postres, examinó á Daguinet; servía fresas á Estela, y escuchó una anécdota de Fauchery que divertía mucho á la condesa.

En cuanto le miraban, sonreía con aire tranquilo. Al levantarse de la mesa, cogió del brazo al conde y lo llevó consigo al parque. Sabíase que conservaba sobre éste una gran influencia, desde la muerte de su madre.

Circulaban historias singulares acerca de la supremacía ejercida en la casa por el antiguo abogado. Fauchery, á quien su llegada molestaba, sin duda, explicaba á Jorge y á Daguinet los orígenes de su fortuna, un célebre proceso que, en otro tiempo, le confiaron los jesuitas; y, á su entender, ese hombre bonachón, un terrible señor con su faz dulce y reple-

ta, anuaba mezclado actualmente en todos los agios de la cleerigalla.

Los dos jóvenes se habían puesto á bromear, porque el tal vejete le encontraban el aire de un imbecil.

La idea de Venot desconocido, de un Venot gigantesco, instrumento del clero, les parecía una invención cómica; mas se callaron, cuando reapareció el conde Muffat, siempre del brazo del hombre bonachón, muy pálido y con los ojos enrojecidos, como si hubiese llorado.

—Seguramente habrán hablado del infierno,—murmuró Fauchery, en zumba.

La condesa Sabina, que le había oído, volvió lentamente la cabeza y sus ojos se encontraron, en una de esas penetrantes miradas con que sondeaban prudentemente antes de arriesgarse.

Generalmente, después del almuerzo, se dirigían todos al extremo del parterre, sobre un terrado que dominaba la llanura.

La tarde del domingo fué de una dulzura exquisita. A las diez de la mañana, habían temido que llovería; pero el cielo, sin despejarse, se había como derretido en una niebla lechosa, en un polvillo luminoso, dorado por el sol.

Entonces, la señora Hugón propuso bajar por la puercecilla del terrado y dar un paseo á pie, del lado de Gumières, hasta el Choue; era aficionada á andar y muy ágil aun para sus sesenta años. Por lo demás, todo el mundo convino en que no había necesidad de coche.

De este modo llegaron, algo á la desbandada, hasta el puente de madera tendido sobre el río. Fauchery y Daguenet abrían la marcha, con las señoras Muffat; el conde y el marqués seguían luego, á los lados de la señora Hugón, en tanto que Vandevvres, de apostura correcta y aburrida en aquella carretera, marchaba á la cola, fumando un cigarro.

El señor Venot, acortando ó apresurando el paso, iba de uno á otro grupo, sonriendo, como para oirlo todo.

—¡Y ese pobre Jorge que está en Orleans!—repetía la señora Hugón.—Ha querido consultar acerca de sus jaquecas al anciano doctor Tavernier, que no sale de casa... Sí, aun estabais en la cama, cuando ha partido, antes de las siete. De todos modos, eso le distraerá.

Pero se interrumpió para exclamar:

—¡Toma! ¿por qué se detienen en el puente?

En efecto, las señoras, Daguenet y Fauchery permanecían inmóviles á la entrada del puente, vacilantes, como si algún obstáculo les inquietase. Sin embargo, el camino estaba libre.

—¡Adelante!—gritó el conde.

Mas no se movieron, mirando algo que venía y que los otros aun no podían vislumbrar.

El camino hacia un recodo, bordeado de una espesa cortina de álamos.

En tanto, iba creciendo un sordo rumor, ruidos de coches mezclados con risotadas y chasquidos de látigo. Y, de repente, aparecieron cinco carruajes en fila, atestados hasta curvar los ejes, y animados por una zambra de «toilettes» claras, azules y de color de rosa.

—¿Qué es eso?—preguntó, sorprendida, la señora Hugón.

Después, presintió y adivinó, sublevada por semejante invasión en su camino.

—¡Oh! ¡esa mujer!—murmuró;—andad, andad, como si no los vieseis...

Pero no era ya tiempo. Los cinco carruajes, que conducían á Naná y á sus invitados á las ruinas de Chamont, entraban en el puentecillo de madera.

Fauchery, Daguenet y las señoras Muffat hubieron de retroceder, en tanto que la señora Hugón y los demás se detenían igualmente, escalonados á lo lar



qué es decir, que cualquier pillastre podía insultarlas? Muchas gracias; tan decente era él como sus amigos; camada completa. A la mujer nunca se le niega el saludo.

—¿Quién era la alta?—preguntó Lucy, á voz en grito, entre el ruido de las ruedas.

—La condesa Muffat,—respondió Steiner.

—¡Toma! lo sospechaba,—dijo Naná.—Pues bien, querido; por más condesa que sea, vale bien poco... Sí, sí; bien poco... Ya sabéis que tengo buen ojo. Actualmente conozco á vuestra condesa como si la hubiese parido... ¿Qué apostáis á que se acuesta con esa víbora de Fauchery?... Os digo que se acuesta con él. Es cosa que las mujeres comprendemos al momento.

Steiner se encogió de hombros. Desde la víspera, su mal humor iba progresando; había recibido las cartas que le obligaban á marcharse á la mañana siguiente; además, maldita la gracia que tenía eso de venir al campo para dormir en el diván de un salón.

—¡Y este pobrecito rorro!—repuso Naná, súbitamente enternecida, advirtiendo la palidez de Jorge, que permanecía tieso y con la respiración entrecortada.

—¿Creéis que mamá me habrá reconocido?—tartamudeó al fin.

—¡Oh! en cuanto á eso, de seguro. Ha dado un grito... Pero es por mi culpa. El no quería ser de la partida, y le obligué... Escucha, Zizi: ¿quieres que le escriba una carta á tu mamá? Parece una señora muy respetable. Le diré que nunca te había visto, y que fué Steiner quien te trajo hoy por vez primera.

—No, no; no escribas,—dijo Jorge, sumamente inquieto.—Ya lo arreglaré yo solo... Y después, si me fastidian, no vuelvo á casa.

Pero quedó absorto, combinando embustes para la noche. Los cinco coches rodaban, en la llanura, por un interminable camino recto, bordeado de hermosos árboles. El aire, de un plateado gris, bañaba la campiña. Las damas continuaban gritándose frases, de uno

á otro coche, por detrás de las espaldas de los cocheros, que se reían con los dichos de la comitiva; de vez en cuando una de ellas se ponía en pie, para ver, empuñándose en continuar en dicha postura, apoyada en los hombros de un vecino, hasta que una violenta sacudida la sentaba de nuevo en la banqueta.

Carolina Hécquet, entretanto, sostenía una prolongada conversación con Labordette; los dos estaban de acuerdo en que Naná vendería su propiedad antes de tres meses, y Carolina encargaba á Labordette que se la comprara, bajo cuerda, por poco dinero. Delante de ellas la Faloise, muy enamorado, no pudiendo alcanzar á la nuca aplopética de Gagá, le besaba el espinazo, sobre su bata, en un punto donde la estirada tela estallaba, en tanto que tiesa en el borde del banquillo, Amelia les decía que acabaran, aburrida de estar allí, con los brazos colgantes, viendo cómo besaban á su madre.

En el otro coche, Mignon, para dejar atónita á Lucy, exigía á sus hijos una fábula de La Fontaine; Enrique, sobre todo, era un prodigio, y las recitaba de un tirón, sin equivocarse. Pero María Blond, cuyo coche abría la marcha, acababa por aburrirse, cansada ya de embaucar á esa boba de Tata Nené, contándole que en las lecherías de París fabricaban huevos con cola y azafrán. Pero ¿dónde estaban esas ruinas? ¿no iban á llegar nunca á ellas? Y la pregunta, transmitida de coche á coche, llegó hasta Naná, quien, después de interrogar á su cochero, se levantó, gritando:

—Todavía falta un cuarto de hora escaso... ¿Veis, allí abajo, aquella iglesia, detrás de los árboles?...

Después, añadió:

—¿No lo sabéis? Parece ser que la propietaria del castillo de Chamont es una anciana del tiempo de Napoleón... ¡Oh! una juerguista, según me ha dicho José, que lo sabe por los criados del obispo; una juer-

guista como hay pocas. Actualmente, anda metida entre curas.

—¿Cómo se llama?—preguntó Lucy.

—La señora D' Anglars.

—¡Irma D' Anglars!... La conocí en sus buenos tiempos,—gritó Gagá.

Surgió, á lo largo de los coches, una sucesión de exclamaciones, sofocadas por el trote más vivo de los caballos. Las damas alargaban el cuello para ver á Gagá; María Blond y Tata Nené se volvieron de rodillas sobre la banqueta, apoyando los puños en la capota. Y cruzábanse preguntas, con palabras malignas, templadas por una sorda admiración. Gagá la había conocido; y esto les llenaba de respeto para aquel lejano pasado.

—Eso sí, era yo muy niña,—repuso Gagá;—mas no importa; me acuerdo; la veía pasar... Decían que era muy puerca en su casa; pero en su coche ¡tenía un «chic!» Corrían historias estupendas, cochinadas y picardías que daban asco... Ya no me estraña que tenga un castillo... Dejaba á un hombre en seco, sólo con soplar... ¡Ah, Irma D' Anglars vive aún! Pues bien, gatitas mías; debé frisar ya en los noventa años.

Al oír esto las damas se pusieron serias. ¡Noventa años! No había ninguna de ellas, como gritaba Lucy, que fuese capaz de vivir tanto tiempo. Todas eran unas carracas. Por lo demás, Naná declaró que no quería echar huesos viejos; era más alegre espichar antes. Llegaban ya. La conversación fué interrumpida por los latigazos de los cocheros, que azuzaban á sus bestias. Sin embargo, en medio del ruido, Lucy continuó, saltando á otro asunto, apremiando á Naná para que se marchase con ellas, el día siguiente. La Exposición iba á cerrarse; estas damas debían regresar á Paris, donde la temporada sobrepujaba á sus esperanzas. Mas Naná seguía terca. Abominaba de Paris y no volvería á poner tan pronto los pies allí.

—¿Verdad, querido? nos quedamos,—dijo apretando las rodillas de Jorge, sin inquietarse por Steiner.

Los coches se habían parado bruscamente. La comitiva, sorprendida, se apeó en un sitio desierto, al pie de un ribazo. Fué menester que uno de los cocheros le señalase con la punta de su látigo las ruinas de la antigua abadía de Chamont, perdidas entre los árboles. Fué una gran decepción. Las damas encontraron aquello estúpido; algunos montones de escombros, cubiertos de maleza, y medio torreón desplomado. Verdaderamente, no valía la pena de andar dos leguas. El cochero les indicó entonces el castillo, cuyo parque comenzaba cerca de la abadía, aconsejándoles que tomasen un sendero y siguiesen los muros; así darían la vuelta, mientras los coches irían á esperarles en la plaza del lugar. Era un paseo delicioso. La comitiva aceptó.

—¡Caramba! ¡Qué bien sabe vivir Irma!—dijo Gagá deteniéndose ante una verja, en el ángulo del parque.

Todos, silenciosamente, contemplaron el enorme follaje que cerraba la verja. Después en el sendero, siguieron el muro del parque, alzando la vista para admirar los árboles, cuyas ramas altas sobresalían formando un denso arco de verdura. Al cabo de tres minutos, encontráronse delante de una nueva verja, ésta dejaba ver un ancho césped, donde dos árboles seculares dibujaban dos sábanas de sombra; y, tres minutos más lejos, otra verja aun descubrió ante ellos una avenida inmensa, una galería de tinieblas, en cuyo fondo el sol brillaba cual reluciente estrella. Un asombro, silencioso al principio, les arrancaba poco á poco exclamaciones. Habían intentado burlarse, con un tantillo de envidia; pero decididamente, aquello las subyugaba. ¡Qué talento, esta Irma! Aquello daba una perfecta idea de la fuerza de atracción de la mujer.

Los árboles continuaban, y sin cesar aparecían mantos de hiedra trepando por el muro, techos de pabe-

llón que sobresalían, cortinas de chopos que subseguían á masas profundas de olmos y de álamos blancos. ¿Acaso no acabaría nunca aquello? Las damas hubieran querido ver el castillo, cansadas de dar vuelta siempre, sin percibir otra cosa que los hundimientos del follaje. Cogían los barrotes de las verjas con ambas manos, apoyando la cara contra el hierro. Una sensación de respeto las invadía, viéndose contenidas de este modo á distancia. En breve, aquella caminata á paso lento les causó cierta fatiga.

Y la cerca no tenía fin; á cada recodo del desierto sendero, extendíase la misma línea de piedras grises. Algunas, desesperando de llegar al término, hablaban de volver atrás. Pero cuanto más las deslomaba el paseo, tanto más respetuosas se volvían; enseñoreadas progresivamente por la tranquila y regia majestad de aquel vasto dominio.

—Es tonto eso, al fin,—dijo Carolina Hécquet, con los dientes apretados.

Pero Naná le hizo callar con un brusco movimiento de hombros. Desde hacía un momento no hablaba, y estaba algo pálida y seria. De repente, en el último recodo, desembocando en la plaza del lugar, la cerca cesó y apareció el castillo. Todos se detuvieron, sobrecogidos por la grandeza altiva de los anchos vestíbulos, de las veinte ventanas de la fachada, del desarrollo de sus tres alas cuyos ladrillos se encadenaban sobre hiladas de piedra. Enrique IV había habitado este castillo histórico, donde aun se conservaba su alcoba con el gran lecho colgado de terciopelo de Génova. Naná sofocada, exhaló un suspiro de niña envidiosa.

—¡Voto á...!—murmuró en voz baja, hablando para sí misma.

Pero hubo una fuerte emoción. Gagá, de repente, dijo que era ella, Irma en persona, la que estaba allá abajo, cerca de la iglesia. La reconocía perfectamente; siempre erguida, la muy tunanta, á pesar de su edad,

y siempre con sus mismos ojos, cuando tomaba sus actitudes. Salían de vísperas. La señora permaneció un instante bajo el pórtico. Vestía un traje de seda, de color de hoja seca, muy sencillo y muy ancho, con la venerable faz de una antigua marquesa escapada de los horrores de la Revolución. En su mano derecha relucía al sol un gran devocionario. Y, lentamente, atravesó la plaza, seguida de un lacayo con librea, que andaba á quince pasos de distancia. La iglesia iba quedando vacía y todas las gentes de Chamont saludaban profundamente á la señora: un anciano le besó la mano, una mujer quiso arrodillarse á sus plantas. Era una reina poderosa, colmada de años y de honores. Subió la gradería del vestíbulo y desapareció.

—He aquí á donde llega una persona, cuando tiene orden,—dijo Mignon con aire convencido, mirando á sus hijos, como para darles una lección.

Entonces, cada cual dijo su frase. Labordette la encontraba prodigiosamente conservada. María Blond soltó una obscenidad, mientras Lucy se incomodaba declarando que era preciso honrar á la vejez. Todas, en resumen, convinieron en que era una mujer como pocas. Subieron de nuevo á los coches. Desde Chamont á la Mignotte Naná permaneció callada. Había vuelto dos veces la cabeza, para dirigir una ojeada al castillo. Mecida por el ruido de las ruedas, no sentía á Steiner á su lado, ni veía á Jorge delante de ella. Parecía que, en el crepúsculo, surgía una visión: aquella señora continuaba pasando, con su majestad de reina poderosa, colmada de años y de honores.

Por la noche, Jorge regresó á las Fondettes, á la hora de comer. Naná, cada vez más distraída y rara, le había enviado á que pidiese perdón á su mamá, el deber le ordenaba, decía la joven, poseída de un repentino respeto hacia la familia. Hasta le hizo jurar que no volvería aquella noche á la Mignotte, pues



ella estaba sumamente fatigada y en cuanto á él, cumpliría con su obligación, mostrándose obediente.

Jorge, fastidiado á más no poder de tanta moral, se presentó ante su madre, con el corazón oprimido y la cabeza baja. Afortunadamente, había llegado su hermano Felipe, un bravo militar de carácter jovial, y esto abrevió la escena que el adolescente temía. La señora Hugón se limitó á imitarle con ojos preñados de lágrimas en tanto que Felipe, enterado, le amenazaba con ir á cogerle de las orejas, si volvía á casa de aquella mujer. Jorge, aliviado de un gran peso, calculaba cazarmente que se escaparía al día siguiente, hacia las dos, para combinar sus citas con Naná.

Durante la comida, los huéspedes de las Fondettes parecieron cohibidos. Vandeuynes, había anunciado la partida; quería llevarse á Lucy á París, encontrando muy gracioso el rapto de una muchacha á quien estaba viendo desde hacía diez años, sin el menor deseo. El marqués de Chouard, con la cabeza baja, pensaba en la hija de Gagá; recordaba que había hecho saltar á Lili sobre sus rodillas: ¡cómo crecían las niñas! Se estaba poniendo muy gordita, la pequeña.

Pero el conde Muffat, sobre todo, permaneció silencioso, absorto, roja la faz. Había fijado en Jorge una penetrante mirada. Al levantarse de la mesa, subió á encerrarse en su cuarto, pretextando un poco de calentura. Detrás de él habíase precipitado el señor Venot; y hubo, allí arriba, una escena: el conde, tendido en su lecho, sofocaba en la almohada sus sollozos convulsivos, mientras que el señor Venot, con voz dulce, le llamaba hermano suyo y le aconsejaba que implorase la clemencia divina. El no le oía, en su estertoroso sollozar. De repente, saltó del lecho y tartamudeó:

—Voy allá... No puedo más..

—Bueno,—dijo el viejo;—os acompaño.

Mientras salían, hundíanse dos sombras en las tinieblas de una alameda. Cada noche, actualmente, Fau-

chery y la condesa Sabina dejaban á Dagueneu que ayudase á Estela á preparar el té. En la carretera, el conde andaba con tal rapidez, que su compañero, para seguirle, se veía obligado á correr, y sofocado, no cesaba de prodigarle los mejores argumentos contra las tentaciones de la carne. El otro no desplegaba los labios, avanzando en la obscuridad. Al llegar ante la Mignotte, dijo sencillamente:

—No puedo más... Idos.

—Si es así, cúmplase la voluntad de Dios,—murmuró el señor Venot.—Dios toma todos los caminos para asegurar su triunfo... Vuestro pecado será una de sus armas.

En la Mignotte, hubo querellas durante la comida. Naná había encontrado una carta de Bordenave, en la que le aconsejaba que continuara reposando, con ironía burlona; la pequeña Violaine era llamada á escena dos veces cada noche. Y, como Mignon la asediaba para que partiese con ellos al día siguiente, Naná, exasperada, declaró que no toleraba que nadie le diese consejos. Por lo demás, en la mesa, habíase mostrado mogigata hasta la ridiculez. Habiendo soltado la señora Lerat una frase algo verde, la joven gritó: «¡Por vida del que no autorizaba á nadie, ni siquiera á su tía, para decir cochinadas en su presencia.» Después, jorobó á todo el mundo con sus buenos sentimientos, en un acceso de necia honestidad, con ideas de educar religiosamente á Luisito, y todo un plan de buena conducta para ella. Notando que se reían, tuvo frases profundas, movimientos de cabeza de burguesa convencida, diciendo que sólo el orden conducía á la fortuna, y que no quería morir tirada en una estera. Las damas, excitadas, exclamaban: «¡Imposible!» aquella era otra Naná. Mas la joven, inmóvil, recaía en sus ensueños, viendo surgir la aparición de una Naná muy rica y muy considerada.

Subían á acostarse, cuando se presentó Muffat. La bordette fué quien le vislumbró en el jardín, y com-

prendiendo la cosa, le prestó el servicio de alejar á Steiner, y de conducirle por la mano, á lo largo del obscuro pasillo, hasta la alcoba de Naná. Para asuntos de este jaez, Labordette era de una distinción perfecta, muy astuto, y como encantado de procurar la felicidad á los demás. Naná no se encontró sorprendida, sino solamente fastidiada del frenesí de Muffat en perseguirla. Hay que ser formal en la vida: ¿verdad? Amar, era demasiado tonto, y á nada conducía. Después, tenía escrúpulos, á causa de la tierna edad de Zizi; verdaderamente, se había conducido de una manera poco decorosa. ¡A fe mía! lo mejor era volver al buen camino; así, pues, tomaba á un viejo.

—Zoé,—dijo á la doncella encantada de abandonar el campo,—mañana al levantarte arreglarás las maletas; nos volvemos á París.

Y se quedó con Muffat, pero sin placer.

## VII

Tres meses después de una noche de diciembre, paseábase el conde Muffat por el Pasaje de los Panoramas. La temperatura era muy suave; un aguacero acababa de llenar el Pasaje de una oleada de gente.

Había allí un tropel, un desfile penoso y lento, apretado entre las tiendas. Bajo los vidrios blanqueados por los reflejos resplandecían una violenta iluminación, una corriente de claridades, globos blancos, linternas rojas, transparentes azules, baterías de gas, relojes y abanicos gigantes con perfiles de llama ardiendo en el aire; y la mezcolanza de los escaparates, el oro de las bisuterías, los bOCALES de los confiteros, las sedas claras de las modistas flameaban, detrás de la pureza de los cristales, en la viva luz de los reflectores, mientras que, entre el baturrillo pintarrajeado

de las muestras, un enorme guante de púrpura, á lo lejos, parecía una mano sangrienta, cortada y sostenida por una manga amarilla.

Paulatinamente, el conde Muffat había subido hasta el bulevar. Dirigió una ojeada al arroyo y dió la vuelta, á cortos pasos, rozando con las tiendas. Un aire húmedo y tibio difundía un vapor luminoso por el angosto pasadizo. A lo largo de las losas mojadas por el gotear de los paraguas, los pasos resonaban, continuamente, sin un ruido de voz.

Los transeúntes, codeándole á cada vuelta, examinaban su faz silenciosa, descolorida por el gas. Entonces, para escapar á estas curiosidades, el conde se paró ante una papelería, contemplando con profunda atención un escaparate de prensa-papeles y bolas de vidrio, en que flotaban paisajes y flores.

No veía nada; pensaba en Naná. ¿Por qué acababa de mentirle una vez más? Por la mañana, le había escrito que no se molestara aquella noche, pretextando que Luisito estaba enfermo y que pasaría la noche en casa de su tía, velándole. Pero él, recelando, se había presentado en su casa, y allí supo por la portera que la señora acababa de salir en aquel momento en dirección á su teatro. Esto le extrañaba, por cuanto Naná no figuraba en la nueva obra. ¿Por qué, pues, este embuste, y qué podía hacer ella en Variedades aquella noche?

Empujado por un transeúnte, el conde, sin darse cuenta de ello, dejó los prensa-papeles y se encontró ante un escaparate de quincalla, contemplando con aire absorto una colección de carteras y petacas que, en uno de los ángulos, ostentaban la misma golondrina azul. Verdaderamente, Naná había cambiado. En los primeros tiempos, después de su regreso del campo, la joven le enloquecía, cuando le besaba en la cara, sobre sus pajillas, con mimos de gata, jurándole que él era su perro querido, el único hombrecito á quien adoraba.

prendiendo la cosa, le prestó el servicio de alejar á Steiner, y de conducirle por la mano, á lo largo del obscuro pasillo, hasta la alcoba de Naná. Para asuntos de este jaez, Labordette era de una distinción perfecta, muy astuto, y como encantado de procurar la felicidad á los demás. Naná no se encontró sorprendida, sino solamente fastidiada del frenesí de Muffat en perseguirla. Hay que ser formal en la vida: ¿verdad? Amar, era demasiado tonto, y á nada conducía. Después, tenía escrúpulos, á causa de la tierna edad de Zizi; verdaderamente, se había conducido de una manera poco decorosa. ¡A fe mía! lo mejor era volver al buen camino; así, pues, tomaba á un viejo.

—Zoé,—dijo á la doncella encantada de abandonar el campo,—mañana al levantarte arreglarás las maletas; nos volvemos á París.

Y se quedó con Muffat, pero sin placer.

## VII

Tres meses después de una noche de diciembre, paseábase el conde Muffat por el Pasaje de los Panoramas. La temperatura era muy suave; un aguacero acababa de llenar el Pasaje de una oleada de gente.

Había allí un tropel, un desfile penoso y lento, apretado entre las tiendas. Bajo los vidrios blanqueados por los reflejos resplandecían una violenta iluminación, una corriente de claridades, globos blancos, linternas rojas, transparentes azules, baterías de gas, relojes y abanicos gigantes con perfiles de llama ardiendo en el aire; y la mezcolanza de los escaparates, el oro de las bisuterías, los bOCALES de los confiteros, las sedas claras de las modistas flameaban, detrás de la pureza de los cristales, en la viva luz de los reflectores, mientras que, entre el baturrillo pintarrajeado

de las muestras, un enorme guante de púrpura, á lo lejos, parecía una mano sangrienta, cortada y sostenida por una manga amarilla.

Paulatinamente, el conde Muffat había subido hasta el bulevar. Dirigió una ojeada al arroyo y dió la vuelta, á cortos pasos, rozando con las tiendas. Un aire húmedo y tibio difundía un vapor luminoso por el angosto pasadizo. A lo largo de las losas mojadas por el gotear de los paraguas, los pasos resonaban, continuamente, sin un ruido de voz.

Los transeuntes, codeándole á cada vuelta, examinaban su faz silenciosa, descolorida por el gas. Entonces, para escapar á estas curiosidades, el conde se paró ante una papelería, contemplando con profunda atención un escaparate de prensa-papeles y bolas de vidrio, en que flotaban paisajes y flores.

No veía nada; pensaba en Naná. ¿Por qué acababa de mentirle una vez más? Por la mañana, le había escrito que no se molestara aquella noche, pretextando que Luisito estaba enfermo y que pasaría la noche en casa de su tía, velándole. Pero él, recelando, se había presentado en su casa, y allí supo por la portera que la señora acababa de salir en aquel momento en dirección á su teatro. Esto le extrañaba, por cuanto Naná no figuraba en la nueva obra. ¿Por qué, pues, este embuste, y qué podía hacer ella en Variedades aquella noche?

Empujado por un transeunte, el conde, sin darse cuenta de ello, dejó los prensa-papeles y se encontró ante un escaparate de quincalla, contemplando con aire absorto una colección de carteras y petacas que, en uno de los ángulos, ostentaban la misma golondrina azul. Verdaderamente, Naná había cambiado. En los primeros tiempos, después de su regreso del campo, la joven le enloquecía, cuando le besaba en la cara, sobre sus pañillas, con mimos de gata, jurándole que él era su perro querido, el único hombrecito á quien adoraba.

Ya no tenía celos de Jorge, retenido por su madre en las Fondettes. Quedaba el grueso Steiner, á quien pensaba reemplazar, pero tocante al cual no se atrevía á provocar una explicación. Constábase que se hallaba de nuevo en extraordinarios apuros de dinero, á punto de ser ejecutado en la Bolsa, aferrándose á los accionistas de las Salinas de las Landas y procurando hacerles soltar un postrer dividendo. Cuando le encontraba en casa de Naná, ésta le explicaba, en tono razonable, que no quería plantarle de patas en la calle como á un perro, después de lo mucho que había gastado por ella. Por otra parte, desde hacía tres meses, vivía el conde en un tal aturdimiento sensual que, fuera de la necesidad de poseerla, no experimentaba nada claro. Era, el despertar tardío de su carne, como una glotonería de niño, que no dejaba lugar á la vanidad, ni á los celos.

Sólo una sensación precisa podía herirle: Naná se volvía menos cariñosa, ya no le besaba en la barba. Esto le tenía inquieto, y se preguntaba qué tendría ella que reprocharle, como hombre que ignora lo que son las mujeres. Sin embargo, él pensaba que satisfacía todos sus deseos. Y volvía siempre á la carta de aquella mañana, á aquella complicación de mentira, con el simple objeto de pasar la velada en su teatro.

A un nuevo empuje de los paseantes, había cruzado el Pasaje, y daba tortura á su cerebro ante el vestíbulo de un restaurant, con los ojos fijos sobre unas alondras desplumadas y un gran salmón extendido en un escaparate.

Por último, pareció arrancarse á este espectáculo. Irguió la cabeza, levantó los ojos y observó que eran cerca de las nueve. Naná iba á salir; le exigiría la verdad; y echó á andar, recordando las veladas que había pasado ya en aquel sitio, cuando la esperaba á la puerta del teatro.

Todas las tiendas le eran conocidas; en aquel am-

biente cargado de gas, percibía las emanaciones fuertes de la piel de Rusia, los perfumes de vainilla subiendo de los sótanos de un chocolatero, los hálitos de almizcle exhalados por las abiertas puertas de los perfumistas.

Así, pues, no osaba ya detenerse ante los rostros pálidos de las señoras del mostrador, que le miraban plácidamente, como fisonomía conocida. Por un momento, pareció que examinaba la hilera de ventanillas redondas, situadas encima de las tiendas, como si las viese por vez primera, entre el hacinamiento de rótulos. Después, subió de nuevo hasta el bulevar, y permaneció allí un minuto.

La lluvia caía entonces en fino polvillo, cuya frescura, al humedecer sus manos, le calmó. Actualmente, pensaba en su mujer, que se encontraba cerca de Macion en un castillo donde su amiga, la señora de Chzelles, estaba muy enferma desde el otoño. Los coches, sobre el arroyo, rodaban en medio de un río de barro; el campo debía estar abominable, con un tiempo tan ruín.

Pero, de improvviso, presa de cierta inquietud, volvió á penetrar en el sofocado ambiente del Pasaje, caminando á grandes pasos por entre los transeuntes; habíale acudido la idea de que, si Naná sospechara, podía evadirse por la galería Montmartre.

Desde entonces, el conde se puso en acecho á la puerta misma del teatro. Por temor á que le reconociesen, le gustaba mucho esperar en aquel extremo de pasadizo, que formaba, en el ángulo de la galería de Variedades y de la galería de Saint-March, un rincón lóbrego, con tiendas oscuras, una zapatería sin parroquianos, almacenes de muebles polvorientos, un gabinete de lectura ahumado, soñoliento, cuyas lámparas encapuchadas dormían, por la noche, en un resplandor verde; y allí no había jamás sino caballeros elegantemente vestidos y pacientes, rodando entre lo que más abunda en las entradas de los ar-

tistas: las borracheras de los tramoyistas y los guñapos de las figurantas.

Delante del teatro, un solo mechero de gas, en un globo deslustrado, iluminaba esta puerta. Muffat tuvo un momento la idea de interrogar á la señora Bron; mas temiendo que Naná, prevenida, se escurriese por el bulevar, emprendió nuevamente la marcha, decidido á esperar á que le echasen fuera para cerrar las verjas, como ya le había ocurrido dos veces; la idea de tener que dormir solo, le oprimía el corazón.

Cada vez que alguna muchacha con la cabeza descubierta, ó algún hombre mal trajeado, salían y le miraban, volvía á plantarse ante el gabinete de lectura donde, por entre dos anuncios pegados á un cristal, veía siempre el mismo espectáculo: un viejecito, rígido y solo, sentado junto á una inmensa mesa, en la mancha verde de la lámpara, leyendo un periódico verde, con manos verdes.

Empero pocos minutos antes de las diez, otro caballero, alto, buen mozo, rubio, muy enguantado, comenzó á pasearse también por delante del teatro. Entonces, ambos, á cada vuelta, se dirigieron una mirada oblicua, con aire de desconfianza. El conde llegaba hasta el ángulo de las dos galerías adornado de un gran espejo, y al contemplarse allí, con su fisonomía grave y su apostura correcta, sentía cierta vergüenza mezclada de miedo.

Dieron las diez. Muffat, bruscamente, pensó que le era muy fácil cerciorarse de si Naná estaba en su cuarto. Subió los tres escalones, atravesó el pequeño vestíbulo estucado de amarillo y después se deslizó en el patio por una puerta, cerrada simplemente con pestillo.

A aquella hora el patio, angosto, húmedo con fondo de pozo, con sus retretes apestados, su fuente, el hornillo de la cocina y las plantas que allí amontonaba la portera, estaba anegado por un vapor negro; pero las dos tapias que se alzaban, agujereadas por ventanas, resplandecían: abajo, el almacén de acceso-

rios y el retén de los bomberos; á izquierda, la administración; á derecha y arriba, los cuartos de los artistas.

Eran, á lo largo del pozo, como bocas de horno abiertas en las tinieblas. El conde había visto, inmediatamente, los vidrios del cuarto iluminados, en el primer piso; y, aliviado de un gran peso, feliz, olvidaba sus angustias, mirando arriba, entre el grasiento lodo y la insípida hediondez de aquel lado posterior de vieja casa parisiense. Gruesas gotas caían de una gotera.

Un rayo de luz, deslizado de la ventana de la señora Bron, amarilleaba un ángulo del empedrado musgoso, un bajo de tapia comido por las aguas de un vertedero, todo un rincón de basura atestado de viejos cubos y de barreños rotos, donde verdeaba en una marmita un enclenque arbolillo. Oyóse el rechinar de una ventana, y el conde se largó.

Seguramente, Naná iba á bajar. Muffat volvió ante el gabinete de lectura; en la sombra adormecida, manchada con un resplandor de lamparilla, el viejecito no se había movido, y continuaba absorbido en su periódico.

Después, prosiguió andando.

Ahora llevaba su paseo más lejos; atravesaba la gran galería, seguía la galería de Variedades hasta la galería Feydeau, desierta y fría, sumida en una lóbrega obscuridad; y volvía atrás, pasaba por delante del teatro, doblaba la esquina de la galería Saint-March y se aventuraba hasta la galería Montmartre, donde una máquina de aserrar azúcar, en casa de un droguero, llamaba su atención.

Pero á la tercera vuelta, el color de que Naná se escurriese á sus espaldas, le hizo perder todo respeto humano.

Plantóse, con el caballero rubio, ante el teatro mismo, cambiando ambos una mirada de humildad fra-

ternal, encendida por un resto de desconfianza sobre una rivalidad posible.

Unos tramoyistas, que salían á fumar una pipa durante un entreacto, les empujaban, sin que ni uno ni otro osara quejarse.

Tres muchachas mal peinadas, suciamente vestidas, aparecieron en el umbral, comiendo manzanas y escuchando las pepitas; y ambos bajaron la cabeza, permaneciendo bajo el descaro de sus miradas, y la crudeza de sus palabras, salpicados, manchados por las bribonas, que encontraron chusco arrojarle sobre ellos, empujándose.

Precisamente, Naná bajaba los tres escalones, y quedó blanca, de puro pálida, al percibir á Muffat.

—¡Ah! ¡soís vos!—balbuceó.

Las figurantas, que reían, tuvieron miedo, al reconocerla; y se quedaron plantadas en línea, con el aire humilde y serio de criadas sorprendidas por la señora, mientras cometen alguna maldad. El buen mozo rubio se había apartado, á la vez tranquilizado y triste.

—¡Ea! ¡dadme el brazo!—repuso Naná, con impaciencia.

Y los dos se marcharon, lentamente. El conde, que había preparado un interrogatorio, no encontraba nada que decir.

Ella fué la que, con voz rápida, le contó una historia; estaba todavía en casa de su tía, á las ocho; después, viendo á Luisito muy mejorado, había tenido la idea de ir un momento al teatro.

—¿Para algún asunto importante?—preguntó él.

—Sí; una obra nueva,—respondió ella, después de vacilar.—Querían que les diese mi opinión.

El conde comprendió que le engañaba. Pero la sensación tibia de aquel brazo, fuertemente apoyado sobre el suyo, le dejaba sin fuerza. Ya no conservaba cólera, ni rencor, por su larga espera; su único cuidado era conservarla á su lado, ahora que la tenía,

A la mañana siguiente, procuraría saber qué había ido á hacer en su cuarto.

Naná, siempre vacilante, visiblemente presa de esa lucha interior de la persona que procura reponerse y tomar una resolución, se detuvo al doblar el ángulo de la galería de Variedades, ante el escaparate de una abaniquería.

—¡Caramba!—murmuró;—¡qué bonito es ese varillaje de nácar con plumas!

Después, con acento de indiferencia:

—¿Con que me acompañas á casa?

—Naturalmente,—dijo él, atónito,—¡puesto que tu hijo sigue mejor!

Naná se arrepintió de su embuste. Tal vez Luisito había sufrido una nueva crisis. Y habló de volver á Batignolles; pero viendo que él se ofrecía á acompañarla, no insistió.

Por un momento, sufrió el coraje silencioso de la mujer que se ve atrapada y que debe mostrarse amable.

Finalmente, se resignó, y volvió á ganar tiempo; con tal de que se desembarazara del conde á media noche, todo podía arreglarse á medida de su deseo.

—Ahora recuerdo que esta noche eres viudo,—murmuró ella.—Tu mujer no vuelve hasta mañana por la mañana, ¿no es así?

—Sí,—contestó Muffat, algo vejado por oírle hablar familiarmente de la condesa.

Pero ella insistió, preguntando la hora del tren y deseando saber si iría á esperarla á la estación.

Y había aflojado el paso, como si las tiendas excitasen vivamente su interés.

—¡Mira!—exclamó parándose ante una joyería:—¡qué lindo brazalete!

Naná adoraba el Pasaje de los Panoramas. Era una pasión que, desde sus tiernos años, conservaba por el oropel de los artículos de París, las joyas falsas, el doublé, el cartón imitado al cuero.

Cuando pasaba por allí, no podía separarse de los escaparates, como en la época en que arrastraba sus chancas de pilluela, extasiándose ante los bombones y pastillas de un chocolatero, oyendo tocar el organillo en una tienda vecina, dominada sobre todo por el gusto chillón de las baratijas de poco precio, neceseres en cáscaras de nuez, cestos de trapero para los mondajientes, columnas de Vendome y obeliscos con termómetros.

Pero, aquella noche estaba demasiado preocupada, y miraba sin ver.

Al fin y al cabo, la fastidiaba eso de no ser libre; y en su sorda rebelión, hervía el furioso deseo de hacer una barbaridad.

¡Vaya una ganga, tener por queridos á hombres de buena posición!

Acababa de arruinar al príncipe y á Steiner con caprichos de niña, sin que supiese donde había ido á parar el dinero.

Su habitación del bulevar Haussmann ni siquiera estaba amueblada enteramente; solamente el salón, tapizado de raso rojo, desentonaba por lo muy adornado y lleno.

Ahora, sin embargo, los acreedores la atormentaban más que antes, cuando no tenía un sueldo, lo cual le causaba una continua sorpresa, porque se citaba á sí misma como un modelo de economía.

Desde hace un mes, ese ladrón de Steiner con dificultad encontraba mil francos, los días en que le amenazaba con plantarle de patas en la calle, si no se los traía.

En cuanto á Muffat, éste era un imbécil; como ignoraba lo que se acostumbraba á dar en casos tales, ella no podía tacharle de avaro.

¡Ah! ¡con qué gusto no habría mandado á paseo á toda esa gente, si no fuera por las máximas de buena conducta que se impusiera!

Era menester ser razonable, Zoé se lo decía cada ma-

ñana; y ella misma tenía siempre presente un recuerdo religioso, la visión regia de Chaumont, sin cesar evocada y engrandecida.

Por esto, á pesar de un temblor de cólera reprimida, andaba sumida del brazo del conde, yendo de uno á otro escaparate, en medio de los transeuntes cada vez más escasos.

Fuera del Pasaje, el empedrado se secaba; un viento fresco, que enfilaba la galería, barría el cálido ambiente contenido bajo el techo de cristales y agitaba las lámparas de color, las baterías de gas y el abanico gigante, que ardían como piezas de fuegos artificiales.

A la puerta del restaurant, un camarero apagaba los globos; mientras que, en las tiendas vacías y resplandecientes, las señoras del mostrador parecían estar dormidas con los ojos abiertos.

—¡Ah! ¡qué bonito!—repuso Naná, ante el último escaparate, retrocediendo algunos pasos para enterneerse ante una galguita de porcelana con la pata levantada junto á un nido oculto entre rosas.

Por último, salieron del Pasaje y ella no quiso coche. Hacía una noche preciosa, decía ella; por lo demás, como nada les urgía, sería una delicia ir paseando hasta casa.

Después, al llegar ante el Café Inglés, tuvo un capricho; habló de comer ostras, refiriendo que no había tomado nada desde la mañana, á causa de la enfermedad de Luisito.

Muffat no se atrevió á contrariarla; pero como aun no se exhibía en público con ella, pidió un gabinete, deslizándose rápidamente á lo largo de los pasillos.

Ella le seguía, como mujer que conoce al dedillo la casa, é iban á penetrar en un gabinete cuya puerta mantenía abierta un camarero, cuando de un salón vecino, donde se elevaba una tempestad de riso-

tadas y gritos, salió bruscamente un hombre. Era Daguinet.

—¡Toma! ¡Naná por acá!—gritó.

Vivamente, el conde había desaparecido en el gabinete, cuya puerta quedó entreabierta. Pero al percibir sus espaldas, Daguinet guiñó los ojos, añadiendo en tono de burla:

—¡Cáspita! ¡progresas mucho! ¡ahora las tomas á las Tullerías!

Naná sonrió, aplicando un dedo sobre sus labios, para rogarle que callase. Aunque le veía muy achispado, no dejaba de serle grato aquel encuentro, pues le conservaba un rincón de ternura á pesar de su ruindad de no reconocerla cuando iba con señoras de buen tono.

—¿Qué es de ti?—preguntó ella amistosamente.

—¡Me vuelvo formal de veras! pienso en casarme.

Ella se encogió de hombros con aire de piedad. Pero él, bromeando, añadía que no era vida aquello de ganar en la Bolsa, precisamente lo justo para regalar ramilletes á las damas, á fin de portarse á lo menos como un muchacho decente. Sus trescientos mil francos le habían durado dieciocho meses. Quería ser hombre práctico; se casaría con una buena dote y acabaría por ser perfecto, como su padre. Naná continuaba sonriendo incrédula. E indicó el salón con un movimiento de cabeza.

—¿Con quién estás ahí?—preguntó.

—¡Oh! ¡es toda una pandilla!—dijo él, olvidando sus proyectos bajo una ráfaga de embriaguez.—Figúrate tú que Lea nos está contando su viaje á Egipto; ¡es muy chusco! hay una historia de baño...

Y refirió la historia. Naná se retardaba con complacencia. Había concluido por apoyarse de espaldas en las paredes del pasillo, uno enfrente de otro.

Bajo el techo bajo, ardían mecheros de gas, y un vago olor de cocina dormía entre los pliegues de las colgaduras. A veces para oírse, cuando la zambra del

salón aumentaba, tenían que aproximar sus rostros. Cada veinte segundos, un camarero cargado de platos, encontrando obstruido el pasillo, les separaba. Mas ellos, sin interrumpirse, se arrimaban contra las paredes, tranquilos, charlando como en su casa, en medio de la batahola de los comensales y de los empujones del servicio.

—Mira,—murmuró el joven, mostrando con un gesto la puerta del gabinete donde había desaparecido Muffat.

Los dos miraron. La puerta sufría ligeros estremecimientos, como si la agitara un soplo. Por último se cerró, con extrema lentitud, sin el menor ruido. Los dos cambiaron una risa silenciosa. ¡Valiente facha debía estar el conde, solo, allí dentro!

—A propósito,—preguntó Naná:—¿has leído el artículo que Fauchery me dedica?

—Sí: «La mosca de oro»,—respondió Daguinet;—no te hablaba de él, por temor de darte un disgusto.

—Disgusto ¿por qué? Es muy largo ese artículo.

Sentíase lisonjeada de que se ocupasen de su persona en el *Figaro*. A no ser por las explicaciones de su peluquero Francisco, que le había traído el periódico, ni siquiera hubiera comprendido que se trataba de ella. Daguinet la examinaba atentamente, riendo con su aire burlón. En fin, puesto que ella estaba contenta, todo el mundo debía estarlo.

—¡Con permiso!—gritó un camarero, que los separó llevando con ambas manos una bandeja de sorbetes.

Naná había dado un paso hacia el gabinete donde la esperaba Muffat.

—¡Con qué, adiós!—repuso Daguinet.—Vete á reunirte á tu cornudo.

Ella se detuvo de nuevo.

—¿Por qué le llamas cornudo?

—¡Por qué lo es, pardiez!

Naná volvió á apoyarse en la pared del pasillo, profundamente interesada.



—¡Ah!—dijo sencillamente.

—¡Cómo! ¿No sabías eso? Su mujer se entiende con Fauchery, querida... Eso debió comenzar en el campo... Hace un momento, cuando venía yo aquí, Fauchery me ha dejado, y sospecho que tiene una cita en su casa esta noche. Creo que han inventado un viaje.

Naná permanecía silenciosa, sofocada por la emoción.

—¡Lo sospechaba!—exclamó al fin, golpeándose los muslos.—Lo adiviné sólo con verlos, aquel día en el camino... ¡Es posible que una mujer honrada engañe á su marido con ese pelagatos de Fauchery! ¡Bonitas lecciones le dará!

—¡Oh!—murmuró Daguinet malignamente,—no creas que ese sea su primer ensayo. Tal vez sabe ella tanto como él.

Entonces, Naná soltó una exclamación, indignada:

—¿De veras? ¡vaya qué mundo! ¡eso es demasiado sucio!

—¡Con permiso!—gritó un camarero cargado de botellas, separándolos.

Daguinet la acercó hacia sí y la retuvo un momento por la mano. Había recobrado su voz de cristal, una voz de notas harmónicas, á la que debía sus grandes éxitos con las damas de este jaez.

—Adiós, querida... Ya sabes que siempre se te quiere.

Ella se desprendió; y sonriente, cubierta su voz por una tempestad de gritos y aplausos que hacía retumbar la puerta del salón, replicó:

—¡Tonto! ¡eso ha concluido!... Mas no importa. Ven uno de esos días, y charlaremos.

Después, poniéndose muy seria, con el acento de una burguesa indignada:

—¡Ah! ¡con qué es cornudo!... Pues bien, querido, la cosa es cargante. Siempre me ha empalagado un cornudo.

Cuando, por fin entró en el gabinete, percibió á Mu-

ffat sentado en un angosto diván, resignado, pálida la faz y trémulas sus manos. No la dirigió el menor reproche. Ella trastornada, vacilaba entre la piedad y el desprecio. ¡Pobre hombre á quien una infame mujer engañaba tan indignamente! Ganas le daban de arrojarse á su cuello, para consolarle. Pero, en resúmidas cuentas, merecido se lo tenía; ya que era un imbécil con las mujeres, aquello le serviría de experiencia.

Sin embargo, la piedad salió triunfante. No le abandonó después de haber comido sus ostras, como se había propuesto. Apenas permanecieron un cuarto de hora en el Café Inglés, y entraron juntos en la habitación del bulevar Haussman. Eran las once: antes de media noche ya encontraría un medio suave de despedirle.

Por prudencia en la antecámara dió una orden á Zoé:

—Esperarás á que llegue, y le encargarás que no haga ruido, si el otro se halla aún en mi compañía.

—Pero ¿dónde le meto, señora?

—Mételo en la cocina; es lo más seguro.

Muffat en el cuarto, se quitaba ya la levita. Ardía un vivo fuego. Era siempre la misma alcoba, con sus muebles de palisandro, sus colgaduras y sus sillas de damasco bordado con grandes flores azules sobre fondo gris. Por dos veces había pensado Naná en renovarla; la primera, toda de terciopelo negro; la segunda, de raso blanco, con franjas de rosa; pero, desde que Steiner daba su consentimiento, exigía ella el dinero que costaría la renovación y se lo comía.

Únicamente satisfizo el capricho de una piel de tigre, que colocó ante la chimenea, y una lámpara de cristal colgada del techo.

—¡No tengo sueño; no me acuesto!—dijo en cuanto hubieron cerrado la puerta.

El conde la obedecía con una sumisión de hombre que ya no teme que le vean. Su única preocupación era no enojarla.

—Como quieras,—murmuró.

Sin embargo, se quitó los botines, antes de sentarse junto al fuego. Uno de los placeres de Naná era desnudarse delante de su armario espejo, donde se veía de cuerpo entero. Dejaba caer al suelo hasta su camisa; después, completamente desnuda, se extasiaba mirándose largo tiempo. Era una pasión de su cuerpo, un arrobamiento del raso de su piel y de la línea ondulante de su talle, que la ponía seria, atenta, absorta en un amor á sí misma. A menudo, el peluquero la encontraba así, sin que ella volviese la cabeza.

Entonces, Muffat se incomodaba, y ella quedaba sorprendida. ¿Le podía robar, acaso, algo de su cuerpo el peluquero? Aquello no lo hacía para los demás, sino para ella.

Aquella noche, queriendo verse mejor, encendió las seis bujías del armario. Pero, cuando dejaba deslizarse su camisa, se detuvo, preocupada desde hacía un momento, teniendo una pregunta en la punta de la lengua.

—¿No has leído el artículo del *Figaro*?... Ahí está el periódico, sobre la mesa.

La risa de Daguenset le venía á la memoria, preocupándola cierta duda. Si ese Fauchery la había puesto en ridículo, se vengaría.

—Dicen que se trata de mí en ese artículo,—añadió afectando un aire de indiferencia.—¿Eh? ¿qué opinas tú, querido?

Y, soltando su camisa, esperando á que Muffat hubiese acabado su lectura, permaneció desnuda. Muffat leía lentamente. La crónica de Fauchery, intitulada: «La Mosca de Oro», era la historia de una muchacha, vástago de cuatro ó cinco generaciones de borrachos, de sangre viciada por una larga herencia de miseria

y de embriaguez, que se transformaba en ella en un desarrollo nervioso de su sexo de mujer.

Había crecido en un arrabal, sobre el embaldosado parisiense; y alta, y bella, de carne soberbia, como planta de pleno estercolero, vengaba á los indigentes y abandonados cuyo producto era. Con ella, la podredumbre que se dejaba fermentar en el pueblo, subía y corrompía á la aristocracia. Venía á ser como una fuerza de la naturaleza, un fermento de destrucción, sin quererlo ella misma, corrompiendo y desorganizando á París entre sus muslos de nieve, maleándole, como algunas mujeres, cada mes, vuelven agria la leche. Y al final del artículo, se encontraba la comparación de la mosca, una mosca color de sol, remontando el vuelo desde la basura, una mosca que libaba la muerte en los cadáveres arrojados á lo largo de los caminos y que, zumbando, danzando, lanzando un resplandor de pedrería, envenenaba á los hombres con sólo posarse sobre ellos, en los palacios donde entraba por las ventanas.

Muffat alzó la cabeza, con los ojos fijos, mirando al fuego.

—¿Y qué?—preguntó Naná.

Pero él no contestó. Pareció que quería volver á leer la crónica. Una sensación de frío descendía desde su cráneo hacia sus espaldas. Aquella crónica estaba escrita endiabladamente, con cabriolas de frases, y una exageración de palabras imprevistas y de comparaciones chuscas. Sin embargo, permanecía impresionado por su lectura que, brutalmente acababa de despertar en él todo cuanto evitaba remover, á todo trance, desde hacía algunos meses.

Entonces, alzó los ojos. Naná se había absorbido en un arrobamiento de sí misma; inclinaba el cuello mirando con atención en el espejo un pequeño lunar obscuro que tenía encima de la cadera derecha; y lo tocaba con la yema del dedo; lo hacía resaltar inclinándose más y encontrándolo, sin duda, gracioso

y lindo en aquel sitio. Después estudió otras partes de su cuerpo, distraída, dormida por sus curiosidades de niña viciosa. Siempre le causaba una nueva sorpresa el contemplarse; y cada vez, resplandecía en su fisonomía el aire asombrado y seducido de una muchacha que descubre su pubertad.

Lentamente, abrió los brazos para desarrollar su busto de Venus mórbida: dobló la cintura, examinándose de espaldas y de frente, deteniéndose en el perfil de la garganta y en la redondez fugitiva de sus muslos.

Y acabó por recrearse en el singular juego de un balanceo á derecha é izquierda, separadas las rodillas, girando la cintura sobre sus riñones, con estremecimiento continuo de una almea bailando la danza del vientre.

Muffat la contemplaba. Aquella mujer le daba miedo. El periódico se le había caído de las manos. En este momento de visión neta, se despreciaba á sí propio. Así era: en tres meses, Naná había corrompido su vida, y él se sentía viciado hasta las médulas por suciedades que nunca sospechara. Todo iba á pudrirse en él, actualmente. Por un momento, tuvo conciencia de los accidentes del mal, vió la desorganización aportada por aquel fermento, él envenenado, su familia destruída, un rincón de sociedad que crujía y se hundía. Y no pudiendo desviar los ojos, la miraba fijamente y procuraba saciarse con el asco de su desnudez.

Naná no se movió ya. Con un brazo detrás de la nuca, y una mano cogida en la otra, echaba atrás la cabeza, separando los codos. Muffat veía de perfil sus ojos entornados, su boca entreabierta, su faz anegada por una amorosa sonrisa; y, por detrás, su mata de rubios cabellos destrenzada, cubriéndole el dorso con un manto de leona. Doblada y tendido el flanco, mostraba sus sólidos riñones y su duro seno de guerrera, de fuerte musculatura debajo del satinado grano de la piel. Una línea finísima, apenas ondulada

por el hombro y la cadera, bajaba desde uno de sus codos á su pie.

Muffat seguía con la vista aquel perfil tan suave aquellos escapes de carne rubia anegándose en resplandores dorados, aquellos contornos donde la llama de las bujías reflejaba sedosos brillos.

Pensaba en su antiguo horror por la mujer, ese monstruo de la Escritura, lúbrico, trascendiendo á salvajismo.

Naná era completamente yelluda, un bozo de rubia hacia de su cuerpo un terciopelo; mientras que, en su grupa y sus muslos de yegua, en los relieves carnosos ahuecados por profundos pliegues, que daban al sexo el velo turbio de su sombra, había un no sé qué de la bestia.

Sí; era la bestia de oro, inconsciente como una fuerza, y cuyo solo olor emponzoñaba al mundo.

Muffat continuaba mirando, asediado, poseído, hasta el extremo de que, habiendo cerrado los ojos, para no ver, el animal reapareció en el fondo de las tinieblas, gigantesco, terrible, exagerando su postura. En adelante, había de tenerlo allí, ante sus ojos, en su carne, para siempre.

Pero Naná se apelotonaba sobre sí misma. Un estremecimiento de ternura parecía haber recorrido todos sus miembros. Húmedos en llanto los ojos, se encogía, como para sentirse mejor á sí propia.

Después, separó las manos, dejándolas deslizar hasta su seno, que oprimió en un apretón nervioso.

Y, echada atrás, derritiéndose en una caricia de su cuerpo todo, se frotó las mejillas á derecha é izquierda, contra sus hombros, con mimo. Su boca glotona, se plaba sobre ella el deseo. Alargó los labios y se besó cerca del sobaco, sonriendo á la otra Naná, que también se besaba en el espejo.

Entonces, Muffat exhaló un suspiro bajo y prolongado. Aquel placer solitario le exasperaba. Bruscamen-

te en un arranque de exaltación frenética, agarró á Naná por la cintura y la arrojó sobre la alfombra.

—¡Déjame,—gritaba ella;—me estás lastimando!

El tenía conciencia de su derrota; sabía que era estúpida, soez y embustera, y la quería, aunque estuviere emponzoñada.

—¡Oh! ¡qué bruto!—dijo ella furiosa.

Sin embargo, se calmó. Al fin, podía esperar que se marcharía.

Después de haberse puesto una camisa de dormir, guarnecida de encajes, vino á sentarse en el suelo, ante el fuego. Aquel era su sitio favorito. Y como le interrogase de nuevo sobre la crónica de Fauchery, Muffat contestó vagamente, deseando evitar una escena.

Por otra parte, ella declaró que Fauchery se lo pasaba por cierta parte.

Después, recayó en un largo silencio, reflexionando en el medio de despedir al conde.

Hubiera querido encontrar una manera amable, porque, en el fondo, era bonachona y le dolía eso de causar desazón á las gentes, tanto más, cuanto que aquel era un cornudo, idea que había acabado por enternecerla.

—¿Con qué,—dijo al fin:—¿esperas á tu mujer mañana por la mañana?

Muffat se había tendido en el diván, con aire amorrado y fatigados los miembros. Dijo que sí, con la cabeza. Naná le contemplaba, seria, embebida en sordas reflexiones. Sentada sobre su muslo, entre las ligeras arrugas de sus encajes, tenía uno de los desnudos pies cogido en sus dos manos; y, le daba vueltas y más vueltas.

—¿Hace mucho tiempo que estás casado?—preguntó.

—Diecinueve años,—contestó el conde.

—¡Ah!... Y tu mujer ¿es amable? ¿hacéis buena pareja?

El se calló; y después, con aire contrariado:

—¡Vaya! ¿por qué?—gritó ella, resistiéndose ya,—

No me comeré á tu mujer, de seguro, aunque hable de ella... Querido, todas las mujeres valemos lo mismo...

Pero se detuvo, por miedo de decir demasiado. Únicamente, adoptó un aire de superioridad, porque creía ser muy buena en el fondo. Era preciso no dar de sopetón tan mal trago á aquel pobre hombre. Por lo demás, habíale acudido una idea jovial; sonreía, examinándole, y añadió:

—Oye, aún no te he contado la historieta que Fauchery refiere acerca de ti... ¡Vaya una lengua de víbora! No estoy resentida con él, puesto que su artículo es posible; pero eso no quita para que sea una lengua de víbora.

Y, riendo más alto, soltando su pie, se arrastró y fué á apoyar su garganta entre las rodillas del conde:

—Figúrate, pues, que jura y perjura que lo tenías aún, cuando te casaste con tu mujer... ¿Qué dices? ¿aun lo tenías? ¿es verdad?

Y le asediaba con la mirada, y subiendo las manos hasta sus hombros, le sacudía para arrancarle esta confidencia.

—Sin duda,—respondió él, por fin, con acento grave.

Entonces, ella se abatió de nuevo á sus pies, en una crisis de risa loca, tartamudeando, y golpeándole:

—No; ¡de veras! eso no tiene precio; sólo en ti se comprende; eres un fenómeno... Pero ¡pobre perrito! ¡te debiste portar como un necio! ¡Cuando un hombre no sabe, es tan chusco! ¡Palabra! ¡hubiera querido veros!... Y ¿cómo pasó la cosa? ¡Cuéntamelo, sí, te lo ruego, cuéntamelo!

Y le asedió á preguntas, interrogándolo todo, exigiendo los menores detalles. Y reía tan á gusto, con bruscas carcajadas que le hacían retorcerse, deslizándose y remangándose la camisa, y dorándose su piel por el vivo ardor de la chimenea, que el conde, poco á poco, le refirió toda su noche de bodas.

Ya no sentía malestar alguno, y hasta encontraba

cierta fruición en explicar, según la expresión conveniente: «de qué modo lo había perdido.» Unicamente, elogió las palabras, por un resto de vergüenza. La joven, lanzada ya, le interrogó tocante á la condesa.

¡Oh! ¡la condesa estaba muy bien formada, pero era un pedazo de hielo! según decía él.

—¡Ea!—murmuró cobardemente,—¡no tiene de qué estar celosa!

Naná había cesado de reír. Volvió á su sitio, de espaldas al fuego, arrimando, con las manos enlazadas, sus rodillas hasta la barba. Y, seria, declaró:

—Querido, es muy grave eso de portarse como un ignorante con su mujer, la primera noche.

—¿Por qué?—preguntó el conde sorprendido.

—Porque sí,—respondió ella, con aire doctoral.

Y meneaba la cabeza como persona de experiencia. Sin embargo, dignóse dar más claras explicaciones.

—Mira,—le dijo;—yo sé cómo pasan esas cosas...

¡Pues bien, pequeño mío! á las mujeres no les agrada un hombre bobo. No dicen nada, por pudor; ya me comprendes... ¡Pero no te quepa duda de que piensan, y de lo lindo! Y, tarde ó temprano, cuando el marido no supo portarse, se resarcan en otro sitio... ¡Con que, ya estás enterado, lobezno!

El parecía no comprender. Entonces, ella precisó. Hacíase maternal, y le daba esta lección como buena amiga, por bondad de corazón. Desde que sabía que era cornudo, este secreto la molestaba, y tenía una comezón de hablar de eso con él.

—¡Dios mío! ¡estoy charlando de cosas que no me interesan!... Por mi parte, quisiera que todo el mundo fuese feliz... Pero ya que hablamos de eso, vamos, contéstame con franqueza.

Y se interrumpió, para cambiar de posición; el fuego la abrasaba.

—¡Cáspita! hace un endablado calor... Tengo asada la espalda. Espera voy á cocerme un poco el vientre... Dicen que es muy útil contra los dolores...

Y, cuando se hubo vuelto de frente al fuego, y replegados los pies debajo de sus muslos:

—¡Vaya! ¿no duermes ya con tu mujer?

—¡No, te lo juro!—dijo Muffat, temiendo una escena.

—¿Y tú crees que sea, en verdad, un trozo de nieve?

El contestó afirmativamente, bajando la barba.

—¿Y por eso me amas? ¡Contesta! ¡no me incomodaré!

Muffat repitió el mismo signo.

—¡Perfectamente!—concluyó ella.—Lo sospechaba. ¡Ah! ¡pobre perrillo!... ¿Conoces á mi tía Lerat? Pues, cuando venga, haz que te cuente la historia del frutero que vive delante de su casa... Figúrate tú que el tal frutero... ¡Voto á!... ¡cuánto arde este fuego! He de volverme otra vez. Ahora me coceré el costado izquierdo.

Y, presentando la cadera á la llama, le ocurrió un chiste, y se burló de sí misma bonachonamente, feliz con verse tan gruesa y tan sonrosada, en el reflejo de la chimenea.

—¿Qué tal? parezco una oca. ¡Oh! ¡eso es!... una oca en el asador... Doy vueltas y más vueltas... De veras, me estoy cociendo en mi propio jugo.

Volvió á reír á mandíbula batiente, cuando se oyó un ruido de voces y de puertas que se abrían y cerraban. Muffat, atónito, la interrogó con la mirada. Ella se puso seria, con aire de inquietud. De seguro era el gato de Zoé, un maldito animal que lo rompía todo. ¡Las doce y media! ¿A qué fin se tomaba la pena de tratar con tantas consideraciones á un cornudo? Ya que el otro estaba allí, era cuestión de despedirle y cuanto antes.

—¿Qué decías?—preguntó el conde con complacencia, hechizado al verla tan amable.

Pero, en sus deseos de darle pasaporte, presa de

otro humor, fué brutal, y dejó de medir sus palabras:

¡Ah! ¡sí! el frutero y su mujer... ¡pues bien querido! nunca se han tocado, ¡ni así!... Ella era muy reservada sobre el particular, como puedes comprender. El, el muy bobo, no supo... En tal manera que, creyéndola de nieve, él se enredó con las más perdidas entre las perdidas, las cuales le han llenado de toda especie de suciedades, mientras que ella, por su parte, se resarcía con mocetones más listos que su bobalicón de marido... Y la cosa sucede siempre así, por no entenderse la gente á tiempo. ¡Lo sé por experiencia!

Muffat, pálido, comprendiendo al fin las alusiones, quiso hacerla callar. Pero ella estaba ya fuera de quicio:

—¡No, déjame en paz!... Si vosotros no fueseis tan bestias, seriais tan amables con vuestras mujeres, como nosotras; y si vuestras mujeres no fuesen tan pavas, se tomarían, para conservarlas, el trabajo que nosotras para atraparos nos tomamos... ¡Con qué, querido, sór-bete ese huevo!

—No habléis de las mujeres honradas,—dijo él con dureza:—¡no las conocéis!

Al oír esto, Naná se irguió sobre sus rodillas:

—¡Qué no las conozco!... ¡Pero ni siquiera son limpias, tus mujeres honradas! ¡No, no son limpias! ¡Te desafío á que me presentes una que se atreva á mostrarse, como estoy yo ahora! ¡Vaya! ¡me haces reír con tus mujeres honradas! No me exasperes, ni me obligues á decirte cosas, de que luego me arrepentiría.

El conde, por única respuesta, masculló sordamente una injuria. A su vez, Naná se puso blanca, de puro pálida: y le contempló algunos instantes, sin hablar. Después, con su voz clara:

—¿Qué harías,—le preguntó,—si tu mujer te engañase?

Muffat hizo un gesto amenazador,

—¡Pues! ¿y si te engañase yo?

—¡Oh! ¡tú!—murmuró él, encogiendo los hombros. Vedaderamente. Naná no tenía mal fondo. Desde las primeras palabras, resistía al deseo de espetarle la verdad lisa y monda.

Hubiera preferido decírselo amistosa y tranquilamente. Pero, al fin, él la exasperaba, y era cosa de acabar.

—Entonces, pequeño,—repuso ella,—no sé qué diablos estás haciendo aquí... Desde hace dos horas me estás abrumando... Vete, vete á buscar á tu mujer, que está engañándose con Fauchery... Sí, precisamente, calle Taitbout, esquina á la calle de Provence... ¡Ya ves que te doy las señas!

Después, triunfante, viendo á Muffat ponerse en pie con la vacilación de un buey aturdido por un golpe de maza:

—¡Si las mujeres honradas se dedican á birlarnos nuestros queridos, buenas están vuestras mujeres honradas!

Mas no puedo proseguir. Con un movimiento terrible, el conde la derribó en tierra, tan larga como era, y; levantando el pie, quería aplastarla la cabeza para hacerla callar. Por un momento, tuvo un miedo atroz. Muffat, ciego, como un loco, se había puesto á correr la habitación.

Entonces, el silencio estrangulado que guardaba, la lucha que le agitaba, la conmovieron hasta hacerle verter lágrimas. Experimentaba un remordimiento mortal. Y, apelotonándose ante el fuego para cocerse el costado derecho, intentó consolarle:

—Te juro, querido mío, que creí que lo sabías. A no ser así, ten la seguridad de que no hubiera hablado de ello... Además, quizás no sea verdad. Yo nada afirmo. Me lo han dicho; la gente charla; pero eso ¿qué prueba?... ¡Vaya! ¡haces mal en encolerizarte! ¡Si yo fuese hombre, maldito el caso que ha-

ría de las mujeres! Las mujeres, tanto las más encopetadas, como las más bajas, todas valen lo mismo, sí, todas son lo mismo.

Hablaba mal de las mujeres; por abnegación, queriendo hacer el golpe menos cruel. Pero él ni la escuchaba, ni la oía. A la vez que planteando, se había vuelto á ponerse sus botines y se levita. Todavía permaneció un momento recorriendo la estancia. Después, en un postrer arranque, tropezando al fin con la puerta, se marchó. Naná quedó confusa.

—¡Ea, buen viaje!—prosiguió diciendo en voz alta. —¡Vaya una finura la de ese hombre, cuando le hablan! He sido la primera en arrepentirme, y he procurado demostrárselo. Además, su presencia me exalta los nervios.

Sin embargo, estaba descontenta, rascándose las piernas con ambas manos. Mas, en seguida, se consoló.

—¡Vaya! ¡No tengo yo la culpa de que sea cornudo!

Y, cocida por todos lados, tostada como una codorniz, corrió á rebufarse en la cama, llamando á Zoé para que hiciese entrar al otro, que estaba de espera en la cocina.

Ya en la calle, Muffat caminó violentamente. Acababa de caer un nuevo chaparrón. Resbalaba sobre el grasiento empedrado. Alzó la cabeza, con un movimiento maquinal, vió jirones de nubes, color de hollín, que corrían ante la luna.

A aquella hora, en el bulevar Haussmann, los transeúntes eran muy escasos. Bordeó las empalizadas de la Opera, buscando la obscuridad, y tartamudeando frases sin ilación.

Aquella moza mentía; había inventado aquello por estupidez y crueldad. El debió haberle aplastado la cabeza, cuando la tenía bajo su tacón. Al fin y al cabo, era ya demasiado vergüenza; no la volvería á ver, ni á tocar, ó sería preciso que fuese muy co-

barde. Y respiraba profundamente, como el que se ve libre de un ominoso yugo.

¡Ah, aquel monstruo desnudo, estúpido, tostándose como un pato, destilando baba sobre todo lo que él respetaba desde hacía cuarenta años!

La luna se había despejado, y una sábana blanca bañó la desierta calle. Tuvo miedo y estalló en sollozos, repentinamente, desesperado, enloquecido, como si hubiese caído en una sima inmensa.

—¡Dios mío!—balbuceó;—¡se acabó todo; ya nada existe!

A lo largo de los bulevares, las gentes rezagadas aceleraban el paso. Muffat procuró calmarse. La historia de aquella moza revivía siempre en su abrasado cerebro. Hubiera querido razonar los hechos.

Por la mañana, la condesa había de regresar del castillo de la señora de Chezelles. Nada, en efecto, la hubiera impedido volver á París, la víspera por la tarde, y pasar la noche en casa de aquel hombre. Actualmente, recordaba ciertos detalles de su permanencia en las Fondettes. Una tarde, había sorprendido á Sabina, bajo los árboles, tan conmovida, que ni siquiera acertaba á contestarle. El hombre estaba allí.

¿Por qué no había de encontrarse ella en casa de él, ahora? Cuanto más pensaba en ello, más posible se hacía la historia. Acabó por encontrarla natural y necesaria.

Mientras él se ponía en mangas de camisa en casa de una meretriz, su mujer se desnudaba en la alcoba de su querido; nada más sencillo ni más lógico.

Y, razonando de esta suerte, esforzándose en permanecer frío. Era una sensación de caída en la locura de la carne ensanchándose, dominando y arrebatando al mundo en torno suyo.

Perseguiante ardientes imágenes. Naná desnuda, bruscamente, evocó á Sabina desnuda. A esta visión, que las reunía en un parentesco de impudicia, bajo un

mismo soplo de deseo, el conde tropezó. En el arroyo, un coche estuvo á punto de aplastarle. Algunas hembras, que salían de un café le codeaban, con sonrisas.

Entonces, dominado de nuevo por las lágrimas, á pesar de su esfuerzo y no queriendo sollozar ante las gentes, se metió en una calle obscura y desierta, la calle Rossini, donde á lo largo de las casas silenciosas, lloró como un niño.

—Se acabó,—decía con voz sorda,—¡ya no existe nada!

Lloraba con tal violencia, que hubo de arrimarse contra una puerta, ocultando el rostro entre sus manos.

Un rumor de pasos le alejó. Sentía una vergüenza, un miedo, que le obligaba á huir ante las gentes, con el inquieto andar de un vagabundo nocturno. Cuando se cruzaba con algún transeunte en la acera, procuraba tomar una apostura desembarazada, imaginando que leían su historia en el balanceo de sus hombros.

Había seguido la calle de la Grange Batelière hasta la del Faubourg Montmartre. El brillo de las luces le sorprendió. Volvió sobre sus pasos.

Por espacio de más de una hora, anduvo recorriendo así el barrio, eligiendo los rincones más sombríos. Tenía, sin duda, un objeto al que sus pies se dirigían por sí mismos, pacientemente, por un camino sin cesar complicado de rodeos.

Finalmente, al volver una calle, levantó los ojos.

Era la esquina de la calle Taitbout y de la calle de Provence.

Había empleado una hora para llegar allá, en la dolorosa tempestad de su cerebro, cuando cinco minutos le hubieran bastado. Recordaba que, una mañana del pasado mes, había subido á casa de Fauchery para darle las gracias por una crónica sobre

el baile de las Tullerías, en que el periodista había hecho mención de su nombre.

La habitación se encontraba en el entresuelo, de pequeñas ventanas cuadradas, casi ocultas tras de la muestra colosal de una tienda. Hacia la izquierda, la última ventana estaba cortada por una faja de viva claridad, un rayo de lámpara que pasaba por las cortinas entreabiertas.

Y quedó con los ojos fijos sobre aquella línea luminosa, absorto, esperando algo.

La luna se había ocultado en un cielo de tinta, del que caía una helada niebla. Dieron las dos, en la Trinité. La calle de Provence y la calle Taitbout se hundían, con las manchas vivas de sus mecheros de gas, que se anegaban á lo lejos en un vapor amarillento. Muffat no se movió. Allí estaba la alcoba; la recordaba: revestida de andrinópolis rojo con una cama Luis XIII en el fondo. La lámpara debía estar á la derecha, sobre la chimenea.

Indudablemente estaban acostados, pues ni una sombra pasaba; la línea de claridad relucía, inmóvil como el reflejo de una lamparilla.

Y él, con los ojos siempre fijos allí, tramaba un plan: llamaba, subía, á pesar de los gritos del portero, derribaba las puertas á empujones y caía sobre ellos, en el lecho, sin dales tiempo siquiera de desenlazar sus brazos. Por un momento, la idea de que no llevaba ninguna arma, le contuvo; después, decidió que los estrangularía.

Acariciaba su plan, lo perfeccionaba, esperando siempre algo, un indicio, para estar cierto. Si en aquel instante se hubiese mostrado una sombra de mujer, habría llamado sin remedio.

Pero, el temor de que tal vez se engañaría, le dejaba helado. ¿Qué diría? Sobrecogíanle nuevas dudas; su mujer no podía estar en casa de aquel hombre; eso era monstruoso, imposible.

Sin embargo, no se movía, dominado poco á po-



co por un entorpecimiento, abandonándose á cierta latitud, en aquella larga espera que la fijeza de su mirada llenaba de alucinaciones.

Cayó otro chaparrón. Como viese que se aproximaban dos municipales, hubo de abandonar el rincón de la puerta donde se había refugiado. Cuando los guardias hubieron desaparecido en la calle de Provence, volvió á su sitio, calado, tiritando.

La faja luminosa continuaba brillando en la ventana. Esta vez, estaba decidido á partir, cuando pasó una sombra. Fué tan rápido esto, que creyó haberse engañado. Pero, sucesivamente, corrieron otras sombras, una verdadera agitación en la alcoba.

El, clavado de nuevo en la acera, experimentaba una sensación indecible de quemazón en el estómago, esperando para comprender, actualmente. Perfiles de brazos y de piernas huían, una mano enorme viajaba, con una silueta de jofaina. Nada distinguía claramente; sin embargo, le pareció reconocer un peinado de mujer.

Y discutió: diríase que era el peinado de Sabina; únicamente la nuca parecía más gruesa. A la sazón ya no sabía más, ya no podía más. Su estómago le hacía sufrir en tal grado, en una angustia de incertidumbre atroz, que se apretaba contra la puerta para calmarse, con el tiritar de un mendigo.

Después, como quiera que, á pesar de todo, no apartase la vista de aquella ventana, su cólera se fundió en un sueño de moralista: velase diputado, tomaba la palabra en una asamblea, tronaba contra la relajación, profetizaba catástrofes; y reedificaba el artículo de Fauchery sobre la mosca emponzoñada y se ponía en escena, declarando que no había sociedad posible, con esas costumbres de Bajo Imperio.

Esto le alivió. Pero las sombras habían desaparecido. Y él mirando siempre, esperaba todavía.

Dieron las tres, y después, las cuatro. No podía alejarse. Cuando caía otro chaparrón, se hundía en el

huevo de la puerta, recibiendo en sus piernas las salpicaduras del lodo. Nadie pasaba ya.

De vez en cuando, sus ojos se cerraban, como abrasados por la línea de luz sobre la que se obstinaban, fijamente, con una terquedad imbécil. En dos distintas ocasiones, las sombras volvieron á pasar, repitiendo los mismos gestos, paseando el mismo perfil de gigantesca jofaina; y otras dos veces se restableció la calma, mientras la lámpara proseguía despidiendo su discreto resplandor.

Aquellas sombras aumentaban sus dudas: Por otra parte, una idea repentina acababa de apaciguarle, aplazando el momento de obrar: no tenía que hacer más que esperar á su mujer, á la salida. Fácil le sería reconocer á Sabina. Nada más sencillo; ningún escándalo, y una certidumbre. Para ello bastaba continuar allí.

De todos los sentimientos confusos que le habían agitado, únicamente conservaba á la sazón su sorda necesidad de saber. Pero el tedio le adormecía junto á aquella puerta.

Para distraerse, procuró calcular cuánto tiempo de espera le quedaba. Sabina debía encontrarse en la estación, sobre las nueve. Faltaban aún cuatro horas y media. Estaba lleno de impaciencia; por nada del mundo se hubiera movido de allí, saboreando cierto encanto al pensar que su espera, en la noche, sería eterna.

De repente, la línea luminosa desapareció. Este hecho tan sencillo fué para él una catástrofe inesperada, algo desagradable y perturbador.

Evidentemente, acababan de apagar la lámpara é iban á dormir. A la sazón, esto era muy razonable. Mas él se irritó, porque aquella ventana obscura actualmente ya no le interesaba.

La miró todavía, durante un cuarto de hora. Después, la ventana le fatigó. Y abandonó la puerta y dió algunos pasos por la acera.

Hasta las cinco, se paseó, yendo y viniendo, levantando los ojos de vez en cuando. La ventana continuaba abierta.

A veces, preguntábase si no habría soñado que danzaban sombras en aquellos cristales.

Una fatiga inmensa le atormentaba, una especie de atontamiento en el que se olvidaba de lo que estaba esperando en aquella esquina, tropezando contra las losas, despertando sobresaltado con el helado escalofrío del hombre que no sabe dónde se encuentra. No había nada que valiese la pena de tanta inquietud.

Toda vez que aquel par dormían, era preciso dejarles dormir.

¿Para qué mezclarse en sus asuntos? Estaba muy oscura la noche, nadie sabría aquel suceso jamás. Y entonces, todo en él, hasta su curiosidad, se desvaneció, presa del deseo de acabar de una vez, de buscar algún alivio en cualquier parte.

El frío arreciaba; la calle se le hacía insostenible; por dos veces, se alejó y volvió á acercarse arrastrando los pies, para alejarse de nuevo.

Todo había acabado en el mundo, ¡nada existía! Y bajó hasta el bulevar, y no volvió.

Aquello fué una excursión sombría por las calles. Caminaba lentamente, siempre con paso igual, siguiendo las paredes.

Sus tacones resonaban, y no veía más que su sombra girando, creciendo y chicándose á cada mechero de gas.

Esto le mecía, le ocupaba mecánicamente. Ulteriormente, nunca pudo recordar por donde había pasado: parecía haberse arrastrado durante horas enteras, á la redonda, en un circo. Únicamente conservó un recuerdo muy claro.

Sin poder explicarse cómo, se encontró con el rostro pegado á la verja del Pasaje de los Panoramas, cogiendo los barrotes con ambas manos. No los sacudía;

procuraba, sencillamente, mirar adentro del Pasaje, presa de una emoción que hinchaba su pecho.

Pero nada distinguió; una ola de tinieblas circulaba á lo largo de la galería desierta, y el viento que se engolfaba por la calle de Saint-March le soplabá en la cara una humedad de bodega. Y él, se obstinaba.

Después, despertando de este ensueño, quedó atónito, preguntándose qué buscaba á tales horas, apretado contra aquella verja, con tal pasión, que los barrotes le imprimían su huella en el rostro. Entonces, había vuelto á emprender su marcha, desesperado, preñado de tristeza el corazón, como vendido y solo, en adelante, en medio de toda aquella sombra.

Por fin amaneció, con ese sucio crepúsculo de las noches de invierno, tan melancólico sobre el cenagoso empedrado de París.

Muffat había vuelto á la ancha calle en construcción, que rodeaban las empalizadas del nuevo Teatro de la Opera. Empapado por los aguaceros, hundido por los carromatos, el suelo gredoso se había transformado en un lago de lodo.

Y sin mirar donde ponía los pies, el conde seguía andando siempre, resbalando casi á cada paso, y encontrando instintivamente puntos de más firme terreno.

El despertar de París, las brigadas de barrenderos y los primeros grupos de obreros, le aportaban una nueva turbación, á medida que el día iba avanzando.

Le miraban con sorpresa, al verle con el sombrero chorreando agua, lleno de lodo, azorado. Por largo rato, se refugió junto á las empalizadas, entre los andamiajes. En su triste vacío, sólo una idea le quedaba: la de que era muy miserable.

Entonces, pensó en Dios. Esta idea brusca de un auxilio divino, de un consuelo sobrehumano, le sorprendió como una cosa inesperada y singular; despertaba en él la imagen del señor Venot; veía su pequeña y rechoncha figura y sus dientes cariados.

Ciertamente, el señor Venot, á quien tenía desolado

desde hacía meses evitando verle, quedaría muy contento si iba á llamar á su puerta, para llorar entre sus brazos.

En otros tiempos, Dios le concedía sus misericordias.

Al menor pesar, al menor obstáculo que embarazase su existencia, entraba en una iglesia, se arrojaba y humillaba su pequeñez ante la soberana omnipotencia; y salía fortalecido por la oración, dispuesto al abandono de los bienes de este mundo, con el único deseo de la eternidad de su salvación.

Empero, actualmente no practicaba ya, sino con intermitencia, en las horas en que el terror del infierno volvía á dominarle; estaba invadido por toda especie de molicias, Naná perturbaba sus deberes. Y la idea de Dios le asombraba.

¿Por qué no había pensado en Dios inmediatamente, en esta espantosa crisis, donde cruja y se abismaba su débil humanidad?

Sin embargo, con su ardor penoso, buscó una iglesia. Estaba desorientado; la hora matinal le hacía confundir las calles.

Después, al volver una esquina de la calle de la Calzada de Antin, vislumbró, en el extremo, la Trinité, una torre vaga, que se fundía en la bruma.

Las estatuas blancas, dominando el jardín desnudo, parecían Venus friolentas, entre las hojas amarillentas de un parquee.

Bajo el pórtico, respiró un instante, fatigado por la subida de la ancha gradería. Después, entró.

La iglesia estaba muy fría, con su calorífero apagado desde la víspera, y sus altas bóvedas llenas de una fina niebla, que se había infiltrado á través de las vidrieras.

Una sombra anegaba la nave; no había allí ni un alma; solamente se oía, en el fondo de aquella obscuridad lóbrega, un ruido de chancletas, algún bedel

que arrastraba los pies con el mal humor del despertar.

El conde, sin embargo, después de tropezar en una desbandada de sillas, perdido, preñado de lágrimas el corazón, había caído de rodillas junto á la verja de una capillita, al lado de la pila de agua bendita; había juntado las manos y buscaba oraciones, aspirando todo su sér á entregarse en un fervoroso arrebato.

Pero, sólo sus labios tartamudeaban las preces; su espíritu huía siempre, volvía afuera, emprendiendo de nuevo el camino á lo largo de la calle, sin tregua, sin descanso, como obediente al látigo de una necesidad. Y repetía:

— ¡Oh, Dios mío! ¡venid en mi auxilio! ¡Oh, Dios mío! ¡no abandonéis á vuestra criatura, que se encomienda á vuestra justicia! ¡Oh, Dios mío! ¡yo os adoro! ¡no me dejéis perecer á los golpes de vuestros enemigos!

Mas nada le contestaba; la sombra y el frío caían sobre sus hombros, el ruido de chancletas, á lo lejos, continuaba y le impedía orar.

No oía más que este ruido constante en la desierta iglesia, donde ni siquiera se había practicado el matinal barrido, predecesor de la pequeña animación de las primeras misas.

Entonces, apoyándose en una silla, se levantó, cruzándole las rodillas. Dios no estaba allí todavía.

¿Para qué ir á llorar entre los brazos del señor Venot? ¿Qué remedio podía darle?

Y, maquinalmente, volvió á casa de Naná.

En la calle, habiendo dado un resbalón, sintió que las lágrimas acudían á sus ojos, sin cólera contra la suerte, simplemente débil y enfermo.

Al fin, estaba demasiado cansado, había recibido demasiada lluvia, sufría demasiado frío.

La idea de volver á su palacio de la calle Miromesnil le dejaba helado.

En la casa de Naná, la puerta de la calle no estaba abierta, y hubo de esperar á que se presentara el portero. Subiendo, sonreía, penetrado ya por el calor voluptuoso de aquel nido, donde iba á poder acostarse y dormir.

Al abrirle, Zoé hizo un gesto de estupefacción é inquietud.

La señora, atacada de una abominable jaqueca, no había podido pegar los ojos.

De todos modos, iba á ver si la señora estaba dormida. Y se deslizó en la alcoba, mientras que el conde caía en una butaca del salón.

Pero, casi al momento, apareció Naná.

Acababa de saltar del lecho, sin tiempo apenas para ponerse unas enaguas, los pies desnudos, suelto el cabello, arrugada y desgarrada la camisa, en el desorden de una noche de amor.

—¡Cómo! ¡otra vez!—gritó, roja de irritación.

Había acudido, bajo el látigo de la cólera, para plantarle ella misma de patitas en la calle. Mas al verle tan miserable, tan acabado, sintió un último arranque de compasión.

—¡Vaya! ¡estás hecho una lástima, pobre ratoncito mío!—añadió con más dulzura.—¿Qué ocurre? ¿Los has atrapado? ¿Te has dado un mal rato?

El conde no respondía; tenía el aire de una bestia abatida. Sin embargo, ella comprendió que continuaba careciendo de pruebas; y, para darle ánimo:

—¡Ya lo ves, me equivocaba! ¡Tu mujer es honrada, palabra de honor! Ahora, pequeño mío, vas á volverte á tu casa y acostarte, que bien lo necesitas.

El no se movía.

—¡Ea, vete! No puedo tenerte aquí... ¿Supongo que no tendrás la pretensión de quedarte, á estas horas?

—Sí, acostémonos,—balbuceó.

Ella reprimió un gesto de violencia. La paciencia se le acababa. ¿Acaso el conde se había vuelto idiota?

—¡Ea, vete!—dijo por vez segunda.

—No.

Entonces ella estalló, exasperada, sublevada:

—¡Pero esto es asqueroso!... ¿No comprendes qué estoy harta de ti? Ve á encontrar á la mujer, que te ha hecho cornudo... Sí, sí, te ha hecho cornudo; soy quien lo dice ahora... ¡Vaya! ¿Estás enterado? ¿Acabarás de molestarme?

Los ojos de Muffat se llenaron de lágrimas. Y, juntando las manos, repitió:

—Acostémonos.

Aquí, Naná perdió la cabeza, sofocada á su vez por sollozos convulsivos. ¡Se abusaba de ella, al fin! ¿Por ventura le importaba algo aquellas historias? Ciertamente, había empleado todos los miramientos posibles para enterarle, movida por su buen fondo. ¡Y ahora pretendía hacerle pagar los platos rotos!

—¡No tal; que no! Ella tenía buen corazón; pero no tanto.

—¡Voto á! ¡ya estoy harta!—blasfemaba, descargando puñetazos sobre los muebles.—¡Vaya! ¡y yo me descrismaba, y yo quería ser fiel!... Pero, querido; ¿ignoras que mañana yo sería rica, con sólo decir una palabra?

El levantó la cabeza, sorprendido. Nunca había pensado en esa cuestión de dinero. Y se apresuró á decirle que no tenía más que indicar un deseo, é inmediatamente lo realizaría. Su fortuna entera estaba á su disposición.

—No, es tarde ya,—replicó ella frenéticamente.—Yo amo á los hombres que dan, sin que se les pida... Mira, aunque me dices un millón por una sola vez, me negaría. Se acabó; tengo otra cosa allí... Vete ó no respondo de nada. ¡Haría una barbaridad!

Adelantábase hacia él, amenazadora. Y, en esta exasperación de una buena muchacha sacada de sus casillas, convencida de su derecho y de su superioridad sobre las honradas gentes que la abrumaban, la puer-

ta se abrió bruscamente y apareció Steiner. Esto fue el colmo. Naná soltó una exclamación terrible:

—¡Voto á mí ¡aquí está el otro!

Steiner, aturdido por la violencia de su gritar, se había detenido.

La imprevista presencia de Muffat le contrariaba, pues temía una explicación, ante la que retrocedía desde hacía tres meses. Guiñando los ojos, se balanceaba con aire cohibido, evitando mirar al conde.

Y resollaba, con la faz roja y descompuesta de un hombre que ha corrido todo París para traer una buena noticia y que se siente caer, de pronto, en medio de una catástrofe.

—¿Qué quieres tú?—preguntó rudamente Naná, tuteándole, sin hacer caso del conde.

—Yo... yo...—tartamudeó él.—¡Vengo á daros lo que sabéis!

—¿Qué?

Steiner vacilaba. La antevíspera, ella le había indicado que si no le proporcionaba mil francos para atender á cierto pagaré, no volvería á recibirle más. Desde hacía dos días los andaba buscando. Finalmente, acababa de completar la suma aquella mañana.

—Los mil francos,—dijo por fin, sacando de su bolsillo un sobre.

Naná había olvidado esta comisión.

—¡Los mil francos!—gritó.—¿Acaso pido yo limosna?... ¡Toma! ¡Mira el caso que hago de tus mil francos!

Y, agarrando el sobre, se lo arrojó á la cara. El, como judío prudente, lo recogió, con pena. Contemplaba á la joven, atontado. Muffat cambió con él una mirada de desesperación, en tanto que ella se ponía en jarras, para gritar más fuerte:

—¡Ea! ¿acabaréis de insultarme? Estoy muy satisfecha de que también hayas venido tú, porque así, la limpia va á ser completa... ¡Vamos! ¡arre! ¡largo de aquí!

Después, viendo que no se movían casi, paralizados:

—¿Eh? ¿decís que hago una necedad? ¡es posible! Pero me habéis fastidiado de sobra... ¡Basta al fin! ¡ya estoy harta de «chic!» Así, si reviento, será por mi gusto.

Ellos querían calmarla, con súplicas.

—A la una, á las dos; ¿no queréis largaros? ¡Pues bien! Mirad. ¡Tengo compañía!

Entonces, los dos hombres, en medio del descompuerto lecho, percibieron á Fontan. Este, que no esperaba ser exhibido de aquel modo, tenía las piernas al aire y la camisa remangada, y se revolcaba, como un chivo, entre los arrugados encajes, con su negro cutis.

Por lo demás, no se turbó, habituado como estaba á las sorpresas del escenario.

Después del primer sacudimiento de sobresalto, encontró un juego de fisonomía para salir del lance con honra, é imitó el conejo, como decía, alargando la boca y frunciendo la nariz, alternativamente, con movimientos del hocico entero. Su faz de truhanesco fauno, sudaba el vicio.

Fontan era á quien, desde hacía ocho días, iba á buscar Naná á Variedades, tocada de ese capricho frenético de las muchachas de vida alegre, por la gesticuladora fealdad de los cómicos.

—¡Miradle!—dijo al mostrarle, con un gesto de actriz trágica.

Muffat, que lo había aceptado todo, se indignó ante esta afrenta:

—¡Putá!—tartamudeó.

Pero Naná, ya en la alcoba, volvió sobre sus pasos, para decir la última palabra:

—¡Putá, sí! ¿Y tu mujer?

Y al irse cerrando la puerta, con un furioso golpe, corrió ruidosamente el cerrojo. Los dos hombres, ya

Mas no les atropelló; les habló de una manera muy razonable. Como persona sensata, encontraba un poco fuerte la necedad de la señora. Sin embargo, la defendía: el capricho por el comiquillo no duraría mucho; había que dejarle pasar aquel frenesí.

Los dos hombres se retiraron. No habían pronunciado una palabra. En la acera, conmovidos por cierta fraternidad, cambiaron un silencio apretón de manos; y volviéndose la espalda, se alejaron cada uno por su lado.

Cuando Muffat entró, por fin, en su palacio de la calle Miromesnil, su mujer llegaba, precisamente. Los dos se encontraron en la vasta escalera, cuyas sombrías paredes dejaban caer un helado escalofrío. Levantaron los ojos, y se vieron. El conde tenía aún su traje lleno de lodo y su azorada palidez del hombre que sale de los brazos del vicio. La condesa, como molida por una noche de ferrocarril, se dormía en pie, despeinada y ojerosa.

### VIII

La escena pasa en la calle Verón, en Montmartre, en una pequeña habitación del piso cuarto.

Naná y Fontan habían invitado á unos amigos para celebrar la noche de Reyes. Hacía sólo tres días que estaban instalados allí.

Esto se había efectuado bruscamente, sin idea preconcebida de vivir juntos, en los primeros ardores de su luna de miel. El día siguiente á su colérico arranque, cuando hubo plantado tan frescamente á la puerta al conde y al banquero, sintió Naná que todo se desmoronaba en torno suyo.

Con una mirada se hizo cargo de la situación: los acreedores iban á caer en su antecámara, á meterse en sus placeres sentimentales, á hablar de venderlo todo, sino era más juiciosa; aquello sería un sin fin de querellas, de terquedades interminables para dis-

putarle sus cuatro frastos. Y prefirió abandonarlo todo.

En dos días vendió todo cuanto pudo sacar: dijes, alhajas, y desapareció con una docena de miles de francos, sin decir una palabra á la portera; un chafuzón, una fuga, sin dejar huella. Así, los hombres no vendrían ya á colgarse á sus faldas.

Fontan fué muy galante. A nada se opuso; la dejó obrar á su antojo. Hasta se portó, absolutamente, como buen camarada. Por su parte, tenía siete mil francos, que consintió en juntar con los diez mil de la moza, aun cuando le tachaban de avaricia. Este les pareció un fondo sólido para establecerse.

Y partieron de allí, gastando cada uno por su lado del capital común, alquilando y amueblando las dos piezas de la calle Verón, compartiéndolo todo, como buenos amigos. Al principio, aquello fué verdaderamente delicioso.

La víspera de Reyes, la señora Lerat fué la primera en llegar, junto con Luisito.

Como Fontan no había regresado aún; permitiése la tía expresar ciertos temores, pues temblaba al ver á su sobrina renunciar á la fortuna.

—¡Ah, tía! ¡si le amo tanto!—gritó Naná, juntando con gracioso ademán las manos sobre el pecho. Estas palabras produjeron un efecto extraordinario en la señora Lerat.

Sus ojos se humedecieron.

—¡Es verdad!—dijo con aire de convicción;—el amor ante todo.

Y se deshizo en alabanzas sobre la hermosura de la nueva casa.

Naná le hizo visitar la alcoba, el comedor y hasta la cocina.

¡Caramba! no sobraban habitaciones, pero habían retocado las pinturas y cambiado el papel, y el sol penetraba allí jovialmente.

Entonces, la señora Lerat retuvo á Naná en la alcoba, mientras que Luisito se refugiaba en la cocina

Mas no les atropelló; les habló de una manera muy razonable. Como persona sensata, encontraba un poco fuerte la necedad de la señora. Sin embargo, la defendía: el capricho por el comiquillo no duraría mucho; había que dejarle pasar aquel frenesí.

Los dos hombres se retiraron. No habían pronunciado una palabra. En la acera, conmovidos por cierta fraternidad, cambiaron un silencio apretón de manos; y volviéndose la espalda, se alejaron cada uno por su lado.

Cuando Muffat entró, por fin, en su palacio de la calle Miromesnil, su mujer llegaba, precisamente. Los dos se encontraron en la vasta escalera, cuyas sombrías paredes dejaban caer un helado escalofrío. Levantaron los ojos, y se vieron. El conde tenía aún su traje lleno de lodo y su azorada palidez del hombre que sale de los brazos del vicio. La condesa, como molida por una noche de ferrocarril, se dormía en pie, despeinada y ojerosa.

### VIII

La escena pasa en la calle Verón, en Montmartre, en una pequeña habitación del piso cuarto.

Naná y Fontan habían invitado á unos amigos para celebrar la noche de Reyes. Hacía sólo tres días que estaban instalados allí.

Esto se había efectuado bruscamente, sin idea preconcebida de vivir juntos, en los primeros ardores de su luna de miel. El día siguiente á su colérico arranque, cuando hubo plantado tan frescamente á la puerta al conde y al banquero, sintió Naná que todo se desmoronaba en torno suyo.

Con una mirada se hizo cargo de la situación: los acreedores iban á caer en su antecámara, á meterse en sus placeres sentimentales, á hablar de venderlo todo, sino era más juiciosa; aquello sería un sin fin de querellas, de terquedades interminables para dis-

putarle sus cuatro frastos. Y prefirió abandonarlo todo.

En dos días vendió todo cuanto pudo sacar: dijes, alhajas, y desapareció con una docena de miles de francos, sin decir una palabra á la portera; un chafuzón, una fuga, sin dejar huella. Así, los hombres no vendrían ya á colgarse á sus faldas.

Fontan fué muy galante. A nada se opuso; la dejó obrar á su antojo. Hasta se portó, absolutamente, como buen camarada. Por su parte, tenía siete mil francos, que consintió en juntar con los diez mil de la moza, aun cuando le tachaban de avaricia. Este les pareció un fondo sólido para establecerse.

Y partieron de allí, gastando cada uno por su lado del capital común, alquilando y amueblando las dos piezas de la calle Verón, compartiéndolo todo, como buenos amigos. Al principio, aquello fué verdaderamente delicioso.

La víspera de Reyes, la señora Lerat fué la primera en llegar, junto con Luisito.

Como Fontan no había regresado aún; permitiése la tía expresar ciertos temores, pues temblaba al ver á su sobrina renunciar á la fortuna.

—¡Ah, tía! ¡si le amo tanto!—gritó Naná, juntando con gracioso ademán las manos sobre el pecho.

Estas palabras produjeron un efecto extraordinario en la señora Lerat.

Sus ojos se humedecieron.

—¡Es verdad!—dijo con aire de convicción;—el amor ante todo.

Y se deshizo en alabanzas sobre la hermosura de la nueva casa.

Naná le hizo visitar la alcoba, el comedor y hasta la cocina.

¡Caramba! no sobraban habitaciones, pero habían retocado las pinturas y cambiado el papel, y el sol penetraba allí jovialmente.

Entonces, la señora Lerat retuvo á Naná en la alcoba, mientras que Luisito se refugiaba en la cocina

detrás de la asistenta, para ver asar un pollo. Si se permitía reflexiones, era que Zoé acababa de salir de su casa.

Zoé, valerosamente, permanecía sobre la brecha, por cariño á la señora. Más adelante, la señora la pagaría; no se inquietaba por eso.

Y, en el desmoronamiento de la habitación del bulevar Haussmann, hacia frente á los acreedores y operaba una retirada digna, salvando cuantos efectos podía, y contestando que la señora estaba de viaje, sin dar nunca una dirección. Hasta, por miedo de que la siguiesen, se privaba de la satisfacción de visitar á la señora.

Sin embargo, aquella mañana había ido corriendo á casa de la señora Lerat, porque ocurría novedad.

La víspera, habíanse presentado varios acreedores: el tapicero, el carbonero, la modista, ofreciendo aplazar sus facturas y hasta proponiendo anticipar una crecida cantidad á la señora, si la señora quería volver á su antigua habitación y portarse como persona sensata.

La tía repitió las palabras de Zoé. Sin duda había un señor de por medio.

—¡Jamás!—declaró Naná indignada.—¡Vaya! ¡si eran listos los tales proveedores! ¿Piensan acaso que he de venderme para pagar sus créditos?... ¡Mira; antes que engañar á Fontan, prefiero morir de hambre!

—Eso es lo que he contestado yo,—dijo la señora Lerat:—mi sobrina tiene demasiado corazón.

Sin embargo, Naná sintió una gran contrariedad al saber que se vendía la Mignotte la compraba á un precio ridículo para Carolina Héquet.

Esto la encolerizó contra esas mujerzuelas, miserables callejeras, á pesar de su afectada distinción. ¡Ah! ¡si! ¡cuánta distancia no mediaba de ellas á ella!

—Pueden hacer lo que se les antoje,—concluyó diciendo;—jamás les dará el dinero la verdadera felici-

dad... Y además, has de saber, querida tía, que voy olvidándome de que esa gente existe. ¡Soy demasiado dichosa!

Precisamente, entraba la señora Maloir, con uno de aquellos sombreros extraños, cuya forma encontraba sólo ella.

Fué un gozo volver á verse.

La señora Maloir explicó que las grandezas la intimidaban; actualmente, de vez en cuando, iría allí á echar un tute.

Visitaron por segunda vez la casa; y, en la cocina, delante de la asistenta que echaba grasa al pollo, Naná habló de economías, diciendo que una criada costaría demasiado cara, y que pensaba dedicarse por sí misma á las tareas caseras. Luisito miraba complacido el asador.

En esto, se oyeron voces. Era Fontan, que llegaba con Bosc y Prulliére. Ya podían sentarse á la mesa. La sopa estaba servida, cuando Naná por tercera vez, enseñó las habitaciones.

—¡Ah! ¡hijos míos! ¡qué bien estáis aquí!—repetía Bosc, con la idea de agradar á los camaradas que invitaban á comer, porque, en el fondo, la cuestión del «nicho», como decía, le importaba muy poco.

En la alcoba, esforzó aún la nota amable.

Ordinariamente, trataba á las mujeres de «camellos», y la idea de que un hombre podía cargar con una de esas sucias bestias sublevaba, en él, la única indignación de que era capaz, en el desdén de borracho en que envolvía al mundo todo.

—¡Vaya, picaruelos!—repuso guiñando los ojos,—¡y esto lo han hecho solapadamente! ¡Pues bien! habéis obrado perfectamente. ¡Es una delicia! ¡Vendremos á visitaros; sí, pardiez!

Pero, como á la sazón llegase Luisito montado á horcajadas en una escoba, dijo Prulliére, con maliciosa sonrisa:

—¡Toma! ¿ya tenéis un rorro?



La frase pareció muy graciosa. La señora Lerat y la señora Maloir se desternillaban de risa. Naná, lejos de incomodarse, sonrió enternecida, diciendo que no, por desgracia; bien lo hubiera deseado, por el pequeño y por ella; pero tal vez nacerían otros, como nació aquel.

Fontan, que se hacía el bonachón, tomó á Luisito en brazos, jugando, ceceando:

—Aunque no lo sea, me ama como á su padrecito...

¡Llámame papá, granuja!

—¡Papá!... ¡papá!...—tartamudeaba el niño.

Todo el mundo le llenó de caricias.

Bosc, aburrido, hablaba de sentarse á la mesa; sólo en esto era formal.

Naná pidió permiso para colocar á Luisito á su lado. La comida fué muy jovial.

Bosc, sin embargo, sufrió con la vecindad del niño, contra el cual se veía precisado á defender su plato. También le molestó la señora Lerat. Esta se enternecía, y le comunicaba por lo bajo cosas misteriosas, historias de señores muy distinguidos que la perseguían aún; y por dos veces, el viejo cómico hubo de separar la rodilla, por cuanto la sensible señora le asediaba con encandilados ojos.

Prulliére se portaba como un grosero con la señora Maloir, á la que no sirvió ni una sola vez. Ocupábase únicamente de Naná, resentido de verla enredada con Fontan.

Por lo demás, los dos tórtolos acababan por hacerse empalagosos, de tanto besarse. Contra todas las reglas, habían querido sentarse uno al lado del otro.

—¡Qué diablos! comed, tenéis tiempo de sobra,—repetía Bosc, con la boca llena;—¡esperad á que nos hayamos marchado!

Pero Naná no podía contenerse.

Hallábase en un arrobamiento de amor, sonrosada como una virgen, con sonrisas y miradas húmedas de ternura.

Fijos los ojos sobre Fontan, le abrazaba, con epítetos mimosos: ratoncito, lobezno, gatito mío; y cuando él le pasaba el agua ó la sal, inclinábase ella, besándola al azar en los labios, en los ojos, en la nariz, en una oreja; después, si la reñían, volvía á la carga, con tácticas ingeniosas, con humildades y flexibilidades de gata zurrada, cogiéndole solapadamente la mano, para guardarla entre las suyas y besarla de nuevo. Le era indispensable tocar algo de su persona.

Fontan se hacía el bonachón y se dejaba adorar, pródigo en condescendencias.

Su enorme nariz se agitaba, con un goce puramente sensual. Su hocico de chivo, su fealdad de monstruo truhanesco, se extasiaba en la adoración devota de aquella soberbia moza, tan rubia y tan rolliza. De vez en cuando, devolvía un beso, como un hombre que se reserva todo el placer, pero que quiere mostrarse amable.

—¡Acabáis por estar cargantes!—gritó Prulliére.—¡Vete de ahí tú!

Y echando de su sitio á Fontan, cambió el cubierto para colocarse al lado de Naná. Surgieron exclamaciones, aplausos y frases crudas.

Fontan fingía desesperación con sus chuscos aires de Vulcano llorando á Venus.

Inmediatamente, Prulliére mostróse galante; mas Naná, cuyo pie andaba buscando por debajo de la mesa, le contestó con un golpe para que se estuviese quieto. No, de seguro que no se acostaría con él.

El mes pasado, había sentido el comienzo de un caprichito por él, á causa de su linda figura. Ahora la detestaba. Si volvía á pellizcarla fingiendo recoger su servilleta, le arrojaría el vaso á la cara.

Sin embargo, la velada se pasó muy bien. Como era natural, la conversación recayó sobre Variedades.

Ese canalla de Bordenave, ¿no reventaría jamás?

Sus sucias enfermedades retoñaban y le hacían su-

frir en tal grado, que ya ni con tenazas podía cogérsele.

La vispera, durante el ensayo, estuvo aullando sin cesar contra Simona.

¡Ved ahí uno, á quien los artistas no llorarán mucho!

Naná dijo que, si la llamaba para encargarle algún papel, le mandaría lindamente á paseo; por lo demás, estaba decidida á no volver á pisar las tablas, porque el teatro valía menos que su casa.

Fontan, que no tomaba parte en la obra nueva ni en la que ensayaban, exageraba también la felicidad de disponer de entera libertad, de pasar las veladas con su gatita, con los pies junto al fuego.

Y los otros lanzaban exclamaciones, tratándoles de afortunados, afectando envidiar su ventura.

Se había sacado la torta de Reyes. El haba había correspondido á la señora Leraf, que la puso en el vaso de Bosc. Entonces sonaron los gritos de: «¡el rey bebe! ¡el rey bebe!» Naná aprovechó este arranque de jovialidad para ir á abrazar á Fontan, besándole y diciéndole cositas al oído. Pero Prulliére, con su risa contrariada de lindo mozo, gritaba que aquello no entraba en el juego.

Luisito dormía tendido sobre dos sillas.

En fin, la sociedad no se separó hasta la una. Y gritaron: «hasta la vista», á lo largo de la escalera.

Y por espacio de tres semanas, la vida de los dos tórtolos fué verdaderamente deliciosa.

FIN DEL TOMO PRIMERO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

